"Un tapiz lleno de matices del Gales medieval"

# AMANECER EN EL OESTE

LOS HERMANOS DE GWYNEDD - I

EDITH PARGETER

CONOCIDA COMO ELLIS PETERS

Gales, principios del siglo XIII. A la muerte del príncipe Llewelyn, caudillo y primer regente de un país unificado, sus dos hijos, Griffith y David, se enfrentan en una enemistad fatídica, una disputa que puede llevar a Gales a la desunión y la guerra civil. De los dos hermanos, David es el más joven, el heredero legítimo y escogido por su padre. Griffith, el bastardo, aunque con derecho a la mitad de la herencia según la ley galesa, intenta hacer valer su posición y está decidido a aliarse incluso con los enemigos de Gales para hacerse con lo que es suyo. Las semillas de la discordia medran gracias a su rivalidad implacable, y su inquina se transmite generación tras generación, poniendo en peligro la estabilidad de un país dividido que necesita de un líder fuerte que haga frente a la omnipresente amenaza del este, Inglaterra, y su codicioso rey Henry, que aprovechará cualquier mella en la unidad de Gales para avanzar contra sus vecinos.

Ellis Peters

# Amanecer en el oeste

## Los hermanos de Gwynedd - 01

**ePub r1.0**

**Café mañanero** 28-04-2023

Título original: *Sunrise in the west*
Ellis Peters, 2000
Traducción: Oscar Díaz García

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 04/2023
Edición conmemorativa 10.º aniversario
ePub base r2.1

# Proyecto Scriptorium

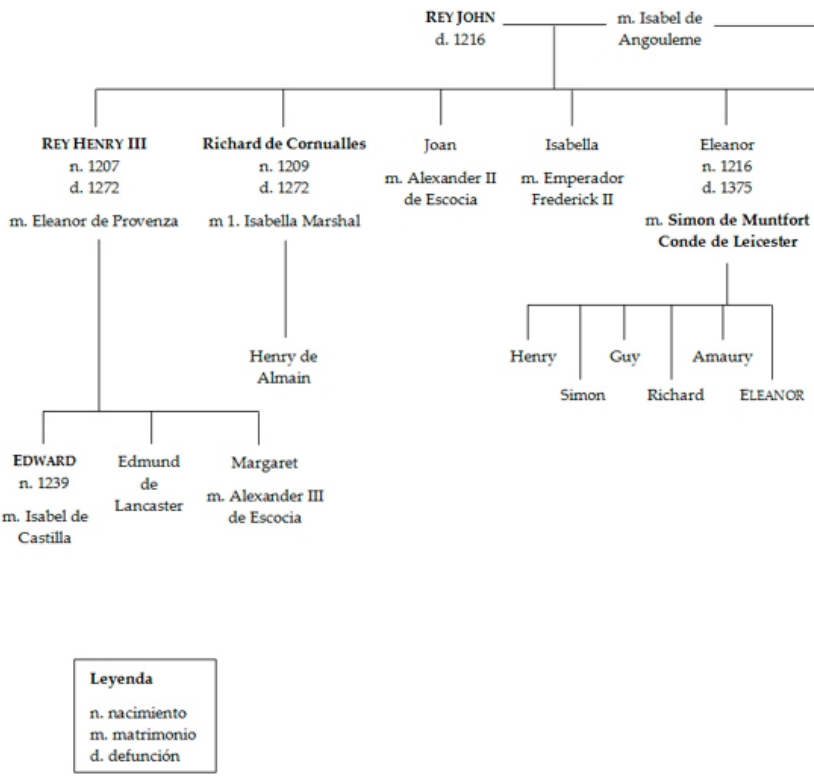
*"Los libros son amigos que nunca decepcionan"*
—Thomas Carlyle

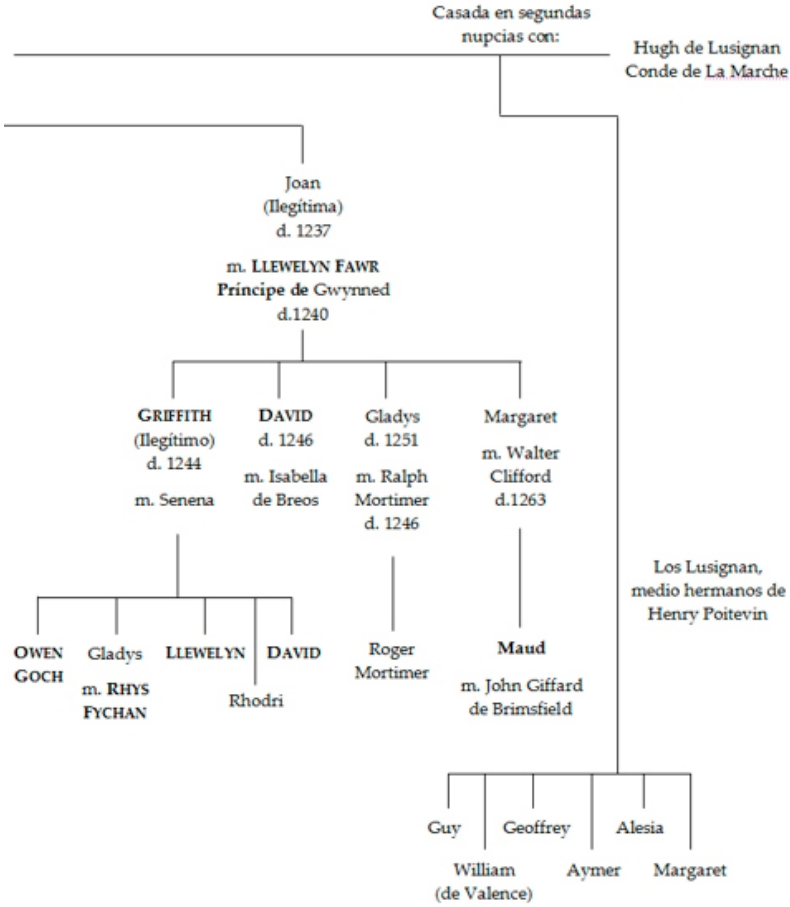
"Más libros, más libres"

# AMANECER EN EL OESTE

Edith Pargeter

# Genealogía


REY JOHN
d. 1216
m. Isabel de Angouleme
REY HENRY III
n. 1207
d. 1272
m. Eleanor de Provenza
Richard de Cornualles
n. 1209
d. 1272
m 1. Isabella Marshal
Joan
m. Alexander II de Escocia
Isabella
m. Emperador Frederick II
Eleanor
n. 1216
d. 1375
m. Simon de Muntfort
Conde de Leicester
Henry de Almain
Henry
Guy
Amaury
Simon
Richard
ELEANOR
EDWARD
n. 1239
m. Isabel de Castilla
Edmund de Lancaster
Margaret
m. Alexander III de Escocia
Leyenda
n. nacimiento
m. matrimonio
d. defunción


Casada en segundas nupcias con:
Hugh de Lusignan
Conde de La Marche
Joan
(Ilegítima)
d. 1237
m. LLEWELYN FAWR
Príncipe de Gwynned
d.1240
GRIFFITH
(Ilegítimo)
d. 1244
m. Senena
DAVID
d. 1246
m. Isabella de Breos
Gladys
d. 1251
m. Ralph Mortimer
d. 1246
Margaret
m. Walter Clifford
d.1263
OWEN GOCH
Gladys
m. RHYS FYCHAN
LLEWELYN
DAVID
Rhodri
Roger Mortimer
Maud
m. John Giffard de Brimsfield
Los Lusignan, medio hermanos de Henry Poitevin
Guy
William (de Valence)
Geoffrey
Aymer
Alesia
Margaret

# CAPÍTULO I

> La crónica de lord Llewelyn, hijo de Griffith, nieto de Llewelyn, bisnieto de Iorweth, señor de Gwynedd, águila de Snowdon, escudo de Eryri, primer y único Príncipe de Gales.

Me llamo Samson. Cuento lo que sé, lo que he visto con mis propios ojos y escuchado con mis propios oídos. Y si llegara el caso de tener que contar también lo que no he presenciado, se explicará con toda claridad, y cómo llegué a saber que era tan cierto que lo cuento como si hubiese estado presente. Y digo que no hay hombre vivo que tenga más derecho a ser el cronista de mi señor, porque nadie le conoció jamás mejor que yo, y Dios sabe que nadie, ni hombre ni mujer, lo tuvo en mayor estima.
Así fui engendrado:

Mi madre era una dama de compañía al servicio de *Lady* Senena, esposa de lord Griffith, que era el hijo mayor de Llewelyn el Grande, príncipe de Abberfraw y señor de Snowdon, caudillo supremo del Norte de Gales, y aunque nunca ostentó el título, señor en vida de toda Gales, y abuelo y tocayo de mi señor, cuya historia relato. Lord Griffith era el hijo mayor, pero con la desventaja de haber nacido fuera del matrimonio. Su madre era galesa y noble, pero no esposa, y esta cuestión fue la que tanto costó a Gales tras la muerte de su padre. Porque en Gales un hijo es un hijo, y reconocerlo es otorgarle todo derecho y herencia, sin hacerle de menos con respecto a sus hermanos nacidos dentro del matrimonio, pero los ingleses y los normandos piensan de otro modo, y tienen la palabra «bastardo» que nosotros no conocemos, como si fuera culpa del niño que no llamara a un sacerdote antes de ver la luz para enlazar a aquellos que le engendraron. Sin embargo, el gran

príncipe Llewelyn, aunque era galés hasta la médula, tuvo que contender con Inglaterra y lo hizo con firmeza durante toda su vida, y supo que únicamente mediante el establecimiento de una línea de legitimidad absoluta, sea cual fuere el patrón, podía aspirar a asegurar a su heredero un tránsito tranquilo hacia la posesión de su derecho, y a Gales un seguro de vida contra la enemistad de Inglaterra. Además, amaba a su esposa, que era la hija del rey John, y su hijo, que se llamaba David, era lo que su padre más quería de todo aquello que tenía en su corazón, sólo después de su madre.

Aun así no puede decirse que el gran príncipe rechazara o repudiara a su hijo mayor, ya que le cedió tierras lo bastante extensas y fértiles, y aprovechó sus talentos tanto en asuntos bélicos como diplomáticos. Pero se mostraba tajante en reservar a un solo heredero el principado de Gwynedd, y que ese heredero fuese el hijo admisible para el rey inglés y pariente suyo.

Pero al ser lord Griffith de una naturaleza arrogante e ingobernable, aunque se le había negado aquello a lo que tenía derecho según la ley galesa, saqueó y abusó aquello que tenía, y el príncipe se vio obligado en dos ocasiones a despojarlo de aquello que le había dado por las denuncias de mala administración e injusticia, e incluso a encarcelar al infractor hasta que prometiera enmendar su comportamiento. Esto no hizo más que envenenar aún más el rencor que sentía hacia su padre y su hermano, y la rivalidad entre los dos vástagos se convirtió en una carga y una amenaza continua para Gwynedd.

En la época en la que comienzo mi relato, que era la Pascua del año de Nuestro Señor de mil doscientos veintiocho, lord Griffith estaba en libertad y en gracia de su señor, y pasaba la fiesta en sus tierras de Lleyn, en Nevin, donde estaba entonces su corte. Y allí acudieron como invitados a esta fiesta algunos jefes y príncipes menores de otras regiones de Gales, Rhys Mechyll de Dyvenor, y Cynan ap Hywel de Cardigan, y algunos otros cuya fidelidad al príncipe y a su autoridad era débil y en los que no se debía confiar. Además, llegaron con algunas tropas, cada uno con una compañía de oficiales y hombres de armas de su guardia personal, aunque nunca se sabrá realmente si era porque preparaban alguna acción planeada y concertada contra el bienestar de Gwynedd, como se creyó posteriormente, o porque no confiaban los unos en los otros.

De este modo pasaron el tiempo pascual en Nevin, con mucha cháchara de hombres entre los caudillos, llevando lord Griffith la voz cantante.

En esta época lord David había sido reconocido como único heredero al principado de su padre por el rey Henry de Inglaterra, su tío, y también por una asamblea de magnates de Gales; pero algunos, aunque no alzaron su voz contra ello, cuchichearon en privado que eso era contrario a la vieja costumbre y ley de Gales, y defendieron el derecho de Griffith. Por lo tanto a nadie sorprendió que el príncipe Llewelyn, cuyos ojos y oídos estaban en todas partes, tomara nota de esta reunión en Nevin, y que en el momento preciso enviara a su mayordomo y a su guardia privada a ocupar la corte y examinar los actos y motivos de todos los allí reunidos. No envió a David, porque le quería mantener al margen de cualquier medida que tuviese que tomarse contra su hermano. Ya había bastante rencor.

Allí fueron, y tomaron posesión. Los caudillos fueron retenidos e interrogados, se les obligó a prometer su lealtad futura y después marcharon con sus seguidores hacia sus propias tierras. Y hasta su marcha, todos sus caballeros y hombres de armas permanecieron prisioneros bajo llave, y no quedó ninguno en la casa. En cuanto a lord Griffith, fue convocado por su padre a Aber, para responder de lo que parecía una peligrosa conspiración, y al no poder satisfacer al consejo del príncipe, de nuevo fue enviado a prisión al castillo de Degannwy, donde permaneció seis años enteros.

En aquellos pocos días de Pascua, antes del ataque del príncipe, *Lady* Senena concibió a su segundo hijo. Y mi madre, la menor de sus damas de compañía, me concibió a mí.

Mi madre procedía de un linaje de bardos, era hermosa, y sus manos eran hábiles en labores de costura y peluquería, pero nunca fue como son las demás mujeres. Era simple y confiada como un niño, hablaba poco, y cuando lo hacía a veces lo hacía como un muchacho; pero otras veces pronunciaba profecías. Por miedo a su rareza los hombres no pugnaron por ella, a pesar de su belleza, y seguía soltera a los dieciocho años. Pero el oficial desconocido que aquella Pascua se fijó ella entre las doncellas no tenía el casorio en mente, y no tenía miedo de las profecías. Ella era joven y rubia, y no se le resistió. Después habló de él con cariño y algo de asombro,

como si fuese un visitante extraño venido a ella en sueños. La tomó a toda prisa bajo los tapices de los muros en un rincón del salón. Al día siguiente llegó la guardia del príncipe, y fue recluido en las cuadras junto a los demás prisioneros hasta que se les envió a casa. Nunca más le volvió a ver, nunca supo su nombre, ni siquiera quién era su señor, y de qué país procedía. Pero la dejó un anillo como recuerdo. Un anillo y yo.

Esa misma noche, y según tengo entendido en ese mismo momento, en la gran cámara de Nevin, invadido por el propósito y la esperanza vengativa, lord Griffith engendró su tercer descendiente y segundo varón en *Lady* Senena. Cierto es que nacimos el mismo día, y la señora no fue más afortunada que su doncella. Durante seis años no vio más a su marido, ya que se le mantuvo retenido en el castillo de Degannwy, junto a Aberconway, y ella en Lleyn, por tolerancia y bajo vigilancia, mantuvo sus tierras restantes lo mejor que pudo, y esperó su momento.

Al principio del año de Nuestro Señor de mil doscientos veintinueve, en las nieves de enero, durante la mayor helada en una noche estrellada en la maenol de Neigwl de Griffith, nacimos, mi señor y yo. *Lady* Senena llamó a su hijo Llewelyn, tal vez en un gesto de conciliación hacia su abuelo, y sin duda le interesaba adular al príncipe, y tenía más esperanzas de obtener algún favor de él durante la ausencia de la persona arrogante y el genio apasionado de su marido. Cierto es que enseguida presentó al niño ante su abuelo, y que al príncipe le gustaba su presencia, y frecuentemente le tuvo cerca en cuanto el muchacho tuvo la edad de montar a caballo y cazar. Con los niños se mostraba bullicioso, amable y tolerante, y este tocayo suyo le encantaba por demostrarle, desde el principio, lealtad y audacia absolutas.

En cuanto a mí, mi madre me bautizó con el nombre de un buen santo galés que dejó su ermita en Severnside para cruzar el mar hasta Francia, para convertirse en arzobispo de Dol y en el amigo y confidente de reyes. Me han dicho que eso aconteció hace más de quinientos años. Quizá mi madre esperaba algún signo de su santidad en mí, su tocayo, porque yo tenía gran necesidad de una bendición de Dios, por no haber recibido ninguna de los hombres. Creo que al principio, cuando *Lady* Senena encontró que su dama inocente esperaba un hijo, hizo algunos intentos por descubrir

quién me había engendrado, para que pudiese tener la oportunidad de reconocerme libremente, según la costumbre, y me proporcionase al crecer un parentesco en el que se me aseguraría un lugar de hombre. Pero mi madre no conocía nada de él, salvo su calor y el tacto de sus manos, ni siquiera la visión clara de un rostro, y mucho menos un nombre, porque en la sala donde yacieron había una luz crepuscular. Y fueron tantos los que acudieron aquella Pascua que era imposible seguir e interrogar a todos ellos. Y, según tengo entendido, ella nunca enseñó el anillo. Ni siquiera me lo mostró a mí hasta que la dejé por última vez.

Tal vez, si la incursión del príncipe no hubiese puesto punto y final a todo aquello, él habría vuelto a buscarla, y la habría dado su nombre de buena gana, con o sin intención de casarse. Pero ese osado golpe puso fin a más cosas que al breve amor de mi madre, y yo me quedé sin padre.

Me dicen, y lo creo, que en aquellos primeros años en Lleyn fui el compañero fiel del joven Llewelyn, que jugábamos juntos y dormíamos juntos, y que a veces, incluso, yo era el líder y él el seguidor, y no al contrario, como debería haber entendido invariable e inevitablemente. Pero esta parte de mi vida no duró mucho, y el recuerdo que conservo de ella es una felicidad diseminada, carente de detalles. Pronto acabó. Cuando tenía cinco años de edad uno de los mozos de cuadra de *Lady* Senena se encaprichó de mi madre, la pidió en matrimonio, y aunque ella no se sentía especialmente predispuesta en ningún sentido, siempre hacía lo que deseaba su señora, y a la señora ésta le parecía una buena manera de quitarse de encima un problema y una carga. Antes otros ya habían sido atrapados por la belleza de mi madre, pero todos se habían asustado por su rareza callada y misteriosa. Este hombre —que era joven y fuerte y bien parecido— la quería más que la temía. Y de este modo se casó con él, dando su conformidad de manera indiferente.

A mí, como se vio después, no me quería. Antes del matrimonio, aunque sabía de mí, yo no había contado para nada. Pero ahora que la tenía, y al no poder de ningún modo hacer que mostrara signo alguno de pasión, ya fuese amor u odio o miedo, u obtener de ella alguna respuesta más que la sumisión callada y abandonada que siempre le demostraba, comenzó a buscar en torno a ella algo que

la enterneciera, algo que la conmoviera allí donde él fallaba, que encendiera una chispa donde su fuego y su yesca fracasaban. Y me encontró a mí.

Aún recuerdo aquel año que pase con él, del mismo modo que uno recuerda una visión lejana del infierno. He sido odiado, pero no más que en aquella ocasión. Hizo todo lo posible para vengarse sobre mi persona, con toda clase de golpes y magulladuras y quemaduras, con todas las artes para mantenerme alejado de la vista de mis superiores y la compañía de mi compañero de juego. Me quitó, rompió, ensució o estropeó todo aquello que me consolaba. Dañó a todo lo que yo quería, así que aprendí a ocultar el amor. Y aunque nunca me maltrató delante de *Lady* Senena, se deleitaba haciendo que mi madre viera mi desdicha. Para entonces él pensaba que ella no tenía esa chispa de vida que tienen otros para hacer posible cualquier acción voluntaria y que no podía hacer nada para salvarme.

No resulta sorprendente que no la conociese, y creo que nadie la llegó a conocer jamás, ni su hijo. Ella era un secreto para todos los hombres, y albergaba más posibilidades de las que cualquier hombre podía considerar.

Cuando lord Griffith hubo pasado seis años en prisión realizó un acto de sumisión a su padre y fue liberado, y le fueron devueltas la mitad de sus antiguas tierras en Lleyn, y después, al quedar libre de sospecha, todo aquel cantref. Era un momento de gran regocijo para su esposa y su corte, la vida comenzaba a desarrollarse como antaño, y era la ocasión de pedir favores. Mi madre supo cuál era el momento para acercarse a su señora, y lo hizo para favorecerme, aunque me perdiese. Pidió a su señora que me acogiera para mi protección, y dijo que anhelaba verme ilustrado y convertido en sacerdote.

*Lady* Serena procedía de sangre real, puesto que era bisnieta de Rhodri, señor de Anglesey, y descendía de una raza que había sido pródiga en obsequios tanto a los viejos colegios galeses de canónigos legos como a las nuevas abadías cistercienses y monasterios franciscanos. Por tanto no tenía más que hacer una indicación a cualquier comunidad que considerara mejor para que fuera aceptado a su cuidado y enseñanza. Me entregó a los canónigos legos de Aberdaron, en su propia Lleyn, y donó una

generosa suma para mi dote. De este modo escapé de mi purgatorio y conseguí mi escolarización a su costa, y su nombre fue un escudo protector sobre mí, por si los hermanos no hubiesen sido los santos que eran.

Sin embargo, lloré cuando me separé de mi madre, pero después pensé en su marido y no lloré. Y Nevin no estaba lo bastante lejos como para que no pudiese visitarme de tanto en tanto, o yo a ella. Así que me fui sin más lágrimas, aunque algo temeroso por todas aquellas rarezas. Entonces me faltaba un mes para cumplir seis años, y era poco antes de la fiesta navideña.

En aquel entonces el clas de Aberdaron era uno de los más ricos y mejor considerados de todos los colegios del Norte de Gales, que en su conjunto eran la flor y nata de todo el país, limpios de toda interferencia normanda. Se encontraba en la tierra situada frente a la isla bendita de Enlli, que los hombres comienzan a llamar ahora Bardsey, y allí los ermitaños han mantenido la pureza de la vieja orden austera hasta la fecha, y el propio suelo está hecho de los huesos de miles de santos. Aquellos que quieren retirarse a Enlli para morir en su santidad deben atravesar Aberdaron. Allí se detienen y disfrutan de la hospitalidad de los canónigos, y llevan con ellos todo el conocimiento y piedad y sabiduría de la humanidad para añadirlo a esta reserva. No podía haber un mejor lugar para un muchacho con gran ansia de conocimiento. Incluso uno que llegase sin tal sed no tenía más remedio que comenzar a moverse por el interés despertado por el paso de dichos visitantes.

En aquel momento había veinte canónigos legos en Aberdaron, y tres sacerdotes, además del abad: una comunidad numerosa. A causa del gran número de viajeros que se entretenían allí, el recinto era grande e imponente, y había muchos funcionarios, entre los que estaba, además del escriba, un maestro, al que fui confiado. Dormía en la puerta de su celda, y más tarde tuve una celda propia junto a la suya. Se me asignó una parte del trabajo en las tierras que los canónigos cultivaban, de acuerdo con mi edad, y tomé parte en los oficios de la iglesia, aprendiendo de memoria el salterio en latín. En el tiempo que me quedaba nunca tenía suficiente de la maravilla del estudio, y una vez bendito con las primeras letras que aprendí, no podía dejar de aprender más. Encontrando que mi anhelo era auténtico, y no fingido para agradar, mi maestro Ciaran me tomó a

su cargo amablemente y acudía con la misma ilusión que yo a las clases que teníamos juntos. Al abrir los libros ante mí, abría el mundo, y era bueno y amable, y yo le quería y era feliz. De él aprendí a leer y escribir en galés y en latín, y después también en inglés. Y comencé a ayudar al administrador que llevaba los libros y las cuentas, porque aquellos valores y cantidades y cálculos también ejercían un poderoso hechizo sobre mí.

Así pasé seis años en la paz y serenidad más pura, y mientras tanto el mundo proseguía su curso, y las nuevas nos llegaban como el lejano ruido de las olas contra la costa, amenazadoras para otros, pero sin resultar un desafío para nuestro refugio. Las cosas que me contaban parecían historias leídas en uno de los libros de Ciaran, vívidas e inquietantes, pero no reales, con lo que incluso la inquietud resultaba agradable. Y es que las historias de los santos están repletas de terror y placer, no menos que las leyendas de héroes que los bardos recitan al arpa.

Así escuché que después del regreso de su señor, *Lady* Senena, a causa de su alegría por la reunión, volvió a concebir, y su tercer hijo nació en la primavera del año siguiente. Un cuarto vino un año después, David, el último de sus cinco hijos. Pero no sé si lo bautizó con el nombre de su tío con la misma esperanza de suavizar la suerte de su señor que la había impulsado a dar a su segundo hijo el nombre de Llewelyn. En aquel tiempo había paz entre ellos, el príncipe había aumentado sumamente las tierras de lord Griffith, añadiendo a todo el cantref de Lleyn una gran porción de las tierras de Powys, con la intención, creo, de dejarle una heredad que le compensaría por la renuncia a sus derechos más amplios según la ley galesa, y le reconciliaría para convertirse en un vasallo leal de su hermano. Pero no era propio del carácter de lord Griffith ver algo bueno en esta injusticia, y sólo pensaba en el título de Gwynedd al citar la ley galesa, sin considerar el resto del país de Gales. Lord Griffith era un hombre imponente, alto y de aspecto espléndido, tan alto como su padre, y eso que éste era de gran estatura, aunque flaco, mientras que Griffith estaba bien dotado de carne. Era excesivamente generoso con los hombres que le agradaban, y presto en arremeter contra los que le desagradaban. Se precipitaba ante la sospecha de una afrenta, y era implacable en sus represalias. Le conmovía la generosidad, y la devolvía con creces.

Nunca olvidaba un beneficio o un perjuicio, pero no podía ver lo que ayudaba o dañaba en realidad a él y a los suyos, y ése es un círculo limitado en un mundo enorme, demasiado angosto para la grandeza.

Sin duda amaba a su padre, aquel Llewelyn que recibe el apropiado nombre de Grande, pero nunca le comprendió.

Su hijo menor, el muchacho David, casi comparte mi suerte, ya que mi madre finalmente había concebido un vástago de su marido, y dio a luz una niña muerta tres días antes de que su señora tuviera a su hijo. Y como *Lady* Senena estuvo aquejada de una fiebre peligrosa durante dos semanas antes del parto y mi madre estaba repleta de leche y añoranza, se convirtió en la ama de cría del niño regio. Había perdido a mi hermana, pero tenía a un hermano de leche, un príncipe de la sangre real de Gwynedd, más de siete años menor que yo. Esto lo supe pronto en mi paz, y me conmovió profundamente. Pensé mucho acerca de aquel ser indefenso extrayendo su vida de mi madre, que también me había dado la vida, y acerca de aquella cosa misteriosa que tal vez compartíamos los dos. Y la criatura inteligente, resuelta y audaz que compartía las estrellas de mi nacimiento conmigo, y que había sido mi amigo antes de que supiese lo que era la realeza, se alejó de mí, y casi fue olvidado.

Había pasado cuatro años en Aberdaron y se estaba acercando mi décimo cumpleaños cuando un bardo peregrino nos contó que el gran príncipe había sufrido un ataque. Era como si la tierra se hubiese sacudido bajo nuestros pies. Cierto, el ataque no era grave, y no había hecho más que debilitarle el uso de un brazo, y descolocar algo su boca, pero nunca habíamos pensado que él estuviese sujeto al envejecimiento, como los hombres inferiores, aunque ya había cumplido su sexagésimo quinto año, ya que su vigor parecía extenderse como una esencia poderosa hacia los confines más lejanos del país e inspirar incluso a aquéllos, como yo, que nunca le habían visto en carne y hueso. Y esa carne y esos huesos parecían ser mortales. El presentimiento escalofriante que sacudió gran parte de Gales se convirtió en un temblor de esperanza y fe para aquellos que se habían alineado junto a Griffith y estaban esperando su momento. Y no sólo éstos, ya que al otro lado de la frontera, en Inglaterra, seguramente se relamían los labios y ya

saboreaban los despojos que los perros encuentran cuando muere el león. Le habían dejado en paz durante cuatro años, y seguirían haciéndolo mientras viviese, manteniendo a su alrededor todas sus conquistas, ya que no se atrevían a volver a tentar a la fuerza que habían despertado anteriormente para su desgracia. Pero con la marcha del gran príncipe, y un desconocido, o bisoño, en su lugar, avanzarían por todos lados para recuperar, si podían, las muchas tierras que habían perdido contra él.

Fue la primera vez que se me ocurrió que aquellos que sienten hacia nosotros lo mismo que siente Inglaterra no pueden ser más que enemigos de Gales; e incluso entonces me causó cierta inquietud, pero al ser tan joven, no lo apliqué a aquellos que había conocido y servido toda mi vida. Y al pensar en otras cosas enseguida se me olvidó la duda. A finales de ese mismo año (creo que fue el 19 de octubre, y el lugar sé que fue la abadía de Strata Florida, un lugar querido por el príncipe y siempre fiel a su casa) se convocó una gran asamblea de todos los príncipes de Gales, y allí todos los reunidos hicieron un voto de lealtad hacia David como próximo heredero. Entonces pensamos que la muerte había dado un paso adelante hacia nuestro señor, y nadie lo supo mejor que él. Tampoco hubo nadie que sintiera menos temor por él y más miedo por Gales que él. Sin duda sabía mejor que cualquiera cómo los señores fronterizos estaban afilando sus cuchillos, y la carga que tendría que soportar su hijo.

No puedo decir si esta ceremonia en Strata Florida inflamó hasta tal punto la mente de lord Griffith como para emprender una acción precipitada para hacer valer sus derechos, o si lord David, armado con un apoyo tan formidable, se movió en su contra esperando dicho desafío, pero lo cierto es que al final de este año Griffith fue despojado de sus tierras en Powys, y se quedó únicamente con su cantref de Lleyn, por orden de su hermano menor. Con esto quedó claro a todos que lord David ya había asumido parte de sus privilegios reales antes de la muerte de su padre, y que sin duda lo había hecho con el conocimiento y permiso de su padre, porque ningún hijo en sus cabales habría intentado arrebatar una fracción de poder de esas magníficas manos sin su gracia y buena voluntad. Por supuesto, los señores a lo largo de la marca, que habían perdido tanto ante Gwynedd estos últimos veinte años, ya estaban contando

los días y reuniendo hombres. El príncipe David tenía la palabra del rey Henry de aceptarle y reconocerle a él y a ningún otro, y por dudosa que fuese su palabra, si la mantenía por alguien sería por su sobrino, el hijo de su hermana. Ella, esa gran dama, la mano derecha de su marido y su enviada y consejera durante toda su vida, llevaba muerta más de dos años y enterrada con todo honor y gran pesar en Llanfaes de Anglesey. Sólo tuvo un hijo, aunque sus hijas se casaron con las principales casas de la marca, para mayor seguridad. Pero quedaba lord Griffith, y era irreconciliable. El año siguiente hubo un repentino brote de odio entre los dos hermanos, y las tierras confiscadas como prenda no bastaron para mantener a raya al hermano mayor, y en vez de eso le espolearon para fomentar las hostilidades. Y antes de que acabara el año escuchamos que David había tomado prisionero a su hermano, y con él a su hijo mayor, Owen, y les tenía recluidos en el castillo de Criccieth.

Este Owen Goch —llamado «el Rojo» por su encendida cabellera — era el primer hijo de *Lady* Senena, y como tenía tres años más que yo, estaba a punto de cumplir trece, a un año de la mayoría de edad, y supongo que parecía una locura encerrar al padre y dejar en su lugar a un hijo a punto de llegar a la edad adulta, alrededor del cual se podrían reunir los mismos descontentos. Después iba Gladys, la chica que era un año mayor que Llewelyn. No presentaba el mismo peligro, y los hijos más pequeños no eran más que niños, y se les podía dejar con su madre. De este modo se dividió la familia por segunda vez, y la señora quedó sola para proteger a los suyos y llevar los asuntos de su familia. Pero no se la importunó en su hogar de Nevin, y el muchacho Llewelyn, dicen, siempre fue bienvenido en la corte de su abuelo, y pasó allí y de buena gana más de la mitad de su tiempo, porque allí había vida y caza y caballos, y todo el ejercicio y compañía que agradan a un chico alegre. Su madre no lo impedía, aunque sabía que gozaba del favor de su tío David, que no tenía hijos de su esposa Isabella. El muchacho era demasiado joven, decía su madre, para entender, y no podía ser acusado de deslealtad hacia su casa, y seguramente fuese bueno tener a un hijo bajo la protección del favor real, una garantía contra la pérdida de todo, en el peor de los casos. Pero según creo, consciente o inconscientemente, estaba usando a este niño para que la

mantuviese informada, en su inocencia, de lo que sucedía en Aber, mientras esperaba que el príncipe muriese. Nadie mejor que ella sabía que había una fuente de simpatía hacia el caso de Griffith, pero que no brotaría mientras viviese el león, y había aprendido a esperar con dignidad y en silencio.

Sin embargo no estoy seguro de que acertase al confiar en la inocencia de su hijo Llewelyn, y es que incluso sin ardides las nuevas pueden fluir en dos sentidos. Y es un misterio a qué edad aparece la astucia y la sabiduría, y es un misterio aún mayor a qué edad aquellos que algún día serán hombres alcanzan el coraje y la claridad para juzgar y discernir y resolver. Y éste no era un muchacho común y corriente, con un abuelo ordinario, y eran tocayos. Hay magia en los nombres.

Sin embargo, el décimo día de abril del año mil doscientos cuarenta el gran príncipe Llewelyn, sintiendo caer las tinieblas sobre él, y creyendo que esta vez sería la definitiva, hizo que le llevaran a la abadía de Aberconway, que amaba y había protegido tanto, y allí tomó el hábito monástico, como era costumbre en los grandes reyes que acudían a su juicio. Envuelto en esta tela bendita murió al día siguiente, y allí se encuentra enterrado su magnífico cuerpo, y su alma aún mayor sin duda tiene espacio suficiente ahora, más allá de los dominios que tenía en este mundo. Era un auténtico amigo y patrocinador de los religiosos, dondequiera que preservaran la pureza y austeridad de la fe, y todo lo que hizo fue grandioso y elevado, y por Gales, a la que amaba por encima de todas las cosas.

De este modo, David ap Llewelyn fue príncipe de Aberffraw y Señor de Sonwdon en lugar de su padre, y en mayo de ese mismo año asistió al consejo del rey Henry en Gloucester, se convirtió en caballero a manos del rey, a la manera inglesa, se puso el talaith, el anillo de oro que indica su posición, y rindió homenaje de parte de Gwynedd, declarándose vasallo del rey de Inglaterra, manteniendo su derecho soberano en su propio principado. Todo aquello se había hecho anteriormente muchas veces, y no suponía la renuncia a ninguno de sus derechos, sino que era un convenio, cuya contrapartida era el reconocimiento jurado por parte del rey Henry de su posición como príncipe del Norte de Gales. Los demás grandes magnates de Gales rindieron homenaje uno a uno sobre el citado

acuerdo.

Lo que no quedaba patente fue lo grande que era la sima que se abría entre las dos concepciones de lo que significaba dicha posición. No pasó mucho antes de que aquellos señores fronterizos que habían perdido tierras a manos de Llewelyn, aunque hubiese sido hace muchos años, y todos aquellos galeses de la frontera que se consideraban agraviados por los *commotes* y castillos entregados por deslealtad, o tomados en combate, comenzaran a recurrir a la fuerza y la justicia exigiendo a David la devolución de las pérdidas que no se habrían atrevido a reclamar a su padre. Así el conde de Pembroke acudió con un ejército contra el señor de aquel cantref para reconstruir su castillo perdido de Cardigan y estableció allí una guarnición, mientras los pleitos llegaban sin cesar por Mold, y Powys, y el señorío de Builth, que pasó legalmente a manos de David como dote de su esposa, pero no sin toda la resistencia posible por parte de la familia de Breos. Todo señor descontento, inglés o galés, que pudiese presentar un alegato por la posesión de alguna tierra perdida a manos de Llewelyn, justa o injustamente, perdía finalmente la paciencia y arremetía contra David. Y el rey Henry, afirmando mantener siempre su buena fe al reconocer la posición de su sobrino, hacía la vista gorda ante las actividades de todos aquellos que querían hacer pedazos su principado.

Tampoco tenía tantos buenos amigos en las fronteras como su padre, ya que el linaje del conde Ranulf, simpatizante y aliado de toda la vida de Llewelyn, se extinguió en Chester, y ese condado había vuelto a la corona, encontrándose todo el nordeste de Gwynedd descubierto ante los ataques del enemigo.

En esta tormenta, quizás no del todo inesperada pero que estallaba sobre él demasiado pronto, David hizo todo lo que pudo por demorar, según la costumbre inglesa, aquellos pleitos que presentaron contra él los ingleses, y como un mejor instrumento en su mano, en vez de la ley escogió someter las tierras en litigio a un consejo de árbitros nombrados por ambas partes, con el legado papal en Inglaterra dirigiéndolo. Pero también averiguó que esta medida estaba volviéndose en su contra, y recurrió una vez más a los aplazamientos, enviando excusas por no poder asistir a las reuniones de una comisión a la que ahora veía como un puñal en la mano del rey Henry. Y es que todo el asunto ahora se había

canalizado a través del rey y su consejo, convirtiéndose en una disputa entre dos países en vez de entre hombres reñidos por terrenos. Así contuvo a la jauría durante un año, mientras sus enviados, los viejos y hábiles hombres de su padre, iban muchas veces de un lado a otro y usaban todo ardid de persuasión y desorganización, finalmente en vano. El rey Henry vio que tenía muchos aliados, muchos príncipes galeses descontentos por cuestiones de tierras o agraviados por el cautiverio y el desheredamiento, y que todo lo que se le estaba negando obstinadamente por medios legales podía conseguirlo por la fuerza con poco coste, algo que no se atrevía a intentar antes. Habiendo convocado a David para que se presentase ante la comisión en Montford en el Severn en junio, y sabiendo bien que no vendría, hizo preparativos para un ataque armado. Y David, aunque tenía conocimiento de los movimientos marciales que se producían tras la convocatoria, no tuvo otra salida que ausentarse, y hacer que sucediese lo que tuviese que suceder.

No cuento esto como lo vi entonces, cuando era poco más que un niño y no comprendía muchas de las noticias que escuchaba, sino como lo entendí posteriormente, cuando ya había visto más mundo que el clas de Aberdaron. Pero no era tan joven o tan ignorante como para no sentir que la amenaza me alcanzaba incluso a mí, cuando hablaban del rey de Inglaterra moviéndose hacia las marcas a finales de julio con una gran fuerza de hombres de armas, y estableciendo su corte en Shrewsbury. ¿Qué podría estar haciendo allí en las fronteras sino preparando la ruina de Gwynedd? Shrewsbury estaba a un buen trecho, más de lo que podía imaginar entonces, pero no tan lejos como para que los ingleses no pudieran alcanzar este último confín de Lleyn con el fuego y la espada si estallara la guerra.

Sin embargo no tenía idea de que los sucesos exteriores a nuestro recinto y costa pudiesen alcanzarme alguna vez personalmente, o sacarme de este refugio que había terminado queriendo y pensando en él como mi hogar para toda la vida.
Vinieron a por mí el último día de julio, dos mozos de cuadra de la casa de *Lady* Senena, trayendo un tercer poni para mí.

Estaba rastrillando el heno temprano en el campo sobre la costa, cerca del mediodía, cuando Ciaran envió a uno de los hermanos

para llamarme, porque tenía visitantes con el abad. Recuerdo que era un día claro y despejado, con una brisa fresca llevando hacia el interior el fuerte y cálido aroma de algas de la playa a mis pies, y el mar inocentemente inquieto hacia el sur, centelleante con el sol y su propio movimiento. Un día tan bello que acudí de mala gana, incluso creyendo que sólo sería por una hora, yo que no he vuelto a ver Aberdaron.

El abad Cadfael me estaba esperando en la antecámara de la casa de huéspedes, junto al muro circundante, y con él dos hombres de la librea de *Lady* Senena. Vi sus caballos en la cuadra cuando pasé, ni exhaustos ni sudorosos, ya que no había una cabalgata larga desde Neigwl, donde la señora tenía entonces su casa. No conocí al más joven de los dos jinetes. Tarde algunos minutos en reconocer a mi padrastro como el mayor de ellos. No le había visto durante seis años, la mitad de mi vida, y había cambiado como si hubiesen pasado el doble de veranos e inviernos, ya que los hombres envejecen mediante curiosos tumbos y recuperaciones, desafiando al tiempo durante una docena de años para después deslizarse colina abajo una década en una sola estación. Estos años con mi madre habían sido su momento de ruptura, y creo que ella había ganado, sin combatir, esa larga batalla entre ellos. No era que no pudiese amar, sino que él no pudo hacerla amar. Había gris en su espeso cabello moreno, y su rostro estaba vacío y hambriento, con sus ojos hundidos. Había sido un hombre muy hermoso. Sin embargo, no había cambiado en una cosa. Vi por la manera en que sus ojos se fijaban en mí en silencio que me odiaba como en el pasado. Pero una cosa que nunca puedo olvidar de él es que mientras vivió no pudo dejar de amar a mi madre, y cuando fui lo bastante mayor para entender aquel purgatorio, y yo mismo tuve cierto conocimiento del mal de amores, le perdoné del todo, porque pagó con creces todo daño que me causó.

—Hijo —dijo el abad Cadfael muy seriamente— se te reclama para que salgas de entre nosotros, para otra tarea.

En eso me quedé de golpe sin palabras ni respiración, como si alguien hubiese atentado contra mi vida, porque Aberdaron era mi vida, y había pensado que siempre sería así. Sabía de memoria los votos que iba a tomar, y esperaba el momento sin impaciencia sólo porque estaba seguro de ello. Y con una frase todo me fue

arrebatado. Fui de rodillas hasta él, y cuando pude hablar, dije:

—Padre, mi corazón es para esta vida y para ninguna otra. Mi hogar esta aquí, y todo lo que soy es vuestro. ¿Cómo puedo marchar y mantener la verdad en mí?

Me miró fija y atentamente durante un largo rato, porque creo que no había hablado como hubiese esperado de un muchacho de doce años. Pero sólo dijo:

—La verdad está en todas partes, y tu verdad irá contigo. Hijo, nos fuiste prestado una temporada, y aquella que te prestó os reclama. No está en tu mano escoger, sino aceptar con humildad. No tengo derecho a retenerte, ni tú lo tienes a negarte.

Habría llorado, pero no con esos ojos penetrantes del marido de mi madre vigilándome, porque entonces aún le odiaba tanto como él me odiaba a mí. Y supe que el abad decía la verdad, ya que *Lady* Senena había sido mi proveedora y protectora todos estos años, y por derecho pertenecía a ella, y no sólo no podía, sino que no debía rechazar sus mandatos. Pudo haber interrumpido mi donación y haberme sacado de este refugio cuando hubiese querido, pero sabía que no lo haría. Aunque era austera y dura de carácter, también era fiel a todos sus compromisos, y no se vengaría de un subalterno. Por lo tanto mi deuda hacia ella era la mayor de todas, y debía hacer cualquier cosa que me pidiese. Pero al descubrir la magnitud y la duración de mi pérdida (aunque con los años se pueden recuperar dichas pérdidas) pregunté humildemente la causa de mi llamada.

—Eso —dijo— no puedo decírtelo. He recibido la indicación de sus deseos, que son que debes regresar de inmediato con estos hombres, y reunirte con tu madre en Neigwl. También es la voluntad de tu madre. Te necesitan, y ser necesitado y satisfacer esa necesidad es el mayor privilegio de la vida. Teniendo en mente siempre a Dios y a su gracia, ve y ofrece lo que puedas. No hay nada que lamentar.

—Padre —le pregunté, estremeciéndome— si Dios quiere, ¿puedo volver?

Elevó sus viejos y débiles ojos por encima mío y miró más allá de aquellos hombres que habían venido para buscarme, fuera de la pared de la antecámara, a través del alto muro del recinto, todo lo lejos que puede ver el ojo interior.

—Ven cuando puedas en buena conciencia —dijo— y serás

bienvenido. —Pero supe por el triste sosiego de su voz que no esperaba verme de nuevo.

Le pedí su bendición, y me bendijo. Me hizo algunas preguntas acerca de mi conocimiento, y de las artes que había obtenido para llevármelas conmigo, y me recomendó que las mantuviese todas diligentemente. Luego me besó y me despidió.

Recogí lo poco que tenía, mi copia del salterio, una camisa de muda, mi tintero y plumas, y los pocos pinceles que tenía para iluminar. Y me despedí de Ciaran, tan parcamente que la pobreza de palabras me pesó durante todo el viaje, y dudé si sabía lo que se había quedado sin decir dentro de mí, aunque ya no lo hago, tanto tiempo después. Tampoco dudo que rezó por mí sin cesar mientras viviese. Y luego nos marchamos. Fuimos por el camino de la meseta, dando nuestras espaldas a aquel mar bendito que lleva sobre la claridad acuosa a la beata isla de Enlli, donde los santos duermen dichosos. Fuimos hacia la costilla de Lleyn, que da a Gales del mismo modo que un brazo da al cuerpo; de reposo a alboroto, de paz a conflicto, de dicha a angustia. Cabalgamos juntos, el marido de mi madre y yo, y el joven mozo unos cuantos pasos detrás nuestro. Y durante tres millas de camino no dijimos una sola palabra, por luminoso que fuera el cielo de mediodía sobre nosotros.

No había estado sobre un caballo desde el día que fui llevado a Aberdaron, montado en la grupera detrás de un mozo de cuadra, porque los hermanos de unas comunidades puras no sólo abjuraban de las mujeres y de comer carne, sino también de montar a lomos de un caballo. Me sentía bastante incómodo, y antes de llegar a Neigwl bastante dolorido, sobre ese poni de ancho lomo, pero seguí sentado con algo de voluntad, y mantuve mi cabeza erguida y mi espalda recta con más obstinación, cabalgando junto a este hombre que me odiaba, en aquel silencio afligido. Entonces no tenía miedo de él, y eso me sorprendía, aunque sabía la causa de ello. Ahora no se atrevía a tocarme, porque había sido enviado para llevarme ante *Lady* Senena. Ella esperaría verme saludable y en buen estado; además, ya tenía edad para denunciar con locuacidad cualquier abuso. Sin embargo, era el doble de grande que yo, y el odio podía ser más fuerte que la cautela. Había algo más que sabiduría disuadiéndole de ponerme la mano encima, algo más incluso que el

testigo que trotaba detrás de nosotros. Ya no veía ningún beneficio, ni siquiera satisfacción, en mi muerte. Desde aquel momento comencé a sentir cierta curiosidad hacia él, y algo de respeto reverencial, como el que se siente por lo trágico y lo maldito. No hay mucho trecho entre el respeto y la lástima, pero entonces no alcanzaba a verlo, a causa de mi baja talla y mi corta visión.

Le pregunté, mientras arrostrábamos la cumbre verde de una colina y mirábamos hacia otro valle:

—¿Qué quiere ella de mí?

—¿Ella? —dijo, y miró tristemente a la lejanía iluminada por el sol, y sonrió terriblemente.

—*Lady* Senena —dije, temblando de repente, porque no me había quedado tan claro hasta entonces que para él sólo existía una «ella».

—Te quiere —dijo sombríamente— porque ella no se marchará sin ti. —Y ésa era la misma «ella», la suya, no la mía.

—¿Ir a dónde? —pregunté. En todos estos años sólo me había visitado en tres ocasiones, porque para ella un viaje, incluso de veinte millas, era atravesar el mundo. Sin embargo no había querido que regresase, ni había tratado de desarraigarme de mi verde huerto de libros y verduras y santos, contenta de tenerme contento, y aún en el mismo cantref que ella—. ¿Dónde debe irse conmigo o sin mí? —grité para saber—. ¿A qué distancia?

—Pregunta a la señora —dijo—. No soy más que el mensajero. Voy allá donde me envían, como tú. Mi cometido es llevarte.

—Pero tú lo sabes —dije, insistente.

—He oído un nombre. Podría ser la ciudad santa de Jerusalén. En toda mi vida jamás he ido más allá de Conway —dijo—, ¿qué son los nombres para mí?

No le pregunté nada más, ya que estaba tan perdido como yo. Sólo después de un rato pregunté por mi madre, si estaba bien, y respondió tan severamente que no me arriesgué a preguntar nada más mientras cabalgamos juntos.

No había nada extraño que ver alrededor del Ilys en Neigwl cuando llegamos allí. En el pueblo y los campos los hombres estaban trabajando como siempre, y no había más bullicio que el habitual incluso dentro de las murallas. Siempre era un lugar animado. Pero cuando fuimos a llevar a nuestros ponis a la cuadra vi que había

más caballos dentro de los que nunca había visto en los viejos tiempos, o incluso en Nevin, y además que había grandes fardos y alforjas preparadas y esperando, cubiertas con pieles y apiladas a lo largo del muro. Si no quedaba mucho que hacer en este momento, era porque los planes de *Lady* Senena, fuesen cuales fuesen, ya habían sido trazados anteriormente, y ahora sólo esperaba el momento adecuado para su ejecución.

Mi madre debía haber estado atenta al ruido de pezuñas, porque miró desde la entrada en cuanto hicimos ruido atravesando el patio, y vino a toda prisa para besarme. Tenía un niño de la mano, un muchacho de unos cinco años, que se agarraba a ella con toda confianza, y me miraba fijamente con radiante curiosidad. Era muy moreno, con anchas mejillas y ojos grandes de un azul como el de las campánulas, suave y claro, bajo cejas rectas tan negras como su cabello negroazulado. Era alto para su edad, y fuerte, y de una belleza descarada, y no dejaba de mirarme en silencio, durante tanto tiempo que me vi obligado a ser el primero en apartar la vista. Y supe que este niño era mi hermano de leche, el menor de los cuatro hijos de lord Griffith, que llevaba el aborrecido nombre de su tío, David.

Un segundo niño, un año mayor aproximadamente, llegó tras ellos desde la entrada para mirarnos desde cierta distancia antes de decidirse a acercarse. Se aproximó de soslayo, dubitativo y con aspecto molesto. Éste tenía algo del color de Owen Goch, pero como si estuviese decolorado y deslucido por el sol, ya que su cabello era de color pajizo, y sus mejillas pálidas y llenas de pecas. Cuando vio a mi madre besarme recorrió el resto del camino a través del patio polvoriento a toda prisa, y se agarró a su falda como si hiciera valer su posesión y mi extrañeza. Pero en un instante, cuando sólo le dio su mano libre sin mirarle, y siguió hablando conmigo, perdió interés en ambos, y buscó otro entretenimiento a su alrededor, y retirando de nuevo su mano corrió detrás de una de las doncellas que pasaba desde las cocinas con sus brazos llenos. El más joven permaneció inmóvil y vigilante, sin decir una palabra y sin perderse nada, hasta que mi madre se inclinó sobre él engatusadoramente, y volviéndole hacia su hermano mayor le dijo que fuera con Rhodri, que Marared les daría algunos de los pasteles de miel que estaba cociendo. Y allí fue, al principio sosegadamente, y después

avanzando en un baile a saltos de su invención, para el cual no parecía querer ni necesitar ninguna audiencia.

Ésta fue la primera vez que vi a los dos hermanos de Gwynedd más jóvenes.

Mi madre me llevó con ella a la despensa, creo que para estar fuera de la vista de su marido cuando me abrazase, y allí me sujetó contra su corazón, y dijo una y otra vez:

—¡No podía marcharme sin ti! ¿Cómo podría? ¡No me marcharía tan lejos dejándote atrás! Entonces me separó de ella para examinar mi rostro con mayor seriedad, y preguntó, casi con miedo, si había sido feliz en Aberdaron, y si no me alegraba de ir con ella, y viajar tan lejos en el mundo. Y me tragué mis pesares, ya que no tenía sentido que los dos estuviésemos afligidos cuando sólo tenía que estarlo uno, y le dije que era su hijo obediente, y que quería ir con ella allá donde debiese marchar, aunque Dios sabe que mentí, y espero que me perdone el embuste. Si pudiese haberme marchado sin hacer daño a nadie, habría pedido un poni fresco, por rígido y dolorido que estuviese, y habría regresado al instante a mi celda y al heno que se había quedado sin atender y a mi maestro Ciaran. Pero como no podía ser, porque ni ella ni yo éramos libres, ni teníamos apoyo alguno salvo al servicio de *Lady* Senena, la consolé lo mejor que pude, al tiempo que yo mismo me desconsolaba, y la pregunté adónde debíamos ir, y durante cuánto tiempo, para que fuese necesaria mi llamada. Con cierta frecuencia la corte se trasladaba entre tres o cuatro maenol, pero ninguno estaba lo bastante lejos como para suponer una separación entre ambos.

—Nos vamos más lejos —dijo—, muy lejos. Ella ha enviado mensajeros por delante hace días, para tener listos los caballos de refresco. Nos marchamos esta noche, después de anochecer.

—¿Por qué después de anochecer? —pregunté—. ¿Y dónde vamos?

—Hacia el este —dijo—, a Inglaterra. Pero en secreto. No debe saberlo nadie fuera de estos muros.

—¿A Inglaterra? —dije—. ¿Todos? ¿Los niños también? —Una pregunta estúpida, como comprendí, ya que era a causa de que los niños iban a ser de la partida que ella, su niñera, debía ir con ellos, y por eso quería que su hijo la acompañara. Y si la señora se estaba preparando de este modo para marcharse a escondidas con su

familia a Inglaterra, sólo podía ser al cuidado del rey Henry, y sólo podía existir una razón. No era de extrañar que la expedición se estuviese organizando de noche, y con la expectativa de un largo exilio. El ejército del rey y el tiempo galés decidirían cuánto duraría. Sólo capté débilmente el significado de este movimiento, pero ella no lo cuestionaba en absoluto. Su ley era lo que la señora ordenase.

—¿Cuántos van? —le pregunté—. Ella y sus hijos, y nosotros… ¿cuántos más? ¿El mayordomo? ¿Un guardia? Nunca cabalgará sin protección.

—Veinte van por delante —dijo mi madre—, para prepararse y encontrarnos por el camino. Con nosotros cabalgan tres oficiales, y otros diez hombres.

Un grupo grande para hacer un movimiento tan secreto y desesperado. No quería aparecer ante el rey de Inglaterra sin algunos restos de pompa real.

—¿Y Llewelyn? —dije, porque no le había visto cerca del Ilys—. ¿Viene también?

—Está de camino, y ya debería haber llegado. Mandó buscarle ayer desde Carnarvon. Tienes que presentarte ante ella —dijo— y te dirá cuál será tu cometido. Ve ahora a ella, habrá escuchado que estás aquí y no le gusta que la hagan esperar.

Fui, ya que a aquella señora había que tratarla con la mayor seriedad, especialmente con un asunto tan grave en marcha. Pero cuando me giré para atravesar el vestíbulo hasta los aposentos de la señora, mi madre me llamó de repente, en la voz de niño tan poco apropiada para ese asunto aprendido de memoria que me había estado explicando, y con conciencia triste y profunda de haber ofendido de algún modo a alguien:

—¡Hijo, perdóname… perdóname!

Volví hacia ella, temblando mucho, y la abracé y aseguré que mi único deseo era estar con ella, que no sentía renuencia ni pesar, mientras mi corazón lloraba en mi interior por la nostalgia. Había algo en lo más hondo de mi madre que entendía más que los demás hombres, aunque el cascarón de su mente no tuviese entendimiento.

Luego me marché. *Lady* Senena estaba sentada en un gran sillón en el solar, con un cofre a su lado, en el que estaba metiendo pequeños paquetes de objetos de valor, mientras su mayordomo iba

y venía con algunos pergaminos y la consultaba, descartando algunos para el fuego y añadiendo otros a aquellos que se llevaría con ella. Cuando entré alzó la vista, y me incliné ante ella, haciéndola saber que había acudido, llevado por el deber, para responder a su llamada.

No era una mujer alta, ni bella, pero la rodeaba una aureola de dignidad, y estaba acostumbrada a ser respetada y obedecida. Tenía espesas cejas que se encontraban sobre su nariz, y hacían que pareciese que siempre fruncía el ceño, y su voz era tranquila y potente, por lo que siempre había sentido hacia ella cierto temor, y aún lo sentía, por bien que me hubiese tratado.

—Así que ya estás aquí —dijo, examinándome—. ¿Has hablado con tu madre?

Pensé que sería mejor no saber nada más que lo que me quisiese contar la señora, y dije:

—Señora, he hablado con ella, y me envió aquí de inmediato para escuchar cuáles son vuestros deseos.

Comenzó a preguntarme inquisitivamente acerca de mis estudios, y de todo lo que había aprendido en Aberdaron, y lo que la conté pareció contentarla, porque asintió repetidas veces, y en dos ocasiones cruzó la mirada con su mayordomo y asintieron a la vez. Era más ducho en letras que la mayoría de los miembros de su corte, y podría ser útil como escribano, dijo ella, pero me tenía que ganar mi lugar, puesto que la niñera de sus hijos no quería marcharse sin mí, como mozo y sirviente de los jóvenes príncipes. Dije que me esforzaría al máximo en cualquier trabajo que me encomendara, y que iría allí donde quisiera que fuese.

—No me preguntas dónde —dijo secamente.

—Señora, si debo saberlo, vos me lo diréis.

Y me lo dijo, y me puso a trabajar aquí y allá, ayudando al mayordomo a clasificar y quemar aquellos pergaminos que no necesitaba, y que no quería dejar atrás para que otros los viesen, porque mis ojos eran más jóvenes y agudos que los del viejo, e incluso en el luminoso verano la luz era tenue en la sala. Aconteció que estaba agachado junto al hogar, echando rollos de vitela a un fuego perezoso, o preparando los que eran inofensivos y sólo se habían usado una vez para su limpieza, cuando fuera se escuchó la carrera de unas sonoras pisadas jóvenes, y Llewelyn abrió de par en

par la puerta y entró dando grandes zancadas.

Al principio le vi sólo como una silueta oscura contra la luz brillante del día de fuera, y le vi así, inmóvil, durante un largo instante, ya que se había detenido para acostumbrarse a la oscuridad de la habitación, tras su cabalgata bajo aquel cielo radiante. Entonces avanzó para hincarse de rodillas enérgicamente y besar la mano de su madre, aunque tan superficialmente que quedó claro que no veía razón para mostrar algo más que respeto filial, y todavía no sabía nada de las razones de su llamada. Lo preguntó de inmediato, como si, fuese lo que fuese, quisiera acabarlo de inmediato para volver a cualquier cosa que ella hubiese interrumpido.

—Vine en cuanto pude, madre. ¿Qué quieres de mí?

Las llamas de mi pequeña fogata, ardiendo hasta convertirse en una pequeña lumbre al olvidarme de alimentarlas, le iluminaban claramente cuando se puso de pie. No era más alto que yo, aunque después se irguió para sacarme media cabeza. Pero era más robusto y fuerte que yo, y quizá por esto, o por esa seguridad viva y despreocupada que tenía por ser de origen real, parecía sacarme uno o dos años, aunque sabía que no era el caso. No llevaba capa en este verano, sólo calzas y una corta túnica de monta de lino, que dejaba su garganta y sus antebrazos desnudos, zapatos de monta de punta larga en sus pies, y alrededor de su cadera un cinturón adornado con oro del que colgaba un puñal corto. Y donde su piel estaba al descubierto había adquirido un tono marrón cobrizo por el sol, con lo que su espeso cabello castaño sólo parecía un poco más oscuro. Miraba el cofre que su madre tenía sobre la mesa, y las joyas y documentos metidos en él, y su sonrisa de puro placer por el sol y el movimiento y su propio vigor se apagó un poco con sorpresa y desconcierto.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué es esto?

—Te he mandado llamar —dijo— para que volvieras a tu hogar, a tus obligaciones. Esta noche salimos de viaje. Debes perdonarme si no te he consultado antes, pero era necesario. No podía arriesgarme a ninguna traición accidental, era lo mejor que el secreto permaneciese dentro de estos muros hasta que todo estuviese listo. Ya lo está, y nos marchamos esta noche. A Shrewsbury.

—¿A Shrewsbury? —repitió, en un grito casi silencioso de incredulidad pasmada. Cuando sus cejas se acercaban eran casi tan formidables como las de ella, y muy parecidas.

—Madre, ¿sabes lo que dices? El rey Henry está de camino desde Gloucester a Shrewsbury en este momento, con toda su hueste feudal. ¡Está en contra de Gwynedd! ¿Acaso no lo sabes? Dios sabe que no puedo entender qué puedes querer en Shrewsbury, pero éste no es el momento de moverse.

Tardó en comprenderlo, aunque ella se lo había contado con la suficiente franqueza. Y después de todo, quizá mi experiencia me hubiese hecho más o menos un año mayor, no más joven, que él en lo relacionado con indagar los movimientos políticos de su noble madre. O era demasiado cercano y cariñoso, en el modo irreflexivo propio de su juventud, y yo, sin parientes, sin padre, dependiente, lo veía desde fuera y con mayor claridad. Sin embargo cuando cayó en la cuenta de la verdad, habló desde un punto de vista que yo no tenía, y que aún no comprendía.

Su rostro se había afilado en la intempestiva lumbre. Vi todas las líneas doradas reflejadas a lo largo de sus huesos de las mejillas y barbilla estremecerse y dibujarse claramente. Ya no sonreía.

—¡Señora, que yo me entere! ¿Es ese tu motivo para viajar a Shrewsbury? ¿Reunirte con el rey Henry?

—Voy —dijo con lentitud, y levantándose de la silla para quedar por encima de su talla— para confiar la causa de tu padre y la tuya a manos del rey Henry, y para pedirle justicia. Algo que bien sabes que no hemos tenido y jamás tendremos de nadie aquí en Gwynedd. Los ingleses en armas nos devolverán nuestros derechos. Estoy decidida a arriesgarlo todo en esta tentativa. Ya hemos sido suficientemente desheredados e insultados. Haré que tu padre y tu hermano salgan de prisión y se les devuelva a los suyos por cualquier medio.

—No puedes haber comprendido lo que estás haciendo —dijo él —. No puedes hablar así. El rey de Inglaterra está preparándose ahora, en este mismo instante, para atacar nuestro país, nuestro pueblo. ¿Quieres hacer que nuestro derecho según la ley galesa sea un arma más en el bando inglés, para matar galeses? ¿A tus propios parientes? ¡Estarás poniéndote del lado del enemigo!

—Hablas como un niño —dijo severamente— ¡como un niño

tonto! He esperado el tiempo suficiente para que Gwynedd haga justicia a mi señor, tu padre, y hablar de enemigos es en vano para mí. Estamos desheredados, a pesar de todas las leyes. Estoy apelando a una ley superior, y sin duda me escuchará, y hará el bien.

—¡No puedes hacer ningún bien a mi padre o a nadie —gritó, resplandeciendo como una alta llamarada— perjudicando a Gwynedd! ¡A Gales!

—Hablas de fantasías —replicó altiva, cerniéndose sobre él como una torre— mientras tu padre se pudre en Criccieth, una realidad, privado de lo que es justamente suyo. ¡Y te atreves a hablarme de lo que está bien! Nos vamos, y esta noche. Ve, señor, cumple con tu obligación, ve y prepárate, y no hay más que hablar. No te hice llamar para que me enseñaras mi labor. La conozco demasiado bien.

De buena gana me habría escabullido mucho antes que todo esto si hubiese podido, pero no me atrevía a moverme por miedo a recordarles que estaba allí. E incluso él, pensé, flaqueaba y palidecía un poco ante ella, porque en ausencia de su padre ella era la ley allí, y a él le faltaban dos años para llegar a la edad adulta, y no podía actuar contra su voluntad. Sin embargo ahora creo que no cedió, y que incluso su indecisión no era más que una búsqueda precipitada en su mente inexperta de las palabras que pudiesen convencerla sin ofender.

—Madre —dijo, en voz baja y apasionadamente— conozco el caso de mi padre, y sé que sólo pide lo que considera justo. Pero debo decirte que, si yo estuviera en su lugar, en vez de obtener mi soberanía de manos del rey Henry, mostraría mi absoluta sumisión a mi tío David como su leal vasallo, y me levantaría en armas junto con todos los hombres que tuviese para combatir por él contra Inglaterra. No deberían existir facciones cuando amenaza una guerra, sino una sola causa, Gales. ¡No vayas! Ve en vez de eso a Criccieth, y ruega a mi padre que se acuerde de su propio padre, y de la grandeza que trajo a Gwynedd, e ínstale a ofrecer el juramento de lealtad a su hermano, para que salga y combata a su lado. ¡Cueste lo que cueste, sí! Pero te juro que no le costaría tanto de lo que harás que le cueste si continúas con esto. ¡No vayas, para convertirnos a todos en traidores!

Ella le había escuchado hasta ese punto mientras buscaba el aliento y las palabras para hacerle callar, pero no encontró argumento alguno, ya que no había base sobre la que discutir. Pero entonces le golpeó, al oír la palabra que no podía soportar. El estruendo de su palma contra su mejilla fue sonoro, y el silencio posterior lo fue aún más, hasta que ella encontró una voz fatigosa y furiosa para romperlo.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Parece que has pasado demasiado tiempo demasiadas veces en la corte de tu tío! Será mejor que pongas cuidado en cómo empleas la palabra traidor en esta casa, porque quizá haga eco en tu propia cabeza. ¡Te has echado a perder en Aber! Te han comprado, niño imprudente. No quiero volver a escuchar otra palabra tuya, ve y prepárate. Eres el hijo mayor de esta casa que está en libertad, y deberías estar cumpliendo con tu deber de cabeza de familia.

Se quedó inmóvil, sus ojos fijos en el rostro furioso de ella, y había palidecido bajo su piel morena, con lo que las marcas de los dedos de su madre se distinguían claras y rojas en su mejilla. Tras un largo instante dijo, con voz tranquila e imperturbable:

—Dices la verdad, y haces bien en recordármelo. Soy el hijo mayor libre de esta casa, y cumpliré mi deber como cabeza de familia. ¿Tengo tu permiso para ir y ponerme manos a la obra?

—Eso está mejor —dijo sombríamente, y le despidió sin otra señal de perdón que ésa, porque estaba muy molesta, y aún enojada. Tampoco es que él la pidiera.

Se marchó tan bruscamente como había venido, y al verle de espaldas mientras pasaba de la oscuridad a la luz de la entrada no me pareció domeñado o arrepentido.

Le volví a ver hacia el crepúsculo, cuando metimos el ganado, y es que todo debía continuar de la manera habitual y parecer inocente después de nuestra marcha. Él había elegido con cuidado un caballo, y probó sus pasos en el patio, y pretendiendo sentirse medio satisfecho, cabalgó alrededor del Ilys para asegurarse de su elección. Yo había sido enviado a traer un rebaño desde la colina de pastos, al norte de Neigwl, y llegué a un recodo de la senda cerca de donde el camino viraba hacia el norte, hacia Carnarvon y Aber.

Él iba subiendo la cuesta sobre la hierba, al paso con su caballo, alejándose de Neigwl y el mar, y cuando llegó al camino se detuvo

un momento y volvió la vista, inmóvil en la silla. De este modo, al darme la espalda, no me vio hasta que observó a la primera oveja de un año por el rabillo del ojo, y le hizo mirar a su alrededor. Supo entonces que yo era del Ilys. Quizá no supiese si yo conocía el secreto, o tal vez no le importase. Me miró tranquilamente, y no me reconoció, pero supo que yo le conocía, y que, fuese quien fuese, le estaba leyendo la mente.

Hubo un instante extraño que no puedo olvidar. Detuvo su caballo, solitario y serio, examinándome con ojos del color de charcas de turba al sol. No había cogido más que el caballo, y una capa colgaba holgadamente sobre su túnica de lino. Había dejado atrás cualquier otra posesión, para ser llevada o abandonada según decidiesen los demás, porque los objetos de valor son objetos de valor, e íbamos a un lugar donde quizá pronto estuviésemos necesitados o viviendo de la generosidad inglesa. Dio la vuelta a su caballo y caminó pausadamente algunos pasos a lo largo del camino hacia el norte, sin que sus ojos se apartaran de los míos, y de repente se sintió satisfecho, ya que sonrió. Y yo sonreí también por haber pasado su escrutinio y haber sido bendecido, ya que su confianza era tan amplia como el cielo sobre nosotros.

Me dijo:

—No has visto nada. —Confirmando, no ordenando.

—Nada —dije.

—Y yo no sé nada —dijo. También comprendí eso. Nunca podría decirse a *Lady* Senena, ni tampoco lo creería si alguien intentara contárselo, que el hijo que no quiso ir con ella a Inglaterra no daría la alarma, o traicionaría su tentativa de algún modo, habiendo tomado su propia decisión al tiempo que aún permitía la suya. No, dijo eso por mí, para que pudiera quedar igual de satisfecho que él, y no sentir culpa al guardar su secreto, igual que él no sentía ninguna al guardar el de ella. Y ése no era un camino fácil de tomar, en solitario, para un muchacho de doce años.

Sacudió las riendas, hundió sus talones en los ijares del caballo, y se alejó de mí a medio galope por el camino hacia el norte. Había cabalgado mucho, y lo hacía bien, erguido y tranquilo, como a mí me habría gustado montar. Le observé hasta que coronó la siguiente cuesta y desapareció en la pendiente que había más allá, y después llevé a las ovejas a Neigwl, y nunca dije a nadie una sola palabra de

aquel encuentro.

Cuando la noche había caído lo suficiente, y llegó la hora de nuestra partida, cuando las mulas de carga estaban listas y se habían enviado por delante, y las literas para la señora y sus hijos estaban preparadas, y los caballos estaban saliendo ensillados de las cuadras, se hizo un recuento y comenzó a correrse la voz: «¿Dónde está el príncipe Llewelyn? ¿Le ha visto alguien?». Nadie lo había hecho desde que fue a probar al caballo de su elección. Le esperamos más de una hora, y los hombres buscaron en todos los lugares posibles e imposibles de la maenol, mientras el rostro de *Lady* Senena se oscurecía y entristecía y enfurecía por momentos. Pero no vino, y no se le encontró. Era el hombre mayor en libertad de su casa, y había ido a cumplir con su obligación como cabeza de familia, según su propio punto de vista.

Incluso cuando ella al fin gritó que se había convertido en un traidor, que había abandonado y traicionado a su madre y a sus hermanos, no dije una sola palabra. Incapaz de comprender, ella no habría podido creer que su hijo podía ir por su lado sin interferir ni evitar sus planes. Temía la persecución, y por tanto cada hora se volvía más preciosa, y ordenó nuestra marcha a toda prisa, y prolongó nuestra primera etapa del viaje hasta Mur y Castell, donde sus guardias de avanzadilla tenían caballos de refresco esperándonos. No quería arriesgarse a tomar la vieja calzada romana a través del Brewyns, sino que había planeado una ruta por el sur, para evitar pasar por las moradas preferidas de David, y nuestro primer descanso fue en Cymer. Desde allí, con una compañía muy aumentada, continuamos dos días de camino sencillo pasando por Meifod hasta Strata Marcella, y cruzamos el Severn por un vado por debajo de Pool.

Durante todo el camino se quejó amargamente de la traición e ingratitud de su segundo hijo, hasta que consiguió hacer que su hija Gladys, que le sacaba un año, le odiase y criticase igual que ella. Siendo la única hija, esta muchacha le era muy querida, y tenía mucha confianza con ella. Sin embargo creo que había tanto dolor y escozor al echarle la culpa que incluso el odio tenía otro lado, y en sus momentos más tiernos no podían sino preguntarse y torturarse con el pasado, maravillándose cómo había llegado a esa resolución contra todo pronóstico, incomprensible para ellas, y censurable,

aunque sin duda dura para él, y por tanto honesta. Y más aún cuando el viaje estaba a punto de acabar, y no había rastro alguno de sospecha o persecución. Si no había acumulado todo el favor posible enviando a los monteros de su tío tras nosotros, ¿cómo se le recibiría una vez que fuese descubierta nuestra huida? Se sabía que había sido llamado por su madre, y obedeció y regresó el mismo día de la deserción. La venganza que no podía tomarse su madre podría caer sobre él para conseguir una presa mayor. Y a veces aquellas dos mujeres, un instante después de maldecirle, se preguntaban con inquietud cómo le iría, y si no estaría preso en Criccieth con su padre y su hermano.

En cuando a mí, aprendí dolorosamente a montar, si no bien, tenazmente y sin quejarme. Cuidaba de los dos niños menores, escribí una o dos cartas de llamamiento de *Lady* Senena para aquellos señores ingleses a los que mejor conocía por contacto o reputación, alentando su causa, e hice cualquier trabajo propio de un escribano que surgió. Pero por mucho que me familiaricé con el punto de vista de la señora, no me pude olvidar del de su hijo. Nunca pude averiguar cuál de los dos tenía razón, porque ambos eran honestos, y ambos decían la verdad, aunque partieron por caminos opuestos. Sin embargo, al ir en el grupo que había ido por un lado, no escuché más que su parte del caso, y las cosas que se repiten una y otra vez sin ninguna oposición terminan entrando de manera natural en el oído. Así que viré con el viento, como otros hombres mayores que yo, y fui de la misma opinión que la señora antes de llegar a Shrewsbury, lo que hicimos, con salvoconductos del consejo del rey, el cuarto día de agosto del año mil doscientos cuarenta y uno.

# CAPÍTULO II

Shrewsbury es una ciudad noble, formidablemente amurallada por todas partes y cercada por el Severn, salvo en un estrecho istmo de tierra abierto al norte, ya que toda la ciudad se encuentra en un recodo de ese río. Tiene tres puertas, dos de ellas dominando los puentes que llevan, uno hacia el interior de Inglaterra por el este, y otro hacia Gales por el oeste, y la tercera puerta se encuentra en la lengua de tierra seca, bajo la sombra de un gran castillo. Desde entonces he visto ciudades más grandes, pero no más hermosas. Pero cuando entramos por la puerta galesa, sobre esa ancha curva del río y bajo la alta torre del puente, ese día caluroso de agosto, vi dicha ciudad por primera vez en mi vida, y la creí más maravillosa de lo que puedo contar. Y es que en Gales, en aquella época, habíamos tomado prestado muy poco de esta bulliciosa vida inglesa que nos empujaba desde un flanco, que usaba moneda acuñada, y mercados, de los cuales apenas teníamos ninguno, y vivía en casas de piedra que no podían ser abandonadas en caso de necesidad, porque eran demasiado valiosas, y cultivaba cosechas por orden que ataban a los hombres a una tierra. Y por encima de todo, pocos de nosotros habíamos visto alguna vez lo que los ingleses llamaban una ciudad.

*Lady* Senena había enviado por delante a su mayordomo para tratar con los alguaciles de la ciudad, que ya contaba con una recomendación de John Lestrange, que era *sheriff* del condado. Nos recibieron en la puerta, y fuimos conducidos a una gran casa cerca de la iglesia de San Alkmund (porque esta ciudad tenía cuatro iglesias parroquiales dentro de sus muros) donde íbamos a ser alojados. En su interior había bastante sitio para la señora y sus hijos y sus oficiales, y aquellos miembros de su escolta y sirvientes casados recibieron lo mejor de lo que quedaba, mientras que los

hombres jóvenes consiguieron un alojamiento razonablemente bueno en un granero y un almacén en el patio. Y fue señal de cierto respeto que nuestro grupo obtuviera tanta consideración, ya que Shrewsbury estaba atestada de gente. El rey Henry y su corte y sus ministros llevaban tres días en la ciudad, y muchos de sus barones y señores estaban instalados con él en los pabellones de invitados de la abadía de San Pedro y San Pablo, fuera de los muros junto a la puerta inglesa. Los principales terratenientes y sus caballeros estaban acuartelados en el castillo, o donde pudiesen encontrar alojamiento en casas y tiendas dentro de los muros, y la parte principal del ejército, una gran hueste, acampaba en los terrenos situados junto al portón del castillo.

Pero este número, por grande que fuera, no era sino la mitad del tropel que había llegado hasta Shrewsbury. Había muchos clientes ansiosos por alistarse a favor del rey Henry, además de *Lady* Senena. Todos aquellos señores fronterizos que habían perdido tierra ante Llewelyn el Grande, y que habían estado intentando recuperarla de su hijo todos esos meses pasados mediante presiones legales, habían acudido corriendo bajo el estandarte real, esperando roer los huesos. Los principales litigantes eran Roger de Montalt, el senescal de Chester, al que habían mantenido fuera de Mold durante muchos años, Ralph Mortimer, que tuvo problemas con sus vecinos galeses en Kerry, y Griffith ap Gwenwynwyn, que reclamaba la mayor parte del sur de Powys por derecho de su padre. Este Griffith ap Gwenwynwyn era un hombre de veintisiete años, y no era más que un infante cuando su padre lo perdió todo ante Llewelyn de Gwynedd. Estaba casado con Hawise, una hija del *sheriff*, John Lestrange, que tenía tres condados fronterizos a su cuidado, y que además era justicia de Chester, un aliado muy poderoso. Los ingleses llamaban a este jefe galés Griffith de la Pole, por el castillo de Pool, que era la principal sede de su familia; y, efectivamente, este joven había pasado tanto tiempo entre los ingleses que era más un barón fronterizo que un jefe galés, por no hablar de la influencia de su esposa, que era una dama muy fuerte y terca. Pero aparte de éstos, también había bastantes príncipes menores galeses para unirse al estandarte real, algunos porque se sentían más seguros jurando lealtad a Inglaterra que a Gwynedd, algunos con sus propios motivos de queja por tierras, como el señor

de Bromfield, algunos porque apoyaban la causa de lord Griffith, y habían concebido la misma esperanza que su señora, algunos con la aspiración de arrebatar una migaja o dos de la ruina de David para ellos mismos, con o sin derecho, lo que era esperanzador para *Lady* Senena, que no se encontró sin partidarios ni aliados en esta ciudad extranjera.

Pero si la perspectiva era halagüeña para ella, parecía bastante negra para David, con todo este gran ejército dispuesto contra él, y en este verano cuando el mundo estaba del revés. Y es que casi nunca antes había habido un año con los caudales de los ríos tan bajos, esas aguas con las que Gwynedd contaba para la mitad de su defensa. No había llovido desde la primavera, el sol salía brillante cada mañana y se ocultaba sin nubes cada noche, las charcas se secaban y los pantanos se convertían en llanuras secas. Y todos aquellos partidarios de lord Griffith afilaban sus espadas y contemplaban los cielos con regocijo, esperando la orden de marcha.

*Lady* Senena envió un mensajero enseguida a la abadía, para pedir una audiencia con el rey, y sus funcionarios la citaron para el duodécimo día de agosto. Por tanto teníamos bastante tiempo para esperar, y para redactar con detalle la petición que tenía intención de presentar, junto con sus propuestas para una alianza que sería beneficiosa para ambas partes. Esto mantuvo a su mayordomo y su escribano ocupados durante algunos días, y fui empleado para ayudar a preparar copias en limpio de las cláusulas, porque había aprendido a escribir con buena letra. También tuve que ayudar a mi madre a cuidar a los dos jóvenes príncipes, ya que ahora una de las responsabilidades de mi madre era ser la dama de compañía de *Lady* Gladys, con lo que yo me quedé con gran parte de la tarea de ocuparme de los niños. Y como sentían mucha curiosidad y asombro hacia esta extraña y bulliciosa ciudad, pude pasear con ellos por las calles, quedándome boquiabierto ante todo como hacían los niños, porque todo era tan nuevo para mí como para ellos. Jamás había imaginado tantos edificios hermosos, tantas tiendas y puestos de mercado, y tal desfile desconcertante de gente. Las cuatro iglesias nobles eran de piedra, las casas principalmente de madera, pero grandes y espléndidas, las calles tan llenas de vida que parecía que todos los negocios del reino habían seguido hasta aquí a la corte, y

que Londres debía estar vacío. Y continuamente este cielo azul implacable sobre todo, muy hermoso, muy ominoso.

Cuando llegó el día, la señora hizo que su hija, que se estaba volviendo muy hermosa, se vistiera con gran cuidado para adornar su belleza, y los dos muchachos fueran todo lo imponentes que pudieran. Rhodri, el mayor, era un chico caprichoso y de carácter impredecible, pero cuando se mostraba amable era agradable, y David siempre tenía, incluso entonces, con solo cinco años de edad, un gran sentido de la oportunidad, y podía encender cuando quería un farol interno de encanto y gracia, con el que realmente brillaba, y las mujeres en especial se sentían atraídas hacia él como las polillas a una llama. No sé por qué era, ya que yo no le prestaba más atención que a su hermano, pero David estaba más unido a mí, y fue porque quiso que le acompañara que yo fui de la partida que se presentó ante el rey.

Fuimos a pie, ya que no estaba lejos. Sólo *Lady* Senena y su hija iban en una litera, ya que no era apropiado para ellas que llegaran a pie a la audiencia del rey. El camino fue por una calle buena y curva que bajaba abruptamente al puente en el lado inglés, donde había una puerta doble, la primera un profundo túnel en la muralla de la ciudad, y después una torre situada sobre el mismo puente, cuyo último tramo era un puente levadizo. Y más allá del puente, donde un arroyo desembocaba en el río, se encontraban los talleres de la abadía, y el muro y la casa del guarda del gran recinto se elevaban brillantes bajo la inagotable luz del sol, con la torre cuadrada de la iglesia por encima de todo. Pasamos en procesión sobre el puente y por el ancho camino hasta la puerta, y después a las casas de invitados donde el rey Henry tenía su corte. En la antesala nos recibió su chambelán, y entró antes que nosotros para anunciar a la señora.

Ella cogió la petición, cuidadosamente escrita y enrollada y sellada con el lacre personal de lord Griffith, que siempre llevaba encima, y nos formó en orden tras de ella, y así acudimos al brillo y fulgor de la presencia real, ella en primer lugar y en solitario, su hija tras ella con mi madre, Rhodri llevado por el mayordomo, y yo con David cogido de mi mano. Y de todos nosotros él era el menos impresionado y el más relajado.

Era una sala enorme, cubierta de tapices y verdes ramos y

brillantes sedas, y llena de gente. La señora se detuvo en cuanto franqueó la entrada, y lo mismo hicimos todos, e hizo una profunda reverencia al trono. Luego, mientras avanzábamos de nuevo siguiendo las órdenes del chambelán, levanté la vista, y miré por vez primera al rey Henry de Inglaterra, el tercero con ese nombre.

Estaba sentado en un sillón de respaldo alto en el extremo del estrado de la habitación, con un numeroso grupo de señores y secretarios y funcionarios a su alrededor; era un hombre de estatura media, de rostro bastante pálido, cabello castaño claro y barba cuidadosamente rizada, y largos y delgados dedos de escribano que se extendían a lo largo de los brazos de su sillón. Iba espléndido con tela de oro, y bastante enjoyado. Vi el brillo antes de ver al hombre, ya que era como una vela tenue en un pesado candelabro de oro, y aun así producía cierta atracción, también, una vez que pude ver más allá del cascarón. Supongo que entonces tendría treinta y cuatro años, y llevaba siendo rey desde niño, entre viejos cortesanos y barones, expertos, avariciosos y más listos que él, y sin embargo muchos de ellos habían caído en el desastre, mientras que él continuaba con optimismo entre los nuevos, que podrían demostrar ser tan ruinosos como los antiguos, pero también igual de transitorios. Tenía una especie de astucia inocente, leve y duradera. Nunca supe si era real o falsa, pero servía para sobrevivir. También tenía, como pudo verse, otras cualidades que le enseñaban a deshacerse de otro y salvarse a sí mismo, igual que los árboles esbeltos ceden ante el viento. Pero eso no estaba en su cara, quedaba para ser aprendido en duras lecciones por aquellos menos flexibles. Aquel día nos sonrió con gran dulzura y gracia, y fue todo consuelo y serenidad. Lo único que me hizo estremecerme fue una señal de su cuerpo, que no podía evitar. Tenía un párpado que le colgaba un poco más que el otro, cayendo sobre el castaño claro de su ojo. Me provocó una extraña sensación de desconfianza, aunque una mitad de mí quería estar ciega ante lo que la otra mitad sentía, y no admitiría ninguna responsabilidad por ello en el futuro. Pero aquélla era una ilusión injusta, y pronto la olvidé.

Fue amable, se inclinó hacia delante y extendió una mano hacia *Lady* Senena, y ella se hincó de rodillas ante él, la tomó con su propia mano y la besó. Y ella sabía cómo hacer todo aquello sin perder una pulgada de su estatura o una pizca de su grandeza, por

poco atractiva que fuese, y madre de cinco hijos, en esta corte repleta de jóvenes y bellos. El rey la habría levantado de inmediato, pero ella se resistió, reteniendo su mano entre las suyas. Elevó el rollo de su petición, y lo sostuvo ante él. A pesar de lo que hubiese pensado antes, y por dividido que estuviese entre lealtades enfrentadas, en aquel momento fui totalmente suyo. Y el niño que se agarraba a mi mano creció por el orgullo, y brilló aún más.

—Mi señor —dijo *Lady* Senena— pido a su Excelencia que reciba y considere la súplica de una esposa privada de su señor por su injusto encarcelamiento y más vergonzoso desheredamiento, totalmente contrario a la ley. Me entrego a mí misma y a mis hijos a cuidado de su Excelencia, como fianza de mi buena fe y lealtad y la de mi señor a su Excelencia. Y os pido la justicia que se ha negado en otra parte.

Mientras cogía el rollo, y a la vez que un escribano se lo quitaba expertamente de su mano casi antes de tocarlo, dijo:

—Señora, hemos escuchado y nos compadecemos de vuestra difícil situación, y somos conscientes de vuestros pesares. Aquí estáis a salvo, y sois bienvenida. En el futuro seréis escuchada sin obstáculo. —Aquí no habría regateos, era hora de calibrar y pensar, antes de que la letra pequeña que había puesto en esas cláusulas llegase a ser examinada por ojos más viejos y fríos que los míos. Pero la levantó galantemente, e hizo que se sentara junto a sus rodillas en un taburete dorado que pusieron para ella. Y ella, aunque juro que nunca había interpretado dicho papel antes, lo hizo con un espíritu tan grande que en verdad la amé por vez primera. Cruzó sus manos en su vestido como un santo, y sólo con el movimiento de su cabeza nos llamó para que avanzásemos de uno en uno.

—Presento a su Excelencia a mi hija Gladys…

La muchacha inclinó sus ágiles rodillas y esbelto cuello, muy oscura e inteligente en cada gesto y movimiento, besó la mano del rey, y levantó sus largas pestañas y le miró a la cara. Era curiosidad y no descaro. Vi sorprenderse al rey, atraído y divertido. La joven no vio otra cosa que la blanca cara de un hombre sonriéndole, y devolvió la sonrisa, maravillosamente. Estaba entre niña y mujer, aunque la niña llevaba la delantera. Realmente era muy bella, más de lo que era consciente.

—Mi hijo Rhodri. Ya he informado a su Excelencia que mi hijo mayor, Owen, está prisionero con su padre, en contra de todo honor.

—Lo sé —dijo el rey—. Muchacho, sé bienvenido. —Ni una palabra de Llewelyn, el segundo hijo. No podía ayudar a su causa aquí, le apartó de su mente, como si ya no viviese.

—Mi hijo menor, David.

Solté su mano, y le di un suave empujón hacia el trono, pero no lo necesitaba, sabía todo lo que se esperaba de él, y fue con su paso otorgado por Dios un poco más allá. Bailó, no hay otra palabra, hasta el escalón del trono, y posó su flor en forma de boca en la mano del rey. Alzó la vista y sonrió. Escuché a todas las mujeres (no había muchas, pero eran nobles y de gran influencia) exhalar un sonido como algo entre el suspirar del mar y el arrullar de las palomas, ya que efectivamente era un niño de lo más encantador y hermoso. Y el rey, divertido y encantado, lo levantó y se lo entregó suavemente a su madre, y se quedó de pie junto a ella nada avergonzado, y miró a su alrededor, sonriendo, consciente de la aprobación general. Me retiré silenciosamente hacia las sombras, ya que no se me necesitaba más, no hasta que el muchacho se acordase de mí y me requiriese, y eso no sucedería mientras se mantuviese su interés. Nunca había estado más feliz, sabía que todos los ojos estaban puestos en él, y todos los labios le sonreían, incluso los del rey. Henry dejó un dedo alzado en su mano cerrada, y sólo lo retiró cuando la mano se relajó por sí sola, y dejó marchar al prisionero real.

Dicen que era un padre cariñoso e indulgente con sus hijos, aunque propenso a cansarse de su compañía si pasaban con él mucho tiempo, y a enfadarse si le incordiaban. Su hijo y heredero acababa de cumplir su segundo año, y la reina tenía un segundo niño en brazos, pero todos ellos se habían quedado en el sur, y supongo que le resultaba agradable jugar dulcemente durante algunos minutos con un hermoso niño de cuya compañía se podía librar en cuanto se volviese fastidiosa. En aquella audiencia habló con la misma frecuencia al muchacho que a su madre, y obtuvo las respuestas del chico fácilmente. Preguntó por sus aventuras en este gran viaje, y David parloteó generosamente acerca del trayecto, y de las maravillas que había visto en Shrewsbury. Y cuando se le

preguntó qué sería y haría cuando fuera mayor, dijo atrevidamente que sería uno de los caballeros del rey. Su madre le echó una mirada rápida entornando los ojos, dudosa como yo de que lo hubiese dicho inocentemente, ya que los niños inteligentes, incluso con cinco años, saben muy bien lo que agradará. Pero como surtió efecto no dijo palabra de sus dudas, en ese momento o después. No tiene nada de malo aceptar ayuda donde la encuentres.

Por tanto esta audiencia pública fue muy bien, y dio pie a la conferencia privada que se fijó para el día siguiente, y *Lady* Senena hizo una reverencia de despedida y lideró su procesión de vuelta a su alojamiento razonablemente contenta.

Y en las duras negociaciones que siguieron en este consejo en la abadía, más serio después del espectáculo, no estuve presente, y no puedo hablar de lo que aconteció. Al principio sólo estuvieron presentes *Lady* Senena y su mayordomo de nuestra parte, y por la corona el propio rey Henry para parte del debate, y con él su canciller y su secretario. Y después de que se hubiesen acordado los términos, se llamó a algunos de los barones fronterizos y los jefes galeses para aprobarlo y firmarlo como garantes. Pero conozco los términos, porque se me pidió que hiciera copias en limpio antes de que el acuerdo se hiciera público, dos días después. Me parecía bastante curioso, porque no sabía nada del dinero, el dinero acuñado que valoraban, y no podía concebir que la libertad y los derechos de un hombre fuesen calculados con las piezas redondas de metal que acuñaban en esta ciudad.

Sin embargo así era, ya que el dinero entraba en toda transacción. Tras todas sus conferencias, el rey Henry se comprometió, en la campaña que tenía intención de emprender contra el príncipe de Gwynedd, a liberar de su prisión a lord Griffith a cambio de la suma de seiscientos marcos, y a devolverle su parte legítima de la herencia por trescientos más, una tercera parte de la suma a pagarse en moneda, y el resto en ganado y caballos. Y una comisión de tasadores lícitos había de examinar el ganado ofrecido como pago, cuando se entregara al *sheriff* en Shrewsbury, para asegurarse doblemente de que su valor era igual a la cantidad debida. Muchos de los señores fronterizos y príncipes galeses añadieron sus firmas a este documento como seguridad. Y *Lady* Senena se puso a sí misma y a sus hijos bajo la protección del

rey Henry, y a sus dos hijos menores específicamente a su cargo, como prendas por la futura lealtad feudal de ella y de su marido.

No sé si estaba completamente satisfecha con este acuerdo, pero fue el mejor que pudo obtener, y creo que creía con seguridad que sería de corta duración y se resolvería pronto, y que la devolución de la mitad de Gwynedd a su señor aliviaría la cuestión del pago. Ella escuchaba con gran entusiasmo todos los chismes de la ciudad, y prestó atención a todas las nuevas relacionadas con los preparativos del rey, que realmente eran impresionantes. Y la estación proseguía sin una nube, y los ríos se encogieron en meros chorrillos en los serpenteantes centros de sus lechos, incluso el Severn estaba tan bajo que un hombre podía vadearlo por donde antes no existían vados. Todos los hombres decían que bastaba con marchar sobre Gales, y que la guerra esquiva que preferían los galeses y en la que sobresalían sería imposible, porque un ejército podría marchar por lugares donde normalmente lo evitarían, por pantanos y riachuelos montañosos. Y en un mes todo habría acabado.

Y por una vez los hombres dijeron la verdad, ya que en un mes todo había acabado.

Cuando el ejército partió nos quedamos en nuestros alojamientos en Shrewsbury, como invitados del rey Henry. Después de su marcha, la ciudad parecía silenciosa, pero con una tranquilidad ominosa, y durante algún tiempo no llegaron noticias. Marcharon hacia Chester, donde se ordenó a los nobles del norte con sus caballeros que se uniesen al grupo, y desde allí avanzaron hacia el oeste sin obstáculo por Tegaingl, y llegaron al río Clwyd, que no supuso ninguna dificultad para ellos, y cruzaron los grandes pantanos que rodean Rhuddlan sin mojarse el calzado, como en un campo seco, y tan rápido que el príncipe David se vio obligado a retirarse para no quedarse aislado de sus montañas. Pero incluso las montañas le traicionaron, porque no le ofrecieron lluvias ni nubes ni brumas para cubrirle. Nunca se había conocido una estación así en Snowdon. Cuando estuvo claro que debía abandonarlo, arrasó hasta los cimientos su castillo de Degannwy, en el lado de acá de Conway, y evitó un choque directo de su ejército con el enemigo, pensando que eso lo destruiría. Al final prefirió solicitar la paz antes que continuar una guerra que no podía ganarse, sino perderse con

un gran derramamiento de sangre o con ninguno.

En Gwern Eigron, junto al río Elwy, el vigésimo octavo día de agosto, el príncipe de Gwynedd se rindió según las condiciones impuestas por el rey, y el pacto fue confirmado dos días después en la tienda del rey Henry en Rhuddlan. Debía haber sido una reunión dura y amarga entre estos dos, tío y sobrino aunque de edad similar, parientes y enemigos. Y duras y amargas fueron las condiciones de la rendición, aunque David mantuvo su rango y los restos de su principado.

El rumor del fin de la contienda nos llegó a Shrewsbury a principios de septiembre, mientras el ejército seguía en Chester. *Lady* Senena mandaba preguntar al *sheriff* o los alguaciles nuevas de lo que más le preocupaba, la suerte de su señor, y recuerdo bien el día en que su mayordomo regresó del castillo finalmente con los detalles. Ella estaba en el comedor cuando llegó, y yo estaba escribiendo para ella una carta más de las muchas con las cuales había seguido solicitando por todas partes el favor de los poderosos, especialmente de aquellos señores que se encontraban a lo largo de la frontera norte. Por lo tanto estuve presente cuando recibió la nueva que esperaba.

—Señora —dijo el anciano, resplandeciendo con regocijo e importancia, porque siempre es bueno ser el portador de noticias anheladas y totalmente bienvenidas— lord Griffith ha sido liberado, y entregado a su Excelencia en Chester, y vuestro hijo con él. Regresarán con el rey antes de que acabe la semana.

Apretó sus manos y se sonrojó hasta la frente con el gozo, como una joven, y agradeció fervientemente a Dios esta liberación. Y le preguntó intensamente por aquellas otras cuestiones, ya que era buena odiando, al igual que era fiel amando.

—¿Y las condiciones? ¿Qué es de todas aquellas tierras reclamadas, Powys, Mold, todas aquellas conquistas que su padre arrebató? ¿David las cede todas? ¿Todas?

—¡Todas! —dijo—. Todo lo que Llewelyn Fawr tomó por la fuerza de las armas vuelve a aquellos que lo reclaman. Montalt recupera Mold después de cuarenta años. El hijo de Gwenwynwyn se establecerá en Powys, y Merioneth vuelve a los hijos de Meredith. Todos los príncipes galeses que solían mantenerse al margen de la corona tienen que volver a ella. ¡Ha perdido todo por

lo que luchó!

Entonces acudió a mi mente el extraño pensamiento de que no estaba escuchando hablar a una princesa galesa y a su ayudante, sino a voces inglesas regocijándose por la derrota de Gales.

—¿Qué? ¿Todos los homenajes que pertenecían al rey John tienen que volver a la corona? ¡Una gran pérdida!

Y pensé como el Gwynedd que buscaba ver dividido ahora por la fuerza entre lord Griffith y su hermano estaba reducido por todas aquellas lealtades, y me maravillé de cómo podía estar contenta por ello, pese al amor hacia su señor, porque seguramente él también fuese un perdedor, o en el mejor de los casos sólo se quedase con un principado escaso. Pero ella no veía ninguna deslealtad en su razonamiento.

—¡Y David pagará! —dijo con pasión—. ¡También los gastos de esta guerra! El rey Henry no dejará que eso se quede sin desembolsar.

—Señora, además tiene que entregar todo el cantref de Tegaingl, y también Ellesmere, que van para la corona. Y habrá un pago adicional en dinero, una fuerte multa.

—Su justicia cae sobre su propia cabeza —dijo ella—. ¿Estará realmente mi señor antes de que acabe la semana y le veré de nuevo?

—Señora, ya está con el rey, regresan juntos. Vuestro hijo también.

—¿Y qué le corresponde a él? ¿Qué tierras se han asignado a mi señor? —Se estremeció repentinamente ante un pensamiento aterrador—. ¿Las gobernará respondiendo ante el rey? ¡No ante David! ¡Dime que no ante David!

—Directamente ante la corona, señora. Se ha acordado que la cuestión la dictaminará la corte de su Excelencia, según la costumbre galesa o la estricta ley, según se decida. Nuestro señor estará allí para hablar por él mismo.

—Entonces aún no se ha hecho ninguna división. No —dijo, pero con alguna duda y renuencia—. Entiendo que aún no podía emitirse ningún fallo. Es un asunto para la corte, a decir verdad. Entonces todo saldrá bien, e hice bien en venir. Te digo —dijo, humildemente para ella— que a veces me lo he preguntado. ¿Estoy justificada ahora?

—Señora —dijo—, mi señor está de vuelta a vos y a vuestros hijos, y lord Owen con él. ¿Qué otra respuesta necesitáis? Están libres, y vos les habéis liberado.

Se sentía tan avergonzada, y tan contenta, que derramó unas lágrimas, ella que nunca lloraba. Y llamó a sus hijos, y les dijo que su padre llegaría en unos pocos días, ante lo cual David sólo miró fijamente y pensó sin comprender demasiado, porque apenas recordaba a su padre.

También recuerdo el día que llegaron. Todos los ciudadanos de Shrewsbury estaban en las calles para ver el regreso del ejército, aunque el principal cuerpo de soldados no entró en las murallas de la ciudad. Pero el rey y sus ministros y barones cabalgaron de puerta a puerta, desde el castillo a la abadía, donde se detuvieron de nuevo durante dos noches. La casa donde nos alojábamos estaba muy cerca de la calle por donde pasaron, y bajamos entre la multitud para mirar, mientras que *Lady* Senena y *Lady* Gladys tenían un lugar en la ventana de una casa de un burgués que dominaba la ruta, y se llevaron con ellas a los chicos.

Fue un espectáculo vistoso, vivo con banderines y capas y colores, los cabellos tan frescos y hermosos como los jinetes, puesto que no había habido demasiadas penalidades o esfuerzos en esa breve guerra, ninguna armadura estaba mellada, y ningún estandarte manchado. Vimos pasar al rey, un hermoso jinete, más hermoso aún al cabalgar triunfante, ya que siempre se balanceaba entre los tejados y el fango, más alto en su exaltación y más bajo en su degradación que los hombres corrientes, y ésta era una ocasión sin tacha por ninguna duda. Yo aún no había aprendido a conocer los rostros y recursos de aquellos que le rodeaban, aunque todos me parecían lo bastante espléndidos. Les vi como una gran cabalgata de vivos colores y orgullosos rostros, no como hombres de la manera que yo era un hombre. O casi un hombre, ya que aún no tenía esos años. Éstos vivían en otro nivel. No conocía equivalente para él en Gales, donde ningún hombre se sentía menos hombre que otro, o refrenaba su lengua por temor de los más grandes. Teníamos grandes y pequeños, y todo hombre conocía su lugar en el orden, y respetaba tanto su alma como las de los demás, pero no con servilismo. En esta tierra sentí mucho asombro y placer, pero nunca estuve cómodo.

Estaba con mi madre y su marido —nunca pensé en él como mi padre en ningún aspecto— entre una muchedumbre caliente y agitada, con los cuerpos apiñados, viendo pasar a estos superiores, cuando de repente mi madre dio un gritito, y pugnó por liberar una mano, y como siempre, por tocarme, no a él. Y esto nunca llegó a suceder pero él se dio cuenta, y yo percibí su conocimiento, como un dolor penetrante y difícil de soportar. Pero ella nunca lo supo, como si lo que él sentía no pudiese alcanzarla de ningún modo. Así que me agarró con entusiasmo del hombro mientras él miraba, y gritó:

—¡Ahí está! ¡Es cierto, está libre!

Dudo que hubiese conocido por mí mismo a lord Griffith, ya que no le había visto desde que tenía cinco años. Cabalgaba entre un grupo de señores no muy por detrás de la partida del rey, en un caballo alto y huesudo, y era un hombre enorme, vigoroso y fuerte, y no había perdido peso durante su encarcelamiento. Sacaba casi una cabeza al rey Henry, y aunque tenía blanca la cara por estar tanto tiempo alejado del sol, por lo demás no parecía tener mala salud, y ahora estaba, como su dama, de buen ánimo. No puedo más que suponer de qué bolsillo salieron las ropas y montura proporcionadas para esta cabalgata, aunque creo que todo lo que tenía había venido del rey Henry. Iba bien vestido, y su cabello y barba, que eran de color rojizo claro como el pelo de Rhodri, elegantemente cortados. Un poco por detrás de él iba un muchacho grande de unos catorce años, muy corpulento como su padre, pero con su espesa mata de pelo, que estaba descubierta al sol, de color rojo ardiente, casi tan rojo como las amapolas en los promontorios de los campos ingleses. Y ése era Owen Goch, el hijo primogénito.

Pasaron junto a nosotros, pálidos por su prisión pero radiantes de gozo en su triunfo, y la gente les señaló como los príncipes galeses, y ondearon manos y pañuelos. *Lady* Senena se sentó inmóvil y callada en su ventana, con lágrimas en sus mejillas, pero su hija se inclinó hacia delante y sacudió un pañuelo de seda chillando en la brisa, y llamó a los jinetes de modo tan estridente y alegre que lord Griffith alzó la mirada, y vio a sus mujeres llorando y riendo por el placer de verle de nuevo vivo y libre y heredero conjunto reconocido de Gwynedd. Entonces los hombres de abajo saludaron con las manos y lanzaron miradas y besos mientras

estuvieron a la vista, sus mentones en sus hombros, hasta que la curva del Wyle se los llevó, y las mujeres se abrazaron la una a la otra en un torrente de lágrimas, y abrazaron a los dos niños, y les instaron a que saludasen y lanzaran besos a la menguante figura de su padre. Esto no era más que la presentación en público, y pronto, cuando el rey Henry estuviese instalado en la abadía, podría haber una reunión privada aún más alegre.

Así pasó aquel día.

—Ahí va uno, al menos, que ha conseguido todo aquello por lo que rezó —dijo el marido de mi madre, mientras nos esforzábamos por salir de la muchedumbre en la calle, y recuperábamos el aliento en el patio de la casa. Y todos estuvimos de acuerdo, excepto quizás mi madre, que acudió a su señora muy pensativa y ausente, aunque no dijo una palabra.

Aguardamos, y esperábamos que lord Griffith viniera a nosotros y se alojara en esta misma casa, pero en vez de eso llegó un paje de la corte en la abadía trayendo un mensaje suyo, indicando que su mujer y sus hijos y todo su grupo salieran de allí para reunirse con él. Y así hizo ella, orgullosamente y a toda prisa, porque parecía que el lugar de su familia era el propio círculo del rey. Así fue en una estancia para invitados de la abadía que por fin abrazó a su señor, y también llevó hasta sus brazos a sus hijos.

Creo que había esperado, de algún modo contra toda razón, un rápido regreso a Gales, pero concedió que tenía sentido lo que él decía al indicar que eso no podía hacerse de la noche a la mañana. No habría regreso hasta que la cuestión de la división equitativa de tierras hubiese sido zanjada, y eso sólo podía ser mediante discusión, y bajo protección del rey Henry, y haría falta tiempo y paciencia. ¿Acaso importaba, cuando el fin era la justicia segura? Ella reconoció que le debían todo al rey, y debían atenerse a su juicio, puesto que el homenaje por las tierras concedidas se rendiría directamente a él. Y primero, dijo lord Griffith seguro de sí mismo, era apropiado y necesario que se trasladaran al sur hasta Londres en la comitiva del rey, como era su deseo, porque allá debía ir el derrotado David al mes siguiente, según el acuerdo, para comparecer ante un consejo de los magnates del rey y ratificar la paz. Y *Lady* Senena se alegró de eso, porque deseaba ver esa humillación causada sobre el rival y enemigo de su señor.

—Que coma el pan duro que ha repartido entre los demás —dijo vengativamente—. Nos sentaremos entre los honorables compañeros del rey, y le veremos tragárselo.

Por tanto, cuando el rey dispersó la mitad inglesa de su hueste y se trasladó al sur hacia Londres, todo nuestro grupo fue en su séquito, tal y como ella había previsto, y ella y su señor y sus hijos fueron favorecidos con la atención y conversación frecuente del rey Henry durante el viaje, y sus funcionarios estuvieron pendientes de su comodidad en cuanto hacían un alto en el camino. Se asignó una cantidad para su mantenimiento, lo bastante generosa para cubrir todos los gastos, hasta que lord Griffith estuviese establecido en sus tierras como vasallo del rey. Y a su debido tiempo llegó David ap Llewelyn, como había prometido, con la pompa que le quedaba, para reunirse con el consejo del rey Henry en el vigésimo cuarto día de octubre. Y si su porte era bastante orgulloso, y su persona galante, su humillación fue todo lo profunda que podía haber deseado *Lady* Senena, porque el rey le mermó aún más, exigiendo que Degannwy se entregara a la corona en pago por los gastos de la guerra, y David no tuvo otra opción que someterse a esta privación. Entregó todo lo que había prometido. Roger de Montalt recuperó su castillo de Mold, Griffith ap Gwenwynwyn tomó posesión de las tierras de su padre en Powys, el lugarteniente del rey en la marca del sur guarneció Builth, Degannwy pasó a la corona, y el rey comenzó la construcción de un nuevo castillo en Diserth, cerca de Rhuddlan, para contener mejor a su vecino medio arruinado. Aconteció todo lo que *Lady* Senena había previsto, salvo en un caso.

Ni ella ni lord Griffith presenciaron el despojo. Cuando llegaron a la ciudad fueron alojados de manera cómoda y exquisita, y seguían recibiendo su generosa asignación, suficiente para todas sus necesidades. Pero su alojamiento se encontraba en lo alto de la Torre de Londres, aquella gran Torre Blanca, y su intimidad bien guardada por ayudantes escogidos, aunque ninguno de su elección, bajo llave.

Se hizo tan suave y convincentemente que ella tardó más de una semana en darse cuenta que, a pesar de todas las sonrisas y promesas, había rescatado a su señor de una prisión galesa para arrojarle a una inglesa. Todo el séquito del rey se alojó en la Torre

—porque esta torre, como la llaman, es una ciudad en sí misma— en cuanto llegamos a Londres, y allí el rey Henry mantuvo la corte algunos días, mientras la parte sureña de su hueste fue dispersada de nuevo hacia sus propias tierras. Por tanto no hubo ocasión de sorprenderse porque toda nuestra partida estuviese alojada allí también, los vástagos reales en una pequeña casa dentro del jardín, con mi madre y yo a su cuidado, y el marido de mi madre como mozo y criado, y lord Griffith y su señora en una estancia bien amueblada en el gran torreón. Los hombres que había traído con ella como escolta desde Gales fueron enviados a los aposentos de la guardia con la guarnición, y el mayordomo y el escribano tenían un pequeño cuarto en otra esquina. Así estábamos distribuidos por aquella magnífica fortaleza, al alcance los unos de los otros, pero separados. Pero siendo, como era, todo el lugar una enorme casa, no hubo ocasión de sorprenderse, o preguntarse por el uso de su propia casa por parte del anfitrión y por los preparativos para sus honorables invitados.

Durante dos días ninguno de nosotros sintió la necesidad de mirar más allá de los muros, porque teníamos este nuevo y extraño mundo para examinar, y no se supo hasta que lord Griffith quiso salir para echar un vistazo curioso a Londres, en el tercer día, que las puertas eran infranqueables para él. El guardia no le permitió el paso, sin decir más que había recibido órdenes, y que no iba a cuestionarlas. Lord Griffith se dirigió en el acto al oficial de guardia, con el mismo resultado, y luego, aún de buen humor, ya que no sospechaba que fuera otra cosa que un error, o alguna equivocación acerca de quién era, al teniente. El teniente le rogó que fuese paciente, pero la orden se aplicaba a él, porque al rey le preocupaba que arriesgara su vida en las calles, donde no era conocido para los ciudadanos, aunque tal vez sí para algún galés errante amargado por la reciente guerra, ya que muchos trabajaban y estudiaban en la ciudad, y algunos que seguían la causa de David seguramente estuviesen conspirando preparándose para su llegada. Él aceptó esto como un cumplido, que el rey se esforzarse tanto por garantizar su seguridad, aunque este cuidado amable limitara sus movimientos durante un tiempo.

Pero algunos días después volvió a preguntar, cada vez más inquieto, y al serle negada la salida si las órdenes de su Excelencia

no mandaban lo contrario, solicitó una audiencia con el rey. Pero parecía que el rey Henry se había retirado unos días a Westminster, porque allí tenía asuntos inacabados con su consejo.

Quizás los tuviese, ya que en ese momento tal vez no tenía claro qué le convenía más. Si eso era cierto, en dos días más tenía que tomar una decisión, puesto que ese día lord Griffith no fue detenido en la puerta interior, sino en la puerta de sus propios aposentos. Dos oficiales, desconocidos para él, poco impresionados por él, perfectamente indiferentes a sus protestas, le informaron que tenían órdenes de permitir a *Lady* Senena salir y entrar cuando gustara, para que pudiera visitar a sus hijos cuando quisiera, saliera de paseo, o pasase la noche allí con su señor o abajo en la casa donde estaba alojada su familia. Pero él tenía que permanecer en aquellos aposentos. Ya no se molestaron en fingir que era por su propia protección. Se le proporcionaría lo que necesitase para que estuviese cómodo, seguiría recibiendo la asignación del rey, y no se le requeriría ningún servicio, pero no podía franquear la puerta de esta cámara.

Y no lo hizo, nunca más.

Fue ella la que bramó, protestó y hostigó a todo oficial que pudo encontrar con sus quejas. Él había conocido antes el cautiverio, y reconoció al instante su rostro familiar, y supo de su indefensión. Ni siquiera disfrutó del refugio que ella poseía, durante un tiempo al menos, en la incredulidad. Si pudiese llegar al rey Henry, si tan solo pudiese hablar con él en persona, todo este error grotesco se solucionaría rápidamente. Tenía su promesa, ella ya había pagado parte del precio que él había pedido, no quería creer que el rey sabía el trato que se estaba dando a su marido, o que lo toleraría por un instante si se enteraba. Por tanto fue valientemente de hombre a funcionario, de funcionario a ministro, siempre la daban largas, siempre persistente, la mandaban de uno a otro, sin obtener respuestas. En cuanto a su marido, él la dejaba hacer lo que quisiese, pero no esperaba nada.

Y aunque seguía resuelta, indignada y audaz, nunca llegó a presencia del rey Henry, porque él sabía bien cómo protegerse de la vergüenza. Seguía en su palacio de Westminster, y cuando ella suplicaba ser recibida, estaba indispuesto y no podía ver a nadie. Entonces ella recurrió a la astucia, y acudió suavemente con una

petición para alguna concesión menor al bienestar de su señor, y el rey Henry, al recibir noticias de su comportamiento manso y suplicante, la concedió una audiencia, y habló con ella afablemente de la salud de lord Griffith, prometiéndola las comodidades que solicitaba. Pero cuando cobró ánimos y habló de libertad, y de una promesa dada, el rey, aún sonriente, miró hacia otro lado, y se acabó la audiencia. Entonces ella también supo que perdía el tiempo.

No volvió enseguida a su marido, ya que estaba demasiado enojada y trastornada. Vino a nosotros para derramar su dolor y su furia, porque creía entender lo que había sucedido con ella y los suyos.

—Están conjurados —dijo—, tío y sobrino, el uno tan falso como el otro. Todo esto se acordó entre ellos, por detrás de lo que se escribió en esta paz. David, como debe hacer, entregaría todo aquello que no pudiese controlar, y lo entregaría de buena gana ya que se le prometió, se le debe haber prometido, que su hermano nunca le arrebataría la mitad de lo que quedaba. ¡Esto es lo que han hecho a mi señor entre ambos!

Había muchos, como me consta, que pensaban como ella, pero yo no creo que fuese así. Derrotado como estaba, e indefenso, ¿qué persuasión tenía David para inducir a su tío a evitar que Griffith reclamase la mitad de su menguante reino? ¡Ninguna! No había nada que tuviese para ofrecer a cambio, y el rey Henry no daba algo a cambio de nada. No, creo que había una razón oculta que movía a ese taimado personaje. Creo que había querido cumplir lo prometido, pero tras su regreso a Londres había pensado de nuevo, cuidadosamente, lo que podría suceder. Si establecía a Griffith en la mitad de Gwynedd, eliminando de este modo a la fuerza la peor enemistad entre estos dos hermanos, y convirtiéndolos en vecinos de una misma sangre que deben sacar partido de las apuradas circunstancias, ¿no llegarían a considerar, en cuanto la vieja rivalidad se hubiese calmado tras un año o dos, que tenían un interés mutuo en devolver las antiguas fronteras a su reino? ¿Y no tenían, juntos, el respaldo de todos los príncipes galeses, una solidaridad que David jamás había disfrutado? Tampoco habría pronto otro verano así, traidor y vengativo para Gales. Sí, creo que el rey Henry razonó de este modo. Si mantenía en su poder a

Griffith, sin abusar de él excesivamente para no enajenarle incurablemente, podría sostenerlo para siempre sobre la cabeza de David, el arma más fuerte contra él si alguna vez tomara sus armas para recuperar sus tierras perdidas. Un movimiento de rebelión, y Griffith podría estar en Chester con armas inglesas para respaldarle, y atraer hacia su bando a la mitad de los príncipes galeses como antes. No, mientras Griffith siguiera en manos del rey, como una espada envainada, David no podría moverse.

Estoy más firmemente convencido de esto por todo lo que el rey Henry hizo posteriormente al respecto. Por un lado, tomó toda precaución posible para asegurar a sus prisioneros de modo más inexpugnable. Enseguida se le ocurrió que una mujer enérgica como *Lady* Senena, que había tenido el coraje y la decisión de actuar por sí misma y hacer un llamamiento desde Gales a Inglaterra, podría hacer algo similar, con un foco adecuado para su causa, y hacer un llamamiento igual de intenso desde Inglaterra a Gales. Ahora no podía usar a su marido, salvo como un símbolo lejano, poco apropiado para alzar a hombres en armas, pero todavía estaba Owen Goch, la imagen de su padre y ahora, según la costumbre galesa, un hombre. Así, con toda adulación y consideración, pero implacablemente, Owen Goch fue sacado de nuestra casa, con el pretexto de ofrecer algo más adecuado al heredero de su padre, y se le hizo prisionero en una estancia en lo alto del torreón, como a lord Griffith. Cierto es que se le permitía pasear dentro de los muros, pero con un acompañante que en realidad era un guardia, y armado. No se pensó que los hijos menores supusieran ninguna amenaza, y se les dio rienda suelta. Y la señora, mientras sus polluelos estuviesen encerrados en el gallinero aquí (todos menos uno, y de aquel extraviado no se supo nada desde Gales ni se le mencionó en Inglaterra) no les abandonaría. Además, todos los hombres de armas galeses fueron alejados paulatinamente de la torre. Algunos, me consta, se alistaron en los hombres del rey, otros, imagino, desaparecieron cuando David se cubrió con los harapos de su realeza y volvió a casa. Sólo quedamos aquellos que cuidábamos de los niños. Sin duda parecíamos lo bastante inofensivos. Incluso los criados que atendían a Griffith y a su señora ahora eran ingleses. Dejaron en paz al viejo mayordomo hasta que murió en invierno, ya que tenía más de sesenta años. Y el escribano desapareció para

realizar algún otro trabajo, ya que se me consideraba lo suficientemente hábil para arreglármelas solo, si a partir de entonces surgía la necesidad de redactar documentos en galés e inglés. Así nos despojaron de los recuerdos de nuestro país.

Pero por otra parte, el rey no se sentía inclinado a enajenarnos del todo, una vez que nos tuvo asegurados. En cuanto supo que *Lady* Senena había caído en un estado entre la resignación y la desesperación, y que aceptaba su destino, fue invitada con frecuencia y por derecho a acompañar a la reina, y se convirtió en una cierta figura de esta corte. Y como ella no podía hacer nada respecto a su privación, cogió lo que pudo y sacó el mejor partido posible, y como creo, aquellas dos mujeres resueltas y de fuerte carácter se llevaron bien por su semejanza, aunque si se hubiesen conocido en términos de igualdad tal vez hubieran chocado por esa misma razón. Pero la reina podía ser generosa y afectuosa sin condescendencia con alguien que no fuese una rival, y *Lady* Senena podía comportarse con dignidad con la que se sentía al mismo tiempo acreedora y deudora. *Lady* Gladys, también, con su belleza en ciernes, se convirtió en una figura admirada entre las jóvenes del séquito de la reina, y era una de sus preferidas, y tras unos meses comenzaron los rumores de que se podría acordar una buena boda para ella. En cuanto a los dos hijos pequeños, iban y venían libremente por la corte con otros niños nobles, y como eran muy jóvenes, pronto consideraron que esta situación de abundancia era suya por derecho, y olvidaron las costumbres y hábitos más austeros de Gales. David en particular, con su belleza y sus modales encantadores, se había ganado a todas las mujeres nobles, y se convirtió incluso en favorito del rey. Y seguramente este encarcelamiento les parecía una vacación, ya que nunca habían estado tan mimados y habían vivido tan bien.

De este modo cuidaba sus intereses el rey Henry, manteniendo a sus títeres a mano, pero tratándoles con consideración y honor fingidos para mantenerles afilados y listos para usar si fuera necesario. Y su eficacia quedó clara, porque ese año acabó sin una palabra de disturbios en Gales, y durante los dos años siguientes se mantuvo la misma tranquilidad. David de Gwynedd conocía demasiado bien la espada que se cernía sobre su cabeza, y actuó pacíficamente, preocupándose de su mutilado principado y

esperando su momento, sin hacer ningún movimiento en falso.
En cuanto a nosotros, ¿qué se puede contar? A primera vista vivíamos una vida increíblemente tranquila, pero era una tranquilidad furtiva y vigilante, en la que todos menos los niños nos movíamos aguantando la respiración. Sin embargo ningún hombre puede vivir siempre tenso como la cuerda de un arco, y recuerdo días en los que nuestra vida parecía lo bastante agradable, dado que estábamos cómodos y bien alimentados, y como los niños nos acercábamos peligrosamente a contentarnos con ella.

Pero no la señora. No dijo una palabra de su gran pesar, pero en su corazón no pensaba en otra cosa. Creo que al principio esperaba que David se rebelara de nuevo, lo que haría que su marido saliera a toda prisa de su cárcel y fuera enviado con un gran ejército para arrancarle la lealtad galesa. Pero a medida que se acababa el lento año, y se mantenía la paz insegura, perdió la esperanza de esto, y pasó las horas pensando en alguna otra manera. Y confió en el único galés que le quedaba, aparte de mí, que aún era un muchacho, y ése era el marido de mi madre.

Era normal que esos dos terminaran siendo inseparables, porque después de ella, y sin duda del propio lord Griffith, el marido de mi madre era el más infeliz de todos nosotros, ya que esa relajación perezosa que medraba en el resto de nosotros en esta prisión lujosa era imposible para él. En su boca no había otro sabor que el de la hiel, y alrededor de él no había más que invierno y frío; su tormento era perpetuo, ya que mi madre siempre estaba ante su rostro y a su lado, e incluso en su lecho, y en todo momento sumisa y obediente, y en todo momento indiferente hacia él, y para entonces estaba seguro, lo admitiese o no, que no podía hacer nada al respecto antes de la muerte para cambiarla a ella o a sí mismo. La tenía, y nunca la tendría. Él podía haber resistido su odio, pero como ella no podía amarle, tampoco podía odiarle. Ella tenía treinta y cuatro años, era más bella que de joven, y no podía vivir felizmente con ella ni sin ella.

Así que al menos fue un cierto consuelo para su inquietud que *Lady* Senena comenzase a usarle como recopilador de rumores en la Torre. No disfrutaba de su confianza, pero yo veía que pasaba gran parte de su tiempo caminando por la fortaleza, observando a qué horas se producía el cambio de la guardia en cada puerta, y cuando

hacían sus rondas los guardianes, y todo aquello relacionado con la rutina diaria de esta ciudad dentro de una ciudad. Para este fin simpatizó y fue útil a los guardias, y les hizo creer, seguramente con sinceridad, que estaba cansado y descontento por la falta de trabajo, con lo que en unas semanas tenía algunos conocidos entre ellos que estaban dispuestos a usarle como mensajero, y que hablaban de buena gana con él. Hizo todo esto tan pacientemente que a algunos podía considerarles sus amigos. De ellos se enteró de más noticias de Gales de las que se escuchaban en la corte, donde *Lady* Senena podía saberlas por sí misma. Además, al saber tanto de caballos, consiguió ser bien recibido en las cuadras, y estuvo varias veces entre los mozos de cuadra que fueron a comprar o mirar en las ferias ecuestres de Smithfield los viernes. Y por lo que sé, después de la segunda de dichas ocasiones *Lady* Senena le entregó dinero para ciertos asuntos suyos.

Era a finales de otoño del año mil doscientos cuarenta y tres cuando regresó del mundo exterior tras un viaje para comprar ponis de carga, y se reunió un instante, como era normal, con la señora. Fue cuando llegaron a la sala donde yo estaba sentado con mi madre y los niños cuando se volvió y la miró de nuevo, y con atención, a los ojos, y dijo:

—Señora, he oído hablar de vuestro hijo Llewelyn.

Fue la primera vez que ese nombre había sido pronunciado abiertamente entre nosotros desde que dejamos Shrewsbury, aunque no sé lo que ella había contado a su señor en privado. Se detuvo como si se hubiese convertido en hielo, y no pude leer nada en su rostro, ni hostilidad ni ternura.

—¿Qué pueden saber los tratantes de caballos de Londres de mi hijo Llewelyn? —dijo en una voz tan impenetrable como su semblante.

—Lo escuché de un tratante de Hereford que compra ponis de montaña galeses, y llega hasta Montgomery —dijo. No volvió a mirarla, y no habló hasta que ella preguntó.

—¿Y qué dice este tratante de mi hijo?

—Dos boyeros llegaron desde Berwyn con ponis. Le dijeron que fueron criados en las tierras de su señor en Penllyn. Y el nombre de su señor era Llewelyn ap Griffith. Vive, señora, y está bien, ha llegado a la edad adulta y está establecido en sus propias tierras.

—Gracias a su tío —dijo, tan secamente que no pude distinguir si había amargura o asombro, o si se alegraba de corazón que estuviese vivo y libre, y en cierto modo fuese un príncipe, o si le guardaba rencor por todo, especialmente por su libertad—. Así que al fin consiguió su pago —dijo— por traicionarme. ¿Por qué otra cosa debería darle David una propiedad, quedándole tan poca cosa para sí mismo?

El marido de mi madre habló de manera terminante, porque tenía la franqueza galesa de aquéllos a los que servía.

—Señora, si os hubiese traicionado jamás habríamos llegado a la frontera. ¿Creéis que un mensajero con buena montura no pudo moverse más rápido que nosotros, con dos literas y un montón de niños? Obtuvo su *commote* por servir como soldado. Sus hombres dijeron que combatió junto a su tío en Rhuddlan.

—Allí hubo escaso derramamiento de sangre —dijo bruscamente — y poca lucha. —Pero no puedo estar seguro si lo dijo para hacer de menos lo que había hecho o para tranquilizarse a sí misma ante un peligro que no había sabido que había corrido uno de sus hijos. Y después dijo en un grito acallado, apretándose las manos:

—¡Aún no tenía trece años!

Entonces supe que a pesar de las duras apariencias, y la amargura que la partía en dos en todo lo relacionado con él, seguía amándole.

Ese invierno llegó y se fue con tiempo húmedo y templado, sin apenas heladas salvo una rociada de escarcha por las mañanas, llevada por la lluvia o fundida por la tenue luz del sol mucho antes de mediodía. Y observé que diariamente *Lady* Senena observaba los cielos y el viento, y esperaba su momento, y a menudo hablaba en privado durante breves instantes con el marido de mi madre. En febrero, cuando por vez primera el auténtico invierno trajo una buena nevada y una helada para que cuajara, me pareció que sus ojos se volvieron más atentos y vivos, como si esto fuese lo único que habían estado esperando. Y cuando la nieve duró los últimos diez días de febrero, con cada día respiraban con más facilidad y optimismo, y hablaban del tiempo como si tuviera más significado para ellos que para nosotros, y de cómo se rumoreaba que los grandes pantanos de Moorfields, junto a la puerta norte de la ciudad, estaban congelados y duros como la roca, pero con

demasiada nieve como para practicar deportes, con lo que los jóvenes que iban a jugar se veían obligados a barrer zonas de hielo para sus juegos. Y pensé que esa salida de la ciudad sería la más rápida y secreta, una vez que se superara el pantano, ya que el bosque estaba más cerca por ese lado. Pero no me contaron nada, y yo no pregunté.

El último día de febrero fue igual que todos los anteriores. El marido de mi madre se marchó por la tarde y no volvió con la noche, pero *Lady* Senena llegó en el crepúsculo de ver a su señor, y nos dijo que pasaría la noche en nuestra estancia, porque lord Griffith se sentía algo indispuesto, y le había suplicado que descansase, y a los guardias les había dicho que no le molestaran hasta la mañana.

No sé lo que contó a mi madre, pero aquellas dos mujeres durmieron —o al menos yacieron, ya que creo que no durmieron nada durante la mayor parte de la noche— en la misma cama esa noche, y sé que hablaron mucho, ya que escuchaba sus voces cuando me removía en mi propio sueño. La muchacha tenía una pequeña cámara propia, y los chicos dormían como los niños, con entusiasmo y profundamente. Me encontraba a oscuras, escuchando a esas dos voces acalladas que hablaban sin palabras distinguibles, la de mi madre de tono más grave, y al escucharlas juntas, mucho más tranquila y segura, y la de la señora tirante, frágil e implorante, como la de alguien perdido en la oración. Dudo que no se la escuchara.

Se durmió cerca del amanecer. Cuando la primera luz llegó yo estaba intranquilo con el silencio, y me levanté y me puse las calzas, la camisa y el jubón, y fui sigilosamente y levanté el pestillo de la gran cámara, para asegurarme de que vivían y respiraban. Y es que el sueño y el silencio están muy cerca de la muerte.

Había una mecha ardiendo en un plato de grasa, palideciendo ahora que llegaba un poco de luz del cielo. Mi madre estaba con los ojos abiertos, alta sobre las almohadas, su rostro vuelto hacia mí como si hubiese sabido que venía desde antes siquiera de que tocase el pestillo. Sostenía abrazada a esa gran dama dormida sobre su pecho como un niño, y sobre la cabeza encanecida me hizo una seña, muy suavemente, para que me fuera y cerrara la puerta. Y eso hice, y en unos pocos instantes fue a mí.

Por aquel entonces ya era más alto que ella, pero ella era tan esbelta y recta que destacaba de alguna manera, ni rígida ni orgullosamente, sino como un solitario abedul plateado. Sólo tenía puesta una larga camisa blanca, y sus brazos estaban desnudos, y todo su largo cabello rubio caía sobre sus hombros y colgaba hasta su cintura. A pesar de la helada, que ya duraba nueve días, no parecía sentir ningún frío. Y he dicho que era hermosa, y extraña.

—No hagas ruido —dijo en un susurro— y déjala dormir, tiene gran necesidad. Samson, no estoy tranquila, no puedo ver claro. En algún lugar hay una muerte.

A diario hay una muerte esperando a alguien, al que se marcha y a los otros que se quedan para llorar. Pero me miró con aquellos ojos que se perdían lo que ven otros, y veían lo que otros se pierden, y supe que ésta era muy cercana.

Tuve miedo, ya que no entendía nada, aunque sospechaba algo.

—Madre, ¿qué debo hacer? —pregunté.

—Coge tu capa —dijo, muy bajo, y miró delante de ella con los ojos fijos como si viera algo a gran distancia— y ve y mira si alguien se menea en el torreón, o bajo las ventanas de lord Griffith.

Me eché la capa por encima y me deslicé temblando en la gélida mañana, donde la luz aún era apenas gris, aunque muy clara, y todavía llena de estrellas apagadas. Era demasiado pronto para que nadie estuviese fuera salvo la guardia, y conocía sus rondas, aunque las mantuviesen en secreto, y en tales mañanas no había conocido a ninguno de ellos tan escrupuloso como para patrullar cada rincón, prefiriendo el calor de las estancias de la guardia. Fui con delicadeza, manteniéndome bajo los muros de las casas, y sólo dejé su refugio cuando me vi obligado a hacerlo. Pude ver la gran mole cuadrada de la torre perfilada clara pero pálida contra el cielo, y más allá, a través del terreno abierto, la cumbre aserrada de la muralla, y la línea rayada del adarve de la guardia por debajo de su cresta. Toda la hierba era tupida y estaba cubierta de escarcha, los arbustos que permanecían callados e inmóviles en la quietud sonaban como campanas cuando los rozaba, y derramaban grandes frondas de hielo plumoso sobre mis calzas y zapatos. Me acerqué más, circundando el borde del foso y evitando la cara principal donde estaba la gran puerta, y había un puente sobre el foso. Había tal silencio y quietud que debía haber oído si otro pie se hubiese

movido en la nieve fresca, pero no hubo nada que escuchar. Era la única criatura que había fuera.

Los aposentos de lord Griffith estaban muy altos en la parte trasera del torreón, con dos pequeñas ventanas en la base de una de las torrecillas de la esquina. Me abrí camino por el borde del foso, que era profundo y ancho, y en su mayor parte limpio de zarzas y arbustos. Todo estaba tranquilo y nada parecía extraño, hasta que llegué debajo del lugar donde estaba su morada, y miré hacia aquellas dos ventanas de arco redondo, incrustadas en la piedra. Y colgando del alféizar de una de ellas vi una cuerda colgante de telas anudadas, de no más de dos o tres metros de largo, que parecían acabar en un flequillo de hilos desgarrados, lo bastante ligeros para elevarse en el aire mientras la aduja seguía colgando. Mis ojos eran jóvenes y agudos, e identifiqué este material deshilachado como una pieza de tapiz de brocado como el que podría haber en la colcha de una cama, o en cortinas.

Luego, a medio camino de la comprensión, miré hacia abajo, y al principio no vi nada más extrañó que un afloramiento rocoso rompiendo el nivel del fondo de hierba del foso, bajo la ventana, y que también estaba cubierto de escarcha. Pero mientras miraba supe que no era ninguna piedra, sino un hombre, encorvado sobre un hombro y medio enterrado en el suelo, y encima de él la cuerda que se había roto dejándole caer había hecho surcos serpentinos en la nueve y después se había movido para cubrirles con sus propios brotes de escarcha. El charco de oscuridad que había debajo de él y a su alrededor, que yo había tomado por una repisa llana de esquisto, porque estaba tan rápidamente sellada y congelada con escarcha, no era sino su sangre. Y al principio había pensado que este cuerpo no tenía cabeza, ya que había caído de tal forma que su cabeza estaba aplastada y hundida en sus hombros.

Lord Griffith, siempre un hombre grande y fuerte, había engordado en su desocupación forzada, y había sido demasiado pesado para que le sostuvieran las antiguas y traicioneras ropas de su cama. Sus esperanzas y su cautiverio acabaron del mismo modo. Había huido de su prisión y de este mundo.

# CAPÍTULO III

No había nada que yo o cualquier otro que no fuese Dios pudiese hacer por él. Todo lo que podía hacer era volver deslizándome, temblando, a los vivos, y contar lo que había visto. Cuando los guardianes de la Torre lo descubrieran habría tal escándalo que, por conmocionados y afligidos que estuviésemos, no teníamos otra opción que estar preparados para ello, y listos y capaces de afrontar cualquier cosa que se hiciese o dijese. Por tanto, para saber en lo que estaba metido, fui a toda prisa a escuchar el resto de la historia.

La cuerda que ella había logrado hacerle llegar, sin duda enrollada alrededor de su cuerpo, ya que los guardianes examinaban todos los regalos que llevaba al prisionero, había demostrado ser demasiado corta, y él la había completado con las telas que había en su cámara. Por desgracia para él ató la parte improvisada de su cuerda en el extremo superior. Si sólo hubiese confiado los últimos metros a sus pliegues podridos y traicioneros, podría haber caído ileso, y haber escapado. Según aconteció, el marido de mi madre, temblando en el frío del lado exterior de la muralla, había esperado en vano hasta que no quedó esperanza, y debió haber temido por su propia vida, ya que no podía volver a entrar por las puertas de la Torre sin condenarse a sí mismo si se descubría la trama. Por tanto no habría viajeros cubiertos cabalgando hacia Moorgate con la primera luz, a través del pantano congelado hasta el bosque. O en el mejor de los casos, sólo habría uno…

De algún modo el suceso pasó sobre nosotros, y resistimos. No tenía sentido culpar a la esposa o a los hijos, o a los sirvientes que les servían, a la vista de un pesar que ya no podía remediarse. Vimos pasar el tiempo, sin reconocer nada ni contar nada de lo que sabíamos. Y se lo llevaron, a ese gran hombre destrozado, y le dieron luto y entierro de príncipe, porque el rey Henry estaba más

deseoso que nadie de resultar inocente, sabiendo que habría quienes sospecharan de él en esta muerte. Pero yo sé lo que vi, y lo que después me fue contado. Además, después de nuestro señor, no hubo otro hombre que perdiese más por este desastre que el rey, porque con Griffith muerto no tenía brida para contener a David, ni arma adecuada para usar contra él. Era el fin de sus magníficos planes, como lo era de los nuestros. No podía hacer nada más que comenzar de nuevo, y reparar sus defensas lo mejor que pudiese.

El marido de mi madre no regresó, y aunque enseguida se le echó de menos, y se le buscó, no le encontraron. Pero durante más de un mes esperamos inquietos, por miedo a que le trajeran, porque a él no le habrían perdonado, tras haber encontrado la cuerda que había atado en secreto en una de las almenas en un rincón retirado de la cara exterior de la muralla. Me parece que todo estuvo muy bien planeado, salvo esa cuerda demasiado corta, y aunque emprendiera tarde su huida consiguió no obstante escapar con los dos caballos que había conseguido, y los soldados preguntaron por todas partes si alguien había pagado la estancia en cuadras de buenos caballos para después abandonarlos, y no tuvieron noticias de ninguno. Aunque realmente el pícaro que tuviera en su poder una bestia así sin amo y gratuitamente pudiera haberse callado.

Más tarde, cuando hablamos de nuevo de esta empresa fallida, ya que al principio hubo un gran silencio sobre ella, también hablaron delante de mí, siendo yo el último hombre que tenían. Se perdieron dos maridos, uno vivo y otro muerto, y se quedaron solamente conmigo, un hombre según la ley galesa por un año y algunos meses. Y hablaron francamente en mi presencia de los pensamientos más profundos de sus mentes y los pesares de sus corazones, y fue algo extraño. A partir de ese día aquellas dos mujeres cambiaron. *Lady* Senena, que nunca había dudado de su propio juicio y exactitud, se entristeció con muchas dudas y preguntas, y a veces decía:

—Fui yo quien le mató. No ahora, sino hace mucho tiempo. Podía haberle convencido para que aceptara un segundo lugar, para que se contentara siendo vasallo de su hermano, y ahora hubiese estado libre y vivo, y también poseería tierras. Pero estaba tan ofuscada como él en la justicia absoluta. ¿Es justicia lo que Dios ha hecho conmigo?

No recuerdo mucho de esto, del mismo modo que los hombres recuerdan el estribillo de una vieja canción, familiar pero sin título, hasta que se me ocurrió que ella sonaba igual que las súplicas de Llewelyn, ese último día antes de dejarla para cumplir su cometido. Pero nunca se lo recordé, y creo que no sabía dónde escuchó por primera vez esta profecía: «No pagaría un precio tan alto como el que le vas a hacer pagar si sigues con esto». Ella le había hecho pagar con su vida y con todo, pero ¿qué provecho había en decírselo?

Y mi madre, que todos estos años había vivido con aquel otro hombre, había yacido en sus brazos, había cocinado para él, había lavado para él, había sido obediente y sumisa, y todo sin dejarle poner el pie en el umbral de la puerta de su mente y corazón, y a menudo sin parecer darse cuenta de que vivía y respiraba junto a ella, se ponía a escuchar alzando la cabeza cada vez que pasaba la guardia, o si se escuchaban voces en el patio, sus ojos abiertos y su aliento contenido, hasta que se quedaba satisfecha porque no le habían encontrado y devuelto a la torre, ensangrentado y apalizado, para responder por su lealtad con su vida. Y cuando pasó este tiempo, aún decía de repente junto al fuego por la noche:

—Me pregunto qué camino tomó, y dónde está ahora.

Le dije que seguramente se dirigiría a Gales, ya que su reputación estaba limpia allí, y no querría que un señor le tomara a su servicio. Y dije que ya debía estar a salvo en la frontera, fuera del alcance del rey.

Pero eso no era todo lo que le afligía. Siempre que la noche era fría se preguntaba si tenía una capa caliente encima, y cuando llegaron las tormentas de primavera, decía:

—Espero que tenga un techo sobre él esta noche, y un buen fuego. Se resfría fácilmente.

También, mientras que antes siempre le había llamado por su nombre, que era Meilyr, y sólo ahora yo comenzaba a pensar en él como un hombre único y aun así sujeto al miedo y al dolor y al frío como yo, ahora ya nunca pronunciaba un nombre, sino que siempre decía «él». «Ojalá se cuidara, me extraña que él salga con este tiempo». «A él nunca le gustó dejar Gales. Rezo para que esté bien allí». Y en una ocasión gritó, de modo afligido y aclaratorio: «¡No fui buena con él!». Y una vez, con asombro y respeto, dijo como

para sí: «Me amaba».

Cuando la nueva de la muerte de lord Griffith llegó a Gales, ya que las noticias procedentes de Inglaterra iban casi tan rápidas como el viento del este pudiese soplar en ese sentido, el modo y la brusquedad, las circunstancias en las que tuvo lugar, como un golpe dirigido hacia el propio Gales en el día de San David, la injusticia del encarcelamiento que la había provocado, se combinaron para convertirle en héroe y mártir, quién quizá no había sido ni una cosa ni la otra, y también dio a toda su historia un barniz galés que canalizó toda enemistad contra Inglaterra, y nubló las viejas disensiones entre Griffith y su hermano.

Mucho después escuché a un viejo bardo en Cemmaes cantando un lamento por Griffith, compuesto en su segundo entierro en Aberconway, y expresando el gran pesar e indignación de lord David por este fallecimiento prematuro. Y yo era aún lo bastante joven para burlarme de su cántico, ya que dije que David había tenido buenos motivos para alegrarse de la liberación, porque le dejaba el camino despejado para atacar de nuevo, y con una Gales unida respaldándole, por su derecho. Y el viejo, aunque no lo negó, no se perturbó.

—¿Acaso sólo eres capaz de mirar en un sentido —dijo—, y nunca miras hacia delante y hacia atrás a la vez?

Dije que tenía cierto sentido lo que afirmaba, pero que, no obstante, dicha extravagancia del pesar por un hermano con el que luchó toda su vida, y cuya eliminación despejaba su camino hacia la gloria, era extrañamente contradictoria.

—Cuando tengas la mitad de mis años —dijo— habrás aprendido que en todo lo relacionado con el corazón humano no hay nada extraño en que sea contradictorio. Sólo es extraño lo que es demasiado coherente.

Por tanto, tal vez hubiera verdad en lo que se contaba de que David lloró sinceramente por el destino de su medio hermano, y nada contradictorio en el vigor apasionado con el que se aprovechó de él.

Esta vez sólo tenían un líder, no dos, y sólo una causa, no dos. Apenas nueve semanas después de que muriera lord Griffith, lord David había establecido una alianza con todos los jefes galeses, salvo con aquellos pocos, como el hijo de Gwenwynwyn en Powys,

que pensaban más como barones fronterizos ingleses que como príncipes galeses. Y antes de que comenzara junio estaban en el campo, agitando el espíritu de rebelión en cada confín del país, alzando y adiestrando levas, y haciendo rápidas incursiones casi de noche a través de la frontera, y en aquella región de Powys que lindaba con Eryri, la ciudadela de Snowdon, la morada de las águilas. El castillo de Diserth del rey Henry, construido tras su victoria incruenta de tres años atrás, corría cierto peligro de verse aislado de Chester, de donde debían llegar todos sus pertrechos y refuerzos, y a mediados de junio toda la marca estaba alzada en armas.

Pero David hizo más, ya que repudió formalmente el tratado firmado por coacción con el rey Henry, y envió un mensajero con cartas para el Papa Inocencio explicando su caso, y solicitando apoyo para mantener la independencia de Gales. Esto no salió a la luz hasta más tarde en el año, cuando el rey se sorprendió e indignó sumamente al recibir un mandato de los abades de Cymer y Aberconway, como representantes del papa, convocándole para presentarse en la iglesia fronteriza de Caerwys, para responder ante la acusación de que había faltado al arbitrio prometido en su disputa con David, y había recurrido caprichosamente a la guerra, procurándose mediante la fuerza lo que sólo debería haberse decidido, quizá con diferentes resultados, mediante discusión y acuerdo. Hablé con un escribano que había estado en el consejo cuando se entregó este mandato, y respondo de sus términos con su palabra. Y he escuchado decir, aunque no puedo responder de ello, que el factor concreto que enfureció más a David, y le hizo pensar en recurrir al papa, fue el rumor que le llegó de que el rey Henry, en su búsqueda de un nuevo asidero sobre lo que había ganado, una vez que quedó eliminado el freno de Griffith, había pensado en secreto hacer que se nombrara Príncipe de Gales a su hijo mayor Edward, el zancudo niño de cuatro años que corría por las cuadras con nuestro joven David. Tal vez fuera así. Si entonces no ponderó esta posibilidad, seguro que lo hizo más tarde. Y si era cierto, era suficiente justificación para romper el tratado.

Sin embargo, el rey no acudió a Caerwys, sino que simplemente se dio prisa en enviar nuevas cartas y mensajeros al Papa Inocencio por su cuenta, exponiendo su caso, sin duda de modo persuasivo.

Sin embargo este truco le llevó los últimos meses de este año, y le obligó a andarse con cuidado hasta que recibió la respuesta que quería, transfiriendo el caso una vez más de la ley galesa a la inglesa, al pesar más la bolsa inglesa. Por tanto, Gales ganó medio año para preparar la batalla venidera.

Al principio se dejó la defensa a los guardianes de la marca, ya que Henry aún prefería concentrarse en recopilar sus pruebas para el papa, y en afilar para su uso la única arma sutil que le quedaba. Liberó a Owen Goch de su prisión, le llevó a su propia casa, y amamantó su ambición y pasión hasta que le persuadió de que jurara lealtad a Inglaterra a cambio del apoyo del rey para hacer valer su derecho de nacimiento.

*Lady* Senena ya no era tan inocente como para creer que podía poner confianza alguna en la fidelidad del rey Henry, pero aún confiaba astutamente en el egoísmo del monarca, y parecía que su necesidad de Owen en este momento era lo bastante urgente como para asegurar que se comportaría bien con él. Por tanto no puso ninguna objeción cuando su hijo aceptó con entusiasmo la oferta del rey, y le juró fidelidad de buena gana. Pero en privado le aconsejó que siempre estuviese en guardia, y que consintiera hasta que averiguara lo que el rey había planeado para él.

—Y es que —dijo con una sonrisa sombría— Shrewsbury o Chester, si llega el caso, están más cerca de Gales que la Torre.

Este Owen el Rojo tenía entonces diecisiete años, y con cada día se parecía más a su padre, muy corpulento y ya por encima de los seis pies de alto. No era feo, aunque era menos llamativo que lord Griffith por una cierta definición enfática en sus rasgos, mientras que su padre, a pesar de su impetuosidad y orgullo había sido bastante jovial. Owen tenía toda la imprudencia y arrogancia de su padre, pero carecía del afecto y de la generosidad con la que podía volverse atrás y rectificar. Su cuerpo seguramente creciera igual, pero su mente y su carácter jamás lo harían, se cerraban ante los demás hombres con recelo y dispuestos para la envidia.

Puede que su encarcelamiento, primero en Criccieth y luego en Londres, hubiese hecho algo con su intolerancia, pero creo que no cambió sus tendencias, sino que sólo las agravó. Aquí en Inglaterra no había sido penoso, por mucho que se hubiese irritado por ello, y no había servido para enseñarle paciencia o humildad. El primer

ofrecimiento de soberanía sobre Gwynedd le hizo extender las manos avariciosamente. Creo que el rey Henry no tuvo que emplear mucha persuasión para conseguir que le rindiera homenaje. Y aunque la realización de sus esperanzas y la investidura del talaith se demoraron, enseguida consiguió algo como anticipo, ya que fue ricamente vestido a costa de la corona, y se le dio un caballo y un pequeño séquito para que le acompañaran, propio de un príncipe nativo que volvía a casa.

El lugar elegido para su tentativa fue Chester, la fortaleza más cercana a Eryri. Y puesto que debía salir escoltado casi enteramente por escuderos y criados ingleses, y con un funcionario del rey para supervisar y dirigir sus esfuerzos, tenía necesidad de alguien que pudiera escribir bien tanto en galés como en inglés, y también en latín, si surgía la necesidad. Y no había otro que yo. Así me convertí en escribano y escudero de Owen el Rojo.

Mi madre había perdido su mirada infantil desde que Meilyr huyó de Londres. No sé cómo fue, pero se había vuelto más cómoda y corriente, y de algún modo más cercana. A pesar de lo que la hubiese querido, y ella a mí, recibir uno de sus abrazos, tocarla o pasear con ella había sido como tocar un cuadro o una escultura, pero ahora era de carne. Y fue muy duro para mí dejarla, pero ella quería que así fuese, ya que era completamente fiel a la casa de *Lady* Senena, habiendo vivido todos sus días para esta familia. Por tanto dije sumisamente que iría.

—Y piensa —dijo, sentada conmigo esa última noche, una vez que se durmieron los niños— lo cerca que está esta ciudad de Chester del *commote* de Ial. Él nació allí, al oeste del Alun, y tal vez haya regresado. Seguramente si se entera de que lord Owen está en Chester y llama a armas a sus hombres, él acudirá.

Escucharla era como otro eco en mi mente. Ella no tenía más que un «él» que no necesitaba nombre.

—Tal vez —dije. Pero ¿acaso sabíamos si estaba vivo o muerto?

—Puede —dijo— que le encuentres allí.

—Y si es el caso —dije— ¿tienes algún mensaje para él?

Suspiró, diciendo:

—Es demasiado tarde. No le volveré a ver. —Y creo que estaba algo triste, pero no era fácil saberlo, ya que siempre había una tristeza introvertida alrededor de ella y de donde se encontraban

sus raíces, incluso ahora que sus pies pisaban la misma tierra que el resto de nosotros, y nunca pude desentrañarlo.

En aquella última noche antes de partir de Londres sacó, de la caja donde guardaba sus pocos adornos, un anillo liso de plata con un sello oval, con el dibujo grabado de una mano cortada por la muñeca, sujetando una rosa. Nunca lo había visto antes, ni, creo, tampoco ninguna otra persona entre nosotros, salvo, quizás, su marido. Me lo puso en el dedo, y me ordenó que lo llevara conmigo, porque era de mi padre, y ¿quién sabía?, podría ponerme en contacto con él. Y aquélla fue la primera y última vez que me habló de él, al menos en todo el tiempo que llevaba viviendo en la edad de comprender y recordar. Había pasado mucho tiempo desde que le hubiese dedicado siquiera un pensamiento a aquel desconocido hombre de armas que me había engendrado, y cuando al principio dijo «tu padre» creí que se estaba refiriendo a Meilyr, aunque ella nunca le había llamado así antes. Pero luego supe que si se hubiera referido a él sólo habría creído necesario decir: «Era suyo». Creo que amó, aunque brevemente, al primer hombre que la tomó, y dudo que amara alguna vez al segundo, al que fue entregada legalmente, ni siquiera entonces, cuando su ausencia estaba omnipresente junto a ella como nunca lo había estado su presencia. Siempre fue una mujer extraña.

Le prometí que lo llevaría, y así lo hice, lo confieso, con cierto orgullo, como si hubiese adquirido con él un lugar en algún linaje legítimo. Y al día siguiente la besé y partí.

No era asunto sencillo ser escribano y sirviente personal de Owen Goch, ya que se había acostumbrado a las costumbres inglesas después de su reciente noviciado embriagador en la corte del rey Henry, y exigía que los sirvientes fuesen serviles, mientras que yo aún tenía la costumbre galesa de hablar con franqueza incluso a mis señores. No toleraba ninguna familiaridad, y las cortaba de plano, con reproches flagelantes, o si estaba de mal humor, con un golpe pronto, así que aprendí a guardar las distancias tanto de palabra como de obra. Pero en cuanto acepté esto, nos llevamos lo suficientemente bien en los términos que él dictaba y yo soportaba con mi inteligencia. Era poco juicioso que usara el mismo tono y modales con los soldados ingleses que le rodeaban, o al menos con sus rangos inferiores, ya que sabía que era mejor moderar su orgullo

con los caballeros y su comandante. Pero Owen, siempre excesivamente optimista, sintió que estaba a punto de alcanzar el talaith que debería haber sido de su padre, y que sería un príncipe en todos los aspectos.

Para John de Rohan, que era de hecho su guardián y vigilante más que el capitán de su escolta, estoy seguro de que era una especie de máquina de guerra bípeda, un arma cara pero con suerte valiosa, algo fastidiosa y engorrosa para manipularla a través del país, pero eficaz en cuanto se la ubicara en el lugar adecuado.

En aquel entonces yo tenía una edad en la que sacar más provecho de las aventuras por el mundo, y en aquel tiempo veraniego empleé de manera eficaz mis ojos y oídos, y encontré gran placer en el desfile de hombres y estaciones y campos. Y a menudo durante días, e incluso más a medida que pasaba el tiempo, me olvidaba de mi madre y de *Lady* Senena, y de la vida que habíamos dejado atrás, y lo mismo, estoy seguro, hizo Owen Goch. Yo sabía bien, aunque él lo ignorara, que no éramos más libres que cuando habíamos estado en la Torre, pero era difícil creerlo cuando cabalgábamos al sol, o comíamos bien y descansábamos cómodamente al final de cada día.

En Chester nos dieron una bienvenida ceremonial, todo lo que podía haber deseado Owen, ya que esperaban mucho de él. John Lestrange, guardián de la marca del norte, nos recibió e hizo que nos instalasen en un buen alojamiento, y allí se estableció la oficina que iba a ocuparse de la redacción de proclamas y llamamientos a los galeses, y de ponerlas en circulación por todo el País Central hasta llegar a Conway, y por medio de varios agentes, incluso más allá hasta Eryri. Fui allí como el mejor escribano de Owen en lengua galesa, porque él, a pesar de ser bastante elocuente como la mayoría de los miembros de su casa, no sabía escribir más que la firma de su nombre. Entre nosotros redactamos hermosas proclamas, y yo estuve ocupado copiando la larga genealogía de mi joven señor, y exponiendo sus reivindicaciones y sus perjuicios, el cariñoso cuidado dispensado hacia él por el rey Henry y su preocupación por su justa causa, y la paz y el beneficio que disfrutaría Gales si hicieran lo justo y se reunieran bajo su estandarte contra el tío que le privó de su herencia. Se leyeron y distribuyeron y pregonaron por todas aquellas regiones de Gales

bajo el control de la corona. Y donde la corona no tenía influencia, fueron insinuados por cualquier medio que de Rohan pudiese descubrir y usar.

Así pasó el final del otoño, sólo con un inconveniente, que no obtuvimos resultado alguno de toda nuestra labor. En cuanto a mí, no trabajé con entusiasmo ni resolución, al ver a quién beneficiaba y perjudicaba este asunto. Allí estaba Gales luchando contra Inglaterra, y un príncipe galés estaba intentando ganarse a la mayor parte que pudiera del país hacia un bando que, con Owen o sin él, sólo podía llamarse inglés. Y seguramente había una parte de mí que exhalaba aliviado con cada día que pasaba sin que apenas ningún hombre, y nadie importante, picara el cebo que pusimos y llegara para apoyar la causa de Owen.

Entonces Owen, descontento con este estado de las cosas, ya que había contado con el fuerte apoyo de todos aquellos jefes que habían tomado parte por su padre, al menos hizo algo por aquellos pocos galeses que fueron tomados prisioneros, ya que sugirió que se les ofreciese el perdón si se unían a su ejército, o mejor, si volvían a Gales como agentes suyos. Pero en cuanto aceptaron echaron a correr alegremente hacia su país, y no hicieron reclutamiento alguno, y aquellos que eligieron unirse a las fuerzas del rey lo hicieron para salvar la vida o algún miembro, y fueron de poca utilidad al estar sus corazones en otra parte.

Estuvimos la mayor parte de aquel invierno en Chester, pero cuando pasó lo peor nos acercamos a las marismas y playas del Dee, al señorío de Shotwick propiedad del rey. Creo que para entonces el rey Henry ya había abandonado la idea de que Owen pudiese ser de utilidad en esta etapa, pero aún le necesitaba como una marioneta para ponerle en escena y dar a sus actos un barniz de justicia al situar un ejército en el campo, como ahora estaba decidido a hacer, ya que la revuelta galesa continuaba con todo éxito y vigor. En febrero, un tal Fitz-Matthew, que estaba al mando de una fuerza de caballeros que controlaba la marca del sur, fue emboscado y resultó muerto en un desfiladero cerca de Margam, y la mayor parte de su compañía fue destruida. Y si el rey Henry pudo alegrarse por un combate sangriento cerca de Montgomery, donde, según supimos, trescientos galeses fueron atraídos a una red de la que no pudieron escapar, y fueron masacrados, pronto estaba llorando por la pérdida

de Mold, que David asaltó y tomó a finales de marzo. Eso no podía tolerarlo. Con Mold de nuevo en manos de David el castillo real de Diserth no estaba seguro, y podía quedarse aislado de su base en Chester en cualquier momento. El rey supo entonces que no le quedaba más remedio que llamar a las armas a todos sus caballeros, y lanzar una campaña total durante el verano, y comenzó enseguida a enviar órdenes a sus justicias para que reunieran provisiones para su ejército.

Pasamos la mayor parte de aquel año en Shotwick, ya que el rey no quería arriesgarse a usar a Owen en el campo de batalla, aunque le recibió e hizo que desfilara en Chester cuando llegó allí en agosto, y paró su ejército durante una semana. Después se trasladaron a las orillas del Conway, y el rey comenzó la construcción de un gran castillo nuevo en la roca de Degannwy sobre la orilla este, para proporcionar protección desde cierta distancia a Diserth y Chester. Allí siguieron acampados, ocupados con esta construcción, hasta finales de octubre.

Dio la casualidad que aquel año el invierno llegó pronto y como el hierro, antes de alcanzar la mitad del otoño, y por fin luchó a favor de Gales. Todo el mes de octubre fue glacial y desapacible, lleno de heladas y vendavales y nieves, y en aquel campamento junto al Conway se helaron y pasaron hambre, mataron y murieron, sin piedad para ningún bando. El ejército del rey era demasiado fuerte para ser atacado en una batalla campal, que en cualquier caso los galeses nunca preferimos, y consiguió mantener abierta una línea de aprovisionamiento hasta Chester, además de traer pertrechos por mar desde Irlanda. Pero los barcos son muy débiles contra tormentas como las que cayeron aquel año, y algunos se hundieron, y uno al menos encalló por culpa de un torpe timonel en las playas del lado de Aberconway, y ambos ejércitos lucharon por él encarnizadamente, y los galeses se hicieron con la mayor parte de su cargamento. Su necesidad era como mínimo igual de grande, ya que el rey había desplegado tropas desde Irlanda en Anglesey y había capturado o despojado las cosechas tardías. Pero el rey Henry continuó obstinadamente con la construcción de su nuevo castillo, y el trabajo avanzó rápidamente.

Uno de los pocos soldados galeses que se había adherido a la causa de Owen era nuestro mensajero que iba y venía a este

campamento de Degannwy, y nos trajo un relato sombrío de lo que allí sucedió, cómo los ingleses habían asaltado la abadía de Aberconway, al otro lado del río, habían despojado a la iglesia de todos sus tesoros y habían incendiado los graneros, cómo habían dejado de hacer prisioneros, y mataban incluso a los nobles que caían en sus manos, hasta que David llegó a compensar los asesinatos con los caballeros ingleses que capturaba. Por la noche los galeses hacían incursiones veloces en la oscuridad, mataban y se retiraban. Durante el día los ingleses, después de cada escaramuza, llevaban al campamento cabezas de galeses como horribles trofeos.

Nos contó estas cosas, y no pude evitar mirar el rostro de Owen mientras escuchaba, porque aquéllos eran los jefes de sus parientes, sobre los que deseaba gobernar, y cuyo apoyo estaba cortejando. Pero no contaba con la sutileza suficiente como para cuestionarse lo que hacía, y no veía más allá del derecho que había sido negado a su padre y aún se le negaba a él.

—Y os hablaré —dijo el mensajero, humeando ante nuestro confortable fuego— de uno que han matado, aunque fue hecho prisionero tras un combate honesto, y ése es el menor de los hijos de Ednyfed Fychan. —Éste era el mayordomo que había servido a Llewelyn Fawr y ahora a David, en cuarenta años de servicio noble y juicioso, sin codicias personales, y con el respeto de todos, y ahora era un anciano.

—Le ahorcaron —dijo nuestro mensajero— en un árbol desnudo, para que lo vieran los galeses. David nunca lo perdonará.

A veces me había preguntado, como hice entonces, por este hombre, si no estaba llevando información en los dos sentidos, y no toda al lado inglés del Conway, ya que era una criatura audaz e intrépida, como demostraba por sus muchos viajes a través de aquel país dividido y asolado, y si no se cambiaría de bando para comprar un poco de seguridad.

—Ya no puede resistir mucho —dijo Owen, exprimiendo al máximo el optimismo que era propio de él—. La última vez cedió sin mucho derramamiento de sangre, y ahora se hacen pedazos entre sí como leopardos, y no cede terreno. Seguramente deba estar cercana su rendición. Ellos también sienten el frío. Han perdido la mitad de sus provisiones para el invierno, deben estar tan hambrientos como nosotros, no pueden seguir así durante mucho

tiempo.

Entonces vi la pequeña chispa que brillaba en los ojos del hombre cuando Owen hablaba de «ellos» y «nosotros», y le comprendí mejor.

—La última vez —dijo— la estación fue traidora. Ahora el invierno llega pronto y tan auténtico como el acero. Y David tiene una lista tan larga como vuestro brazo de jefes leales tras él, como la que nunca tuvo antes. En lo alto de la lista hay un nombre —dijo, mirando de soslayo todo el tiempo a Owen— que os resultará familiar, el nombre de Llewelyn ap Griffith.

Owen alzó la cabeza bruscamente para mirar fijamente a través del fuego.

—¿Está allí? ¿Alzado en armas?

—Allí está. Alzado en armas. Y muy apto y dispuesto, también, contra el frío y el hambre.

—¿Le has visto?

—Sí. Con frecuencia está cerca de su tío, pero se le confía un mando propio, y se le dan medianamente bien las incursiones nocturnas. Al no tener hijos tiene mucha necesidad de un sobrino así.

Sentí el aguijón de cada palabra, aunque no estaban dirigidas a mí. Y me incliné hacia atrás en las sombras para poder sonreír, por agriamente que fuese, desapercibido. Pero creo que este hombre se dio cuenta. Su voz durante todo el tiempo fue imperturbable, apacible y sumisa. Como he dicho, Owen no era una persona sutil, ni, en cuanto a eso, un oyente sensible.

—Sólo puedo ofreceros mi punto de vista —dijo nuestro mensajero cuando nos dejó—. No habrá rendición. No este año.

No la hubo. Y a finales de octubre el rey Henry se dio cuenta y sacó el mejor partido de ello. No podía mantener su posición expuesta, con tantas tropas que alimentar. Pero podía edificar, y así hizo, Degannwy hasta un punto que pudiese guarnecerse y pertrecharse, por tierra y mar, antes de que ordenara la retirada. Se dio por sentado que esta campaña se iba a continuar y finalizar, con una victoria total y Eryri conquistada, al año siguiente. Pero eso también se había dado por sentado este año, y Dios y su siervo, el frío, habían dispuesto otra cosa.

El rey también nombró un nuevo justicia en Cheshire antes de ir

al sur, un tal John de Grey, y le dio órdenes de lo que había que hacer para estrangular a Gales indirectamente, puesto que no podía hacerlo realmente con sus manos. Tenía que cesar completamente el comercio con el país. En particular, había ciertas cosas que Gales no podía proporcionarse a sí misma, como sal, hierro, tejidos y una cantidad suficiente de trigo, y al menos podía privar de esto al país.

Luego marchó al sur con su ejército.

Aquel año pasamos desocupados el invierno, esperando que llegara de nuevo el tiempo de la batalla, aunque pienso que combatir es una manera de desperdiciar el benigno verano. Tras las primeras heladas y nevadas el tiempo demostró ser menos duro, y podíamos cabalgar sobre el Dee cuando las marismas estuvieron duras y firmes, y a falta de ocupación real pasamos mucho tiempo sobre la silla. Cierto, los guardias de de Rohan siempre estaban cerca, nuestra compañía era totalmente inglesa, y en la escolta había arqueros, que bien podían abatirnos, si demostrábamos intención de traicionar al rey Henry, o rechazar algún ataque galés dirigido contra nosotros. A decir verdad, me molestaba que debiera esperar mi ejecución a manos de uno de los bandos al primer movimiento sospechoso, como si no tuviese un lugar propio, ni causa, en este mundo. Pero si esto molestaba a Owen, no lo hacía patente. Toda su impaciencia era para que pasaran las estaciones, para que el abultado ejército del rey pudiese ponerse en marcha de nuevo, y se apresuraran a entregarle su principado. Se impacientó todo el invierno, mirando hacia el oeste.

En cuanto a mí, tenía mi pensamiento dividido. Había pasado demasiado tiempo al servicio de la familia de lord Griffith para sentirme tranquilo cuando mi visión me mostraba negro, o incluso un sospechoso tono gris, donde ellos veían blanco. Sin embargo no estaba contento con la letra de la ley, y con el fino filo de la justicia que estaba cortando tantas gargantas galesas para hacer valer el derecho de un príncipe galés. Y me había alegrado de corazón del duro invierno que había provocado la retirada del rey antes de que sufriera pérdidas peores de las que ya había padecido. Y ahora me alegraba de toda nube que amenazara tormenta, y retuviera la nueva campaña. Aun así, esta espera tenía que acabar.

Finalizó como ninguno de nosotros había esperado. En el último día de febrero llegó un mensajero desde Degannwy, y se apartó del

camino para cruzar el Dee y llegar a Shotwick por un caballo fresco antes de seguir a toda prisa hacia Chester. Fue pura casualidad que Owen y yo estuviésemos en las cuadras cuando llegó, y así escuchamos sus noticias antes de que las llevase a de Rohan. Owen, siempre ansioso por cualquier nueva del oeste, comenzó a preguntarle de inmediato, y el jinete —era un inglés de la guarnición al que conocíamos— no vio motivo para negarle la información.

—Mi señor, la situación ha cambiado mucho —dijo, engrandecido con la importancia de la nueva que llevaba—. Habéis perdido un pariente y un enemigo, y no se sabe lo que viene a continuación, aunque en Degannwy se piensa que estamos mucho más cerca de conseguir gracias a la suerte lo que no pudimos obtener el año pasado luchando. Ayer recibimos la noticia, y de una fuente fiable: ¡lord David está muerto!

—¡Muerto! —gritó Owen, y palideció y brilló, sacudido por una maraña de emociones como una hoja donde se encuentran las corrientes—. ¿Mi tío muerto? ¿En combate? ¿Entonces, ya ha habido lucha?

El hombre negó con la cabeza, quitando la silla a su agotado caballo y dejando que un mozo tomara la brida de su mano.

—En su lecho, en Aber. Las fiebres hicieron lo que no conseguimos hacer junto al Conway. Está muerto, y Gwynedd confusa. Han llevado su cuerpo a Aberconway, para que yazga junto a su padre, y los bardos están afinando sus arpas para cantarle. Y debo continuar hasta Chester, para que Lestrange lo sepa.

Y fue a toda prisa a la casa, mientras los mozos de cuadra cogían a su exhausta montura y comenzaban a cepillarla y abrevarla escasamente, y ensillaron un caballo de reemplazo para el trayecto hasta Chester, que no estaba muy lejos. Pero Owen me cogió por el brazo emocionado y silencioso, y me arrastró al interior de las cuadras, fuera del alcance del oído de otros.

—Samson —me dijo al oído, temblando— ensilla dos caballos para nosotros, mientras están distraídos con estas noticias. A la vista de todos, como siempre cuando cabalgamos. Ensilla y saca los caballos, y no digas una palabra a nadie. ¡Ahora, mientras el mensajero está incendiando sus oídos dentro!

Tardé en comprender, porque no acostumbraba a ser tan

decidido, y sus caprichos normalmente era más confusos.

—¿Qué pretendéis hacer? —dije estúpidamente.

—Salvar el pescuezo, mientras pueda, e ir a Aber. ¿Crees que me quedaré sentado y dejaré que el rey Henry coja Gales como una rosa de un arbusto, a falta de un líder? Si mi tío está muerto, al no tener descendencia, Gwynedd es mi herencia. Voy a reclamarla. ¡Prepara los caballos! ¡Rápido!

—¿Así? —dije—. ¿Sin ropas ni provisiones?

—¡Si llevamos alforjas se enterarán, estúpido! —dijo, confieso que con razón.

Así que fui como me había dicho a donde estaban cuidando a la bestia del mensajero, y sin ocultación ni prisa, aunque sin perder el tiempo tampoco, ensillé a los caballos que habitualmente montábamos, y los saqué fuera. El sol estaba abriéndose camino a través de la niebla matutina y las nubes al inicio de un hermoso día, razón lo bastante buena para que cambiásemos de opinión y cabalgásemos, y a menos que a los mozos de cuadra se les ocurriera salir y vernos partir, ¿cómo podrían saber que esta vez no teníamos escolta cabalgando detrás nuestro a tiro de arco? Habíamos estado mucho tiempo entre ellos, y parecían tan contentos de dejar en nuestras manos nuestro futuro, que creo que su vigilancia llevaba siendo bastante laxa durante algún tiempo antes de esto, si nos hubiésemos fijado. Y dentro de la casa no tenían oídos más que para las noticias de Aber.

Montamos y cabalgamos, y nadie profirió un grito detrás de nosotros. Y reconociendo sus méritos, Owen llevó a su montura andando por la suave pendiente y hasta el bosquecillo que proporcionaba la cobertura más cercana, montando relajado y tranquilo en la silla como si no pretendiera otra cosa que ejercitarse lentamente sobre las marismas. Pero cuando los árboles estuvieron entre nosotros y el señorío, espoleó a su caballo y lo condujo por un camino que aprovechaba la cobertura del terreno, poniendo varias millas a nuestras espaldas antes de pronunciar una palabra o tirar de las riendas.

—¡Que Dios nos dé siempre tanta suerte! —dijo entonces, exhalando profundamente—. No pensaba que fuera tan fácil. Tendremos que cruzar el Dee por encima de Hawarden, y evitar pasar por Mold. ¡Y también por Degannwy! No quiero estar rodeado

por ingleses o galeses hasta Aber. Si nos siguen irán por los caminos, porque no estarían seguros en otra parte. Pero nosotros avanzaremos más y nos moveremos más rápido. Mejor que deber mis derechos al rey Henry, ahora los obtendré por mí mismo, y no le deberé nada.

Pensé, como él, en lo fácil que había sido el comienzo, al menos, y en cómo podríamos haber realizado la tentativa, con mejor preparación, hace mucho si se le hubiese ocurrido, y en cómo nunca habíamos pensado en dicha posibilidad. El caso ahora había cambiado, y no sólo porque David hubiese fallecido, sino porque Llewelyn permanecía, ya convertido en terrateniente, reconocido, seguido en la guerra, allí para recoger el talaith según cayese, y con él, como es lógico, el consentimiento y la aprobación de todos los caudillos que habían seguido a su tío a la batalla. Era el único príncipe de su sangre que estaba allí para aceptar la carga y el privilegio. ¡Y el segundo hijo! Sí, Owen tenía un buen motivo para la prisa frenética con la que cabalgó aquella vez.

Tuvimos buen viaje entre Dee y el Clwyd, y cruzamos ése el último río en Llanelwy, y en ningún lugar llamamos más la atención que cualquier otro viajero, ya que Owen llevaba ropas sencillas. Más allá del Clwyd tomamos el viejo camino que dicen que hicieron los romanos, manteniéndonos alejados de la costa y de los castillos, y rezamos por que no hubiesen descubierto nuestra huida a tiempo para enviar un jinete rápido por el camino directo hacia Diserth, para comenzar a perseguirnos. Nos detuvimos una vez y comimos en el refugio de un pastor en las tierras altas, y descansamos y dimos pienso a nuestros caballos, pero Owen quería acabar este viaje antes de la noche, en vez de dividir el trayecto, así que partimos de nuevo en cuando las cansadas bestias pudieron continuar, pero con algo menos de prisa, porque al menos aquí respirábamos con más libertad.

Cruzamos el Conway en Caerhum, y emprendimos tranquilamente la ascensión, a través del paso de Bwich y Ddeufaen y a lo largo del desnudo terraplén sobre los páramos. Cuando este camino nos llevó hacia abajo a la vista de mar no estábamos más que a unas pocas millas de Aber, y la tierra y el mar estaban oscureciéndose. Pero la noche llegó clara y brillante con estrellas, y aún podía ver, a través de la enorme franja pálida de la playa de

Lavan y el agua profunda que había más allá, la larga y sobresaliente costa de Anglesey, y la roca solitaria de Yyns Lanog, una isla de santos tan sagrada como nuestra propia Enlli.

Llegamos donde el muro del Ilys se alza junto al camino, bajo el lomo de las montañas y mirando hacia el mar. Nunca antes había estado en Aber, la corte preferida de Llewelyn Fawr y su hijo, el hogar más noble de este noble linaje, y me quedé asombrado y conmovido, de tan grandiosa que era la altura de las montañas a un lado y la extensión de las marismas al otro, fundiéndose en la lejana luz trémula del mar. En aquel momento faltaba tan poco para el anochecer que no pude ver el torreón de madera en su alta mota dominando la muralla, o los tejados de los muchos edificios de su interior, pero la muralla discurría alta y uniforme junto a nosotros hasta que nos acercamos a la puerta, y surgieron figuras de la oscuridad para darnos el alto. Se mostraban tranquilos e hicieron poco ruido, ya que estaban en su terreno, en el corazón de su tierra natal, y la corte que guardaban estaba sumida en el más profundo luto por un jefe muerto ciertamente en batalla, como si hubiese perecido junto al Conway rojo con la sangre, en medio de un montón de enemigos muertos.

—¿Adónde os dirigís, amigos, de noche? —nos preguntó el oficial, y tomó el caballo de Owen por la brida, aunque para entonces estábamos tan cansados, o nuestras bestias lo estaban, que supo bien a dónde nos dirigíamos, y nos llevó hacia la puerta sin esperar una respuesta.

Aquello fastidió a Owen, por cansado que estuviese, ya que había olvidado las costumbres relajadas de los galeses. Cogió la mano del hombre por la muñeca y la separó de su rienda y la arrojó a un lado.

—¡Cuidado con tocarme! —dijo—. Soy Owen ap Griffith. Será mejor que te apartes de mi camino. Estoy aquí para reunirme con el consejo real de Gwynedd y con Ednyfed Fychan, el mayordomo supremo. Ve y hazle saber que Owen Goch está libre de su prisión en Inglaterra, y que viene a ocupar el puesto que le pertenece.

El oficial retrocedió y le miró largo rato a la luz de las antorchas que habían traído sus hombres. Era un lugareño, probablemente nacido en el tren fuera de la puerta de la mármol, e iba con las piernas desnudas y vestido de lino, sólo con un jubón de cuero fino

como armadura corporal, y una tosca capa de tela sobre los hombros. Tenía una gran mata de pelo moreno, y otra de barba con rojo en el negro, y ojos como puntas de flecha a la luz de la antorcha.

—Entrad, mi señor Owen —dijo, cuando hubo examinado nuestro aspecto y lo hubo memorizado—. Pero despacio, y mi caballo irá por delante. Seguidle hasta el patio de armas, y cabalgad delicadamente junto a los aposentos de la señora, ya que está de luto por la muerte de su señor y el nuestro, y es tarde para molestarla esta noche. Haré saber a lord Llewelyn que su hermano ha llegado, y sin duda os recibirá de inmediato.

Toda la casa de Aber, los jóvenes de la mesnada, los arqueros y hombres de armas reunidos alrededor del gran hogar en la sala, las sirvientas, los escribanos, los bardos, los niños amontonados cómodamente en las pieles de los brychans junto a la pared, se callaron y nos miraron cuando pasamos. En el enorme tejado ennegrecido las volutas de humo pendían perezosamente haciendo círculos como los remolinos de un río lento, y de las antorchas de pino en los candelabros de pared ascendían otras espirales para unirse a ellas. El olor a resina y a humo de madera se agarraba pesado y dulce. Creo que había habido música antes de que entráramos, y un murmullo de voces, pero cuando pasamos sólo hubo quietud y silencio.

Nos llevaron a otra estancia, más pequeña y apartada detrás de cortinas de piel, donde ardía un brasero. De las paredes pendían tapices, y en la tierra batida del suelo había pieles de oso y lobo. En toda aquella cámara se notaba la presencia perdida de la mano de la hija del rey John. Las antorchas ardían en altos candelabros de plata, pero eran pocas y débiles, sólo suficientes para iluminar el camino a los que pasaban, ya que ¿quién podía permitirse el lujo de sentarse para beber algo de vino o calentar sus pies en un fuego en Aber en este momento? Los jóvenes guardaespaldas, tras haber llevado a su señor con pesar y solemnidad hasta Aberconway, tal vez durmieran hasta recibir otras órdenes, pero todos los hombres importantes del consejo debían estar discutiendo constantemente acerca del vacío que había dejado su señor, sobre los derechos legales de su joven viuda, el estado de preparación del país ante el siguiente movimiento del rey Henry contra Gwynedd, ahora que su

rodela y espada estaban caídos y no había hijo alguno que continuara la lucha, ni siquiera una hija para tener príncipes en el futuro.

Había una gran silla, elevada por encima del resto de las del estrado por dos altos escalones, y tallada y dorada. Y yo había medio esperado que Llewelyn estuviera preparado para recibirnos allí, como en un trono ya reivindicado. Pero la sala estaba vacía y en silencio. Esperamos algunos minutos, Owen con creciente impaciencia y cada vez más harto, antes de que las cortinas se abrieran tras el estrado, brusca y repentinamente, y entrara un joven abriéndose camino con sus hombros y dejara que las cortinas se balancearan detrás de él. Ya he dicho que había poca luz en la sala, apagando incluso el rojo del cabello de Owen Goch. El muchacho avanzó unos cuantos pasos rápidos antes de detenerse para escudriñarnos, ya que estábamos aproximadamente un pie por debajo de él. La luz de las antorchas caía sobre él, y le veíamos mejor de lo que él podía distinguirnos.

Sabía que entonces apenas pasaba dos meses de los diecisiete años, igual que yo. Había crecido una cabeza desde la última vez que le había visto, y me sacaba el dorso de una mano de alto, pero era más bajo que su hermano, y sus hombros eran anchos y sus extremidades largas, pero tenía poca carne sobre ellas. Su rostro era como lo recordaba, todo líneas óseas relucientes en la luz amarilla de antorchas y velas, con aquellos ojos insondables de charca de turba reflejando la luz desde la superficie de su oscuridad. Y cuanto más miraba, más joven parecía, este muchacho moreno por vivir a la intemperie con cualquier tiempo, con lo que en invierno, en las largas tardes que pasaba enclaustrado, su color bermejo se aclaraba un poco convirtiéndose en dorado. Pero lo que más recuerdo, aparte de la sencillez descuidada de su atuendo, que era casero y pardo, es la cicatriz curada que recorría la cara interior de su antebrazo izquierdo, y su compañera, una pequeña estrella arrugada bajo el ángulo de su mentón en el lado derecho, recuerdos de seis meses atrás en la nieve de Degannwy; y con eso, el ligero enrojecimiento e hinchazón de sus párpados, que podían haber estropeado su aspecto si yo no hubiera sabido que eran el estigma de dos días de luto privado.

—Me dicen que hay uno que afirma ser hermano mío —dijo

claramente—. ¿Quién de vosotros es?

Confieso que creí al principio que esto era una maniobra, un movimiento para ofender y rechazar al heredero regresado, pero después recordé que habían pasado siete años desde la última vez que estos dos habían estado cara a cara, y aquellos quizá fueran los siete años más vitales de la vida de Llewelyn, todo el tiempo de su forzada madurez, bajo fuertes presiones que no había sufrido Owen Goch. Creo que fue sincero, ya que nunca he sabido que diera rodeos intencionadamente, sino que siempre iba derecho a su objetivo. Y antes de que Owen pudiera estallar de furia, como estaba dispuesto a hacer, Llewelyn se acercó, renunciando voluntariamente a cualquier ventaja que tuviese en la altura del estrado, y se balanceó para mirarnos atentamente. Vi sus ojos dilatarse y brillar.

—¡Eres tú! —dijo—. Había creído que se trataba de algún truco. Bueno, ¿qué quieres de mí… —y tras una pausa, muy breve y fría, dijo—: … *hermano*? —como si intentara saborear la palabra en su lengua, y encontrara que no era de su gusto.

—No tiene nada que ver contigo —dijo Owen, escocido y espoleado— sino con el consejo de Gwynedd. Me conoces. *Soy* tu hermano, y puesto que me obligas a decirlo, soy mayor que tú. El príncipe de Gwynedd está muerto, y no hay ningún heredero para sucederle. Y me pertenece el título.

—Debes perdonarme que haya sido tan lento al reconocerte —dijo Llewelyn—. Aquí he pasado mucho tiempo sin hermanos, cuando me podía haber venido bien tener uno. Sí, el príncipe de Gwynedd está muerto. Sin duda viniste a llorar su pérdida, y deberías haberte detenido en Aberconway para eso. En cuanto al heredero para sucederle, el consejo cree tener uno. —Dio un corto paso atrás, y miró a Owen Goch de la cabeza a los pies, y de vuelta a la cabeza, y su rostro estaba triste, como un hombre apenado pero que no está dispuesto a llorar—. ¿Quién ha roído tu correa —dijo implacablemente— tú o el rey Henry?

En eso Owen comenzó a encolerizarse y a amenazar con un arranque de furia, y si no se hubiese encontrado en cierta desventaja, se habría dejado llevar en aquel momento.

—¿De qué osas acusarme? —gritó—. Si los hombres del rey pudiesen haberme echado la mano encima hoy, ¿crees que no

debería haber estado muerto ya, o de vuelta en la Torre? No tuvo que ver con mi llegada.

—Eso dices. Pero has sido su perro faldero demasiado tiempo como para que se te crea, y tiene sentido que te arrojara aquí en este momento crítico para dividir a Gwynedd para él, para que pueda devorar poco a poco lo que encontró demasiado grande para tragárselo entero. Qué casualidad —dijo Llewelyn agriamente— que te ofreciera una vía de escape tras mantener las puertas bien cerradas durante tanto tiempo.

—¡Y eso lo afirma alguien que nunca ha estado preso! —llameó Owen—. ¿No puedes entender que he sido perseguido a cada paso, que nunca he ido de habitación a habitación sin una sombra en mis talones, o que no he cabalgado sin arqueros a mi espalda? Me escapé en cuanto pude, y aquí estoy, y es obra mía y de nadie más.

—Un año demasiado tarde —dijo Llewelyn—. ¿Dónde estabas cuando tus amos saqueaban la iglesia de Aberconway? ¿Dónde estabas cuando ahorcaron al hijo de Edynfed, el hijo de su vejez, en lo alto de un árbol junto a la orilla del Conway, y cuando colocaron una fila de cabezas galesas para que se congelaran junto a la marea? ¿Crees —dijo— que no nos sabemos de memoria cada palabra de tus bonitas proclamas? Sabemos dónde estabas, lo que estabas haciendo, cómo vivías como un príncipe mientras nosotros sudábamos y nos ahogábamos y moríamos. ¡Y sabemos quién pagaba todo, incluso las ropas que vestías! ¡Y sabemos que a cambio prometiste el futuro de Gwynedd y de Gales, rindiendo homenaje directamente al rey de lo que pudieses sacar para ti!

La sangre se acumuló oscura y azul en el rostro de Owen.

—Sabes mejor que nadie —dijo con voz apagada— que tu madre y la mía prometió eso por nuestro padre, y por mí después de él, mientras aún estábamos presos en Criccieth. ¿Qué he tenido que ver en ello? No tardaba en salir de una mazmorra para entrar en otra.

—¿Y fue ella la que repitió la promesa, y la firmó con tu nombre, hace dos años en Westminster? La aceptaste de buena gana. Para conseguir unos pocos *commotes* de Gales estabas dispuesto a ayudarle a incendiar y pasar a cuchillo a todo el país.

—¡No quise esa guerra! ¿Hay que culpar más de esa encarnizada lucha a un bando que a otro? No hice otra cosa que prometer gratitud y lealtad a cambio de la restauración de mi derecho…

—¡Tu derecho! ¡Tu *derecho*! —dijo Llewelyn entre dientes—. ¿Acaso no ves otra cosa en la tierra que tu derecho? ¿No tiene otro hombre ningún derecho, salvo tú? ¿El derecho a ser galés, a ser vasallo de un señor galés, a ser juzgado por la ley galesa, a vivir según la costumbre galesa? Habrías entregado a tu propio pueblo a los ministros del rey para que les gravaran con impuestos y les hostigaran y les llevaran a la guerra como los malditos ingleses. ¿Esperas que se te dé la bienvenida por ello?

—Aun así es mi derecho —dijo Owen, cuadrando su mandíbula — y el consejo no puede más que hacerlo valer. Soy el hijo mayor de nuestro padre, y el siguiente heredero directo de Gwynedd, y tengo ese derecho. Y si tienes quejas contra mí, yo también las tengo contra ti, y contra aquel que está muerto, porque privó a nuestro padre del derecho a su legado y su libertad, y tú… tú traicionaste a tu propia familia y tomaste partido por sus enemigos.

—Tomé partido por Gales —dijo Llewelyn—. Tu abuelo y el mío tenía una visión de Gales que aprendí de él. Gales unido bajo un príncipe y capaz de resistir ante todos los invasores. No hay otro modo de rechazar mucho tiempo a Inglaterra. Fui con mi tío no contra nuestro padre, sino contra Inglaterra, y sentí entonces y aún siento que no pudiéramos permanecer unidos. Ahora vienes con la misma devoción ruinosa hacia un derecho que desmembrará Gwynedd, por no hablar de Gales, y la entregará a tu rey, quieras o no, para que lo engulla bocado a bocado hasta que lo haya tragado entero. Y si puedo detenerte, lo haré.

A medida que Owen había enrojecido y se había enfurecido cada vez más, agarrando sus mangas con sus manos temblorosas, Llewelyn se había vuelto cada vez más firme y tranquilo, como si tomara la medida a un enemigo que ya no parecía suponer mucha amenaza para él, y con el tiempo incluso podría dejar de parecer un enemigo. Tenía un modo de permanecer de pie con los pies algo separados, muy sólido y muy quieto, como alguien que soporta toda clase de vientos y presiones de todas partes y permanece inmóvil. Miró un momento el rostro congestionado de Owen, y dijo:

—¡Y puedo hacerlo!

Lo dijo con seguridad, y giró sobre sus talones para dirigirse hacia la puerta por la que había llegado.

A Owen, creo, le pareció que había dicho su última palabra, con

franco desprecio, y que pretendía marcharse sin dedicarnos otra mirada. Pero creo que su intención, tras averiguar todo lo que necesitaba saber para dictaminar su futuro proceder, simplemente era llamar a su chambelán, y entregar a su hermano al cuidado de los sirvientes para que le alimentaran y alojaran, porque incluso entre rivales y enemigos la hospitalidad no se puede negar o escatimar. Fuese como fuese, nos dio la espalda, sin dudar, igual que había vuelto su rostro hacia nosotros sin concesiones ni evasivas. Y cuando dio las primeras zancadas, Owen hizo un curioso ruidito en su garganta, un gemido demasiado venenoso para convertirse en palabras, y sacando el puñal que llevaba en su cinto, arremetió con todas sus fuerzas contra la espalda en retirada de su hermano, apuntando bajo el hombro izquierdo.

Yo me había quedado un poco por detrás de él, sin querer moverme o hacer ruido o ser advertido durante esta escena, y de buena gana habría estado lejos de allí si hubiera podido, ya que no había sitio para un tercero en aquella conversación. Pero ahora tenía un buen motivo para agradecer que no hubiera habido huida para mí, porque con toda seguridad, aunque sólo fuera en esos breves instantes, Owen pretendía matar. E incluso así tardé en captar el significado del rápido y súbito movimiento que hizo, y sólo le agarré de la manga justo a tiempo para evitar que su brazo descargara el golpe con todas sus fuerzas. La punta del puñal se deslizó en una larga trayectoria, arrastrada a la derecha por mi peso, cortó un tajo superficial en el tejido de la túnica de Llewelyn, y chocó contra los eslabones de metal de su cinturón. Entonces conseguí coger mejor el brazo de Owen y lo atraje hacia mí, y en el mismo momento, sintiendo el ímpetu de nuestros movimientos detrás de él incluso antes de que sintiera el pinchazo superficial del puñal —porque apenas hubo ruido— Llewelyn se alejó de un salto de nosotros, girándose para hacer frente al siguiente golpe.

Pero el siguiente golpe no le tuvo como objetivo. La oportunidad ya estaba perdida y Owen se volvió hacia mí, que se la había arrebatado, o le había salvado de ella, dudo que entonces supiera cuál era el caso dada su rabia. Su mano izquierda me cogió por la garganta y me tiró hacia atrás, y solté la presa sobre su brazo, y caí de espaldas, sin resuello y debilitado, con Owen encima mío.

Vi destellar la hoja, e intenté rodar a un lado, pero la punta

abrió una cuchillada desigual a través de mi manga y en la parte superior de mi brazo, entre el brazo y el cuerpo. Su rodilla estaba en mi ingle, y no podía quitármele de encima. Vi el puñal alzado de nuevo, y en la convulsión de mi terror uno de los altos candelabros de plata se cayó, chocando contra una silla, y salpicándonos con cera caliente. Cerré mis ojos contra esa ducha hirviente y el brillo del acero, y empujé en vano contra el peso que me estaba aplastando.

Inesperadamente, el peso fue levantado de encima de mí y tragué aire y miré para ver qué me había liberado. Owen estaba caído sobre una cadera, a más de una yarda de mí, mirando ferozmente bajo la maraña de su pelo, y jadeando mientras cogía su muñeca derecha con su mano izquierda. Y Llewelyn, con el puñal agarrado, estaba pisoteando una pequeña línea de llamas que había ardido en el pelo de una de las alfombras de pieles, y enderezando el candelabro caído.

Fue el primero en oír el zumbido de voces fuera de la habitación, y el pestillo de una puerta levantándose. Arrojó la daga detrás de él a los cojines de una de las sillas, y tendió una mano perentoria al brazo de Owen.

—¡Levántate! ¿Acaso quieres testigos? ¡Rápido!

Fui lo bastante inteligente para comprender lo que quería, y me moví por mi cuenta, aunque torpemente, lo bastante rápido para estar en pie y de nuevo en las sombras, mi brazo bien sujeto en el costado, cuando entraron por dos puertas. La puerta interna por la que había pasado Llewelyn dio entrada a un viejo barbado, alto en su juventud pero ahora doblado por sus hombros y moviéndose con muchos esfuerzos, y un hombre más joven, quizá de cincuenta años, que sostenía a su mayor cuidadosamente con una mano bajo su brazo. En la puerta exterior los guardias miraban desde la sala, penetrando un paso o dos en el umbral, y vi a las doncellas mirando sobre sus hombros curiosas y alarmadas.

Llewelyn estaba poniendo en pie con cuidado el alto candelabro y enderezando las inclinadas velas. Miró a todos los que le rodeaban con una sonrisa arrepentida, y dijo, mirando finalmente y durante más tiempo al anciano, a quien reconocí entonces como Ednyfed Fychan, cuya fama casi igualaba a la de su señor:

—Siento haber despertado a la casa con este estruendo. Un

accidente. Tiré las velas. No ha pasado nada, salvo que huele a quemado.

No puedo decir si le creyeron del todo, pero aceptaron lo que él deseaba que aceptasen, y no hicieron preguntas. Mantuvo su rostro vuelto fijamente hacia ellos, y sólo yo podía ver el corte en la parte de atrás de su jubón, y la brillante flor de sangre donde la punta le había pinchado.

—Goronwy —dijo cortésmente al hijo del anciano—, ¿te encargarás de lord Owen, y de que se prepare comida y alojamiento para él? Ha tenido un largo viaje, y está cansado. Y, Meurig, asegúrate de que se atienden bien a sus caballos.

El guardia retrocedió obedientemente hacia la sala y cerró la puerta. Owen, moviéndose como un hombre muy cansado, medio aturdido por lo que había hecho y por la manera decidida con la que estaba siendo sepultado y rechazado ante sus ojos, dio un paso adelante sin protestar, y fue donde Goronwy ap Ednyfed le llevó. El anciano, más erguido ahora de lo que estaba en solitario, pero tan delicado que creí ver a la muerte, a una muerte amable, mirando pacíficamente por encima de su hombro, miró a Llewelyn, y brevemente a mí, y de nuevo, sin asombro ni duda, a Llewelyn.

—¿Todo va bien? —dijo, con la voz clara y tenue de la vejez.

—Todo va muy bien. No tenéis por qué preocuparos. —Sonrió —. Dejadnos. Podéis marchaos tranquilo.

Cuando todos se hubieron ido menos nosotros dos, hizo que me sentara cerca del calor del brasero, y él mismo se escabulló unos minutos, silenciosamente, y volvió con otro jubón puesto, y con agua caliente en un aguamanil, y paños, y me ayudó a recogerme hasta el hombro la manga deshilachada de mi brazo herido. La cuchillada era superficial pero larga, y había sangrado hasta la muñeca mientras sostenía el brazo contra mí para que no se viese. Avergonzado por ser atendido por un príncipe de Gwynedd, dije que podía vendarlo yo mismo, y me dijo sencilla y bruscamente que mentía, y neciamente, algo que encontré cierto cuando obstinadamente intenté hacerlo; me volvió a quitar la tarea, con bastante tolerancia, e hizo un trabajo limpio y experto.

Cuando finalizó, y quise haberme levantado y retirado, pensando a causa de mi cansancio y de mi aturdimiento que había acabado conmigo, y preguntándome enfermizo qué iba a ser de mí,

y si no me había puesto más allá de los límites de la piedad de la familia de Owen, yo que no tenía parientes aquí para que me acogiesen, me ordenó que me volviera a sentar, y también él se sentó con la barbilla en sus puños, mirándome atentamente. Y después de un rato me dijo repentinamente:

—Podrías haber convertido a tu amo en el señor de Gwynedd. ¿Por qué te interpusiste? Viniste aquí con él para servir a sus intereses, ¿no?

—No de ese modo —dije, y me miró severamente, con una ligera sonrisa.

—Bueno, está claro que ahora no puedes volver con él. O bien acabaría su trabajo inconcluso, matándote, o te repudiaría y te dejaría valerte por ti mismo. —Se inclinó un poco más cerca, y movió la antorcha para que proyectara su luz más directamente sobre mi cara—. ¡Te conozco! —dijo—. ¡Eres el muchacho de Neigwl, el muchacho con las ovejas!

Habían pasado casi cinco años, y no se había olvidado. Lo reconocí, recordando cómo me había mirado entonces, y le encontré satisfecho.

—¿Nunca lo contaste? —dijo.

—No.

—Ni yo tampoco —dijo—. Sabía que no lo harías. Más tarde, cuando se supo que mi madre había cogido a los niños y había huido, mi tío me preguntó directamente si tenía conocimiento de ello de antemano, y le conté la verdad. Y me dijo que si pude hacer una elección tan única como aquélla, calculada para atraer sobre mí la furia de ambos bandos, entonces era un buen hombre para que cualquiera de ellos me recibiera y valorara, si eran lo bastante inteligentes. Así es como era siempre, al menos conmigo. ¡Y ha muerto! ¡Consumido hasta los huesos en su lecho en siete cortos días de fiebre! ¡Y mi hermano llega al galope para roer los despojos!

Se levantó de la silla de repente, y comenzó a andar inquieto entre la pared de brocado y la puerta cubierta, para ocultar el pesar y la cólera de su rostro, ya que aunque me recordara con afecto, ésta era una pasión particular. Para hacer justicia, sobre todo porque podría aportarle algo de consuelo, dije lo que era verdad:

—Vino por su propia voluntad. El rey y sus ministros no tuvieron parte en ello, aprovechamos un momento en el que

estaban distraídos y huimos. No digo que no lo hubiera podido hacer antes. Digo que se le presentó la oportunidad, y de repente la aprovechó.

—Creo tu palabra —dijo Llewelyn, aún paseando—. ¡No creería la suya! Hermano o no, me revuelve las tripas que venga ahora, cuando Dios sabe que ya tenemos problemas suficientes, incluso unidos, y con el rey Henry listo para abrir haciendo palanca con la punta de su espada cualquier grieta de desunión, y desmenuzarnos como un terrón después de una helada. Pero eso no tiene nada que ver contigo —dijo, sacudiéndose de encima la sombra mayor que pendía sobre él, y volviéndose de nuevo para encararse conmigo y estudiarme sombríamente—. Parece —dijo— que hace tiempo tú tomaste una especie de decisión. ¿Estás dispuesto a atenerte a ella?

Comprendí su significado, y mi corazón se alzó dentro de mí de pura alegría.

—¡Mi señor, más que dispuesto! —dije.

—Si te pones a mi servicio nadie hablará mal de ti ni te ofenderá, ni siquiera Owen. Aprenderá a no atreverse.

—Pero, mi señor —dije, temeroso por que me fuera arrebatado este inesperado ofrecimiento— le he jurado lealtad.

—Me aseguraré de que te libere. Si no te valora más de lo que parece, no le importará demasiado, y su rencor contra ti —por lo que le recuerdo, guarda rencor— puede sobornarse. ¿Qué eras para él? ¿Cómo le servías?

Entonces le conté lo que podía hacer, ya que creo que me había tomado por un simple criado y mozo; y cuando escuchó que podía leer y escribir en latín, inglés y galés, que era un buen jinete, y que incluso tenía algo de práctica con las armas, aunque nunca en otro lugar que no fuesen juegos o ejercicios, se quedó asombrado y encantado, y alegre se iluminó con la claridad lustrosa de un niño.

—Eres lo que necesito —dijo con satisfacción— ya que sé el suficiente galés, y algo de latín, pero en inglés dudo bastante. Tú me enseñarás. ¿También sabes calcular, y has copiado documentos legales? Si quiero comprender a mis enemigos debo aprender el derecho inglés.

—Mi señor —dije, aún un tanto temeroso de tanta buena suerte — sé que debéis tener escribanos que han servido bien a vuestro tío y lo harán igual de bien para vos, y temo que lo que me ofrecéis es

demasiado generoso a cambio de un servicio tan nimio que no podía dejar de hacer. No me gustaría aprovecharme de un momento en que la gratitud tal vez parezca obligada, sino sólo ocupar un lugar a vuestro servicio si lo merezco y soy apto para ello. Tomadme a prueba, y descartadme si no merezco mi lugar.

Y en eso se rió de mí, francamente y sin malicia.

—También pronuncias discursos elevados —dijo— y tal vez pueda aprovechar tu elocuencia, pero no estoy obligado a aceptar tu consejo. Te debo nada menos que una vida. —La carcajada desapareció de repente—. Pretendía matarme —dijo seriamente.

—Tengo buenos motivos para pensar lo mismo —dije, inquieto por el recuerdo—. Y para recordar que esa deuda ya está pagada, con creces.

—Es mejor, pues —dijo— que tú y yo permanezcamos juntos, lo bastante juntos para continuar intercambiándonos los mismos pequeños favores el resto de nuestras vidas. Aun así, si rehúsas, no puedo más que ofrecerte mi hospitalidad aquí todo el tiempo que quieras, y un caballo para llevarte donde desees posteriormente. Pero preferiría que no me rechazaras.

Su don más encantador era que tenía una humildad especial, al contrario que su hermano menor, y nunca daba por sentado que debía ser querido, y mucho menos amado. Se sentía seguro de sus juicios y decisiones, pero nunca del efecto que tenía sobre aquellos que le rodeaban, y juro que él no sabía que para entonces no había nada por lo que pudiera haberle rechazado. Sentía un gusto eternamente renovado en hacerle feliz. Y le dije:

—Iré con vos, y seré vuestro hombre mientras viva con todo mi corazón, aunque sólo fuera por eso. Pero no sólo es por esa razón, ya que no hay otro lugar en este mundo donde me gustaría vivir más que aquí en Aber, ni nadie al que serviría con mayor dicha que a vos.

Así quedó cerrado entre nosotros. Y él dejó los cumplidos, y comenzó a hablar de procurarme comida, y una cama, y ropas limpias para deshacerme del jubón ensangrentado que llevaba, ya que no queríamos que se añadieran rumores en el Ilys acerca de un enfrentamiento entre los hermanos a la carga de incertidumbre y preocupación que ya soportaba la corte. Y finalmente, cuando estábamos a punto de salir de aquella estancia, me preguntó:

—He olvidado una cosa… no te pregunté cómo te llamas.

Dije que era Samson.

Y me echó un vistazo rápido y atento, y comenzó a decir:

—Una vez conocí a otro Samson… —Se detuvo bruscamente, y me volvió a mirar, de cerca y algo asombrado, y durante un rato no estuvo seguro de lo que creía ver.

—Otro no —dije—. El mismo.

—¿Tú? ¿Eras tú? Mi madre tenía una dama de compañía que quedó embarazada… ¿Eres el hijo de Elen? —No esperó una respuesta, ya que estaba totalmente seguro sin que yo dijera palabra alguna—. ¡Sí, podrías serlo! Pero entonces, si eres mi Samson, yo te vi aquel día pastoreando a las ovejas, ¡y no te reconocí!

—No me habíais visto —dije— en más de seis años, y sólo me visteis un instante.

—¡Sí, pero aún hay más! Entonces nunca pensé en ti, ni soñé que podías ser tú. Te enviaron a Aberdaron mucho antes.

—Cuando vuestra madre huyó a Inglaterra —le conté— mi madre no quiso ir sin mí. Fueron a buscarme ese mismo día que me visteis.

—Y yo había pensado que harían de ti un canónigo o un sacerdote, y ahora te encuentro de este modo tan extraño y sencillo. No he olvidado —dijo, con el color marrón oscuro de sus ojos brillando con fulgor rojizo— los años que pasamos juntos de niños. Nacimos el mismo día, compartimos las mismas estrellas. Seguramente teníamos que reunirnos de nuevo. Te eché de menos cuando te enviaron lejos. Y ahora vuelves con un augurio… el puñal que golpea a uno de nosotros golpea a ambos. Estamos unidos, Samson, tú y yo, podemos reconocerlo y sacar el mejor partido.

A lo cual dije un amén muy ferviente, ya que entonces me parecía lo mejor, y ahora y siempre me parece lo mejor que la vida hizo por mí, por mucho que las tinieblas vinieran junto a la luz.

De este modo me convertí en el escribano y secretario privado de lord Llewelyn ap Griffith, príncipe de Gwynedd.

# CAPÍTULO IV

Nunca se habló de lo que había sucedido entre Llewelyn y Owen, y eso fue por deseo y orden callada de Llewelyn. La situación de Gwynedd, aunque el rey Henry vacilaba en enviar un ejército a una aventura tan positiva como el año anterior, era débil, agotada y confusa, y se debía evitar a toda costa toda carga adicional. Por eso se dejó a un lado este asunto de la rivalidad entre los dos. Llewelyn lo hizo para librarse de una dificultad, y Owen lo hizo de muy buena gana, ya que no le hacía demasiado honor ni su ataque traicionero ni su implacable derrota.

Estuve presente en la reunión del consejo, la penúltima de dichas reuniones a las que asistió Ednyfed Fychan, allí en la gran sala de Aber. El anciano, blanco como la cerca y delicado pero con su fuerte y honorable devoción ardiendo en sus ojos, ocupaba la presidencia de la mesa, su hijo Goronwy a su derecha. El anciano tenía manos que se posaban sobre la mesa ante él como hojas marchitas, y una voz tan tenue y seca como el viento de otoño que las hace caer, pero un espíritu como una llama viva. No diré que en esa reunión no hubo controversia entre los hermanos, ya que plantearon sus reivindicaciones con vigor cada uno a su manera; Owen con más palabras y en voz más alta, puesto que creía firmemente estar en desventaja, y bajo sospecha de ser el huésped voluntario del rey Henry; Llewelyn con pocas palabras pero francas e implacables. Pero forzosamente escucharon, ambos, los argumentos del consejo, ya que no había futuro para ningún hombre en reivindicar la soberanía sobre un país arruinado. Y allí no había un solo hombre presente, para entonces incluso yo, que no supiese lo sombría que era la situación de Gwynedd, por desafiante que se alzara en armas.

—Hijos —dijo Ednyfed, en esa voz como el crujido de hojas secas— no hay solución alguna, sino que se necesita vuestra buena

voluntad. En cuanto a la cuestión del pasado, lord Owen es el hijo mayor de su padre, y no se le ha de culpar de su encarcelamiento en Inglaterra, ya que fue consecuencia de su encarcelamiento aquí en Gales, antes de ser mayor de edad. Y nos ha dado su palabra de que huyó en cuanto pudo, para volver a su país y dedicarse a la defensa de Gwynedd. Pero lord Llewelyn, aunque sea más joven, es conocido por todos aquí, nunca ha puesto un pie en Inglaterra, y ha luchado fielmente para nuestro señor y príncipe, David, sin deseo personal para su propia grandeza, ya que nunca ha pedido tierras para sí, aunque se le han otorgado de manera legítima. Las heridas de lord Llewelyn responden de él, aquellos que sirvieron bajo su mando en Degannwy responden de él. No necesita abogado. Y por lo tanto le digo a él primero, y después a su hermano, que el país de Gales tiene gran necesidad de todos los hijos de Griffith, no como rivales sino como hermanos, si el país de Gales quiere vivir. Hijos, reconciliaos, dividid Gwynedd entre vosotros sólo para unirla en vuestra propia unión, ya que a menos que luchéis juntos, fracasaréis.

Ésta fue su intención, si no sus palabras. En efecto, creo que tuvo que usar, y repetidas veces, muchas más palabras para mantener el equilibrio. Y su hijo le respaldó hábilmente, ya que las mentes de estos dos funcionaban casi al unísono. Además, no había otra alternativa a lo que planteaban. Aquellos dos, a pesar de las dudas y recelos que sintieran, accedían a dividir Gwynedd entre ellos, para mantenerla unida contra Inglaterra.

Entre su parte, cuando se terminó penosamente con la división de *commotes*, Llewelyn conservó sus antiguas tierras de Penllyn, a las que había cogido cariño por ser su primera propiedad recibida de David en su mayoría de edad, y allí pasó gran parte de ese verano en su corte de Bala, aunque acudió varias veces a Aber a visitar a su tía viuda, Isabella, por la que sentía cierto afecto. La vi varias veces antes de que se retirara a Inglaterra en agosto, una muchacha esbelta, morena, triste, nunca del todo a gusto en Gales incluso después de dieciséis años. No era más que una niña cuando la casaron con David, y sin él, y sin hijos, no había nada que la atara a este país, ya que era una de Breos de origen, y todos sus parientes eran normandos. Como viuda le correspondía según la ley galesa una parte del ganado real, y en agosto esas reses y caballos

fueron herrados y llevados por pastores a las tierras del conde de Gloucester, y la señora los siguió bajo su protección poco tiempo después. Su madre había sido una de las hijas y herederas del patrimonio Marshal, y a través de ella llegó a Isabella el castillo de Haverfordwest, con tierras en Glamorgan y Caerleon. Se mantuvo holgadamente, y salió de nuestras vidas.

Quedaba por decidir en este año cómo Gwynedd abordaría los asuntos aún pendientes entre Gales e Inglaterra, ya que si bien no se había enviado a toda la hueste feudal contra nosotros este verano, aún estábamos en un estado de guerra, y los guardias del rey de la marca y otros hacían incursiones siempre que podían. El consejo abogó por la cautela y esperar, porque la principal cosecha de trigo del último año se había perdido en Anglesey, y había pocas provisiones para alimentar a un ejército en el campo. Tampoco era éste un buen año para las cosechas. Mejor asegurar los castillos y aprovisionarlos bien, y contentarse con conservar lo que teníamos. Así hicimos, para nuestro bien. Al menos perdimos pocos hombres, y nada de territorio, aunque no ganamos ningún terreno.

Sin embargo, hubo un suceso a finales del verano que mostró penosamente nuestra debilidad e indefensión. El rey Henry había nombrado a un tal Nicholas de Molis como custodio de sus castillos de Cardigan y Carmarthen, y ésta era una persona enérgica y ambiciosa que anteriormente había sido senescal en Gascuña. Durante estos meses de verano lanzó una campaña con éxito en el sur de Gales, consolidando firmemente las posesiones reales allí, y luego, hinchado con su triunfo, cruzó el Dovey con su ejército y les condujo al norte a través de Merioneth y Ardudwy hasta el valle del Conway, y así sin obstáculo hasta unirse a la guarnición de Degannwy. De nuevo hubo cierta controversia entre Owen y Llewelyn sobre cómo enfrentarse con esta descarada marcha por las regiones centrales de Gales, ya que Owen siempre era feroz e imprudente, y pensaba que todo el que no estuviese listo para atacar una hueste superior en número junto a él era un cobarde. En cuanto a Llewelyn, tenía claro que su ejército, en aquellas circunstancias, apenas podía demorar su paso causando daño o distracción por el camino, y que las fuerzas galesas podían usarse de manera más eficaz donde se las necesitase más, conservando el Conway y asegurando que la fortaleza de Eryri permaneciera

inviolada. Por tanto fue partidario de la habitual táctica galesa de retirar a nuestra gente y objetos de valor a las colinas, y soportar el paso de los intrusos, mientras se les negaban todos los víveres que se pudiesen transportar. Y el consejo se puso de su lado. Por tanto de Molis llegó a Degannwy, que en cualquier caso estaba fuertemente defendida, pero nosotros concentramos nuestras defensas frente al castillo, y rechazamos todas sus tentativas de incursiones desde aquella posición ventajosa. Ni una vez logró cruzar el río, y aquel año hubo poco derramamiento de sangre.

Sin embargo, esta marcha sin obstáculo, que había cruzado tierras no pisadas por un ejército inglés desde hacía más de un siglo, había demostrado claramente cómo tenía en su poder el rey Henry las regiones más accesibles de Gales, y lo poco que podíamos esperar hacer contra él si decidía poner en marcha toda su hueste. Y en cuanto comenzó a aproximarse el invierno, y las incursiones y escaramuzas cesaron, hubo un serio debate en el consejo. El agotamiento de la tierra era inexorable en mano de obra, recursos y ganado, y dos más de esos años serían difíciles de soportar.

Y ése fue el último consejo de todos para Ednyfed Fychan, y el último servicio que hizo al país que había servido toda su vida. Llewelyn expuso su opinión, con la renuencia y la pena que yo ya conocía, puesto que habíamos hablado de ello de antemano. Y soportó que Owen, cuya opinión le importaba poco, le llamara timorato, mientras los ancianos ojos de Ednyfed le miraban fijamente y no desaprobaban.

—No hay más que dos opciones ante nosotros —dijo— y la primera es continuar como estamos, en guerra pero sin combatir, siempre que podamos evitarlo. Cierto, con este método podemos mantener a raya nuestras pérdidas, siempre que el rey también se refrene al lanzar su hueste contra nosotros, pero un país como el nuestro, carente de cereales, con necesidad de sal y de un centenar de otras cosas que ahora se nos niegan, puede desangrarse hasta morir lentamente y averiguar que es tan mortal como cualquier otro. Y si el rey Henry decidiera llegar hasta el final, con las provisiones que tenemos ahora, y la carencia de aliados, por bien que lucháramos no podríamos evitar la muerte rápida prescindiendo de la lenta. Y la otra alternativa, para ser franco, es la rendición. La llamo por su nombre, dado que no podemos

imaginar su semblante como algo más gentil de lo que es. Solicitamos una tregua, y pedimos las condiciones de la paz, y a la vista de ellas podemos rechazarlas sin son demasiado duras, pero para ser francos, no podemos permitirnos siquiera hacernos los remolones. ¡Y yo opto por la segunda alternativa!

Owen gritó indignado que esto era rendirse miserablemente.

—Eso he dicho —coincidió sombríamente Llewelyn.

—Si tú estás listo para inclinar la cabeza ante el pie del rey Henry, yo no lo estoy —protestó Owen.

—Los tiempos han cambiado —recordó Llewelyn, porque era humano, y casi tan rápido en lanzar un golpe como su hermano— puesto que antes inclinaste tu cabeza lo bastante bajo para sus cadenas de oro y su armiño. No hace mucho, tu cabeza estaba en su seno, ahora tienes menos confianza en su compasión —o al menos en su cautela— que yo. Nuestra madre, hermana y hermanos siguen en su corte bajo su protección, y él evitará ridiculizarnos abiertamente, para salvar las apariencias. No es que el trago sea más dulce por ello, pero habrá un manto de decencia. Él tiene su pretexto —el príncipe David fue su enemigo durante muchos años, al que juró pedir cuentas. Nosotros somos los herederos inocentes, a los que saquear, sí, pero no a los que roer los huesos ni ridiculizar, suponiendo que nos comportemos adecuadamente. No tienes nada que temer.

Owen estalló diciendo que no era él el temeroso, que estaba dispuesto a afrontar el problema, que llegaba la hora del valor.

—Llegará —dijo Llewelyn, con una chispa de furia dorada en sus ojos—. Pero no ahora. Ahora es la hora de la fortaleza, quizás. Y la paciencia. Y la humildad.

Luego habló Ednyfed. Presentó ante el consejo el estado de las armas, hombres y provisiones, y la falta de aliados de fiar, ya que en aquel entonces en Gales cada jefe iba a lo suyo, y aquellos que no estaban desmoralizados por la presencia demasiado cercana de los vecinos fronterizos, o de los castellanos reales armados con carta blanca para saquear y despojar, estaban peleándose entre ellos, o habían sido seducidos por el rey para prometerles su homenaje directamente a él a cambio de su protección. Ni ahora, ni en muchos años, podría restaurarse aquella unidad que había sido casi perfecta con Llewelyn Fawr. Y en este momento presente, concluyó,

era un servicio distinto y un heroísmo distinto el que se exigía de los nietos de aquel gran príncipe.

No hubo ningún hombre allí que se alegrara del veredicto, y algunos discreparon, y muchos dudaron y temieron, pero la corriente de opinión general era que no había otra opción que solicitar al menos un salvoconducto hasta Chester, y enviar mensajeros para pedir una tregua a John de Grey, y una reunión con el rey Henry para discutir las condiciones permanentes de la paz.

Salimos de la sala, tras aquel consejo, a una tarde gris y nubosa, ya que era diciembre, y la oscuridad llegaba pronto. En el aire frío del patio el viejo mayordomo respiró profundamente, y dio un gran suspiro flaqueante, y cayó como una hoja seca en brazos de su hijo. Le llevaron a su cama, y ambos príncipes estuvieron con él durante las horas de oscuridad, y con la primera luz del alba les bendijo y murió.

Goronwy, su hijo mayor, heredó su puesto de *distain*, y los bardos de Llewelyn compusieron canciones de luto para el padre, y canciones de alabanza y esperanza para el hijo, elogiando su linaje noble como digno de dar origen a reyes grandes e ilustres.

Fue Tudor ap Ednyfed, el segundo hijo, quien fue a Chester en primer lugar, armado con el salvoconducto real, para negociar una tregua con John de Grey, el justicia y representante del rey en la frontera. Y más tarde, a mediados de abril, Owen y Llewelyn recibieron más salvoconductos para ellos y sus acompañantes, para reunirse con el rey Henry en Woodstock. Allí, en el decimotercer día de abril se firmó una dura paz, demasiado dura para que la cortesía y la pompa hicieran mucho por suavizarla. Y aquellos dos, que se arrancaban la piel en cuanto sus mangas se rozaban, aguantaron cabalgar juntos, presentarse juntos ante una corte curiosa, y mantener su semblante tranquilo y resuelto todo el tiempo, al menos en público. Lo sé, porque formaba parte del séquito de Llewelyn, y lo presencié todo, y admiré sumamente el firme control que se imponían sobre sí mismos cuando era más necesario.

Se vieron obligados a ceder mucho, con el fin de conservar al menos el corazón de su país. Todo el País Central desde Clwyd al Conway, los cuatro *cantrefs* de Rhos, Rhufoniog, Tegaingl y Dyffryn

Clwyd, se perdieron, y ellos renunciaron a todo derecho. También entregaron Mold finalmente. El rey Henry afirmó que el homenaje de todos los jefes menores del norte de Gales pertenecía directamente a él, y se aseguró de que aquellos jefes que se habían adherido a su causa en contra de su propio país fueran establecidos en las tierras que reclamaran. A cambio de tanto sacrificio, Owen y Llewelyn fueron reconocidos como príncipes legítimos de todo Gweynedd más allá del Conway, pero tenían que rendir homenaje al rey por sus tierras, y considerarle su señor feudal en cuanto a servicios militares.

Pero obtuvieron su paz. Y duró varios años. Se levantó el embargo comercial, y las importaciones fluyeron de nuevo. Tristes ganancias a cambio de tantas pérdidas, pero Gales se había desangrado hasta la debilidad absoluta, y necesitaba tiempo para recuperarse.

Tras ser aceptados de este modo a la gracia del rey, aquellos dos ocuparon sus lugares durante unos pocos días entre los magnates de la corte. La reina les recibió, y entre sus mujeres nobles se encontraba *Lady* Senena. No vi esa reunión, por ser para la nobleza y no para los escribanos, pero según he oído, besó a su hijo mayor con mucho cariño, y a su segundo hijo apreciablemente con más reservas, incluso fríamente, ya que nunca pudo perdonarle completamente por tomar su propio camino, y aún menos por tener razón, como sospechaba en secreto. Sin embargo, él había hecho las paces con Owen, ella hizo las paces silenciosamente con él, y nunca hubo palabras de reproche o reconciliación.

En cuanto a mí, cuando supe que *Lady* Senena formaba parte del séquito de la reina, fui con corazón anhelante a preguntar dónde estaba alojada, ya que pensé que mi madre estaría con ella. Pero la señora había dejado a su hija y a sus hijos menores en Londres, y mi madre estaba allí atendiéndoles, con lo que no pude verla. Desde Woodstock cabalgamos hacia la frontera, y hacia nuestro hogar.

Aquéllos fueron años de trabajo y labranza, y con poco que decir, ya que teníamos una clase de paz que no nos dejaba campo para la acción en un frente más amplio que Gwynedd, y allí Llewelyn se ocupaba tenazmente en criar ganado y cultivar cosechas y hacer sus tierras todo lo autosuficientes que pudiera. Ciertamente Owen se impacientó más e hizo menos, ya que tenía la impetuosidad e

inquietud señorial de su padre, no servía para cultivar un cantref, ni era infalible al escoger sus ministros. Pero salvo cuando se celebraba una sesión del consejo apenas le vimos, y lo que más recuerdo del resto de este año de mil doscientos cuarenta y siete es mi acercamiento progresivo a mi señor, hasta que apenas me separaba de su lado.

—Había pensado —le dije una vez, cuando hablamos de aquella primera visita a Inglaterra— que *Lady* Senena vendría a casa ahora y traería a vuestra hermana y hermanos con ella. ¿Por qué sigue reteniéndola el rey?

—Todavía es rehén —dijo sombríamente Llewelyn— aunque dudo que lo sepa. Rehén para asegurar el buen comportamiento de Owen y el mío. No liberará a mi madre hasta que hayamos mantenido esta lastimosa paz otro año o dos. Cuando esté seguro de nuestra mansedumbre, abrirá el cerrojo de sus puertas. Pero otra cosa es que ella decida salir. Desde la muerte de mi padre, se ha acostumbrado a la comodidad de una corte inglesa, y también a las costumbres inglesas. Por Owen, si se lo pidiese, podría hacer el esfuerzo de recoger de nuevo sus raíces y replantarlas aquí. Pero Owen no se lo pedirá —dijo con una sonrisa irónica—. No quiere mayores sermoneándole acerca de su deber o diciéndole cómo gobernar sus *commotes*. Yo creo que ella no querría moverse.

Hubo un efecto unilateral de esta paz con Inglaterra, de hecho, que prosiguió, aun sin ataque directo, la labor de perdición sobre lo que quedaba de la unidad de Gales. La sumisión de Gwynedd y el estrechamiento de la presa real sobre el País Central hicieron que bastantes principillos pensaran que podría ser más seguro hacer contacto directo y firmar la paz con este rey, y muchos así lo hicieron, estableciéndose agradecidos bajo el refugio de su manto. Usó a estos contra aquellos que se mostraban reacios, y dividió y gobernó en la mayoría de las regiones sureñas de Gales. Y para esta época no había nadie tan apasionado al censurar a aquellos que se aliaban voluntariamente con Inglaterra como Owen.

Hacia finales de otoño llegó a caballo a Bala, donde estábamos ocupados asegurando el fin de la cosecha, ya que teníamos algunos campos fértiles y nos habíamos esforzado por ampliarlos. Owen tenía muchas noticias, habiendo recibido cartas de Inglaterra, y mucho más furor patriótico.

—¿Sabes lo que ha hecho ella? ¡Sin decirnos palabra, y mucho menos pedirnos permiso!

—Por tu aspecto y lo que dices —dijo Llewelyn, viendo a los recolectores rastrillando los últimos rastrojos— no habría obtenido tu permiso si lo hubiera pedido. ¿Quién es ella? Y ¿qué ha hecho para enojarte?

—¡Nuestra madre, por supuesto! ¿No has oído nada? ¡Ha casado a nuestra hermana, a costa del rey Henry y con su buena voluntad, como si la muchacha no tuviese pariente varón que se responsabilice de ella! Y con uno de los perros galeses del rey, uno de los primeros de la jauría, Rhys Fychan de Dyvenor.

Este Rhys Fychan era hijo de Rhys Mechyll, de la vieja fortaleza de Deheubarth, y había obtenido su herencia cuando murió su padre, tres años atrás. Supongo que en su ascenso tenía aproximadamente dieciocho años, que era la edad de mi señor y la mía cuando Owen llegó con esta noticia, y él había tenido muchas dificultades que superar, no siendo las menores un tío ambicioso y una madre hostil, y había logrado sobrevivir y conservar sus posesiones y no fue ninguna sorpresa para Llewelyn o para mí que hubiera firmado la paz con Inglaterra y rindiera homenaje al rey Henry un año antes. El suyo era un linaje antiguo y honorable, que se remontaba al gran lord Rhys, cuyo último descendiente no debía menospreciarse como rival. Pero Owen ahora era galés del último pelo de su cabeza a sus pies, e intolerante con todo lo manchado con el patrocinio inglés.

—Ella podría haber hecho algo peor —dijo suavemente Llewelyn, y se quedó un momento volviendo la vista hacia su niñez, ya que *Lady* Gladys era poco más que un año mayor que él, y vino entre aquellos dos hermanos, pero no la había visto en seis años—. Debe haber cumplido diecinueve —dijo, meditando— y él es apenas dos años mayor. Estaba allí en la corte el año pasado, presentando sus respetos, y no es un tipo feo. ¿Qué querrías? Si él se enamoró de ella, y ella de él, ¿qué podría ser más natural? Les deseo sinceramente que sean felices.

—Ese hombre es un traidor —dijo Owen, escocido—. Y ella debe saberlo, seguramente como nuestra madre. Pero ella envejece, olvida con qué intención fue a Inglaterra. Ha enseñado a nuestra hermana a girar con el viento.

No negaré que tenía algo de razón en lo que decía, si no hubiera venido de alguien tan comprometido. En cualquier cosa que emprendan las criaturas humanas, por puramente que sea, y con toda devoción, el suelo gira a sus pies y les da la vuelta, orientándoles hacia donde nunca pretendían encararse, y es difícil mantener la vista fija en el norte, y enderezarse ante tales vientos desviadores. Y *Lady* Senena había sufrido mucho, y estaba cansada, con lo que en ese momento vi lo que Llewelyn había visto sin esfuerzo, por puro instinto, cómo la habíamos perdido, y cómo se había perdido para su antiguo yo, habiendo cambiado el suelo bajo ella.

—¡Oh, venga! —dijo Llewelyn con tolerancia—. Vivimos entre realidades. Rhys Fychan es un hombre cogido en la red de su diablo y está haciendo lo posible con lo que tiene, como nosotros. Sabe Dios que puede que llegue un tiempo en el que tengamos que tratarle como un enemigo, pero el suyo no es caso para el odio. ¡O para demasiada rectitud! —dijo, y le ofreció una sonrisa, sabiendo que Owen nunca cogería la referencia—. ¡Mucho menos en el caso de nuestra hermana! Si le gusta, que Dios le permita disfrutar de él. Al menos es de su edad, y quizás igual de inocente.

Owen se marchó enojadísimo a las cuadras dando fuertes pisotones, para hacer que atendieran a su caballo, y nos dejó seguir cuando llegó el último carro.

Llewelyn caminaba a mi lado con los ojos abiertos fijos en la cuenca de Bala y el espejo del lago más allá.

—Es mi única hermana —dijo, maravillado— y no la conozco, ni ella a mí. Samson, ¿qué hemos hecho con nuestra niñez, o qué han hecho los demás con ella, para que ahora seamos extraños?

El siguiente suceso destacado durante estos años de lenta recuperación es el traslado del cuerpo de lord Griffith, en el año siguiente a la paz de Woodstock. Cuando hubo pasado un año desde aquel tratado, en tranquilidad y sumisión ejemplar por nuestra parte, Llewelyn consideró que podría ser el momento adecuado para proponer algo que siempre había abrigado desde la muerte de su padre.

—Ya que —dijo— el rey Henry seguramente esté satisfecho porque hemos superado nuestra prueba, y la concesión de algo tan nimio para él, especialmente en lo que toca a la iglesia, puede

parecer bueno políticamente. —Su evaluación del rey, que demostró ser bastante exacta, era que él era una persona amable al margen de su corona, y en ningún caso sanguinario, pero en lo concerniente a sus intereses reales miraba detenidamente toda concesión o petición recelando desventajas ocultas, y era incapaz de ningún gesto grande y generoso. Y a menudo, al buscar tan minuciosamente la señal insignificante que pudiera estársele escatimando, no conseguía ver su propio beneficio aunque lo tuviese bajo las narices—. Si puede inferir alguna intención malévola en un acto de piedad filial —dijo Llewelyn— dejémosle que lo discuta con eclesiásticos mejor versados en piedad que él. O, en cuanto a eso, que yo.

Primero se presentó al consejo, que lo aprobó por unanimidad, Owen con la voz más alta, y quizá muy sorprendido y disgustado porque fuera el hijo traidor, el desertor de la causa de su familia, el que lo planteara, en vez de él, el compañero de fatigas de su padre en Criccieth y en Londres. Luego fueron redactadas las cartas formales, como toda ceremonia, para el rey y el arzobispo, y entregadas a las manos dispuestas y reverentes de los abades de Strata Florida y Aberconway, proporcionándoles una escolta espléndida para llevarles a Westminster. Llewelyn siempre mantuvo las mejores relaciones de amistad y respeto con todos los abades de las órdenes cistercienses, como su abuelo antes que él, y sólo el eco de ese nombre le era muy útil.

A estas cartas, que fueron enviadas en el nombre de los dos hermanos, y a las opiniones de los abades reverendos, atendió el rey Henry, y vio que acceder a la solicitud no podía más que reflejar su brillantez, mientras sólo se desprendía del cuerpo de una herramienta rota, y siendo generoso con los restos mortales podría incluso aliviar un poco su conciencia y silenciar el rumor persistente acerca de aquella muerte. Por tanto dio su permiso y aprobó la exhumación del cadáver de su lugar de descanso extranjero, y los abades llevaron el ataúd del príncipe en procesión lenta y solemne a su hogar de Aberconway, y allí le enterraron con todos los ritos adecuados junto a su padre y su medio hermano. Así aquellos dos hijos de Llewelyn el Grande al fin yacieron juntos en paz.

Pasaron cuatro años más antes de que *Lady* Senena regresara a Gales. Tranquilizado por un periodo tan largo de calma y orden forzado en Gales, el rey Henry se declaró dispuesto a proveer a la

reina y dejar que sus dos hijos restantes recibieran su parcela de terreno según la ley galesa, ya que incluso el más joven tenía ya la edad. Convenía muy bien a los planes del rey que incluso lo que nos había dejado de Gwynedd se parcelara entre tantos señores rivales como fuera posible, ya que cuantos más y más triviales fueran los derechos a terrenos, menos probable era alguna clase de unidad en el futuro. Y se ajustaba bien a las inclinaciones anticuadas de *Lady* Senena que se observara el derecho antiguo a toda costa. Ella aún no era vieja, teniendo cuarenta y cinco años, pero la experiencia y la inquietud, y especialmente los largos años de ser devorada por una sensación de agravio amargo, la habían envejecido bastante, y deseaba ver a todos sus hijos establecidos antes de retirarse a la vida apartada que cada vez la resultaba más atractiva. Así se acordó que Rhodri y David recibieran tierras propias, aunque el gobierno supremo sobre Gwynedd permanecía como antes en manos de sus dos hermanos mayores. Y al principio del verano Owen y Llewelyn enviaron una escolta para traer a su madre y a sus hermanos a casa.

Sin duda el rey Henry se ahorró un gasto considerable una vez se fueron de su corte, y eso supuso cierto alivio para él, ya que tenía dificultades con su consejo y sus potentados por este dispendio y poder hacer un ahorro era al menos un paso hacia la conciliación. Así que, en resumidas cuentas, convenía a todo el mundo, aunque estoy seguro de que a *Lady* Senena para entonces le molestaba cualquier trastorno en su vida, y sufría dudas y depresiones que nadie más conocía, a menos que pudiera ser el obispo Richard de Bangor, que acompañó a la comitiva real en su viaje, haciendo una de sus escasas visitas a su obispado.

Este obispo Richard había sido anteriormente un firme partidario de la causa de lord Griffith contra David. Tras el tratado firmado en Woodstock había abandonado Gwynedd y había preferido hacer de la abadía de San Albans su hogar, y sólo venía de tarde en tarde a visitar a su congregación. Pero en Inglaterra se había interesado por la suerte de *Lady* Senena y su familia, y ella sentía gran respeto y reverencia por él, aunque muchos le consideraban un sacerdote espinoso y difícil. Sin duda ella se alegraba de tener su apoyo y consuelo al partir en este viaje de regreso a su propio país, tras once años de ausencia.

Fue en Carnarvon donde los príncipes recibieron a su madre y su

séquito, estando aquella corte cercana a los *commotes* que el consejo había acordado dar a Rhodri y David, y también a la ciudad del obispo, Bangor. Owen y Llewelyn llevaban recorridas una milla o dos del camino cuando les dijeron que la cabalgata había sido avistada, y fui entre sus acompañantes, ya que Llewelyn sabía que estaba ansioso por ver a mi madre después de tanto tiempo, y me ordenó que dejara cualquier trabajo que tuviese que hacer, ya que no se echaría a perder por la espera.

Era una procesión lenta la que fuimos a recibir, ya que aquel día habían recorrido una larga distancia, y los caballos estaban cansados. El obispo, como la señora, iba en una litera, estando ya entrado en años, y delicado. Pero una brillante chispa de azul y blanco jugaba y corría alrededor del grupo, ora espoleando su montura para avanzar, ora girando para rodearles, ora bailando junto al lindero verde del camino a un lado, ora en el otro. Inquieto y entusiasmado, este joven jinete tejía un plateado encaje de movimiento alrededor del lento centro de la partida, y se esforzaba por disuadirse de dejar a todos atrás y llegar primero a Carnarvon.

Nos vio, y por un momento tiró de sus riendas bruscamente, en la cima de un altozano junto al camino. Luego vino a medio galope, y dio la vuelta de costado delante de nosotros, sus ojos recorriéndonos, ojos del azul brumoso de las campánulas, y aun así brillantes, bajo las rectas cejas morenas. Su cabeza iba descubierta y su pecho desnudo, la camisa de lino colgada hacia atrás del cuello, ya que el sol de junio calentaba. El viento había soplado su cabello moreno azulado en una maraña de rizos, e inyectaba un brillante rubor de sangre sobre los pómulos, alto y ancho como alas.

Así vi de nuevo a mi hermano de leche, sonriendo y entusiasmado, no menos hermoso que cuando encantaba a las damas de la corte con seis años.

Encontró a Owen fácilmente, y gritó su nombre en voz alta exultante de alegría, y cabalgando suave y expertamente de costado, lanzó su brazo alrededor de su hermano mayor y le besó.

—Te distinguiría por tu pelo entre un millar —dijo cordialmente — y me alegro de verte de nuevo. Pero el de Llewelyn no era rojo, y es más largo, y podría equivocarme. —Se río con gusto, porque cualquier cosa que hiciese la hacía con todo su ser. Sus ojos vagaron, me tocaron por un instante y me saludaron, brillando con

un reconocimiento que debía esperar su momento. Avanzó su caballo hasta donde esperaba Llewelyn, sonriendo pero sin ayudarle, ya que era demasiado descuidado con su atuendo como para ser reconocido como príncipe por sus ornamentos—. ¡Sí! ¡No por tu pelo, pero te conozco! —Tendió una larga mano morena y tocó muy suavemente la cicatriz en forma de estrella en el ángulo del mentón de Llewelyn—. Mi madre… nuestra madre me lo contó, cuando llegó de Woodstock. ¿Creías que no se había dado cuenta? ¡Tú —dijo— entre diez millares! —Y extendió ambos brazos, soltando las riendas, y Llewelyn le abrazó.

Después de intercambiarse besos, se separaron, aquellos dos, y se miraron fijamente con algo de asombro y curiosidad, de los cuales este cariño rápido y fraternal no era más que la punta roma. Habían estado separados once años, y David ahora tenía dieciséis. Y dijeron las palabras más corrientes, porque ningunas otras habrían tenido ningún significado, siendo tan grande su necesidad de exploración mutua.

—¿Está bien nuestra madre? —dijo Llewelyn, mirando por encima del hombro de David a las literas que se acercaban.

—Bien, aunque cansada. Tenlo en cuenta, ya que ella nunca lo admitirá, y haz que esta noche las celebraciones sean breves. Dale un día o dos, y estará organizándonos nuestras vidas a todos —dijo David irreverentemente.

—¿Y Rhodri?

—Está allí, cabalgando junto a su litera. Lo hacemos por turnos, pero él tiene más paciencia que yo. Rhodri está muy bien, sólo un poco hastiado de la supervisión del obispo. Él le hace caso, yo no. Aunque prefiere —dijo David— que no le hagan caso. ¿Dónde encontraría materia para sus homilías si fuésemos todos como Rhodri? ¿Queréis venir a recibirles?

Así que avanzamos de nuevo hacia la procesión que se aproximaba, viendo elevarse el remolino de polvo tintado de dorado, brillando, desde los cascos de los caballos. Y mientras íbamos, David posó suavemente una mano sobre el brazo de Llewelyn, y le dijo al oído, pero no tan bajo como para que no escuchara sus palabras:

—Perdóname si te dejo un instante. Debo saludar a alguien. —Y sin esperar una respuesta pasó su caballo muy delicadamente entre

sus hermanos, y lo trajo cautelosamente y saltando junto a mi poni en el borde de la escolta.

—¿Samson? Eres Samson, no podría equivocarme. —Refrenó su caballo de tal modo que nos quedamos aparte y un poco por detrás, y lo hizo muy suavemente, hasta que hubo espacio suficiente entre nosotros y el resto para hablar abiertamente y solos. Y por mi vida que no pude entender este cumplido que me estaba dedicando, aunque sentí cómo penetraba en mi corazón. Como tenía costumbre de hacer, para bien o para mal.

—En efecto soy Samson —dijo—. No pensé que me recordaríais. Me alegro de corazón de veros en casa.

—Reconozco —dijo— que hemos estado separados algunos años, y que no era muy mayor o sabio para recordar bien. Aun así, ¿cómo podría olvidarte? Tuvimos una buena niñera, y era tuya, y sólo me la prestaste. ¡Oh, Samson, la quería tanto! ¿Cómo puedo decir lo que tengo que decir? Mi madre debía decírtelo, pero se lo ahorraré, y a ti también. —Vio cómo estaba estirándome para tratar de ver la litera abierta, en la cual las cortinas estaban totalmente corridas para dejar entrar aire y luz en el radiante junio, y me puso su mano en mi brazo y me sujetó fuerte—. ¡No la busques! —dijo—. No la encontrarás.

Me volví para mirarle completamente, y el azul de sus ojos era como el cénit pálido de cielo sobre nosotros, casi blanco por la lástima. Entonces comprendí que la había perdido, que Meilyr, allá donde estuviese y si aún vivía, se había quedado sin ella aunque nunca la había tenido más que con una estéril correa legal. Y lo más extraño y lo mejor era que este muchacho a mi lado, que podía reír, y jugar, y hechizar los corazones de hermanos y extraños por igual, tenía lágrimas en sus ojos por ella y por mí.

—Si te hubiésemos avisado —dijo— lo habrías sabido hace un día o dos; era mejor traer la pena con nosotros, y compartirla contigo. Murió tres días antes de salir de Londres, de alguna fiebre, Dios sabe cuál. Se cebó tanto en ella que se fue en una noche. Mi madre se apura con ello, déjame decirle que ya lo sabes. Y si he hecho mal mi recado, ¡perdóname! Está enterrada allí en Londres. Hicimos todo lo que pudimos.

Le dije que no dudaba de ello, que estaba agradecido, que no tenía que afligirse, ya que éste era su día de reunión. Dije que

llevaba varios años viviendo sin mi madre, que ningún hombre o mujer puede ser retenido para siempre por el amor, que debía asegurar a su madre que todo iba bien, que todo iba muy bien. Sin embargo, mantuvo su mano tocando la mía sobre la brida hasta que llegamos a las literas. Y pasó más de una milla de camino a Carnarvon antes de que estuviese cabalgando de nuevo en círculos alrededor de nosotros, y riendo al viento.

De este modo volvieron a mí las pocas posesiones de mi madre de manos de *Lady* Senena, y habló con pesar y afecto de los años de servicio que Elen había dedicado a los infantes reales, y no hubo aflicción entre nosotros, habiendo hecho el muchacho su trabajo por ella. Y jamás existió un mensajero de luto tan inverosímil, salvo los pájaros que pueden cantar con tiempo nuboso tan alto y valientemente como al sol. Él era como un martín pescador que se lanzaba sobre un arroyo, salvaje deleitándose en su propia energía, juventud y brillantez, pavoneándose en las nuevas ropas proporcionadas para su regreso a casa, e inquisitivo con todo aquello que había sido una vez familiar y ahora tenía que aprenderse de nuevo. Y en una ocasión, en el breve tiempo que fue suave y cordial conmigo, *Lady* Senena vio mis ojos deslumbrados siguiendo su vuelo, y me dijo, en parte con admiración, parecía, y en parte como advertencia:

—No creas que es tan ligero y superficial como parece. Es tan profundo como el mar de Enlli, e igual de difícil de conocer.

Pensé que prefería a Rhodri, como así era, ya que en su niñez había sufrido frecuentes enfermedades, y eso la unió a él de manera más ansiosa que a cualquiera de sus hermanos. Además, tenía un carácter terco similar al suyo, y le comprendía mejor que al más joven y díscolo de su progenie, cuya extraña brillantez procedía de su abuelo.

Les vi con frecuencia, durante aquellos días pasados en Carnarvon, mientras se sentaban juntos en la gran mesa de la sala, porque aquélla fue la primera y única vez que vi juntos a los cuatro hermanos de Gwynedd, agrupados como una familia alrededor de su madre. Y con toda dedicación estudié todas aquellas caras, tan parecidas y a la vez tan distintas, ya que todos tenían algo de sus padres en ellas, pero todos daban forma a esa esencia de modo diferente. Owen Goch se parecía más a su padre, siendo el más alto

y fuerte de los cuatro, con rostro rojizo y carnes opulentas. Sólo le diferenciaba su llamativo cabello rojo oscuro. Era muy fuerte, y hábil luchador con sus manos, aunque se mostraba demasiado dispuesto a usarlas en todo momento, como lord Griffith antes que él, y con el mismo mal genio. Con armas era audaz, pero demasiado imprudente y por tanto un poco torpe. Y a causa de su pronta furia también, como Llewelyn había dicho en una ocasión de él, guardaba rencores que nunca olvidaba, así que a menudo me hube preguntado cómo lograba apartar el recuerdo del perjuicio que le causé y de haberle arrancado el puñal de su mano, aquella noche en Aber, y cómo podía tragarse esa derrota y colaborar con su hermano en la corte y el consejo. En cuanto a mí, nunca me había recordado el asunto de palabra o con una mirada, apenas me miró a los ojos desde aquel día, y yo me había mantenido fuera de su camino para evitar tocar, incluso con mi mera presencia, un punto que podría estar dolorido. A pesar de todo yo sentía cierta vergüenza por haber hecho lo que debía, al fin y al cabo, para evitar una injusticia.

Llewelyn, sentado junto a él, era casi igual de ancho de hombros, y no mucho más bajo, pero moreno y delgado y fuerte, ya que prefería vivir una dura vida a la intemperie, dedicando tanto tiempo a los campos y al ganado como a la corte y al consejo. Eryri es una tierra áspera, pedregosa y sin cultivar, aunque tiene campos en algunos valles resguardados en los que pueden producirse alubias y guisantes, si no maíz, y él tenía buen motivo para recordar el invierno de hambre tras el asalto de Anglesey. Su rostro moreno, todo hueso y frente, parecía animado y afable en compañía, y tenazmente pensativo en reposo. En este tiempo mi señor contaba con veintitrés años, tenía totalmente desarrollado el cuerpo y la mente, y ambos completamente bajo control. A menudo observé que él estaba esperando conscientemente hasta que llegara su momento, ya que sabía cómo esperar.

Rhodri era el más delgado de los cuatro, pero contaba con recursos para conseguir mediante estratagemas lo que no podía obtener por la fuerza. Su rostro era blanco y pecoso, un aspecto habitual que acompaña al pelo de un color tan claro y rojizo. Como niño le recuerdo capaz de sentir rencor, y caprichoso en sus gustos y aversiones, y también en sus intereses, cambiando frecuentemente

de opinión en un mismo día y pretendiendo que todo el que le rodeaba le siguiera. Al lado de los otros tres parecía ligero de peso, pero ese peso podría lanzarse caprichosamente encima de la balanza para trastornar a todos. En los ejercicios varoniles en los que destacaba David, Rhodri no era más que mediocre, aunque podía defenderse con la mayoría. Era atento y amable con su madre, que le quería mucho, y se preocupaba por él constantemente.

Y David brillaba y destellaba por encima de todos, el más joven y radiante, ya que para él todo era nuevo y extraño, y estaba a punto de llegar a poseer tierras propias, y refulgía con la emoción. Él, de todos ellos, sabía cómo afrontarlo todo, aunque sus cálculos eran educados, alentadores y amables. Y le quise por la sabiduría acerca de la cual su madre me había advertido, ya que era profunda, como el mar, pero mejor gobernada, y se cobraba la vida de menos pobres hombres.

Aquellos dos jóvenes príncipes tenían muchas noticias de la corte inglesa, y ambos hablaron como hombres de mundo, nombrando familiarmente lugares lejanos, y grandes hombres cuyos actos sólo llegaban a nosotros en Gales como leyendas lejanas, aunque sabíamos que vivían y se movían en el mismo mundo que nosotros, y podían provocar cambios que afectaran a nuestras vidas, también. El más locuaz y chillón fue Rhodri, el mayor, que aún consideraba a David poco más que un niño. Pero lo que David tenía que decir era claramente más perspicaz, y a menudo crítico.

—El rey Henry tiene parte en muchos asuntos extranjeros —dijo Rhodri—, dudo que actualmente pueda dedicar tiempo o atención a Gales. Es íntimo del papa Inocencio, desde que aceptó la cruz, hace dos años. ¿Lo sabíais? La muerte del viejo emperador Frederick relajó su situación con Inocencio. Vino muy bien que tuviera una hermana casada con el hombre más grande de Europa, incluso si había tenido antes otras esposas, y mantenía cientos de concubinas, según dicen, en su corte de Sicilia. Pero desde que el papa se ha vuelto contra toda la casa de Hohenstaufen como progenie del diablo, es bueno tener a Isabella enviudada sin riesgo, y toda la aventura olvidada.

—Promete tener suficientes problemas con el marido de su hermana que aún tiene —dijo David— y más cerca de casa. Le ha

costado muy caro desde Pascua, con los gascones acusando al conde de Leicester de Dios sabe qué desgobierno en su provincia, y el conde defendiéndose, fuertemente acosado. El rey Henry le atacó más como si fuera un enemigo en vez de un hermano; nunca podía controlar su genio cuando se sentía comparado con un hombre mejor. El conde Simon nunca alzó su voz salvo en una ocasión, y no fue más que un instante.

—Hablas con demasiado descaro de su Excelencia —dijo *Lady* Senena frunciendo el ceño—. ¿Qué sabe un muchacho como tú del asunto?

—Todo —dijo David, tranquilo—. Yo estuve allí en el refectorio de la abadía cuatro días seguidos cuando la pugna estaba en su apogeo. Les escuché en ello.

—¿Tú? —dijo con indulgencia—. ¿Y cómo conseguiste entrar en una audiencia de la corte tan importante? Estás inventándote historias vanas.

—Edward me metió en la sala con él. Sentía curiosidad, y se lo pedí. Todo acabó en una capitulación pacífica —dijo David— como todo el mundo sabe, pero el conde Simon tenía razón, a mi modo de ver. Cierto, se lo buscó él mismo, pero por todo lo que oigo un hombre está loco si cree que puede imponerse la ley y el orden francés sobre los gascones. Nunca los comprendió, y ellos no le soportaban. Al final el rey ha impuesto una tregua, y ha prometido ir a Gascuña la primavera que viene, o enviar a Edward, y el conde Simon ha entregado voluntariamente su mando, a cambio de que se paguen sus gastos. Salieron de ello salvando las apariencias de todos haciendo que Gascuña se ceda formalmente a Edward, ya que en cualquier caso va a recibirla como parte de su herencia. Y el conde ha regresado a Francia, libre de su provincia. En primer lugar, nunca la quiso —dijo el muchacho de forma positiva—. Quería ir de cruzadas con el rey Luis, y sólo cedió porque el rey Henry le pidió que se ocupara de Gascuña. Y para lo único que ha servido es para costarle mucho dinero de su propio bolsillo, para que sea odiado en el sur, y para verter todo un mar de mala sangre entre él y el rey.

—No tienes derecho —dijo severamente *Lady* Senena— a hablar así del rey o del conde. Harías mejor en demostrar más respeto por tus mayores.

Le sonrió apaciguadoramente, pero permaneció impasible.

—Son hombres —dijo— como otros hombres.

Este conde Simon era un noble francés de la familia de Montfort, que había obtenido el condado de Leicester gracias a su abuela Amicia, al no quedar heredero varón en Inglaterra al título de Leicester. Era el segundo hijo de su padre, pero su hermano mayor Amaury se quedó con las posesiones francesas y entregó los derechos ingleses al siguiente descendiente. Y este joven no sólo había llegado para ocupar sus propiedades en Inglaterra, sino también había robado el corazón de Eleanor, la hermana viuda del rey, que se casó con él, y el rey fue informado en secreto de aquel casamiento. La historia causó bastante escándalo, ya que la dama, que sólo tenía dieciséis años cuando murió su primer marido, había jurado precipitadamente permanecer casta de por vida, y por amor hacia el conde Simon rompió ese voto, a pesar de la presión ejercida sobre ella por capellanes y arzobispos, y se casó con quien quería de corazón. Pero todo esto sucedió cuando yo no era más que un niño, y escuché la historia sólo mucho después, mientras estábamos cerca de la corte en Londres. El rey Henry siempre tenía gansos que eran cisnes, y al conde Simon le tenía entonces en alta estima, pero cuando supo que el casamiento le había desacreditado ante los clérigos, el rey quedó espantado, y aunque no rompió con su nuevo hermano, creo que empleó aquella situación violenta contra él más adelante, y nunca le perdonó del todo, con lo que cualquier nueva disensión tenía en sus raíces las semillas de una mayor hostilidad de la que parecía a primera vista.

—Así que Edward va a tener Gascuña —dijo Llewelyn, meditando—. ¿Creéis que es una manera de salir del paso sin romper cabezas o es que el rey le está preparando una corte propia? Apenas tiene trece años.

Rhodri estaba seguro de que no había sido más que una solución conveniente a la peligrosa disputa con el conde Simon, permitiéndole retirarse honorable y elegantemente, aunque sin duda tenía previsto que algún día el joven Edward gobernara las posesiones gasconas. Pero David negó con la cabeza a eso, muy seguro de sí mismo.

—Éste no es más que el primer movimiento en otro juego. El rey Henry tiene muchas otras tierras escogidas para su heredero, y muy

pronto, además. Le está dotando con una gran heredad preparando su matrimonio, aunque sólo un puñado de personas en la corte conoce el plan. ¿Habéis oído que hay un nuevo rey en Castilla? Este Alfonso tiene una medio hermana, sólo una niña todavía. El rey Henry está dando los primeros pasos para casarla con Edward.

—¡Y te lo confía antes siquiera de enviar procuradores! —se mofó Rhodri—. ¡No le escuchéis, está fanfarroneando!

—El rey Henry tal vez no lo haga —dijo David, impertérrito— pero Edward sí. ¿Cómo me voy a enterar si no? —Miró a su alrededor a todos nosotros con una brusca ojeada repentina, y dijo en voz más baja—: Y aún hay más, y más cerca de nosotros. El rey Henry pretende que su hijo tenga todas las tierras de la corona en Gales, por añadidura.

Cercados y limitados como estábamos entonces, no parecía peor que lo que ya teníamos, y ofrecía una promesa de algo mejor, dado que si se establecía una corte y un consejo separados para las tierras galesas de la corona existía la esperanza, al menos, de que los administradores se beneficiaran de la experiencia y sabiduría de los mejores fronterizos, que sabían cómo tratar con sus vecinos galeses como hombres dignos de respeto. Los arrendatarios galeses bajo la actual jurisdicción del justicia de Chester tenían bastantes quejas: que se estaban desatendiendo sus costumbres y leyes, que estaban siendo exprimidos cada vez más con fuertes impuestos, y que por añadidura, sus tierras, injustamente administradas, estaban desangrándose para ayudar a aprovisionar a Londres, mientras Londres se hacía la sorda ante sus necesidades. Así escuchamos pensativamente lo que contaba David, pero mantuvimos nuestras mentes abiertas acerca del hecho.

A mediados de julio, tras haber establecido ya a Rhodri en su porción, llevamos a David con ceremonia a casa para tomar posesión de sus tierras en Cymydmaen, en Lleyn, el mismo *commote* del que *Lady* Senena había partido con sus hijos hacia Shrewsbury tanto tiempo atrás. La señora vino con nosotros, aún acompañada por el obispo Richard de Bangor, ese pequeño, desabrido y quejumbroso sacerdote, que estaba deseoso de ver que todos los hermanos recibían lo justo antes de regresar a su obispado, y desde allí a su retiro escogido en San Albans.

Por tanto volvimos, todos juntos, por los caminos interiores y los

pastos ondulados hasta Neigwl, y llegamos a la vista del mar, pálido casi hasta la blancura en la brillante luz del sol, con la isla de los santos destellando en la costa, Enlli, donde los santos acuden a morir y ser enterrados dichosos. Cuando pasamos por aquel punto donde nos habíamos encontrado en la noche de la huida de la señora, Llewelyn volvió la cabeza y me miró, sonriente, y supe que estaba viendo llegar a un muchacho de los campos con las ovejas, igual que yo estaba viendo a un muchacho a caballo, que se giró para mirar una última vez el hogar que estaba abandonando.

Pero David, que cabalgaba entre nosotros, se irguió en su silla para mirar fijamente con ojos ansiosos y vivos al interior de las paredes de la maenol que ahora iba a ser su corte, la primera sobre la que jamás había gobernado en solitario. Estaban sus sirvientes, consejeros, ganado y caballos, y en las colinas y *trefs* circundantes, sus arrendatarios, sus hombres en guerra y paz, debiéndole servicio según la ley galesa.

—¡Y todo esto es mío! —dijo, pero en voz baja, sólo para nuestros oídos, viendo que era un grito infantil de triunfo y placer que no era propio de la declaración pública del señor de un *commote*. Cuando le llevamos hasta las puertas, para dar su mano a todos aquellos que llegaban agolpándose para atenderle, se mantuvo lo bastante tranquilo y principesco, e hizo todo con dignidad señorial. Sin embargo, creo que aquel día estaba completamente satisfecho y contento.

Así, en alguna cumbre brillante de sus vidas, deben estar todos los hombres. La pena es que no dure mucho.

# CAPÍTULO V

El rey Henry, exactamente como había dicho David, fue en persona a Gascuña al año siguiente, y allí averiguó que no era ni mucho menos tan fácil como había supuesto enmendar todo lo que afirmaba que el conde de Leicester había hecho mal, ya que el conde Gaston de Béarn, en quien él había esperado encontrar a un pariente agradecido y afectuoso tras haberle defendido en sus quejas contra el conde, se convirtió en un vasallo rebelde y difícil, tan obstinado contra el propio rey como contra su virrey, y hubo muchas idas y venidas de cartas entre Burdeos e Inglaterra antes de que el rey pusiera todo bajo control, los problemas en aquellas regiones alejadas, y la cuestión del matrimonio de su hijo, lo que le mantuvo ausente todo el año siguiente.

Durante su larga ausencia la reina, junto con su hermano Richard de Cornualles, actuaron en calidad de regentes en su lugar. Y fueron ellos los que convocaron a David a la corte en la primera semana de julio, poco después de la marcha del rey, para que les rindiera homenaje como apoderados del rey por su *commote* de Cymydmaen. Llevaba siendo suyo un año, y creo que su gusto por él seguiría siendo vivo, si no hubiese recibido esta llamada amistosa a una corte más grande y mundana. Además, era de la reina, con quién siempre había disfrutado de gran favor por el cariño que le tenía su hijo. Sentía menos afecto por el rey, y hasta cierto punto mostraba cierto desdén por aquel personaje menos resuelto y serio, aunque le había complacido mucho. Cierto es que recibió la convocatoria alegremente, casi como alguien que despertara sorprendido de un sueño cómodo pero constrictor a su vida real en la vigilia. Hizo muchos preparativos, y pertrechó a su séquito lujosamente para el viaje, decidido a que no hubiese nadie alrededor de la reina más espléndido que él y su comitiva. De esto fui testigo, habiéndole visitado por negocios de mi señor poco antes

de que marchara a Inglaterra. Creo que, en efecto, por dorado y enjoyado que fuera, ningún joven más hermoso honró la corte aquel año, o cualquier año. Y eso pensó más de una dama galesa que dejaba atrás, y sin duda más de una dama inglesa que le daba la bienvenida.

No pretendo saber quién fue la primera en tener sus favores, pero a causa de esto no desconocía a las mujeres. Ni ninguna se quejó jamás de él, salvo de su ausencia.

Creo que a *Lady* Senena le habría gustado viajar con él a la corte en aquella ocasión, pero no tenía intención de llevarla. Le tenía cariño, pero sentía más afecto aún por su nueva y apasionante libertad y dignidad, y debía admitirse que ella era una mujer mandona. La persuadió de que su *commote* de Cymydmaen no podía florecer en su ausencia sin una mano tan firme como la de ella, y que no había nadie en quien confiaría de tan buena gana, y eso endulzó su exclusión de la comitiva. De este modo, si fue implacable al librarse de su compañía, al menos lo hizo de tal manera que halagó en vez de ofender.

Así partió hacia el sur dejándonos a finales de junio, con gran esplendor, al menos a nuestros ojos. Llewelyn rió al ver lo bien que se había preparado, y lo formalmente que acudía, pero sin crueldad, ya que el muchacho aún tenía sólo diecisiete años, y en su orgullo y decisión para eclipsar a la nobleza de la corte inglesa estaba adoptando una postura firme por el buen nombre de Gales, por puerilmente que lo hiciera. En efecto, él se reía de sí mismo, pero nunca relajando su propósito de aparecer como el sol. Y siempre tenía esta aparente habilidad de apartarse de sí mismo y burlarse de lo que él mismo hacía con toda solemnidad, cada parte de él tan real y formidable como la otra. Así fue a su reunión con la reina y el conde de Cornualles, y con Edward, su compañero de juegos.

No regresó hasta finales de julio. Envió a la mayor parte de sus acompañantes por delante a Neigwl, y él, con sólo unos pocos sirvientes, vino a visitarnos a Carnarvon. Estaba animado y tenía muchas noticias, pero parecía algo distraído, como si sólo hubiese vuelto con él la mitad de su mente, y la mitad restante se quedara atrás en algún lugar del camino, reluctante a alcanzarle. Y habló —yo lo noté, sé que también lo hizo Llewelyn— de la reina, y de Richard de Cornualles, y de los dos muchachos Edward y Edmund,

y otro de aquella compañía, con mucha familiaridad aunque sin ningún aire de alardear de esa familiaridad. Si hubiese sido Rhodri le habríamos visto pavonearse mientras hablaba. David usaba sus nombres tan simple y naturalmente como los nuestros, y sólo de vez en cuando parecía captar el extraño eco de su pronunciación, y sorprenderse e inquietarse ante él, ya que era esa misma familiaridad la que resultaba tan extraña. Y entonces sus ojos se abrieron mucho en su brillantez azul, y miró alrededor de la estancia donde nos sentábamos, a toda alfombra de piel y cortina ahumada, como si saliera de un sueño, o se sumergiera de cabeza en uno.

—¿Y sigue adelante —preguntó Llewelyn atentamente— aquella boda castellana?

—Eso dice Edward. Al menos se nombraron a sus procuradores, antes de que el rey dejara Inglaterra, y están ocupados negociando las condiciones. Si fructifica el matrimonio y el tratado, entonces Alfonso podría ser el mejor protector de los intereses del rey Henry en Gascuña, donde se lleva bien incluso con los Béarnais.

—Preferiría ver al rey Henry con esa espina clavada, y mirando hacia Gascuña —dijo secamente Llewelyn— que tranquilo y satisfecho y mirando hacia mí. Cuanta menos atención me dedique, mejor.

—Anímate, entonces —dijo David— ya que tan pronto como sale de un pantano se mete en otro. Cuando aún no se ha deshecho de toda la peligrosa raza de los Hohenstaufen, de Barbarroja para abajo, se mueve demasiado hacia el papa en su auxilio, y se encuentra enfangado hasta las rodillas en el pantano de en frente. Inocencio odia a esa familia y a todos los que están aliados con ella, y el único deseo que le queda en vida es desarraigar al último de ellos del reino de Sicilia, y establecer un emperador más de su gusto. El año pasado comenzó a consultar candidatos al honor de suplantarle. Empezó con el conde de Cornualles, pero nuestro Richard tardó poco tiempo en rechazar el honor. Es igual de fácil sacar la luna del cielo, dijo, que a Conrad de Sicilia. El hermano del rey Luis se lo pensó un poco más, pero la respuesta fue la misma. Y ahora, se rumorea, Inocencio ha mencionado el asunto con cautela al rey Henry, con el joven Edmund en mente. El rey no ha cerrado aún el ofrecimiento, pero creedme, está demasiado tentado y es

demasiado optimista para resistirse, si se hace alguna vez una oferta en firme. Significaría pagar las deudas del papa en esa empresa hasta la fecha —bastante por encima de cien mil marcos, dicen— y destacar tropas en Sicilia. ¡Si es que puede llegar a desembarcarlas! Pero podría inducir a Inocencio a conmutar su voto cruzado para emprender este acto de purificación más cerca de casa. Con todo, en la corte hay quienes están enormemente inquietos ante la perspectiva, porque les parece el camino más corto hacia la perdición. No muchos están enterados aún del peligro, pero Richard de Cornualles es uno de ellos, ya que fue el primero a quien se le ofreció, y tuvo bastante sentido común para rehusar. Así que puedes contar con ello, el rey Henry está más que absorto en sus planes, y pronto lo estará en sus problemas.

Dijo todo esto sin ademanes o dudas, sin miedo a hablar como lo hacen los hombres de estado o consejeros. Y aunque su inteligencia estuviera ocupada en este mundo dilatado, poblado por papas y emperadores y hermanos paladines de reyes, sus ojos eran brillantes y sus mejillas estaban ruborizadas, como si él entrara en un reino propio.

—Entiendo —dijo Llewelyn, entre asombrado y divertido—, no has perdido tu tiempo en Inglaterra. ¿Es Edward el que trata de estos asuntos privados contigo? ¿Antes de que los conozca el mismo consejo del rey?

—Uso mis ojos y mis oídos —dijo David, y sonrió—. Y con cierta cantidad de conocimiento, se obtiene más sin hacer o responder preguntas. Como, por ejemplo, que si el rey Henry quiere perseguir esta última esperanza, difícilmente puede ir muy lejos con ella mientras siga enfrentado con el rey de Francia, y no hace falta un profeta para calcular que tarde o temprano habrá un acuerdo. Creedme, esos dos terminarán siendo amigos, a pesar de todo.

—Preferiría que siguieran siendo enemigos —confesó Llewelyn —. Así respiro con mayor facilidad. Pero podrías tener razón, y lo tendré en cuenta. Si mi enemigo no tiene enemigos en otras partes, ¿cómo prosperaré? Continúa, dime lo que has oído acerca de este matrimonio castellano. Una gran heredad, dijiste, para hacer que el príncipe sea un hombre casado. Que sepamos, Gascuña. ¿Qué más? Habrá donaciones igual de grandes más cerca de casa.

—No se sabe con certeza —dijo David— cuales serán, porque

aún no se ha tomado decisión alguna, nada más que rumores. Pero dicen que tendrá Irlanda. Y Chester y su condado, y lo más probable es que Bristol también. Y Gales, todas las posesiones de la corona aquí. El País Central, los castillos de Diserth y Degannwy, los señoríos de Cardigan, Carmarthen, Montgomery y Builth. Tal vez los tres castillos de Gwent. Pero nada es seguro aún.

Su rostro, atento y brillante, sin embargo decía que lo sabía, tan cierto como si ya hubiese sido acordado. Y Llewelyn vio esa certidumbre en él, y saltó.

—¡Pero Edward te ha dicho esto!

David lo reconoció, pero con reservas, ya que el padre de Edward era un hombre variable, optimista y veleta, y se podía retractar de lo que aún no se había hecho público.

—Empiezo a ver a este muchacho, este Edward tuyo, como una forma que amenaza mis planes —dijo Llewelyn—. Chester y Bristol, ésa es mi frontera norte y también la sur. Gwent y el País Central, lanzas en mi costado. Mientras seguían con Henry, ¿importaban tanto? Henry cambia de sitio. Este hijo suyo tiene a su alrededor una aureola de ser imposible de mover. Querría saber tanto de él como tú. Dios sabe que lo necesito, ya que Edward es el futuro. ¿Y vivirá? Sí, seguramente, me hablas de su buena salud, va a tener una larga vida. Háblame de él —ordenó, y su voz fue urgente y grave—. Cuéntame todo lo que sepas, todo lo que creas que tiene que ver con él. Cierra los ojos, si quieres, y olvida que estoy aquí. ¡Muéstrame a tu Edward!

No sé de nadie a quién pudiese resultarle fácil obedecer una orden así. Cerró la boca de David como si la hubiera sellado alguna maldición, pero eso sólo fue durante un rato. Cerró sus ojos, para sorpresa mía, ya que por naturaleza se rebelaba contra todas aquellas sugerencias, y un poco después las tirantes arrugas luminosas se suavizaron en su rostro, y comenzó a hablar de Edward. En voz baja y titubeantemente al principio, luego como en un sueño, con alegría y elocuencia curiosas, con lo que parecía estar hablando sólo de corazón. Conocía a este muchacho, tres años más joven que él, desde hacía diez u once años, y el segundo hijo del rey, Edmund, nunca había incidido demasiado en su compañerismo, al inclinarse siempre Edward, como parecía, hacia aquellos que eran mayores que él. Era un niño fuerte, inteligente y formal, capaz

de enfrentarse a aquéllos más crecidos en cuerpo y más versados en mente. Y sin duda, como escuchamos de sus propios labios, David había sentido hacia él cariño y antipatía, siendo el príncipe hasta cierto punto aventurero y galante, dispuesto a competir contra su camarada mayor, aunque capaz de revertir a la realeza cuando se le vencía o fastidiaba. Un niño extraño, consciente de su destino desde muy pronto, pero orgulloso, también, de su cuerpo y capacidad, de su mente y brillantez. Hubo en él cierta grandeza y afecto, que aceptaba una zancadilla y nunca guardaba rencor, suponiendo que nadie se riera. Pero por lo que escuché de labios de David, mientras hablaba a ciegas desde detrás de párpados cerrados, a veces sonriente y a veces sombrío, no habría dado mucho por nadie que venciera al príncipe constante e inocentemente, inconsciente de la ofensa, y confiando en tener su propia magnanimidad reflejada en la del príncipe. Hay quienes no pueden soportar ser otra cosa que los primeros, y pueden permitirse pasar un desliz, o dos, como dádiva, pero nunca más de uno o dos, ya que después de eso el pecado es mortal.

Cuando hubo hablado hasta quedarse sin aliento ni palabras, tras entrar en algún lugar recóndito e íntimo de recuerdo y descubrimiento, David abrió sus ojos, y parecían salvajes y algo ofendidos, como si sólo ahora, con el regreso de la vista, se diera cuenta de todo lo que había revelado. Como si la primera persona que veía fuera el Edward que había retratado para nosotros, su espalda vuelta, alejándose con paso firme. Seguramente nunca hubiera mirado antes hacia el interior y hubiera examinado lo que sabía y sentía de su compañero real, y ahora que lo hacía, la profundidad y amplitud de su conocimiento le asustaba, y el haberlo compartido iba más allá, y en cierto modo le horrorizaba y avergonzaba.

—¿Qué he hecho? —dijo en un susurro consternado—. He dicho demasiado. ¿Qué derecho tenía a desnudarle ante vosotros?

—No hiciste más que lo que yo te pedí —dijo Llewelyn, sonriéndole con afecto asombrado—, e hiciste muy bien. Si necesitaba un retrato, ya lo tengo.

—¡Pero atarle de pies y manos, y ponerle desnudo ante ti! —gritó David, retorciendo y anudando sus manos.

En eso Llewelyn soltó una carcajada, y arrojo un brazo alrededor

de sus hombros y le meneó.

—¡No le he visto así! ¡Ni mucho menos! Me lo has mostrado lujosamente vestido con sus propias capacidades, y digno de ser contemplado, también. Eres demasiado sensible con tus lealtades. ¡Creo que has vuelto a nosotros más como un cortesano inglés que como un príncipe galés!

No pretendía ser sino el más ligero de los roces, y aún así se clavó como una flecha. David se sacudió el brazo que le sujetaba y se puso de pie de un salto, con el rostro blanco por la pasión.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? ¿Cómo te atreves? Soy tan hijo de Griffith como tú, y nadie, ni siquiera un hermano, puede decir esas palabras de mí sin que se le pidan cuentas. ¿Es culpa mía si crecí en la corte del rey Henry? ¿Crees que me he cambiado de bando por el favor de Edward? ¡Cada gota de sangre en mí es galesa, tan galesa como la tuya, tan real y tan auténtica!

Llewelyn estaba demasiado desconcertado por este arranque para respirar por un momento. Se quedó boquiabierto, la risa reconfortante aún en sus labios, y una gran sorpresa en sus ojos. Y antes de que pudiese replicar con una burla indulgente o un reproche franco y convincente, David nos había dado la espalda introduciéndose en la sombra, como para esconderse, dedicándonos una mirada salvaje y furibunda como la guadañada de una espada para rechazarnos a ambos, y salió de la estancia.

—En el nombre de Dios, ¿qué le ha hecho —exigió Llewelyn, viéndole marchar— tomarme tan terriblemente en serio? ¿Acaso sabe tanto de su Edward como tan poco de mí?

Dije que no, que le conocía lo suficiente, y que había sabido incluso mientras las palabras estaban palpitando apasionadamente en su garganta que el aguijón que había sentido sólo lo había clavado su propia mente. Pero si eso fue consuelo para Llewelyn, era extrañamente incómodo para mí. Y es que si, en un momento de descuido, David había estado tan presto y rápido para resentirse de la acusación imaginada de una lealtad dividida y cambiante, seguramente fuera porque su propio corazón ya le había acusado. Llewelyn había tocado una herida que ya estaba esperando, abierta y dolorosa. Además, yo había visto el rostro del muchacho mientras se ponía en pie de un salto, y estaba seguro de que si no había mostrado a su príncipe a Llewelyn atado y desnudo, él mismo le

había visto de repente atado y desnudo, y su grito: «¿Qué he hecho? ¡He dicho demasiado!» era su reconocimiento de un acto de traición hacia un bando, apenas un momento antes de sentirse atacado por la misma acusación por parte del otro.

Me pareció entonces que ninguno de nosotros había pensado suficiente en las tensiones que sufrían aquellos dos jóvenes, trasladados tan tarde a su propia tierra, cuando todos sus años más formativos se habían pasado en otra, y eso sin malicia, protegidos y mimados, cuando eran demasiado jóvenes para comprender las angustias e injusticias que les había llevado allí. Nunca habían sido obligados a sentir lo que ahora conocían y profesaban, e incluso comprendían. Y Rhodri, quizás, estaba tan superficialmente centrado en sí mismo como para estar a prueba de demasiado razonamiento, pero David era sutil, meditabundo y profundo.

Llewelyn había estado pensando tanto como yo, ya que dijo sobriamente:

—Acaba de regresar, y me atrevería a decir que resulta difícil. Pero se le pasará. Dale un mes o dos para establecerse en Neigwl, y estará demasiado ocupado y contento para volver la vista a Westminster. Aun así, será mejor que no haga demasiado a menudo ese viaje; el coste es muy alto.

Le pregunté si debía ir tras él, ya que la inquietud y desesperación de su rostro al dejarnos me atormentaba, y me tenía cariño, y no mordería fuertemente si le ofendía. Pero Llewelyn dijo que no.

—Déjale en paz. Volverá por sí mismo, y será mejor que así sea.

Y así lo hizo, antes de que pasaran muchos minutos, entrando casi tan bruscamente como nos había dejado, y situándose frente a Llewelyn, al alcance de la mano y en el lugar más iluminado de la habitación, con cara despejada y ojos bien abiertos, sólo un poco ruborizado en las mejillas después de su furibunda palidez.

—Te pido perdón —dijo fácil y francamente— por tener tan mal genio. Fue estúpido pensar que pretendías hacerme daño.

—No te disculpes —dijo Llewelyn— ya que fue una broma de mal gusto. Ésa es una materia que a partir de ahora no abordaré a la ligera. ¡Diantre, fue como echar una antorcha a la madera!

—E igual de rápido —dijo David, con un rastro de amargura, antes de encogerse de hombros y reír—. Si un auténtico enemigo

me enciende, verás que yo ardo de manera lenta y caliente.

Así de repentina y apasionadamente hicieron las paces, y se marcharon juntos a las cuadras con el brazo de David alrededor del cuello de Llewelyn. Pero a veces volvió a encolerizarse posteriormente, siempre sin advertencia, y siempre disculpándose, diciendo cuánto envidiaba que sólo Llewelyn, de los cuatro hermanos, hubiese luchado y pasado hambre por Gales, mientras él engordaba cómodo como un niño mimado en la corte inglesa, y cómo esta sensación de haberle sido estafada su parte de gloria hacía que se resintiese al tocar ese tema. Así que a veces me pregunté para mí mismo si el problema se acabó tan pronto, o si seguía obsesionado internamente, manteniendo ocultas sus preocupaciones. Y por encima de todo, si lo que había revelado era el auténtico motivo, o si se ocupó de disfrazarlo, de manera inconsciente, como algo más aceptable a nuestros ojos y los suyos.

Pero Llewelyn, que parecía ser más juicioso respecto a su hermano menor, le aceptaba pacíficamente tal como venía, y no provocó líos, dejándole en paz con su buen corazón y su sentido común para encontrar el camino correcto. Y cuando David hablaba así de cuando jugaba de niño en Inglaterra mientras Gales se desangraba, y ni siquiera se enojaba por su incapacidad a la hora de querer una explicación, Llewelyn decía categóricamente que no tenía que lamentarse de nada, ya que la auténtica lucha por Gales ni siquiera había comenzado, y tenía mucho tiempo por delante en los años venideros para hacerse un nombre como paladín.

Una vez le pregunté, cuando estuvimos solos, si lo decía de verdad, ya que entonces parecíamos tan seguramente sujetos en nuestras tierras limitadas que no podía ver cómo podíamos entrar en conflicto de nuevo con Inglaterra. El rey Henry estaba totalmente absorbido en sus planes sicilianos y el casamiento de su hijo, en el asunto de poner fin a su larga enemistad con Francia, en calmar Gascuña para Edward y resignarse a relajar toda presión sobre Normandía. Su rostro estaba orientado constantemente hacia el este, no hacia el oeste. Parecía que no tenía pensamiento alguno para nosotros, ni ninguna intención de molestarnos más. Y si él no tenía deseo de hacer la guerra, nosotros no teníamos medios, o los medios de los que disponíamos eran tan insignificantes que la tentativa sería una locura.

—Todavía —dijo Llewelyn—. Incluso ahora no estamos tan desprevenidos como tal vez supongas. Aun así, te garantizo que hay piedras en el camino. —Meditó durante un instante en la más grande e inmóvil de todas ellas, pero prosiguió sin nombrarla—. Al final habrá guerra, la astucia será escoger el momento. Y es que esta presión cada vez más acusada sobre Gales, la heredad del príncipe Edward, con el ducado de Chester en manos de la corona para él, y Bristol al sur, supone una nueva amenaza, sea cual sea su aspecto en los documentos. El suyo no va a ser un título testimonial. Ésta es una maniobra calculada para cerrar la presa real sobre Gales. Llegará el momento cuando debamos luchar para recuperar lo que hemos perdido, si no queremos encontrarnos luchando duro para conservar incluso lo que nos han dejado. No puede seguir así mucho tiempo. Debemos recuperarlo todo de sus manos o nos lo arrebatarán.

Había aprendido a tener gran fe en su juicio, y supe por su rostro y su tono que hablaba totalmente en serio. Sin embargo me parecía, considerando la quietud cautelosa en la cual llevábamos viviendo tantos años, que nuestra situación hacía que la acción fuera tan imposible para nosotros como antes de la paz de Woodstock.

Llewelyn negó con la cabeza.

—¡No! Los ministros del rey nos están haciendo nuestro trabajo; aún no tenemos que levantar un dedo, y nos ganan aliados a diestro y siniestro. Éste la Zuche que tiene en sus manos el País Central, y ha jurado mantenerlo bajo control inglés eternamente, vale un ejército para mí. No podía haber convencido tan pronto a todo caballero y señor y aparcero en los cuatro *cantrefs* de su sangre galesa, y su necesidad de recordarla, como ha hecho este hombre. No podía haber unido a todos esos fronterizos enfrentados como él ha hecho, en un odio patriota hacia Inglaterra y sus ministros y todas sus obras. Hace brotar reclutas para mi causa igual que brota el trigo de las semillas. Llegará el momento en el que yo sólo tenga que salir y recoger la cosecha. Y un pequeño éxito allí podría devolver su lealtad a muchos de esos príncipes de otros lugares que ofrecieron al rey Henry su homenaje por miedo. El éxito se reproduce rápido. Pero —dijo, y miró muy por encima del mar hacia Ynys Lanog, ya que estábamos cabalgando junto a las salinas

de Aber— también debe haber unidad en la cúpula, o nos dividiremos y despedazaremos.

Yo tenía su entera confianza. Hablaba conmigo como con su propia alma, y yo con él con mi ingenio, ya que toda mi intención era serle de ayuda si podía, en cualquier iniciativa que emprendiera, ya fuera el mejor drenaje de una parcela de pantano alto que podría volverse cultivable, o el adiestramiento de los halcones de Snowdon con el cual disfrutaba, o la gloriosa recuperación de todas las tierras perdidas de Gwynedd, o, todavía más maravilloso, el avanzar en el sueño de su abuelo de un Gales único y espléndido gobernado por un príncipe, lo cual yo sabía que también era su sueño. Mi intención siempre era mirar con sus ojos, adivinar su anhelo, y prestarle cualquier talento que tuviese para ayudarle a conseguirlo. Por lo tanto dije sin disimulo:

—La piedra en vuestro camino es lord Owen. Dios sabe que no tengo nada contra vuestro padre, pero él no tenía dicho objetivo, como tampoco lo tiene su hijo mayor. Con una gran obra por hacer, él no es el compañero que habríais elegido.

En esto estaba equivocado, ya que creo que él tenía al joven David en mente. Y creo que vio lo que quería decir, me echó un largo vistazo, sombrío pero sonriente, y sólo respondió:

—Hay muchos hombres en este país que tendré de buena gana como aliados y ministros, y espero que amigos. No escogería a ninguno como compañero. Se acerca el momento que he esperado. Lentamente, pero se acerca. Y lo que tengo que hacer, Samson, sólo puede hacerse en solitario.

—Entonces —dije, dispuesto a seguirle a toda costa por esa visión— ¿cómo dispondréis?

—Dios dispondrá a su debido tiempo, y con cualquier instrumento que escoja, —dijo Llewelyn.

Pero la tranquilidad y la espera continuaron dos años, y Llewelyn no se quejó, sino que continuó con su trabajo de modo ordenado.

David nos visitaba pero poco, ocupado con sus tierras en Lleyn, aunque creo que con menos alegría que antes. Había pasado el primer lustro desde su toma de posesión, y después de la visita a su antigua morada real el Ilys en Neigwl le parecía pobre y rústico, y Cymydmaen constreñido y salvaje. Hablo con la perspectiva del tiempo transcurrido, ya que entonces no supimos de ningún

descontento o malestar en él, y pensamos que pasaba mucho tiempo en sus tierras, creyendo que las cuidaba y mejoraba, en vez de inquietarse y obsesionarse. Llewelyn sólo había visto en una ocasión la corte inglesa, y eso que fue en un estado un tanto disminuido en Woodstock, nunca en Westminster, y sus glorias se habían opuesto a él como una fachada, y nunca le habían envuelto con calor, como había sucedido con David. Yo, que había visto algo de Londres, aunque como sirviente de mis señores infantiles, debería haber comprendido mejor la fuerza del contraste entre los dos estados de David.

No lo hice, y se me debe culpar por ello.

Poníamos cuidado, aquellos días, en recibir nuevas con regularidad de todo lo que sucedía en la corte del rey Henry. En febrero se hizo pública la heredad del príncipe Edward, y contenía todo lo que había dicho David: Irlanda, salvo unos cuantos lugares que se reservaban, Chester y su condado, Bristol, donde estarían sus ministerios y su erario, todas las posesiones de la corona en Gales, las islas del Canal, toda Gascuña, con la isla de Oléron. Un enorme patrimonio. La concesión galesa comprendía incluso una parte de la corte al norte de Cardigan, con lo que los poderes de Inglaterra cerraron sus garras sobre Eryri por todos los lados. Y un tal Geoffrey Langley, un ministro del rey hasta ese momento conocido por sus severas negociaciones en la ley del bosque, recibió el País Central para que lo ordeñara para sus amos, ya que consideraban que podía producir una renta mucho más alta para el príncipe que la que había producido hasta entonces. Dudo que Langley en los primeros seis meses de su cargo hiciera más de lo que había hecho Alan la Zuche en varios años, para hacer buenas las palabras de Llewelyn acerca del alzamiento de un ejército de galeses resentidos que sólo esperaban un líder.

También tuvimos extensos informes, y ninguno de ellos nos llegó con lentitud, de la boda en Burgos. El príncipe Edward cruzó hasta Gascuña poco antes de su decimoquinto cumpleaños, que caía en el decimoséptimo día de junio de aquel año, mil doscientos cincuenta y cuatro. La reina viajó con él, y también el arzobispo Bonifacio de Canterbury, tío de la reina, uno de aquellos parientes suyos de Saboya que estaban causando tantos celos y resentimientos entre la nobleza inglesa, junto con los medio hermanos Lusignan del rey,

hijos de su madre y su segundo marido, que llegaron enjambrándose desde Poitou para hacer sus fortunas mediante matrimonios ricos en Inglaterra. Estos parientes extranjeros eran una de las principales causas de queja contra el rey Henry, y le causaron grandes dificultades en años posteriores, pero les apreciaba y favorecía a pesar de todas las culpas.

Los preparativos para la boda se acabaron con tranquilidad durante los meses de verano de junio y julio, y luego la comitiva del príncipe se trasladó a Burgos, y allí el rey Alfonso le nombró caballero, y a finales de octubre la niña Eleanor, la medio hermana del rey, se casó con el heredero de Inglaterra con toda ceremonia en la catedral de Burgos. Después el rey Alfonso renunció formalmente a toda reivindicación sobre Gascuña, habiendo adquirido un interés cercano en ella por otro medio que le parecía mejor, y no costaba guerra ni enemistades, ya que su influencia era grande tanto con el rey Henry como con su hijo. El príncipe llevó a su joven novia a Gascuña con él, y allí permanecieron durante todo un año antes de volver a su hogar de Inglaterra.

Y aún hubo más para confirmar todo lo que David nos había dicho, dado que el rey Henry de regreso a casa tras la boda decidió dar el primer paso hacia ese acuerdo con Francia que le liberaría para perseguir el objetivo siciliano en nombre de su segundo hijo. El rey Luis por fin había regresado de sus aventuras cruzadas en oriente. El rey Henry le envió mensajeros, y solicitó una reunión, un conocimiento personal que pudiese convertirse en amistad. Y en Chartres el rey Luis le recibió amablemente, y le condujo a París, donde se le recibió regiamente, y la familia provenzal de la reina se reunió en una gran asamblea. Este rey Luis era muy inteligente y atento en cuestiones personales, hábil en volver placentero y fácil un primer encuentro que hubiera podido ser duro y desagradable. Así que aquellos dos se conocieron, y se plantó la semilla de la que brotaría un acuerdo total, un tratado de paz y armonía entre sus países, antiguamente enemistados.

Sin embargo, como Llewelyn había dicho, un acuerdo entre esos dos reyes no nos resultaba beneficioso, ya que la retaguardia de nuestro enemigo así quedaba asegurada, y él podía centrar más su atención en Gales. Aunque tales son las casualidades de la vida, que sucedió lo contrario. Siempre hay alguna misericordia imprevista, o

lección inesperada, esperando manifestarse.
La fiesta de Navidad aquel año fue fría y luminosa y ventosa. Vientos contrarios impidieron al rey Henry desembarcar en Dover hasta el día después de San Esteban, y fueron recorriendo la costa de Gales como lanzas plateadas, frías como el hielo. Y aun así los cielos estuvieron despejados y llenos de estrellas, muy hermosos de contemplar, y no hubo más que un poco de nieve, que se secaba en la escarcha y volaba como polvo blanco alrededor de las llanuras. Guardamos la fiesta en Aber, según la costumbre antigua.

En aquella fiesta sólo faltaban Rhodri y *Lady* Senena. En aquel entonces Rhodri tenía cierta dama que ocupaba toda su atención, y le mantenía metido en su propio Ilys, y *Lady* Senena, aunque permanecía principalmente con David en Neigwl, tras haber pasado mucha de su vida de casada allí y sentir cariño por el lugar, había viajado en otoño al sur, para hacer una primera visita a su hija Gladys en Dyvenor. Entre aquel castillo, súbdito voluntario del rey Henry, y nuestro principado de Gwynedd, no había contacto, aunque antes de que *Lady* Senena volviera a Gales los dos príncipes, a instancias de Llewelyn, habían ofrecido a Rhys Fychan y su casa un pacto de mutua ayuda y apoyo, que permanecía, desgraciadamente, como poco más que una promesa sobre pergamino, puesto que los miembros de aquella casa ni siquiera podían ponerse de acuerdo entre ellos. Sin embargo sé que Llewelyn había dado su bendición al viaje de su madre, y había enviado saludos con toda amabilidad a su hermana, cuya rígida lealtad a su marido no culpaba de ningún modo. Pero no recibió respuesta, ni tampoco la esperaba.

En la claridad del día los hermanos cabalgaron mucho, y por la noche en la sala principal hubo buenos alimentos y bebida en abundancia, y bella música de arpa, ya que nuestros bardos eran famosos, y también lo era el mecenazgo de Llewelyn, que hacía que muchos cantores llegaran de otras regiones para actuar en su sala, y ninguno se fue jamás con las manos vacías o descontento con su premio. Aquellas Navidades vimos a David de un genio inquieto; o exageradamente alegre y jovial, o sumido en una negra depresión. Y a menudo su lengua se desbocó, pero sus dos hermanos mayores, viendo todo lo que había bebido, tuvieron paciencia con él amistosamente, y él siempre volvía a la luz a tiempo para

desarmarnos a todos. Aunque era extraño en él, no pensamos que pasara nada.

Vino a mí a última hora de una noche en la pequeña cámara donde guardaba los pergaminos, y hacía las escrituras y cálculos de los asuntos de Llewelyn. Yo me había ido de la sala principal pronto, teniendo algunos asuntos que me esperaban, y pensando que ésta era la mejor hora para retirarse y acabar el trabajo. Había algunos casos complicados que atender en el tribunal del *commote* de mi señor, dos acerca de la retirada de mojones, y también un asunto de algunos restos arrastrados por el mar hasta la linde de las tierras de la iglesia de Bangor, disputándose las mercancías príncipe y obispo, ya que el obispo Richard era un hombre conflictivo y obstinado. Llewelyn confió en que tuviera toda la información necesaria sobre la mesa y a mano. Cierto, también tenía a su capellán y secretario oficial, pero se me asignaron todas estas tareas por deseo expreso de mi señor, y era yo quién le acompañaba cuando acudía a presidir todos sus tribunales de distrito.

Mientras hacía este trabajo llegó David, solo, y se quedó a mi lado un instante mientras leía por encima de mi hombro. Estaba ruborizado por el vino, pero tranquilo, y muy capaz de soportar lo que había bebido con elegancia, como solía hacer.

—Samson —dijo, tras un momento de silencio— conoces la ley galesa mejor que nadie aquí. Dime, ¿cuál es la ley acerca de la sucesión de una corona?

—La sabéis tan bien como yo —dije, y seguí escribiendo porque tenía mucho que hacer—. El sabio príncipe nombra su sucesor mientras está vivo, y se asegura de que sea aceptado por todos.

—¿Y si el príncipe no es tan sabio, y nunca nombra a un sucesor? —insistió con la misma voz grave y pausada.

—Entonces su reino está sujeto a la división entre todos sus hijos. Pero en la práctica es mucho más probable que vaya de común acuerdo para el mayor, y que éste entregue algunas tierras a los demás.

—Cierto —dijo— pero ésa no es la ley galesa, y lo sabes, es una conveniencia tomada prestada de los ingleses. A cuatro hijos con el mismo derecho les corresponden partes iguales de la herencia.

—Si prefieren hacer valer sus derechos, y destrozar lo que se ha reunido laboriosamente —dije, sin hacerle demasiado caso—, así es.

Pero con un vecino avaricioso esperando quedarse con sus porciones una a una, no lo recomendaría.

—Podrían colaboran y luchar y planificar juntos —dijo—, ¿o no? Y escúchame, si ésa es la buena ley galesa, y la ley inglesa dice que el mayor se queda con todo y da lo que elige y ve apropiado a los más jóvenes, entonces ¿mediante qué extraña ley, ni galesa ni inglesa, hemos repartido Gwynedd? ¡Samson —dijo en tono de reproche, viendo que seguía trabajando para redondear una palabra — al menos podrías mirarme! Hubo un tiempo en que eras más amable. —Y posó una larga mano sobre la parte blanca de mi pergamino, e impidiéndome que continuara.

Entonces lo miré a la cara, a la fuerza, suspirando por mi tiempo perdido, y me estaba sonriendo, pero sombríamente, sólo con un brillo de malicia en sus ojos, ya que su boca era petulante y triste.

—¿Soy tu hermano de leche o no? —exigió, y se sentó a mi lado, reclinándose contra mi hombro.

—Lo sois —dije— y mi príncipe, y en este momento estáis un poco borracho, y sois demasiado travieso. Y tengo trabajo que hacer.

—Esperará una hora. Y no estoy tan ebrio de vino como imaginas. Escucha, Samson, porque hablo en serio. Si se ha de respetar la ley, ¿por qué no hemos recurrido a la vieja costumbre, y repartido todo equitativamente entre nosotros, ni hemos adoptado abiertamente la nueva costumbre, la costumbre inglesa, y hemos dado todo al mayor? ¿Mediante qué ley podemos decir que se hizo este acuerdo?

—Aquí no había más que dos herederos —dije— cuando murió vuestro tío, lord David. —Aunque, la verdad sea dicha, podía haber ido más allá, y dicho que no había más que uno—. El consejo les recomendó que compartieran equitativamente y gobernaran juntos Gwynedd, y así han hecho hasta este día. Conocéis todo esto, así que ¿por qué me atormentáis con tales preguntas cuando estoy ocupado?

—Si los otros dos estábamos en otra parte —dijo— no era por culpa nuestra, y no debería costarnos ninguno de nuestros derechos. Y viendo que estábamos en otra parte, ¿era nuestro acogimiento con el rey Henry tan diferente de cualquier otro acogimiento galés legítimo, cuando se enviaban a los jóvenes príncipes a criarse con

familias señoriales? En lo concerniente a la sucesión a una corona, ¿crees que todos esos señores no respaldaban a su protegido por su título, y que todo protegido no jugaba con el poder e influencia de su padre adoptivo? Supón que decido llamar a mi regio padre adoptivo para respaldar mi derecho, o a mi principesco hermano, recién hecho señor de la mayoría de las tierras fronterizas.

Su voz era traviesa, suave y maliciosa, y sabía que no hacía otra cosa que acosarme. Pero había una especie de malevolencia inquieta en dichas bromas que me fastidiaba, tanto por mí como por él, ya que demostraba demasiado bien que no era feliz. Así que dejé a un lado la pluma con un suspiro y me volví hacia él.

—Bien, veo que debéis expulsar la insensatez hablando, porque no lo decís en serio. Rhodri y vos recibisteis propiedades muy razonables en cuanto regresasteis a Gwynedd. Tenéis las tierras que vuestro padre tuvo antes de vos…

—Una parte de ellas —dijo.

—Cierto…, entonces, seamos exactos, una parte de ellas. Buena tierra, no obstante, más fértil que las rocas de Eryri. Creía que estabais muy contento con Cymydmaen —dije— ¿qué os ha inquietado tanto de repente acerca de vuestra parte?

—Oh, Samson —dijo, retorciendo sus hombros con impaciencia — ¡estoy constreñido! ¿Cómo me puedo acostumbrar a una vida tan estrecha y pobre? ¡Podría hacer tantas cosas! Sé lo que hay dentro de mí, y quiero lo que me corresponde.

—¿Habéis hablado de esto a vuestros hermanos? —le pregunté.

—Oh, Samson, ¿no ves que necesito tu apoyo? Llewelyn te escuchará, si hablas por mí.

Todavía no creía que esto fuera otra cosa que un arranque de frustración, uno de los últimos ecos de su descontento al recordar Londres y las glorias de aquella corte. Seguramente necesitara librarse de él, y también verterlo sobre mí en vez de arriesgarse a una recepción más dura por parte de sus mayores. Pero su necesidad estaría satisfecha cuando hubiese purificado su pecho a mi costa, y durmiese el vino de esta noche, lo que, según sabía, hacía enérgica y alegremente, levantándose fresco como una alondra por la mañana temprano. Por tanto le dije simplemente que no sería su abogado, porque no era de los suyos, por mucho que le quisiese. Dije que ni su petición ni la mía conmoverían a Llewelyn,

por una poderosa razón, porque temía y se opondría hasta su último hálito a una partición mayor de Gwynedd, que sentía en su corazón y sangre que debía estar unida para sobrevivir. Dije que el desmembramiento de la tierra en parcelas gobernadas localmente por un príncipe y sin supervisión externa no significaría otra cosa que la astuta ingestión de cada porción una a una por Inglaterra, hasta que todas fueran devoradas. Lo cual sólo podía significar nada más que ruina y perdición para todos. Dije que sólo un Gales unido podría conservar lo suyo, al final, ante una Inglaterra quizás igualmente sujeta a las facciones, pero infinitamente más fuerte, no en valentía ni grandeza, sino en recursos de alimentos, materiales, armas y hombres. Le dije, por último, que Llewelyn había hecho valer en la práctica su fe en esta gran unidad esperanzadora, cuando aceptó una parte menor, y renunció al derecho legal de su padre, y al suyo propio, para luchar lealmente por el tío que les desposeyó. Y dije que, de manera similar él podría permanecer a su lado honorablemente como el capitán de la guardia familiar de Llewelyn, ya que el *penteulu* actual estaba envejeciendo, y no había nadie en la tierra al que preferiría ver cuidando la cabeza de mi señor que éste, su hermano preferido, y mi propio hermano de leche.

En cuanto hube acabado, y me avergüenzo de ello cuando me acuerdo, mi mano derecha estaba acercándose despacio a mi pluma, y mi izquierda estaba alisando el pergamino y volviéndolo sigilosamente, listo para seguir escribiendo. Lo cual, aunque nunca bajó sus grandes ojos de campánula de mi cara, sin duda vio. Había escuchado impertérrito cada palabra que le había dicho, aquellos ojos devorándome, y aunque juro que no había llegado a moverse, aun así parecía haberse alejado muy lentamente, un pie más o menos de aire cargado, y haber retrocedido a la sombra. Ahora recuerdo su cara frente a mí, el rubor del vino neblinoso en la sombra, los anchos y altos huesos de sus mejillas y los estrechados y ardientes ángulos de su mentón tocados por rayos de luz de las antorchas, y aquellos ojos, como lagos azules, sus profundidades ocultas tras el reflejo superficial del sol.

—¡Bueno, bueno! —dijo—. He escuchado sumisamente, ¿verdad? Veo que eres su hombre. —Siempre tenía una voz muy grave y seductora, y la usaba como un instrumento musical—.

Bueno, creo que eres honesto con todos nosotros —dijo— y pensaré en lo que has dicho. Pero nunca debería haberte atormentado así, y no lo haré más. Ahora puedes continuar con tu trabajo.

Y se levantó de su lugar a mi lado, volviéndose hacia la puerta. Y realmente dejé mi pluma, confundido, y le habría llamado si hubiera podido, aunque no sabía por qué. Se fue despacio y tranquilo, como si hubiera sangrado de su ser todos aquellos humores que le torturaban e inquietaban. Y en la puerta se volvió, y me volvió a sonreír con toda su dulzura juvenil, y dijo:

—¡Mi hermano es un hombre afortunado!

Y con eso me dejó. Al día siguiente se trasladó a Cynydmaen con todo su séquito, alegremente como siempre, y me besó al marcharse, muy afectuosamente. No dijo una palabra de lo que había pasado entre nosotros, y abrazó a Llewelyn con particular fervor y afecto.

Ya había pasado Pascua cuando le volví a ver.

En la primavera Owen Goch vino dos veces de visita a Aber. En la segunda ocasión, poco después de la fiesta de la Pascua, David también cabalgó desde Neigwl para unirse a nosotros durante algunos días, con el mejor y más sumiso humor posible, pleno con las actividades en sus tierras, y dispuesto a pedir consejo y escucharlo cuando se le diera. No fue hasta que nos hubo dejado cuando estalló la riña entre Owen y Llewelyn que alteró todo en nuestras vidas. El muchacho no había alzado ninguna voz de protesta, ni parecía estar molesto por nada, sino más bien parecía haber apartado de sí todas sus lamentaciones por las glorias inglesas, y estar dedicando todas sus energías a la administración justa de aquellas tierras que tenía. Se marchó, y estábamos bastante alegres en la sala principal al final del día cuando Owen se inclinó hacia mi señor, y dijo repentinamente:

—¿Hemos hecho lo correcto con nuestros hermanos más jóvenes? De verdad, no estoy tranquilo.

Llewelyn estaba algo sorprendido por que el tema hubiera salido de un cielo despejado, y le echó una larga y atenta mirada, aunque estaba sonriendo.

—Teniendo todo en cuenta —dijo, impertérrito— lo hicimos extremadamente bien. Nos quedamos, entre ambos, con algo que concederles, al menos, y desde entonces se han mantenido

tranquilos poseyéndolo. Hubieran podido estar sin tierras y en el exilio. Por mi parte, no estoy en absoluto avergonzado. Debes sopesar tu propia conciencia, la mía es tan ligera como el aire.

Estoy seguro de que no pretendía hacer referencia a viejas pugnas y recelos, pero su tono tenía cierta mordacidad, ya que esperaba lo que había en el viento. Pero Owen se ofendió enseguida, y ardió rojo como su cabello.

—Ya nos han contado antes, hermano, tus hazañas en la guerra de octubre, mientras el resto de nosotros nos sentábamos junto a buenas lumbres comiendo la carne del rey Henry. Eso es historia pasada, ¡o leyenda pasada, no lo sé! No es necesario repetir aquí esa historia. Deja tu alabanza para los bardos, que lo hacen con más elegancia. Yo hablo de justicia.

—¡Por la vida de Dios! —dijo Llewelyn, riendo—. No pretendía tal alarde, como deberías saber. Entre ambos, dije, les hemos asegurado la posesión tranquila de lo que es suyo. ¿Importa si fue mediante lucha o buen gobierno o políticas acertadas? Preguntas si hemos hecho lo correcto con ellos. Yo digo que sí. ¡Nosotros… no sólo yo!

—Pero yo no creo que así sea —dijo Owen, sacando su gran mandíbula—. Y ya es hora de que hablemos de ello en serio, puesto que ya no son muchachos bajo tutela, sino jóvenes adultos, y necesitaremos una dote adecuada, propia de su rango como príncipes dispuestos para casarse y tener familia. ¿Qué es un *commote*, ni siquiera el más rico? Hace de menos su origen tener un patrimonio tan exiguo.

—Hace de menos el mío —dijo Llewelyn, mirando mucho más allá de su hermano, y entrecerrando sus ojos sobre una distancia que yo sólo podía conjeturar— permanecer aquí restringido en la angosta extensión de Gwynedd más allá del Conway. Bueno, parece que no corresponde a ningún hijo de Griffith estar satisfecho. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Aquí no —dijo Owen Goch, y miró a su alrededor intencionadamente, ya que yo estaba a dos asientos a mano derecha de mi señor, y Goronwy igual de cerca al otro lado de ellos, y cerca el capellán y el chambelán, y la mitad de la guardia de la casa y los criados en la parte baja de la sala al alcance del oído. Había bastante ruido y charla bajo las ahumadas maderas del tejado para

tapar la conversación en la mesa principal, pero Owen conocía la potencia de su voz cuando se inflamaba su genio, y aún no quería un enfrentamiento público. Ni tampoco, pensé, tenía intención de plantearlo ante el juez de la corte, hasta que hubiese consultado a su hermano y hubiese algún tipo de entendimiento con él. Si los dos estaban de acuerdo, la discusión pública podría ser decorosa y pacífica, y los oficiales y consejeros escucharían con respeto, incluso si hacían objeciones. Aquellos dos hermanos, incluso el más temperamental y menos gobernable, habían practicado este modo de control con éxito desde hacía ocho años, aunque no se querían más que el primer día. Llewelyn tenía razón, diciendo que entre ellos habían preservado lo que podía preservarse de Gwynedd, y que Owen tenía mucho mérito, porque era al que costaba más refrenar sus pasiones.

—Aquí no —dijo Owen— sino en privado.

—Muy bien —dijo Llewelyn— nos retiraremos pronto.

Sólo esperó que el arpista dejara de tocar, y que el vino corriera generosamente al final de la comida, y entonces hizo una seña al silenciario, que golpeó la columna de la sala enfrentada al escaño real con su martillo, e hizo saber que los príncipes deseaban retirarse. Y la sala se levantó para demostrar su respeto a los hermanos mientras dejaban la mesa principal y se retiraban a la cámara privada de Llewelyn.

—Ven con nosotros, Samson —dijo mi señor, pasando junto a mi sitio—. Tengamos un testigo.

Habría preferido que hubiera escogido a algún otro para el honor, pero supe por qué no lo hizo. No había nadie más en aquella corte que supiera lo que yo sabía del primer encuentro entre ellos dos en Aber. Ante mí podían decirse cosas, si se llegaba a lo peor, que no debían escuchar, por el bien de Gwynedd, Goronwy ni ningún otro. Nunca a menos que los tiempos cambiaran para todos nosotros, y Gwynedd fuera demasiado fuerte para desmoronarse por pequeñas disensiones. Así que les seguí a la estancia interior, y cerré la pesada puerta a la barahúnda renovada de la sala, corriendo la cortina sobre ella para aislar incluso las notas del arpa.

—Ahora —dijo Llewelyn— di lo que tengas que decir, con cuantas menos palabras mejor.

Había vino preparado para ellos en una mesa, y cuernos para

beber, y el candelero se había apresurado a colocar velas a su llegada. Para justificar, de algún modo, mi presencia, y hacer ver que era un sirviente que asistía formalmente, les serví vino, y me retiré a la sombra del lugar iluminado donde se sentaron. Había una pequeña hoguera de troncos partidos en un brasero, ya que la noche de abril era fría, y el centro encendido y las volutas aromáticas de humo formaban una barrera entre ellos.

—Somos cuatro hermanos —dijo Owen— y todos tenemos derechos según la ley. Cuando tú y yo nos repartimos Gwynedd no había ningún otro aquí para cuestionar nuestros derechos, pero ese tiempo ha pasado. Estamos en paz, y nuestros hermanos esperan de nosotros que les hagamos justicia. Quiero una partición adecuada y justa de nuestra herencia común, partes iguales para todos.

—Admiro —dijo Llewelyn— tu generosidad pero no tu sabiduría. Entonces, ¿estás dispuesto a ceder la mitad de lo que posees? ¿O tienes pensado que yo debo entregarlo todo?

—Significaría que cada uno entrega parte de sus posesiones —dijo Owen—. No tiene porqué ser la mitad exacta. Pero no es justo ni correcto que David y Rhodri se queden sólo con las migajas, y digo que todo Gwynedd debe ser dividido de nuevo.

—Y, ¿cuál de ellos —preguntó astutamente Llewelyn— te convirtió en su portavoz? ¿Y qué recompensa te propuso para compensar lo que estarás perdiendo?

Owen comenzó a echar humo, y a beber más para alimentar su fuego.

—No necesito la ayuda de nadie —dijo con arrogancia— que me muestre dónde estoy agravando una injusticia. Conozco la ley antigua, y tú también, aunque puedas cerrar los ojos ante ella. Dice que debe hacerse una partición adecuada.

Llewelyn dejó su cuerno con mano firme.

—Y yo digo que esta tierra no se volverá a parcelar. Esta división y redivisión interminable es la ruina de Gales y el deleite de sus enemigos, ya que pueden tragarse un *commote* tras otro, mientras todo principillo tiembla y se aterra a su propia maenol, confiando en su perdón mientras deja que desposean a su vecino, lo bastante estúpido para no ver que él será el siguiente. Mi respuesta es no. Ni ahora ni en ningún tiempo futuro tomaré partido en el desmembramiento de mi tierra.

—¡Cuidado! —estalló Owen—. Puedo hacer que el consejo caiga sobre tu cabeza. Hice bastantes concesiones por amor de la paz, yo, el hijo mayor. Si se vuelve a dar el caso, no estaré tan callado.

—¡Ah! —dijo Llewelyn, sonriendo con ferocidad—. Ahora comienzo a ver qué recompensa esperas. No son las justicias e injusticias de Rhodri y David lo que tienes en mente, es la esperanza de una revisión, con nuevas condiciones, en un consejo donde puedas presentarme como el tirano avaro que no quiere hacer justicia, y acabar haciendo valer tu edad, y poniendo tus manos en la parte del león. Merecería la pena sacrificar algo para los jóvenes para librarte de mí, ¿verdad? A ellos podrías dominarlos, algo que sabes que nunca harás conmigo. Lo que quieres de mí no es mi consentimiento a esta propuesta estúpida, sino mi negativa, y un tribunal en el que puedas acusarme y desposeerme. Si no me atengo a la antigua costumbre galesa, tú cederás algo —¡oh, de muy mala gana!— y aceptarás lo que parezco desear, llevar a la práctica la manera de establecer al hijo mayor como señor único y mantener unida Gwynedd. ¡Me vas a poner una trampa con mis propias palabras! Entonces, acude al consejo, prueba tu influencia. Verás que no te venden tan barato a Llewelyn. ¡Haz la prueba! Me someteré a ella. Has puesto ante mí tu plan y tu conciencia, he dicho que no. Ve más allá, y déjales que decidan a quién de nosotros estiman más.

Owen se puso en pie gritando de indignación, protestando que no tenía pensamientos tan enrevesados en mente, que vino honestamente, listo para reducir su propio patrimonio con el fin de hacer justicia a sus hermanos, y que ningún hombre vivo tenía el derecho a pronunciar dichas acusaciones, y mucho menos Llewelyn, a quien había aceptado como igual en detrimento propio. Sin embargo no pude evitar pensar que en su defensa había mucho ruido y pocas nueces, y que no estaba, de alguna manera intrigante y secreta, disgustado con cómo había transcurrido esta entrevista.

—¿Qué justificación puedes tener —dijo, profundamente herido — para acusarme de intentar librarme de ti, cuando he colaborado fielmente contigo todos estos años?

—¡La justificación —dijo Llewelyn— de un puñal en mi espalda en una ocasión! ¿O lo has olvidado? Yo no. Ahora, parece, viene el segundo cuchillo que tenías escondido, pero sin duda, no hasta que

te vuelva a dar la espalda. Golpea pues, ¿qué me importa? Obtendrás una recepción muy diferente de la que esperas del consejo de Gwynedd.

Hasta aquel momento, creo, Owen había estado satisfecho con su respuesta, y había pensado auténticamente lo que Llewelyn había adivinado como su objetivo. Si quería sacar a la luz de nuevo en asunto de la soberanía en Gwynedd tenía que hacerlo de un modo que fuera verosímil, como estos escrúpulos acerca de la ley galesa y un justo reparto, y también de modo que le mostrara con la mejor y más virtuosa imagen posible, y situara a Llewelyn en la situación de un hombre acusado. Era, en teoría, un plan lo bastante válido. Pero la seguridad absoluta de la voz de Llewelyn inquietó su corazón. Por primera vez comenzaba a tener miedo de realizar la prueba, por miedo a que se volviera contra él. Vi el temblor de duda y miedo recorrer su rostro, y su rabia fingida se convirtió inquietamente en una furia real, el único refugio que le quedaba cuando perdía su seguridad.

—No me quedaré en tu casa —gritó— para sufrir insulto tras insulto. —Y se alejó de nosotros saliendo por la puerta a toda prisa. Y aunque no reunió a su séquito ni cabalgó esa noche, a primera hora de la mañana siguiente él y toda su gente se habían marchado.

Cuando nos quedamos solos, Llewelyn me dijo, en voz baja y con cansancio:

—Ven y siéntate, Samson, y trae contigo el vino. Dios sabe que lo necesito. ¿Se te habría ocurrido que se estaba tramando esto? ¿Después de todo este tiempo?

Dije lo que creía:

—No lo llevará más lejos.

—¿Al consejo? No, creo que no. No está lo bastante seguro de su acogida, aunque no puedo ver por qué mi confianza vence la suya. Si iba a ceder tan fácilmente, ¿cómo y por qué pudo comenzar?

Dije, lo cual era cierto, que lord Owen no era un hombre muy sutil o inteligente, y que comenzaba cosas que no podía acabar. Y Llewelyn se rió de eso, con regocijo auténtico, pero al instante siguiente fruncía el ceño profundamente desconcertado.

—Eso es verdad. Y para hacerle justicia, esta tentativa tenía cierto talento taimado que no habría esperado de él. Era más como si se hubiese asustado a medio camino y lo hubiese dejado estar. No

dirá palabra, a Goronwy o a nadie más, ni siquiera a sus propios consejeros. No volveremos a saber del tema.

En esto tuvo razón, ya que abril dio paso a mayo, y mayo a junio, y no se volvió a decir una palabra acerca de la partición de Gwynedd. Fue de manera muy diferente como supimos de nuevo de la pugna de Owen.

A principios de junio estábamos en Bala, en Penllyn, y en la segunda semana de ese mes llegó a toda prisa un mensajero del oeste, con despachos desde Carnarvon para Llewelyn. Goronwy le había llevado inmediatamente hasta el príncipe, ya que caballo estaba lleno de espuma y sus noticias eran urgentes.

—Mi señor —dijo, sin aliento como su bestia—. Vengo de parte de vuestro castellano en Carnarvon. ¡Hay en marcha una conjura en Lleyn! Lord Owen ha reunido a todos sus hombres de armas, y pretende maniobrar contra vos antes de que acabe el mes. La carta lo cuenta todo, y cómo recibimos tan pronto las noticias, ¡espero que lo bastante pronto para que sirva de algo! Un pastor que os recuerda desde zagal se ha escabullido desde Neigwl para advertirnos; lord David está destacando a la guardia de su casa junto a los hombres de su hermano, los dos han conspirado para hacer la guerra contra vos.

Llewelyn profirió un ruido amargo y breve entre risotada y grito de dolor, y unió sus manos con el pergamino en ellas, el sello recién roto.

—¡También David! Ha corrompido al muchacho, por añadidura. Ésta es su manera de salir del punto muerto, ¿verdad? ¡David! ¿Es cierto? ¿No es posible un error?

—Ninguno —dijo el mensajero tristemente—. Fue un tal Peredur quien nos informó. Dijo que le conoceríais bien, mi señor.

—Así es, y confío en él. ¿Está ahora a salvo en Carnarvon? —preguntó con urgencia.

—No, mi señor, regresó. Dijo que si se quedaba con nosotros se sabría, y acelerarían el ataque. Estaba en los pastos altos, confiaba regresar sin despertar recelos.

—¡Rezo por que así sea! Goronwy —dijo Llewelyn, desenrollando el pergamino de su castellano entre sus manos— trae aquí a mi *penteleu*, y ordénale que convoque a la junta antes de venir. En una hora celebraremos un consejo. También quiero a los

capitanes presentes. —Tenía una guardia permanente de ciento cuarenta hombres, y podía convocar muchos más si surgía la necesidad, y había buenos aliados a los que podía recurrir, entre sus principales terratenientes—. Acompaña al mensajero —dijo, y despidió al hombre con su elogio—. Y ten preparados a otros tres para cabalgar en cuanto hayamos celebrado el consejo.

Todo transcurrió de acuerdo con su voluntad, ya que sus hombres le comprendían, y él tenía las ideas claras, lo cual es todo un alivio para aquellos que siguen y sirven a un príncipe. Por tanto el frenesí de preparativos ordenado no causó mucho revuelo o emoción, por extraño que fuera el suceso que lo había provocado. Y Llewelyn, en un momento dado, se apoyó sobre mi hombro un instante, y tomó aliento para pensar, y elegir, y ver claro su camino.

—No es algo malo —dijo, divisando mi mirada, y respondiendo con una sonrisa pensativa y tirante—. Es algo muy bueno. No había manera de que yo pudiera haberle derrocado con la mente y el corazón limpio, por mucho que me estorbase y fastidiase. Ahora ha sellado su propia perdición.

—Pero las fuerzas reunidas de Owen y David —dije— son un ejército formidable.

—No me preocupa la cuestión —dijo—. Owen sí. Lleva su pugna conmigo de la única manera que se atreve. Temía presentarlo ante el juicio de los sabios, pero al evitar el consejo ha juzgado el caso él mismo, y me ha dado la razón. Puede desenfundar su segundo puñal, pero no será más eficaz que el primero. Una vez pasé por alto el golpe, por el bien de Gwynedd. Ahora lo devolveré, con creces, por el bien de Gales. Pero —dijo, y de repente su voz flaqueó, y supe con qué dolor, porque lo compartía— ojalá no hubiese arrastrado con él al muchacho. ¡Ojalá hubiese dejado en paz a David!

Hasta ese momento no había pensado en mirar atrás y comparar a aquellos dos; Owen con su valentía temperamental, impetuosa y torpe, y su estupidez que anulaba sus mejores cualidades, y David en su brillantez lustrosa, secreta e impaciente, profunda como el mar de Enlli, y tan difícil de conocer. Y me vi inundado por una duda ardiente y una consternación terrible, recordando ahora cómo David se había alejado de mí, aquella noche tras la fiesta de Navidad en Aber, apartando su cariño de mí porque le había

respondido como un hombre de Llewelyn, yo a quien él había acudido en busca de afecto y consejo en su apuro, ya que así sabía ahora que había sido. ¿Cuál de aquellas dos mentes, pregunté a mi propio corazón, era más probable que hubiese concebido aquella maniobra enrevesada, tentando a Llewelyn con una propuesta a la que uno de ellos, al menos, sabía que nunca accedería? ¿Cuál de ellos era más capaz de la trampa puesta así como cebo, para acusar a Llewelyn con su propia boca ante la opinión galesa? O, cuando permaneció imperturbable, y demostró su desprecio por la trampa, acobardando a Owen y alejándole de un susto con la tentativa de desafío, ¿cuál de ellos tenía la fuerza y valentía para llevar el asunto a un choque bélico, una manera más corta y segura hacia el mismo fin? La lengua que no había podido seducir a Llewelyn sabría cómo convencer a Owen.

Aun así no sabía nada, no había nada de cierto en esto, sólo en mí un hueco lleno de duda, asombro y dolor. Podría ser igualmente cierto que la inquietud e infelicidad de David le hubiesen dejado presa fácil de las peligrosas proposiciones de Owen, y le hubiesen llevado a desear un fin para su tormento interior a toda costa, incluso por medio de este camino extremo. No tenía prueba que mostrar, ni certidumbre que compartir. Y me mantuve callado. Ya era bastante amargo para Llewelyn saber que su hermano más joven y querido había sido seducido para volverse en su contra. ¿Por qué debería retorcer el cuchillo clavado en él sugiriendo que fue David el que había realizado la seducción?

Pero si no podía acusar a David, tampoco podía defenderle. Dije:

—Voy con vos. Ya puedo usar una espada tan bien como algunos que se ganan el pan con ello. No dejaré que vayáis a Lleyn sin mí.

—No querría más otra cosa —dijo, y sonrió de nuevo, ya que su pesar era también la oportunidad de su vida, y no quería ir en otra dirección que no fuese hacia delante—. Tenemos las mismas estrellas —recordó— tú y yo. Quedaremos en pie o caeremos juntos.

Pero el tono y la inflexión de su voz eran tales que aseguraban nuestra pervivencia.

# CAPÍTULO VI

Salimos de Bala a primera hora de la mañana, en el claro tiempo de junio, y cabalgamos ligeros porque era pleno verano, el trayecto rápido y agradable y la vida tranquila. Teníamos con nosotros a toda la guardia de la casa, ciento cuarenta arqueros y lanceros, y unos veinticinco caballeros reunidos de entre los jefes nobles, aquellos que habitualmente seguían a la corte en sus trayectos, y aquellos terratenientes a los que se pudo avisar mediante mensajero en un tiempo tan corto. La intención de Llewelyn era mover el campo de batalla, puesto que debía haber campo de batalla, al oeste todo lo que fuera posible. Como ellos no pasarían mucho tiempo ignorantes de nuestros movimientos, el uso rápido de estos dos primeros días era inapreciable para nosotros, para trasladar el campo de batalla más cerca de sus fronteras, y escoger el terreno donde pudiéramos esperarles, en vez de permitirles, una vez que supieran que teníamos conocimiento de su reunión, tomar posición en un terreno elegido por ellos, y esperar allí nuestra embestida.

Íbamos con todas nuestras lanzas y arreos ennegrecidos, ya que el sol descubriría una hoja en millas de campo si el enemigo tenía apostados vigías en los lugares correctos, aunque no esperábamos tal previsión hasta que estuviésemos más cerca de sus tierras. Por nuestra parte, teníamos exploradores adelantados para formar una cadena que llegara hasta los caminos de las colinas occidentales que Owen usaría para venir hacia nosotros, con el fin de que pudieran pasarse las noticias de mano en mano, y nos mantuviesen informados de todo lo que sucedía en los campos de Lleyn. De este modo supimos cuándo comenzó a moverse Owen, y supimos que teníamos tiempo de sobra, ya que habíamos sido más rápidos en la iniciativa que él. Y teniendo que pasar la noche, nos hicimos a un lado para acampar cerca de Beddgelert, donde Llewelyn y sus oficiales se alojaron con los hermanos, y asistieron a los oficios en

la iglesia.

Salió en la brillante oscuridad de la noche de verano, llevándome con él, e hizo la ronda de sus hombres acampados dentro del recinto, pronunciando acá y allá palabras de crítica o encomio, y de nuevo vi las buenas razones que le hacían estar seguro de sí mismo. Todo estaba tranquilo y ordenado y dispuesto, y todos sus hombres hablaban con él como si conociesen muy bien su labor, y sabiendo en que él conocía la suya. Verdaderamente toda su espera no había sido en vano, ni aquellos años desperdiciados o consumidos sin provecho.

Nuestro segundo mensajero llegó antes de medianoche, informando que los ejércitos familiares de Owen y David se habían reunido en Nevin, y se moverían hacia la llanura de Arfon con el alba. Había algunos entre los aldeanos de aquellas demarcaciones que no tenían una buena razón para apreciar a Owen, y estaban bien dispuestos hacia Llewelyn, y nuestros jinetes adelantados se habían puesto en contacto allí sin peligro. Así obtuvimos una estimación de las fuerzas que los dos habían reunido, y juntos contaban con algunos efectivos más de los que teníamos con nosotros.

—Da igual —dijo Llewelyn—, no necesitaremos refuerzos. Somos bastantes para encargarnos.

También habló, mientras regresábamos caminando juntos en la noche, de David, aunque sin nombrarlo.

—Le han engañado vergonzosamente —dijo—. Seguramente me hayan calumniado, y piense que envidio su ascenso. Owen habrá acudido a él con alguna versión falaz de lo que se dijo entre nosotros, queriendo manipularle. Diantre —dijo arrepentido— le fabriqué las flechas con la que dispara, porque en efecto me negué toscamente a lo que me pedía, ¿cómo puedo negarlo? Sin embargo, ése no era el camino. De buena gana emplearía al muchacho, al máximo de sus capacidades, cuando llegue el momento, y le entregaría una parte justa. ¡Pero no de ese modo!

—Cuando vuelva en sí —dije— lo sabrá y lo comprenderá.

—Hay una batalla entre nosotros y ese día —dijo sombríamente Llewelyn— y debo ganarla y la ganaré, caiga quien caiga. Sin embargo rezo a Dios para que David salga de ella entero. Me pregunto si Owen también acudió a Rhodri. Aunque Rhodri es un

chismoso, y habría desvelado el secreto, además de no ser de ayuda en un combate. Tal vez pensó que fuera mejor dejarle al margen del ajuste de cuentas.

—O puede ser —dije— que Rhodri le rechazara.

—Entonces se habría sabido todo, porque habría delatado a Owen ante mí del mismo modo que me habría delatado ante Owen en caso contrario. Rhodri, en caso de duda, se mantendrá al margen de los problemas. Sin duda le gustaría una parte más grande, pero no con ese riesgo.

—¿Pensasteis alguna vez —pregunté mientras entrábamos— que llegaría a esto?

—Esperaba —dijo Llewelyn— que Dios dispusiera. Y Él ha dispuesto. Que Dios me perdone si alardeo antes de la victoria, y sea testigo de que no me jactaré después de ella.

Luego entramos y dormimos. Al alba hubo un breve consejo con sus capitanes, y después de él nos trasladamos al sur junto a las aguas del Glaslyn, alrededor de los pies de las grandes montañas, ya que en aquel valle ningún vigía de buena vista podría encontrarnos, y por las tierras altas nuestros movimientos y nuestros pocos colores hubieran podido ser visibles a millas de distancia, incluso con nuestro acero ennegrecido. Un tercer mensajero se reunió con nosotros donde dejamos el río y giramos al oeste, y confirmó que los ejércitos de los dos hermanos estaban trasladándose a la llanura costera de Arfon, hacia el paso fronterizo de Bwlch Derwin, donde una vez Trahaearn ap Caradoc venció a Griffith ap Cynan en la batalla de Bron yr Erw, y le rechazó en busca de refugio hacia Irlanda, antes de que éste último se abriera camino combatiendo hasta su hogar de Gwynedd para vengar la vergüenza venciendo y matando a Trahaearn. Pero eso fue hace mucho, antes de que llegaran los normandos. Mucho cambió a sus manos, pero las rocas y desfiladeros de Eryri no cambiaron, y Owen debía llegar por ese mismo camino.

—Por esto —dijo Llewelyn—, a menos que Owen sea más estúpido de lo que creo que es, deberían saber que estamos alzados en armas y de camino a encontrarlos.

—Lo saben —dijo el hombre—, pero no saben por dónde venimos, o lo cerca que estamos. Sin duda, aceptarán batalla donde resulte que choquemos nuestras frentes contra las suyas. Y están

envanecidos y seguros de su suerte.

—Yo también —dijo Llewelyn, pero de modo casi devoto. Y en efecto todo aquel día se movió y dispuso como si llevara conscientemente, con humildad y orgullo, la carga de su propio futuro, que era el futuro de Gales.

Los que íbamos a caballo hicimos una parada en el antiguo asentamiento romano de Glan-y-Morfa, para dejar que la infantería nos sobrepasara y tuviéramos una hora de descanso. Luego continuamos hacia la gran cabeza sobresaliente de Craig-y-Garn, dominando sobre Dolbenmaen. Aquí teníamos las onduladas colinas más bajas de Lleyn a mano izquierda, y a nuestra derecha, más allá de este peñasco desnudo, las cumbres más altas y páramos elevados extendiéndose varias millas hacia el norte, roca desnuda arriba, brezo y helecho y musgo abajo. Aquí las montañas no son tan altas como alrededor de Snowdon, aunque son bastante elevadas y descubiertas y desiertas, y en las tierras altas entre las cumbres se ulceran los pantanos negros, y los hoyos de turba marrones oscuros reflejan el sol desde el interior de sus juncos circundantes como ojos de largas pestañas, del color de los de mi señor. Los huesos fuertes y brillantes como el acero de su rostro siempre me recordaban a las rocas de Snowdon, y sus ojos a aquellos lagos silenciosos entre ellas.

Nuestra ruta evitó el terreno bajo, y se mantuvo sobre la ladera de la montaña, circundando Craig-y-Gran, y cruzando un arroyo tras otro de los que descendían de la cresta a mano derecha. Así ascendimos hacia la cuenca, y a los bosques de maleza que crecen en los lugares resguardados del desfiladero de Bryn Derwin. Y allí nos apostamos, con nuestros vigías avanzados atentos a Arfon, y el cuerpo de nuestra hueste echado atrás en dos pequeños grupos de caballería flanqueando los bosques, y destacados donde tenían la ventaja de la pendiente a ambos lados del camino, y terreno transitable para su avance. Los lanceros se detuvieron en el desfiladero, donde estaba protegido a ambos lados por árboles bajos y arbustos. Y los arqueros treparon en cuatro pequeños grupos entre las rocas, dos a la izquierda, dos a la derecha, y en cada lado un grupo por encima del otro. Había cobertura quebrada para ocultarles, y como nuestra vestimenta era parda, careciendo de la exhibición de estandartes y armaduras, nos fundimos bien en aquel paisaje, sin un movimiento que nos hiciera visible desde cualquier

distancia.

Ésa era la primera vez que llevaba un coselete de malla o una espada en serio, aunque había estado varios años ejercitándome con Ifor ap Heilyn, que era el mejor espadachín del Ilys de Carnarvon, y tenía buena opinión de mí teniendo en cuenta que llegaba bastante tarde al juego, y que por añadidura era escribano. Yo era fuerte y corpulento y contaba al menos con un ojo vivo y preciso, aunque no tuviera la auténtica destreza de muñeca a juego. Tampoco tenía miedo, aunque no sé por qué. No tuve miedo ni jugando contra mis superiores, que podían magullar si querían, ni ahora en el desfiladero de Bryn Derwin, salvo un rincón de mi mente que temió, contra mi convicción, por la causa y por Llewelyn.

Me mantuvo a su lado, con los caballeros en el flanco derecho, y me alegré. Donde él estaba era donde yo quería estar, para bien o para mal. Nunca me apartó de él en ninguna desgracia o peligro, ya que leía mi mente claramente, y me tenía en tan alta estima que me daba lo que más quería.

Esperamos hasta pasado el mediodía, antes de que los jinetes adelantados enviaran la señal de que el ejército de Owen estaba a la vista por debajo del desfiladero. No habíamos ocupado la posición más adelantada posible para nosotros, disponiendo de toda la pendiente hacia abajo en su contra. Y creo que Llewelyn había evitado este error, y sacrificado sus ventajas, para evitar que nos vieran demasiado pronto y que calcularan las probabilidades con cautela, y abandonaran, con algún pretexto plausible, el combate ofrecido. Aunque no hubiera provocado ni buscado este enfrentamiento, ahora lo deseaba con todo su corazón, y pretendía que se resolviera aquel día, y que no siguiera pendiendo sobre él durante más largos años, antes de que quedara libre para buscar su objetivo y su destino.

Entonces les vimos asomar por la depresión, en la suave cuenca de las colinas circundantes, primero sus cabezas empenachadas, ya que eran más orgullosos y normandos que nosotros, y habían disfrutado con la exhibición de su caballería, aunque ninguno de ellos era entonces caballero. La larga primera línea surgió lentamente del suelo, marchando en orden cerrado, primero los jinetes, con ese andar bailarín que tienen los caballos en una pendiente gradual, quedando a la vista primero sus cabezas

inclinadas y pobladas de crin, después los ondulantes hombros, y los jinetes sentados erguidos y balanceándose con el movimiento. He escuchado música similar a este movimiento. Y por detrás de los jinetes vimos las brillantes puntas de las lanzas astillarse en la luz del sol, y el tenue polvo dorado como una neblina de oro suspendida alrededor de la infantería.

Nos vieron, y nos reconocieron, dispuestos a lo largo de un trecho de roca, grava y césped igual al alcance de un arco. La larga línea refrenada y quieta, mirando fijamente. No por sorpresa, ya que podríamos haber aparecido en cualquier punto de este trayecto hacia delante, aunque quizá no hubieran esperado encontrarnos tan pronto. Miraron como halcones preparando un picado, calculando la fuerza y la distancia. E incluso yo vi que eran más que nosotros, quizá por treinta o cuarenta hombres.

Así permanecieron estos dos ejércitos frente a frente en la tarde soleada, inmóviles y observándose, justo fuera del alcance el uno del otro. Y Llewelyn dijo, recorriendo la línea de jinetes y dirigiéndose hacia los hombres que conocía mejor:

—No atacaré a mis hermanos sin el debido desafío. No disparéis, arqueros, pero cubridme bien. —Y avanzó cabalgando veinte pasos por delante de su primera línea, y deteniendo su caballo allí en solitario, gritó con voz estruendosa—: ¿Me estáis buscando a mí, a Llewelyn ap Griffith? ¿Quién viene aquí armado contra mí, y con qué propósito? ¿Guerra o paz? ¡Hablad o atacad ahora!

Vi un ligero parpadeo de movimiento en las quietas filas por delante, y grité una advertencia que él no necesitaba, ya que sabía calcular el alcance de un arco corto tan bien como cualquier hombre del Norte de Gales. Los hombres del norte eran por naturaleza lanceros y lanzadores de jabalina, y nos sentíamos más a gusto con los arcos cortos que con los grandes arcos largos que usaban los hombres del sur, tensándolos a la altura de su oreja. Esta flecha disparada a mi señor se quedó corta una docena de pasos, y golpeó zumbando la hierba. No la dedicó una ojeada, sino que se rió, y gritó con voz potente hacia su hermano y mayor, allá en el centro de la primera fila que tenía delante:

—¡Acepto tu respuesta, Owen! ¡Ven, pues! ¡Te estoy esperando!

Dio la vuelta a su caballo, dándoles la espalda, y mientras regresaba hacia nosotros y a su lugar escogido, ellos también

avanzaron, empezando la rápida y furibunda embestida que siempre usaban los galeses, incluso contra jinetes y caballeros con armaduras completas, confiando en que la agilidad y la velocidad asestaran el primer golpe dañino, y si se veían obligados a retirarse, eran capaces gracias a su ligereza a dejar atrás a sus perseguidores, y encontrar tiempo incluso para hostigarles, aprovechando toda oportunidad para volverse y causar más devastación. Llewelyn sabía bien que le pisaban los talones, pero tuvo tiempo para ordenar todo antes de que atacaran, abriendo sus filas ante el impacto para recibir a los que penetraran y asegurarse de que nunca se desviasen de nuevo, e indicando la alerta a sus arqueros, cubiertos en las laderas a ambos lados.

Nuestros lanceros cerraron filas, el asta asegurada contra el suelo, la primera fila de rodillas, la segunda en pie. Los jinetes de Owen, demasiado indisciplinados para equiparar su velocidad al paso de la infantería —aunque algunos se agarraron a sus estribos y avanzaron con ellos— golpearon ese muro de lanzas, y no hicieron más que sacudir su centro durante un instante. Luego los lanceros corredores atacaron tras ellos, y pie a pie nuestro centro retrocedió lentamente para atraer hacia dentro a toda la *mêlée*, y allí se convirtió en una lucha cuerpo a cuerpo, avanzando siempre un poco hacia el este.

Nosotros permanecíamos aparte a ambos lados con las dos pequeñas compañías de jinetes, a cierta altura sobre la pendiente, y el ímpetu del ataque fue tan salvaje y único que percutió completamente en el centro entre nosotros como un martillazo, dejándonos aislados en los flancos. Por encima de nosotros los arqueros dispararon una primera andanada, y una segunda, a la muchedumbre, hiriendo a varios caballos, y agitándolo todo en una tremenda confusión. Entonces Llewelyn hizo la señal, y cargamos desde ambos lados hacia la maraña de caballos y hombres gritando y bramando, aplastándola entre nuestros dos empujes concertados.

La batalla de Bryn Derwin sólo duró una hora en total, desde el primer choque a la desbandada y huida del resto del ejército de Owen. En cuanto a mí, todo lo que vi de ella tras el primer ataque fue un alboroto de combates cuerpo a cuerpo, casi demasiado cercanos para causar daño, donde yo era arrojado acá y acullá por el balanceo de la batalla, y entreveía ora un enemigo frente a mí,

ora otro, sin que, creo, causara daño alguno a nadie aparte de un rasguño o dos. Pero me mantuve cerca de Llewelyn, cubriendo su flanco lo mejor que podía. Sé que distinguió el casco empenachado de Owen cuando lideró nuestra carga ladera abajo, y cabalgó directo hacia él. Su lanza golpeó de lleno el escudo alzado de su hermano, casi desmontando a Owen, si el astil no hubiese temblado y le hubiese dejado fuerza suficiente para recuperar su asiento. Entonces enarbolaron sus espadas, pero el caballo de Owen, herido por un golpe fortuito, y chillando, se encabritó y corrió, alejándose del campo de batalla. Y otros jinetes se interpusieron, leales a su príncipe, para rechazarnos.

Esta refriega fue breve. La infantería fue la primera en conocer la derrota, y se retiró en cuanto pudo, dispersa. Luego también huyeron algunos de los jinetes, algunos ya sin montura y heridos, otros sometidos. Sólo un puñado, en el mismo instante de nuestra carga colina abajo, habían girado para encararse al ataque en el otro flanco, subiendo violentamente la cuesta para enfrentarse al destacamento de Goronwy. Y éstos seguían combatiendo con uñas y dientes cuando todo lo demás hubo acabado, incluso cuando sabían que sus compañeros se habían desbandado y habían huido, y no quedaba nada que ganar.

Tan absorto estaba en este apretado remolino de movimiento en la falda opuesta que no vi el momento en que Owen Goch fue arrojado de su caballo, medio aturdido, y quedó inmovilizado sobre la hierba bajo el peso de tres o cuatro de nuestros lanceros. Llegaron dos más que tranquilizaron al enloquecido y tembloroso caballo. Pero contemplábamos la pequeña y obstinada escaramuza de la ladera, reducida ahora a dos jinetes enemigos, de los cuales se estaba aislando de su compañero y se estaba rodeando a uno de ellos. El otro espoleó a su bestia tercamente para que ascendiera por la cuesta, quedando fuera de alcance, y en vez de tratar de huir, giró de nuevo para dirigirse hacia nosotros que nos movíamos por debajo de él. Hacía círculos y zigzagueaba según venía, ondeando su espada hacia todos lados para rechazar ataques. Era joven y alto, y esbelto, pero inflexible, y conducía su caballo con mano y espuela y rodilla directo hacia Llewelyn. Su visor estaba elevado, y vi que se trataba de David.

Podía ver su rostro desde las cejas a la boca, estando oculto

mentón y mandíbula por su casco. Así vi el reguero de sangre a lo largo de una mejilla, y el brillo de sudor perfilando sus huesos flacos y refulgentes, y el negro de sus pestañas como un marco sucio para dos ojos tan fijos y pálidos en su azulado que parecían en trance o dementes. Avanzó directo hacia Llewelyn, inclinado en la silla, y le asestó un golpe mutilador en redondo con su espada.

Llewelyn no se hizo a un lado o levantó su arma, sino que se inclinó bajo el golpe, cogió a David por el cuerpo con su brazo izquierdo cuando el caballo pasó a toda velocidad, alzó al muchacho violentamente de la silla y los estribos, con un tirón que hizo caer uno de los zapatos de monta de punta larga, y le arrojó, sin suavidad, a la hierba, donde quedó tumbado y sin aliento, la espada arrebatada de su mano y brillando lejos de su alcance. Allí se quedó, jadeando en busca de aliento, su pecho subiendo y bajando bajo la hermosa cota de malla y la manchada casulla blanca, sus ojos abiertos de par en par reflejando el blanqueado cielo de verano.

—Quitadle el yelmo —dijo Llewelyn, mirándole con rostro duro y ojos velados. Y cuando así se hizo, y el cabello negro enmarañado con sudor se vertió sobre la hierba, desmontó de su caballo y cogió al muchacho por la barbilla, y giró su rostro violentamente hacia la luz, buscando en la mejilla derecha y en la izquierda el tajo que sangraba, y manteniendo sin acuse de recibo la mirada azul inexpresiva que se aferraba todo el tiempo con asombro y furia a su propio rostro.

—¿Estás herido? —dijo, retirando su mano y retrocediendo un paso o dos.

—¡No! —dijo David, aún respirando con esfuerzo. No dijo más, sino que volvió su cara con arrogancia por ser examinado e inspeccionado de este modo. Y un momento después apoyó sus puños en la hierba y se levantó, y tras alzarse cojeando de rodillas, se puso de pie inestablemente, y se quedó con la cabeza alta y las manos vacías ante su hermano y conquistador. Se quedó muy cerca. Y yo, que también me había acercado hasta mi lugar a la izquierda de mi señor, vi moverse sus labios, y oí el hilo de aliento a través de ellos, y juro que ningún otro lo hizo, salvo Llewelyn.

—¡Mátame! —rogó David—. ¡Tenías razón!

Sus ojos se quedaron en blanco, y sus rodillas cedieron bajo su

peso. Cayó a la hierba de la que se había alzado en una maraña de largas extremidades, y se quedó quieto, anguloso y triste, como un pájaro maltrecho y caído.

—Levantadle —dijo Llewelyn al capitán de su guardia— y que atiendan sus heridas. ¡Cuidadle bien! Llevadle en cuanto podáis para que se reúna con nosotros en Beddgelert. ¡Pero apaciblemente! Te encargo que le entregues entero y sano.

Atendimos a nuestros heridos, ninguno de ellos en estado crítico, y a nuestros muertos, aunque, gracias a Dios, sólo hubo unos pocos, y también hicimos preparativos para atender a los heridos y muertos del otro bando, por lo que desde este momento Llewelyn fue el único e indiscutido príncipe de Gwynedd, como siempre había querido ser, y gobernó en solitario, y aquellos que habían sido leales a sus hermanos como sus señores no habían sino hecho su parte, y no merecían culpa alguna, sino elogio. Ahora eran sus hombres, y él no quería desgaste ni venganza, sino que su fidelidad hacia él fuera como la había sido para Owen y David. ¿Por qué hostigar o mutilar a aquéllos en los que te tendrás que apoyar en el futuro? Así que todos aquellos que estuvieron dispuestos a atenerse al veredicto del día y dieron su palabra al hijo de Griffith fueron enviados libremente de vuelta a sus *trefs*, y continuaron con sus asuntos rutinarios sin obstáculo o castigo. Y sin duda también se corrió la voz entre aquellos que habían huido y permanecían escondidos de que volvieran a sus hogares y prosiguieran con su vida como antes. No hubo muertes después de Bryn Derwin. Pero en Beddgelert, donde los buenos hermanos del pueblo, santos según la vieja usanza como en Aberdaron, atendieron las heridas de los vivos y pronunciaron devotos responsos por los muertos, hubo una ceremonia de acción de gracias, sumisa y solemne. Llewelyn había dicho la verdad, no hubo alardes tras la victoria. El asunto era demasiado serio para eso.

Creo que pasó toda aquella noche en la iglesia. Cuando me pidió que me retirara no quedó ningún hombre con mi señor aquella noche del veinticuatro de junio. Pero sin duda Dios estaba con él, él que había movido una mano para establecerle en el puesto que había deseado tanto, y no por perseguir su propia gloria, sino por aquel sueño que iba con él noche y día, el de un Gales unido y espléndido, libre sobre su propio suelo, igual a sus vecinos, sin

miedo ni amenazas.

Siempre llevaba con él esta humildad infantil y penetrante, que iba de la mano de su gran ambición. Cuanto más éxito tenía en ensalzar el sueño, en cuya búsqueda era fuerte, implacable y decidido, y parecía un demonio orgulloso, más se maravillaba y se mostraba agradecido con que él, aunque era un hombre sencillo y falible, se convirtiera en el instrumento de tal prodigio. Y yo conozco, que fui su maestro muchos años en inglés y latín, la ilusión y formalidad con la que estudiaba para mejorar, y la mala opinión que tenía de sus propios talentos, y cómo se impacientaba ante su progreso, aunque humildemente, esperando no mejorar. Y creo que digo la verdad diciendo que cuando vino a mí saliendo de la iglesia de Beddgelert la mañana después de Bryn Derwin sus ojos mostraban falta de sueño, pero no de lágrimas.

Tras haber dispuesto de los asuntos prácticos, renovar las armas, atender a los caballos, y que los hombres hubieran descansado, llegamos a la cuestión de los vencidos.

Primero trajeron ante mi señor a Owen en solitario, de acuerdo con el deseo de ambos, ya que Owen tenía mucho que decir en su defensa, y Llewelyn estaba dispuesto a escuchar. No obstante creo que ya había tomado una decisión, y aunque algunos de entre su propio consejo le acusaron de ser demasiado duro con Owen por una ofensa, no sabían la causa que ya tenía para desconfiar en su hermano mayor, y para considerarle culpable no una, sino dos veces de intento de fratricidio. Tampoco contó esa historia para justificarse, y puesto que así lo quería, yo tampoco lo hice. Pero cuando aquellos dos hablaron, se entendieron.

Owen llegó entre sus guardianes, cojeando e insolente. Había salido de Bryn Derwin con nada peor que magulladuras, pero sus guarniciones estaban rotas, y su casulla manchada y desgarrada. No estaba atado, pero le habían quitado espada y puñal, e incluso desesperado no podía causar daño alguno.

—Éramos dos, aunque reconozco que no nos parecíamos, los que habíamos colaborado en una yunta muchos años —dijo Llewelyn, mirándolo fijamente a la cara— y si tú te has impacientado a menudo por ello, puedo comprenderlo, ya que yo también lo he hecho. Pero no me alcé en armas y fui contra ti como contra un enemigo. ¿Por qué me has hecho esto?

Owen le observó de la cabeza a los pies con una mirada ardiente desde debajo de su mata de pelo rojo.

—Vine a ti de buena fe —dijo— pidiendo justicia para nuestros hermanos, y no quisiste escucharme, o tomar parte en lo que proponía. Realmente he aguantado contigo durante años, pero con la paz ininterrumpida desde hace tanto tiempo y sin nada que la amenace, pensé que era injusto mantener unida a Gwynedd por la fuerza, con el pretexto de la enemistad del rey Henry. Pedí lo que creí justo, y me rechazaste. Dado que quería otra salida, recurrí a las armas.

—Había otra salida —dijo Llewelyn—. Yo mismo te dije que te animaba de corazón a llevar el asunto a nuestro consejo, y solicitar un juicio. Preferiste el juicio de la espada. ¿Tienes alguna queja de la respuesta que te ha dado la espada?

Quizá tuviera queja, pero por su fracaso absoluto apenas podía enfrentarse a Llewelyn, y no se le ocurrió dejar escapar lo que yo había medio esperado, la acusación directa contra David. Un hombre como Owen Goch nunca puede percibir, y mucho menos admitir ante otros, que sus metas y acciones han sido dirigidas, persuasiva y burlonamente, por otra persona, y que esa persona era su hermano menor, y aún parecía casi un niño. Por tanto era voluble acerca del desinterés de sus intenciones y su abundante indignación contra la obstinación irrazonable de Llewelyn, pero nunca dijo: «¡No fue idea mía, el muchacho me embaucó!».

Al final comenzó a retirar sus cuernos, y si no a suplicar, si al menos a ofrecer cierta sumisión.

—No me avergüenzo de nada de lo que he hecho. Sin embargo cualquier hombre, incluso el más fiel, puede estar equivocado. No pido ser readmitido a la vieja igualdad. Si me equivoqué al recurrir a las armas, déjame pagar por esa falta, pero de modo razonable. Mi vida aún puede servirte tanto como me resulta querida para mí…

—Tu vida —dijo fríamente Llewelyn— está tan a salvo conmigo como la mía ha estado contigo. ¡Más aún!

—¡Entonces, mi libertad! Tú tienes tu victoria, quédate todos sus frutos. Acepto quedar en segundo lugar por debajo de ti. Te doy mi palabra.

—No puedo aceptar tu palabra. A partir de ahora, ningún hombre en Gwynedd estará en un segundo lugar por encima de sus

compatriotas. No creo que nunca puedas aceptar esa verdad, y no quiero que vuelvas a ser capaz de trastornar este país. No puedo hacer otra cosa contigo que mantenerte preso perpetuamente, a salvo y alejado de mi camino. Te entrego al cargo de mi castellano de Dolbadarn, y no establezco ningún periodo para tu estancia allí. Puede depender —dijo sombríamente— de otros además de ti y de mí. ¡Lleváoslo! —ordenó, y Owen se marchó aturdido y callado, puesto que ya había probado la cárcel, pasando varios años de su juventud entre rejas, e incluso yo, que sabía que era peligroso y estaba trastornado, y era demasiado errático para confiar en él, sentí pena por él.

Este castillo de Dolbadarn estaba entre los más inaccesibles e impenetrables del país, ubicado en una gran roca entre dos lagos en medio de las montañas de Snowdon, y sería difícil concebir y llevar a cabo una huida de él.

—Que entre David —dijo después Llewelyn.

Le trajeron entre ellos, sin ponerle la mano encima. No sé cómo era siempre capaz de salir de cualquier pelea, de cualquier privación, incluso de ser perseguido sin descanso por el lodo, con un aspecto más elegante y puro que cualquiera que fuera contra él. Pero así fue durante toda su vida. Tenía la marca de una herida superficial en el lado izquierdo de su cuello, y una mejilla amoratada, y se movía con un poco más de cuidado del habitual para mantener su presencia y gracia, ya que estaba dolorido de cuando Llewelyn le había tirado al suelo. Pero lo que noté en él al instante era que sus ojos se mostraban rápidos, vivos y tranquilos, aquellos que habían mirado fijamente a su hermano en el campo de batalla, en el momento de darse cuenta de lo que había hecho, blancos, pálidos y heridos. Y la voz que apenas había encontrado aliento suficiente para ronquear su advertencia angustiada salió mansa y suave ahora, de nuevo lista para seducir, cuando dijo:

—Aquí estoy, y conozco mi falta. Dispón de mí como merezco.

Cayó en mis oídos como un eco extraño, como si su inteligencia hubiera cogido ese grito contenido de consternación y profecía, y lo hubiera traducido en esta sumisión engañosa, pidiendo de nuevo su castigo, pero con intención de escapar a él, no de soportarlo. Entonces estuve seguro de su intención de todo corazón, aunque no había prueba alguna.

—Pero te ruego —dijo, con ojos abatidos y voz sumisa— que demuestres piedad con mi hermano, y le consideres menos culpable que yo. Se rebeló de mi parte. Confieso que me quejé de que se me estaba privando de lo que me correspondía, y yo tengo toda la culpa.

Dijo todo esto con humildad calculada y lenta, como si le costara un castigo que consideraba merecido, y sin embargo tan sencilla e inocentemente que no me sorprendió ver que Llewelyn aceptaba todo como el gesto caballeresco de la juventud confundida. Es un arte decir la verdad de tal manera que no pueda tomarse en serio.

—No te quejaste a mí —dijo severamente Llewelyn—. ¿Por qué no? No finjas que me tenías tanto respeto que no te atreviste a intentarlo.

—No —admitió David, y alzó su cabeza y abrió de par en par aquellos ojos claros sobre su hermano—. Nunca me diste motivo para que te temiera. Sólo motivo para avergonzarme, en tu presencia, al presentar dicho motivo de queja. Pero ante él sí pude, sin vergüenza.

No dijo más. Creo que estaba avanzando a tientas, ya que no podía saber lo que Owen había dicho de él. Pero si ésa era su dificultad, Llewelyn dijo entonces lo que le liberaba de su carga:

—Pero ¿por qué le escuchaste cuando te incitó a la guerra contra mí?

—Por ambición y avaricia —dijo prestamente David, seguro ahora del terreno que pisaba. Y la sangre fluyó en sus mejillas, quizá por la oleada de alivio que le llenaba, pero pasó bien como penitencia y vergüenza—. No tengo defensa —dijo, y permaneció sumiso. No sé si había esperado ser perdonado tan a la ligera como para recuperar su libertad en el acto, pero Llewelyn no estaba tan engañado, ni podía permitirse el gesto.

—La ambición y la avaricia son malas consejeras para un hermano —dijo—. ¿Puedes prometer que estás curado de ellas por esta derrota, o debemos esperar otro intento?

—¿De qué serviría si prometiera —dijo David firmemente—, siendo tan indignas las promesas tras un acto así? En algún momento futuro, cuando haya purgado mi ofensa, confío en *demostrarte* si estoy curado.

—Tendrás tiempo y ocio suficiente para pensártelo bien —dijo taciturno, y acto seguido también le entregó a su encarcelamiento en el castillo de Dolbadarn, entre los peñascos de Eryri. Y David, tan decorosamente como había entrado, se fue entre los guardias sin queja. Yo habría apostado a que él había llegado a un cálculo satisfactorio de que no sería por mucho tiempo. El decaimiento de su cabeza era señal elocuente de su resignación, y de esa clase de orgullo que tienen los santos al afrontar sus adversidades como justas, y dentro de lo soportable.

—Que se tranquilice durante un año aproximadamente —dijo Llewelyn cuando se hubo ido—. Lo le hará ningún daño. Pero puede que él sirva para algo en el futuro. ¿Viste cómo vino hacia mí ayer? ¿Cómo mantuvo a raya a media docena de buenos hombres, rodeado como estaba? Al menos, nuestro padre engendró a un luchador nato.

—Habéis hecho bien —dijo Goronwy ap Ednyfed seriamente—. Su falta era demasiado grave para pasarse por alto. Y no es un niño, sabe lo que hace. Pero sí, confieso que es bastante valiente. Aún puede seros de utilidad, si podéis alejarle de Owen Goch.

—Nos ocuparemos de eso —dijo Llewelyn.

Estuve ocupado con mi señor con todas las cartas que encontró necesarias tras este gran cambio, la primera y más difícil dirigida a *Lady* Senena, que entonces estaba en Aber, cuando uno de los guardias llegó para decir que David, antes de ser llevado a Dolbadarn, suplicó si podía verme durante unos instantes. Llewelyn dudó, pero después dijo que sí, que fuera con él, ya que respetaba el vínculo que había entre nosotros a cuenta de mi madre Elen, a quien David había querido verdaderamente. Así que fui a la celda donde estaba custodiado, y me cerraron con él.

—No temas —dijo, sonriendo abiertamente ante la visión de mi rostro cauteloso mientras me sentaba junto a él—, no te pediré que intercedas por mí ante Llewelyn. No es mi propósito. Sólo quería verte una vez antes de irme, puesto que puede pasar mucho tiempo antes de que vuelva a tener la posibilidad. Y quizá quería descubrir si vendrías, y si él te dejaría venir. Y ahora ya sé ambas cosas. Me alegro que no reniegues de mí como completamente condenado.

—Sólo hay uno que puede condenaros —dije— y ese sois vos.

—Y estuve a punto, ¿verdad? —Divisó mi ojo dubitativo, y la

sonrisa insolente dejó su rostro, y se quedó insólitamente serio—. Crees que aún sigo maquinando, lo veo en tu cara. Tienes un rostro elocuente, Samson… o es que sé cómo leerlo. Igual que tú lees el mío, con mucha claridad. Pero ¿qué has observado? Tengo diecinueve años, quiero mi libertad, quiero escapar al castigo si puedo… ¿quién sino un mentiroso dice otra cosa? Amenázame con dolor y castigo, y haré todo lo que pueda para evitarlo. Hasta cierto punto, al menos —dijo, frunciendo el ceño ante sus propias palabras como encontrando un camino a través de un laberinto—. Puede que haya un tiempo y un lugar en que no pueda escapar del destino que he traído sobre mí mismo, y cuando todo lo que quede por hacer es permanecer erguido y dejar que caiga sobre mí sin un llanto. Pero no cuando es Llewelyn el que amenaza. Dile, si le amas, le amas, ¿no?, dile que no se quede satisfecho tan fácilmente, que no se ablande conmigo demasiado pronto, que no olvide imprudentemente, si quiere contenerme. Pero dile, ¡no, no se lo digas, sólo sé indulgente conmigo si te lo pido!, que podría contenerme, mejor que a cualquier otro, si puedo conservar el respeto que le tengo, además del amor. Pero si pierde uno, el otro no basta.

—No estoy autorizado —dije, ya que aún desconfiaba de ésta aparentemente sencilla sangría de palabras— para ofreceros ninguna esperanza de una sentencia corta o una liberación temprana. Tampoco estoy dispuesto a hacer lo que ponéis tanto cuidado en no pedir, e interceder por vos.

En eso se rió, no sin parar, y arrojó sus brazos alrededor de mis hombros e inclinó su cabeza contra mí.

—¡Muy bien, dulce Samson! ¿Cómo me has llegado a conocer tanto? Y ¿cómo es que aún me escapo cuando casi me has atrapado? No, quiero mi libertad, pero no a ese precio. Y no trato de engañarte. ¿Te lo crees? ¡Nunca, nunca! Porque sería inútil, ya que Elen te dio su visión. Y porque no quiero dichas tretas entre nosotros.

—En el nombre de Dios, muchacho —dije—, no os comprendo, ya que nada puede explicarme por qué hiciste esto a tus dos hermanos. Oh, sé parte de lo que os afligía. Cuando volvisteis de la corte os sentíais inquieto y desgraciado, todo lo que aquí teníamos se volvió pequeño y rústico y mezquino para vos, un mundo

demasiado estrecho para vuestra energía. Sé todo esto, y no explica nada. Sois demasiado listo para pensar que duplicar vuestras tierras os satisfaría, u os proporcionaría el tipo de espacio en el que queríais que encajara vuestra alma. ¿Fue sólo malicia, el deseo de destruir a otros porque no podíais tener lo que deseabais? ¿Y para destruir a quién de ellos? Ahora has beneficiado a Llewelyn, y perjudicado a Owen, pero ni siquiera vos podríais haber previsto ese fin. ¿Qué era lo que pretendíais?

—¿Acaso lo sé? —dijo David, suspirando arrepentido sobre mi hombro—. Owen habría terminado haciéndolo, incluso sin mí. No le guardo más rencor a él que a la espada que desenfundé contra Llewelyn, y me preocupo por él igual de poco. ¿Sé lo que me movió? ¡Sí, lo sé! ¡El motivo de un niño! ¡Llewelyn me había arrebatado algo que pensé mío, y como un niño necesitado le golpeé! —Movió la cabeza, y sus ojos refulgieron en mi rostro, y supe lo que le había sido robado—. ¿Le importa al niño si tiene un puñal en la mano?

Escuché de nuevo en mi mente su voz diciendo en voz baja: «¡Veo que eres su hombre!». Recuerdo su afecto particular hacia mí de niño, cuando era su esclavo y familiar. Y supe cuánto tenía que responder yo, también, en este asunto. Había acudido a mí en su tormento de frustración, y yo no había querido otra cosa que continuar con el trabajo que hacía para su hermano. Todos somos víctimas de los demás. Sin embargo me consolaba con esto, que el peligro presente hubiese pasado sin gran daño, y que fuera más bien una cuestión esperanzadora, y ahora estaba advertido, y podría estar en guardia ante ambos, ya que amaba a ambos. Siendo ésta una ocasión para el diálogo y no para el silencio, le dije que su razón, razón suficiente y perdonada en este momento, no era razón en el futuro, ya que era mi hermano de leche, el único que tenía, y ése era un vínculo para toda la vida, y muy apreciado por mí. Que le quería, y no dejaría de hacerlo. No dije: «independientemente de la locura o maldad calculada que cometáis en el futuro», ya que parecía mejor suponer que este rencor ya había acabado.

Me abrazó, entre risas y llantos, y apretó su suave frente contra mi pecho, temblando con esta alegría afligida.

—¡Oh, Samson —dijo, estremeciéndose— tú siempre me haces bien! Siempre dejas algo sin decir. ¿No debo prometer mi

rectificación?

Le dije que el amor no tenía derecho a exigir rectificaciones.

—Deberías haberte quedado en Aberdaron —dijo— para trazar tu destino. Habrías sido un sacerdote formidable. Un poco más, y me tendrías de rodillas, prometiendo una vida enmendada ¡si estuviese sujeto a la penitencia!

Había recuperado aquel aplomo secreto e incomprensible que me colocaba, como a los demás hombres, a cierta distancia, y pensé que era un mal final, habiendo pasado casi todo mi tiempo con él. Por tanto dije lo que de otro modo me habría guardado para mí mismo.

—Estáis tan sujeto a la penitencia —dije— como yo, o cualquier otra criatura. ¿Por qué si no gritasteis a mi señor, a quien habíais agraviado: «¡Mátame! ¡Tenías razón!»?

Se quedó rígido en mis brazos, y su frente se congeló contra mi corazón. No supo hasta entonces que había oído aquellas palabras que conocía demasiado bien, ya que en efecto no fueron más que un aliento, una hebra en el viento. Se encogió para sí, alejándose poco a poco de mí, de modo lento y secreto, y cerrando mientras tanto aquellos canales de afecto y consuelo que había abierto con sufrimiento entre nosotros. Cuando levantó la cabeza de mí y se sentó, su rostro sentía el frío de una calma calculada, y me sonrió con ojos velados.

—¡Debo haber tenido una caída asombrosa! ¿En verdad dije eso? Doy gracias a Dios de que mi hermano no me tomara la palabra, ya que me gustaría seguir viviendo muchos años todavía.

Ya había superado mi tiempo, y el guardia estaba en la puerta. Se separó de mí como nunca antes, y era yo el que le había llevado a ello.

—Me alegro —dijo mientras abrían la puerta junto a nosotros— que mi hermano te tenga para leer por él cuando es indocto. ¡Te necesitará!

Los prisioneros nos dejaron, llevados con escolta a los bosques de Snowdon, y nosotros acudimos a nuestras diferentes obligaciones, los castellanos elegidos a las tierras que Owen y David habían dejado sin regente, mi señor y su corte de vuelta a Bala primero, y después, siguiendo la carta que había escrito a dictado de Llewelyn, a Aber en la costa septentrional.

—Ella habrá tenido tiempo de afilar sus garras —dijo Llewelyn, con una afabilidad agria.

*Lady* Senena nos ofreció, como él había previsto, una seca recepción. Se había vuelto más fornida, y se mostraba menos activa que antes; su cabello era gris y a veces hablaba de retirarse a la celda de una ermita, como muchas otras mujeres reales habían hecho en su vejez, pero creo que su energía, por limitada que ahora estuviese a la actividad de la mente, era demasiado grande para permitir dicho retiro. Podría haber dirigido un gran convento de religiosas, que pudiera haberle proporcionado lo que necesitaba, pero la vida de anacoreta no era para ella. Besó a Llewelyn como saludo, pero era tanto un golpe como un beso, y cuando él se puso en pie tras hincar la rodilla y soltó la mano que había saludado con la misma devoción superficial, ella le miró de arriba abajo con esos ojos profundos, bajo pobladas cejas negras, de un modo tan formidable que él sonrió de repente, recordando otra ocasión similar, cuando ella había creído estar al mando, como quizá creyera ahora.

—¿Qué es lo que has estado haciendo con mis hijos? —dijo a bocajarro.

—¿A qué hijos? —dijo, con voz paciente y estable, ya que no había provecho ni placer en discutir con ella, pero aún menos en someterse a ella—. He hecho a tu segundo hijo príncipe de Gwynedd. Eso debería agradarte, era un título que anhelabas para el padre de tus hijos.

—¡Y a qué coste! —dijo—. Dos de tus hermanos usados vergonzosamente, procesados como delincuentes y arrojados a prisión. ¿Es eso fraternal?

—¿Fue fraternal por su parte reunir en secreto un ejército y guerrear contra mí, sin desafío ni justificación? —dijo suavemente.

—No quiero escuchar nada —dijo con ferocidad—. No contarás más que un lado de la historia.

—Yerras, señora. No contaré ninguno. No tengo obligación de explicarte lo que vi apropiado hacer, ni a nadie salvo a mi consejo. Las órdenes que me apetezca dar serán llevadas a cabo, por ti como por otros. Por cortesía, te escribí todo lo que necesitabas saber. Si eso no es bastante para ti, pregunta a otros. A mí no me interrogarás.

Dijo todo esto de manera muy apacible, pero con tal autoridad que ella se vio obligada a retirarse a un silencio prolongado, mientras le examinaba de nuevo, y hacía una valoración más objetiva de lo que veía. Sus manos, que se habían vuelto nudosas y más gruesas en las articulaciones por la rigidez de la mediana edad, se cruzaron en su regazo, y permanecieron agarradas y quietas.

Después de un rato dijo, como si comenzara de nuevo, y con voz poco más conciliatoria, pero aun así con un tono nuevo en ella:

—No puedes dejarles en Dolbadarn, es demasiado lejano y desapacible.

—El alejamiento es su virtud —admitió prestamente—. Eso, y la lealtad del castellano. Pero estarán bien cuidados, te lo prometo. No podemos, quizás, proporcionar todos los lujos que Owen disfrutaba en la prisión del rey Henry, pero nos aseguraremos de que esté caliente y alimentado.

—Preferiría —dijo ella— verlo por mí misma. Les visitaré en Dolbadarn de inmediato.

Sonrió ante eso, aunque severamente.

—No, madre, no lo harás. No se te permitirá ir a Dolbadarn durante seis meses o más. E incluso entonces no te quedarás sola con ninguno de ellos. Tengo demasiado respeto por tu recio corazón y tu agudo ingenio para permitirte siquiera la menor oportunidad de liberar tan pronto a mis hermanos y enemigos. Tengo trabajo que hacer antes de correr el menor riesgo de otro Bryn Derwin.

Ante esto echó humo, y dijo que no solo era monstruoso que un hermano hiciera prisioneros a sus hermanos, sino que también privara a su madre de verles cuando más lo necesitaban ellos y ella. Y, sin embargo, se me ocurrió mientras le regañaba que en su voz había un tono de extraña satisfacción, casi de placer. Y él, tal vez, lo sintió también en su corazón, aunque no lo distinguiera con su oído, ya que de repente soltó una sonora carcajada, e inclinándose, volvió a coger su mano, y la besó cordialmente en la mejilla, mientras ella aún miraba con ceño pero no hacía objeciones.

—Oh, madre —dijo— si supieras, tú y yo somos como dos guisantes, y si despotricas contra mí no estás más que rabiando ante un espejo. ¿De dónde crees que saqué la tozudez que tanto te enoja? ¿O la fuerza que necesito para hacer grande de nuevo a Gwynedd? ¡Haz las paces conmigo, ya que no puedes vencer si haces la guerra!

Y aunque durante mucho tiempo después de esto ella hizo todo lo posible por conseguir concesiones de él mediante tretas y quejas, e incluso intentando avergonzarle con su interpretación de una pobre mujer privada de sus hijos —aunque no pudo derramar lágrimas, ni fingir con mucha convicción—, nunca pudo conmoverlo, ya que siempre sonreía y rehusaba, o, si estaba preocupado, no la prestaba atención, lo que era peor. Pero por todo eso, me pareció que a ella le gustaba más, ahora que él era su señor y ella carecía de privilegio o influencia, que nunca antes, y a su manera alcanzaron un compañerismo cauteloso y respetuoso, aunque ninguno lo admitiese.

Al final del plazo de seis meses que había marcado, fue él el que le ofreció una escolta para conducirla a Dolbadarn, antes de que ella lo hubiese solicitado. Y fue ella quién le ofreció, bruscamente, su juramento de que, por mucho que deseara y esperara su liberación, no llevaría a castillo con ella nada que pudiese ayudar a fugarse a los prisioneros, o se confabularía para tentativa alguna. Y él aceptó su palabra sin dudar, y la dejó ir libremente y a solas con sus hijos, con los regalos que quisiese, ya que su voto era suficiente para él.

Aquellos que servíamos a Llewelyn tuvimos un año atareado aquel año de su ascenso al poder. Desde el otoño comenzó a enviarnos con propuestas de amistad a todos los príncipes y jefes independientes del centro y sur de Gales, para intercambiar noticias y opiniones, para reunir los informes que pudiésemos del sentir en todas partes, no sólo hacia Gwynedd, sino también hacia Inglaterra. Incluso teníamos a un hombre en Chester, muy cercano a la familia del justicia, que nos informaba de todo lo que sucedía en el País Central y las marcas, donde el descontento y la desconfianza estaban casi tan extendidos y acalorados en el lado inglés como en el galés. Los hombres de los cuatro *cantrefs* estaban a punto de rebelarse a causa de las exacciones inicuas del ministro real, ese mismo Geoffrey Langley de los tribunales forestales, y su arrogante desprecio por la ley y costumbres galesas, mientras los señores fronterizos contemplaban con profundo recelo esta tentativa por convertir el terreno fronterizo en domeñados condados ingleses regido por administraciones condales, conscientes de la amenaza a sus poderes palatinos.

—¿Qué dije? —dijo Llewelyn, observando este hirviente malestar con satisfacción y esperanza—. Ese hombre recluta para mí mejor de lo que podría hacerlo yo.

Pero cuando finalmente los enfurecidos terratenientes galeses del País Central llegaron incluso a enviar una delegación, pidiendo su simpatía y consejo, y esperando claramente su liderazgo, él aconsejó un poco más de paciencia y tranquilidad, ya que aún no había llegado el momento. Además, el otoño estaba acabando, y llegaba el invierno, y aunque no tenía objeción alguna a emprender una campaña invernal si surgía la necesidad, no contaba con suficientes provisiones en los graneros y fortalezas para alimentar a un ejército en activo este año.

—Lo habéis soportado varios años —dijo—, merece la pena esperar un poco más para aprovechar la marea. Para esta vez os aconsejo que esperéis a la primera visita a Chester del príncipe Edward, ya que según tengo entendido, ha vuelto a Inglaterra hace diez días, y ha llevado a su joven esposa a Windsor. Dejadle al menos que tenga tiempo de demostrar si tiene ingenio suficiente para escuchar a los galeses en asuntos galeses, y respetar su estilo de vida, y poner cierto límite a sus oficiales, que no sienten dicho respeto. Y mientras tanto, con otra estación de cultivo por venir, y otra cosecha por sembrar y recoger, aseguraos cada grano y judía que podáis, y cuidad bien a vuestras bestias. Así lo haré yo. Después, si no hace nada por aligerar vuestra carga, estaréis en mejor disposición para aligerarla por vosotros mismos.

Y aunque se marcharon decepcionados, y no eran, quizás, lo suficientemente previsores para hacer caso de lo que él dijo, algunos seguramente recordaron, y pensaron que no sería malo estar todo lo preparado que pudiera ante un resultado positivo o negativo.

Recibimos estas noticias del regreso del príncipe Edward de nuestro hombre en Chester, que era herrero, y un diestro veterinario de caballos, a menudo empleado por el justicia y los oficiales de la guarnición. Todas las noticias de la corte nos llegaban a través de este hombre. Así supimos que el rey Alfonso de Castilla, el nuevo aliado del rey Henry, tenía un embajador en la corte discutiendo los siguientes pasos que debían darse en su tratado de amistad. Aún estaba deseoso de asegurar la promesa del rey Henry

de unirse en su cruzada contra los moros, pero muchos de los funcionarios de la corte pensaban que esta expedición nunca tendría lugar, o al menos no con ayuda de Henry, ya que éste esperaba que se conmutara su voto cruzado a cambio de la prosecución de su aventura siciliana. Aunque ahora había un nuevo papa, este Alejandro se atendría a su compromiso sobre Sicilia, y si se pudiese conseguir ese reino contaría como una cruzada para Henry, a la vez que le absolvería del gasto y la molestia de zarpar a Tierra Santa, o incluso cruzar el mar central hasta África. Y la perspectiva de cumplir su juramento con beneficio, en vez de pérdida, debía atraer sumamente a Henry, que siempre era optimista, y siempre intentaba ser ahorrativo, aunque sus economías normalmente le costaban más que si hubiese gastado generosamente.

—Pero no tiene ninguna esperanza —dijo rotundamente Llewelyn— de disfrutar del reino de Sicilia. Y está comprometido a pagar las deudas papales ya incurridas en la guerra, so pena de excomunión. Con suerte le costará más que enviar tropas a Jerusalén. Y si el papa Inocencio con sus ejércitos tuvo poco éxito contra los Hohestaufen, ¿por qué debería esperar el rey Henry que le fuera mejor?

—Eso piensa un gran número de los magnates del rey —dijo secamente Goronwy, reflexionando acerca de los despachos del herrero—. Parece que hay cierto malestar con todo el proyecto, y que se está cuestionando el gobierno del rey Henry. Su hermano tuvo el sentido común de rehusar el honor de sacar del fuego los pasteles del papa, sólo para ver a Henry caer en la trampa en su lugar, y hundirse aún más ahora que comienza a dar muestras de querer salir. Todo este asunto nos puede venir bien.

—Sin embargo ha sido el causante de un avance amistoso hacia el rey Luis —dijo indeciso— y eso no me beneficia.

—Eso apenas ha comenzado. Tardarán años en ponerse de acuerdo, si es eso lo que pretenden. Y si ambos mantienen sus ojos puestos en Nápoles y Sicilia —dijo razonablemente Goronwy— tanto mejor para nosotros aquí en el oeste.

Así nos alegramos, aunque con cautela, de estos sucesos lejanos de los que comenzamos a entender algo, al menos, durante aquel invierno. El viejo emperador Frederick, el nieto de Barbarroja, muerto años atrás, había dejado que su joven hijo, Conrad, heredara

su corona y su enemistad con el papado. Ahora Conrad también había muerto por una fiebre, algunos meses antes de la boda de Edward en Burgos, con lo que a lo largo de ese año el proyecto de establecer al joven Edmund en su lugar debía habido parecer razonablemente optimista. Pero había otro hijo, de los que aquellas naciones llaman bastardo, un tal Manfred, que había sido nombrado heredero de su hermano si se extinguía la línea directa de sucesión, y que había sido regente para Conrad en Sicilia, y se dice que este Manfred mantenía un fuerte control del reino en disputa, y no sería desplazado con facilidad.

Estos nombres me parecían muy extraños, y mucho me preguntaba acerca de aquellas lejanas ciudades y llanuras donde luchaban y se destrozaban los ejércitos del papa y el emperador, y el aún más lejano país donde ese mismo Frederick, la maravilla del mundo, se había enfrentado con los paganos para la liberación de los santos lugares de la cristiandad. Parecía a más de un mundo de distancia de los pastos pedregosos de Eryri, y sin embargo las batallas y conjuras de aquellos grandes hombres enviaban ecos incluso a nuestras montañas, y olas a las desembocaduras de nuestros ríos.

—Yo tengo una cruzada propia —dijo Llewelyn, dando la espalda a dichos sueños— más cerca de casa.

Y se dedicó a ella con toda su alma. Mientras los días eran favorables estaba ocupado equipando mejor a sus combatientes, y en particular reclutando compañías de jinetes bien armados y con buenas monturas, que nunca había sido lo acostumbrado en Gales, aunque su abuelo también había aprovechado a los caballeros en su tiempo. Llewelyn tendría tantos como pudiese montar, y consiguió buenos caballos, capaces de llevar a hombres pesadamente armados, siempre que pudo encontrarlos. Animó a los herreros, también, a fabricar armaduras más sólidas, de malla y coraza, a las que estaban acostumbrados, y puso gran interés en el adiestramiento de arqueros y flecheros. Y además de estas cuestiones, estudió la fabricación de máquinas de asedio, e hizo que los obreros construyeran ballestas, catapultas y balistas, todas extrañas a nuestra manera habitual de combatir, ya que el asedio era algo que rara vez intentábamos, prefiriendo ignorar y aislar castillos en vez de asaltarlos. Por costumbre, los ingleses temían

quedar fuera de los muros, y nosotros, en caso de apuro, en cambio temíamos quedarnos encerrados dentro de ellos.

—Mi abuelo conocía el uso de estos aparatos —dijo— y se benefició de ellos, también. Dios sabe que mi tío tuvo pocas oportunidades de usarlos, ya que siempre fue el sitiado. Y al final tal vez apenas los necesitemos. Pueden ser eficaces, pero lo que es seguro es que son lentos de transportar. Podrías perder una batalla en lo que tardas en ponerlos en posición alrededor de un castillo. Pero tengámoslos al menos. Quién sabe, tal vez sean necesarios algún día, y tenemos suficiente madera.

Y quería tener otra cosa, y eso era una flota.

—No volverán a navegar desde los Puertos del Cinque o engañarnos desde Irlanda para quemar nuestro trigo en Anglesey mientras morimos de hambre. —Y reunió a hombres diestros, carpinteros de navíos y otros, y en su corte de Cemais y en Caergyni, en las aguas resguardadas entre Anglesey y la isla, fundó astilleros, e hizo que comenzaran a construir pequeños navíos, de los que pudieran poner en servicio activo de inmediato, algunos con mástil, para navegación rápida, y unos cuantos para remeros, y lo bastante robustos para montar una balista en el pasillo central entre los bancos de remos. Había suficientes pescadores costeros para guarnecer dichos navíos, hombres conocedores de vientos y mareas. Se deleitaba con este trabajo, y acudía a menudo a observar los progresos hechos.

Y en las oscuras noches de invierno, cuando estábamos obligados a permanecer en casa, leíamos juntos en latín e inglés, debatíamos sobre leyes, y escuchábamos música, la gran poesía de los bardos en la sala principal, y mi pequeño *crwth* en la gran cámara cuando estaba cansado, ya que había aprendido a tocar para placer suyo y mío.

Así transcurrió el primer año de su gobierno incontestado en Gwynedd, y vinieron de nuevo la primavera y el verano, y estuvimos una larga zancada más cerca de la preparación.

Durante la primavera siguiente llegó a Gwynedd un pariente lejano como fugitivo desposeído, que posteriormente iba a demostrar ser un aliado formidable, aunque a veces algo díscolo e informal. Éste fue Meredith ap Rhys Gryg que era el hermano menor del difunto señor de Dynevor, Rhys Mechyll, y tío de Rhys

Fychan, que se había casado con *Lady* Gladys. Siempre había habido rivalidad entre tío y sobrino, dado que el tío, que poseía amplias posesiones y muchos castillos en la misma región de Gales, había mantenido fuera de sus tierras durante algún tiempo al joven Rhys Fychan. Y como venganza, ahora que estaba firmemente establecido en el favor de los ingleses, y ya no temía a su pariente, Rhys Fychan había conseguido la ayuda de sus vecinos fronterizos y las fuerzas reales en el sur de Gales para desalojar a su tío de todas sus tierras y llevarle al exilio. Era una señal de la creciente posición e influencia de mi señor entre los jefes galeses que Meredith huyera a Gwynedd y se dirigiera directamente a la corte de Llewelyn, y allí solicitó asilo y ofreció sus servicios para la guerra. Y Llewelyn le acogió de buena gana y amablemente, no sólo por política, ya que había mucho que era agradable en Meredith, y no había duda de su valentía, audacia y capacidad en batalla.

Era un hombre barbado, robusto y fornido en los últimos años de la cincuentena, de voz sonora y afable, buena compañía en la mesa y buen cantante. Era famoso como espadachín, y a causa de sus tierras perdidas odiaba a los ingleses, y era un conspirador impaciente en el consejo cuando surgía la cuestión de Inglaterra. Creo que Llewelyn no necesitaba que lo espolearan dada su paciencia, que algunos confundían con timidez; sin embargo Meredith seguramente le ratificara en todo aquello que tenía en mente hacer, e inclinó la balanza a favor de la acción cuando en otra circunstancia se habría mantenido equilibrada. Su llegada fue un augurio, su sonora voz como una trompeta llamando a la batalla.

Sin embargo, tenía un enemigo implacable entre nosotros, que era *Lady* Senena, defensora a ultranza de su hija y del marido de su hija, y que por tanto se alegraba de la expulsión de Meredith, y se ofendió mucho porque su hijo lo acogiera en Gwymnedd como aliado. Estas relaciones familiares con sus odios y amores eran la traba y perdición de Gales igual que lo eran de las marcas, y de hecho, según tenía entendido, también de Inglaterra y Francia y aquellos reinos agitados de allende los mares. Y cuanto más se esforzaban los grandes por hacer casamientos dinásticos, más ataban sus propias manos, y ponían en otras manos cuchillos para sus espaldas. Su historia y la nuestra fue siempre una crónica de expulsiones y venganzas semejantes, fluyendo la corriente de la

suerte hacia un lado u otro, nunca segura o quieta. Pero las señoras y las damas de compañía del Ilys de Aber tenían motivo para agradecer a Meredith cierto alivio, ya que mientras estuvo con nosotros *Lady* Senena se retiró enojadísima a Carnarvon, y con ella se fue su estricta y cada vez más arisca supervisión de la casa.

Sin duda Meredith pensó que era una bruja, igual que ella le consideraba un villano, y ninguno de ellos era de los que reconocían que podía haber cierta base incluso en el punto de vista de un oponente, y algo de justicia en su queja. Por tanto fue bueno que estuvieran separados. Seguramente la señora siempre estaba destinada a ser destrozada entre aquella gente a la que amaba más, ya que ahora veía a su hijo, aquel que la había obedecido o apoyado menos, pero también el que había cumplido mejor los sueños ambiciosos que había abrigado para su linaje, preparando una indudable rebelión contra los ingleses, bajo cuya protección su querida hija, con su marido e hijos, disfrutaba la posesión pacífica de sus fincas. Tal vez confesara, internamente aunque no a nadie más, su triste responsabilidad por tales divisiones, ya que si se hubiese quedado en Gwynedd y hubiese mantenido, a pesar de todas las privaciones, la lealtad de su familia a Gales, ahora todos estarían unidos en un bando, si no en total armonía. Y también pudiera ser que hubiese aprendido algo de todas estas adversidades, ya que fuese cual fuese su esperanza en la cuestión, guardaba silencio, y no advirtió a ningún bando lo que pretendía el otro, sino que se retiró en su propia impotencia, decidida a no hacer más daño cuando dudó de su capacidad de hacer algún bien.

Así transcurrió el año, con la atención apropiada al pastoreo de ovejas y al cultivo de los campos, y la esperanza de cosecha, y la construcción de barcos y la fabricación de armaduras. Y en pleno verano el príncipe Edward, como conde de Chester, hizo su primera visita a aquella ciudad y condado, y envió proclamas formales anunciando su llegada, y fijando tiempos y lugares donde recibiría los homenajes debidos en los cuatro *cantrefs* del País Central. Llegó a Chester el decimoséptimo día de junio, y a finales de ese mes fue guiado por el justicia y sus oficiales en una visita a sus posesiones galesas, haciendo una parada de dos o tres días en su castillo de Diserth, y de nuevo en Degannwy, donde los caudillos y terratenientes de la antigua región galesa asistirían para ofrecerle su

lealtad.

—Ahora —dijo Llewelyn, leyendo los informes del herrero con la primera chispa de emoción en sus ojos y voz— veremos de qué está hecho. —Y cuando algunos de los hombres de Rhos y Rhufoniog le preguntaron en secreto si debían acudir o no, les aconsejo sin dudarlo que debían hacerlo—. Y es que es bueno ver de primera mano —dijo— si tiene buenas intenciones hacia vosotros o no, y si tiene inteligencia y entendimiento para escucharos, además de orejas para oíros.

Por tanto fueron, y después tuvimos más de un informe, optimista y sospechoso al tiempo. Ya que era, dicen, un joven gallardo y bien parecido, muy alto para su edad, que sólo era de diecisiete años, y en audiencia amable y cordial, con lo que se vieron animados a referirle sus quejas, aunque con cuidado, y pedir con esperanza un trato más considerado hacia la costumbre galesa, que se ignoraba a diario. Todo lo escuchó con paciencia cortés, aunque ni los más cautos fueron capaces de decir si sirvió de algo o si para él no era más que el asunto tedioso de hacer una aparición real. Según escuchamos, había un gran séquito de jóvenes nobles entre la concurrencia, muy joviales y frívolos, más interesados en los hermosos torneos que el príncipe celebró en Chester que en la administración de los cuatro *cantrefs* o el bienestar de sus habitantes. Todo el mundo cuenta que se gastó mucho dinero en los abundantes espectáculos y diversiones de aquellas mesas redondas y justas en Chester, y el propio príncipe ya era un buen contendiente, y podía enfrentar su lanza con la de cualquiera.

—Antes del invierno —profetizó Llewelyn, siguiendo esta pompa desde cierta distancia con ojo calculador— tal vez desee tener todo marco gastado y toda lanza rota. Los necesitará.

La comitiva real dejó Chester y se trasladó al sur el tercer día de agosto. No sé con seguridad si el príncipe había hecho alguna promesa, o si sus arrendatarios más optimistas se habían engañado a sí mismos pensando que lo había hecho, pero durante algunas semanas tras su marcha hubo una tranquilidad expectante, mientras esperaban que la reunión entre el señor benévolo y sus vasallos sumisos diera el buen fruto que debería. Sólo en septiembre comenzaron a abandonar la esperanza de mejora, ya que Edward se había marchado, al parecer, sin volver la vista atrás, o dedicar un

pensamiento para recordarles, y las exacciones del alguacil jefe continuaron como antes, y también los actos de tiranía al hacer cumplir la ley inglesa, la ley del condado, a los *commotes* galeses, sin respeto por los sentimientos locales ni deferencia hacia la tradición.

—Esperad aún un mes o dos —dijo Llewelyn, cuando los jóvenes de la guardia se impacientaban, y le miraban con expectación—, hasta que se haya recogido todo el trigo y esté almacenado a salvo. Si un ejército tiene que morir de hambre el invierno que viene, no será el mío.

Por la misma razón puso especial cuidado en conservar en salazón a finales de otoño las bestias sacrificadas que no tenían pienso para el invierno, ya que había estado comprando toda la sal que pudo conseguir. Y aún estaban haciendo esto cuando el malestar en el País Central estalló en actos dispersos de rebelión, y dos de los principales hombres de Rhos cruzaron el Conway y llegaron cabalgando a Aber para solicitar la ayuda de Llewelyn.

—No podemos seguir viviendo así —dijeron— privados de nuestro derecho de terratenientes libres galeses, obligados nuestros jóvenes a acudir al servicio militar inglés, y gravadas nuestras tierras para que nuestro pueblo permanezca encadenado. Ven y haz que la tierra galesa vuelva a serlo, ya que preferimos morir a continuar atados a Langley y a los de su ralea. Ven y dirígenos, seremos tu pueblo, tanto en la paz como en la guerra.

Llewelyn supo que era su momento. La estación estaba avanzada, las provisiones aseguradas y nosotros los galeses, mejor preparados y equipados que habitualmente, no temíamos a combatir en invierno. Además, también estábamos mejor informados en un punto que nuestros visitantes, ya que sabíamos por el herrero de Chester que Geoffrey Langley había dejado aquella ciudad por Windsor, donde el príncipe Edward mantenía su corte, para darle cuenta de todas sus tierras galesas en el norte, creyendo que el País Central, si no pacificado, si estaba bien encadenado, e indefenso para hacer otra cosa que debatirse en sus cadenas. Y cuando el príncipe se presentó ante su consejo y sus invitados, pálido por el reconocimiento y el deseo de su destino, y muy alegre por la confianza de su propia elección, todos supimos que la espera había llegado a su fin.

—Volved y decidle a aquellos que os enviaron a mí —dijo— que voy, que estoy con ellos. Yo también he esperado que Gales vuelva a ser galesa, y os prometo que lo daré todo y haré todo lo posible para ese fin. Volved y decid a vuestra gente que dentro de una semana cruzaré el Conway y romperé mis propias cadenas, que he sufrido tanto tiempo como vosotros. Y hasta entonces, por el bien de vuestros hijos, mantened la calma, para que el golpe caiga más duro y repentino cuando llegue. Cuando cruce el río con mi ejército, enviadme a vuestros jóvenes guerreros. Y por la gracia de Dios les convertiré en los instrumentos de la libertad, y llevaré, Dios mediante, a la mayoría a salvo y de vuelta con vosotros.

Tras la disolución del consejo, tras haber prefijado el lugar y la fecha y haber discutido y puesto en marcha todos los preparativos necesarios, Llewelyn me llevó aparte y me dijo, entusiasta, ya que aquella reunión había sido como el vino fuerte para él:

—Samson, ¿cabalgarás conmigo? Hay una cosa más que debo hacer para estar listo en este día que llega, y querría tenerte conmigo cuando lo haga, ya que nadie tiene más derecho.

Le dije con mucho gusto que iría con él donde quisiera, aunque entonces no adiviné su intención, ni lo hice hasta que giramos hacia las tierras altas cerca de Bangor, cabalgando hacia el sur. Entonces lo supe. Y él, sintiendo el momento de mi conocimiento, volvió la cabeza y sonrió.

—No me preguntas nada —dijo, invitando a preguntar.

—No os instaría de palabra o con una mirada a nada, ni me atrevería a aconsejar o censurar lo que tenéis en mente hacer —dije —. Sea lo que sea, el juicio es solo vuestro. Y pongo mi confianza en vuestro juicio.

—Ése fue uno de tus discursos más nobles —dijo, burlándose de mí— y si no tuvieras esperanzas o miedos personales acerca de lo que estoy a punto de hacer, no necesitarías palabras tan elevadas. Voy a la guerra. Tengo sitio para un hermano buen guerrero que apenas sabe lo que es el miedo. Suponiendo, claro —dijo severamente— que esté de mi lado. Me propongo preguntárselo.

—¡Él! No los dos —dije.

—Si mal no recuerdo —dijo—, uno hizo todo lo posible por matarme en cierta ocasión.

—Si mal no recuerdo yo —dije—, ambos han hecho lo mismo, y

con igual ferocidad.

—Uno a la cara, y otro por la espalda. Ahí veo una pequeña diferencia —me respondió suavemente—. También tengo una persistente duda acerca del que cabalgó hacia mí de frente como una criatura enloquecida. ¿Hacía todo lo posible por matar o por morir?

Vio que yo estaba sorprendido, ya que en realidad no había considerado lo apropiada que podía ser esta conclusión hasta este momento.

—¿Creías que no había escuchado lo que me dijo? —preguntó suavemente—. Lo escuché, y tú también. Nadie más, y así está bien. Ya quedaron bastantes nudos por desatar, tras esa refriega, sin tener que justificar a David ante otros hombres.

Entonces le dije, francamente, que jamás se me había ocurrido pensar que David hubiese estado buscando provocar su propia muerte. Ni tampoco podía creerlo del todo ahora, da igual lo que hubiese gritado cuando estaba medio conmocionado y totalmente aturdido. Y aún así Llewelyn había sembrado una duda en mí que no se acallaría posteriormente. Él, con su caridad abierta y magnánima, daba la mejor explicación a lo que David había dicho y hecho, capaz de creer que un joven impaciente y frustrado que se siente tentado a atacar a su hermano por conseguir el poder no era demasiado culpable, y sin encontrar mal alguno en la vergüenza y el odio hacia sí mismo que le hicieron solicitar posteriormente un castigo. Ése habría sido un David bastante simple. Pero estaba seguro de corazón que el David que Dios nos había enviado no era ni mucho menos simple. Tampoco había gritado a su vencedor: «¡Mátame, tenías motivo!», sino «¡Mátame, tenías razón!».

—Bueno, dejémoslo estar —dijo Llewelyn, complaciéndome porque me vio preocupado—. Es joven, se llamó a sí mismo ambicioso y avaricioso, pero creo que fue por gloria y acción más que por tierras, y yo le puedo ofrecer mucha gloria y acción. Al menos haremos la prueba, y escucharemos lo que responde.

No le insté a que ofreciese la misma oportunidad a Owen Goch, ya que no podía en buena conciencia hacer tal sugerencia. Así que cuando descendimos cabalgando hasta el cuello de tierra entre los dos Ilys, con la luz del crepúsculo fuerte y brillante como fuego en el agua, y ascendimos por el serpenteante camino en la gran roca

sobre la que se alza el castillo de Dolbadarn, ordenó a su castellano que nos llevara ante nosotros sólo a David.

Vino caminando con delicadeza suave y cautelosa, como un gato, y se quedó parpadeando durante un instante ante la luz de las antorchas, ya que sin duda su celda, aunque provista de las comodidades que eran posibles, estaba pobremente iluminada en las horas de oscuridad. Como siempre, su aspecto era gallardo, el encarcelamiento no podía desfigurar su don de frescura y limpieza. Pero estaba más delgado, y tenía aspecto ansioso, como un gavilán enjaulado, o un caballo necesitado de ejercicio. Reconociéndonos, nos sonrió, incluso a mí, como si hubiésemos partido sólo ayer, y como los mejores amigos.

—Ha pasado mucho desde que me honraste con tu visita, hermano —dijo—. Y ha sido amable traer a Samson, también.

Llewelyn le ordenó que se sentara, y obedeció sin comentario ni agradecimiento. Vi que su rostro estaba algo ojeroso, los ojos bordeados de azul como magulladuras. Tenía buen aspecto, pero estaba tristemente apenado con su encierro, puesto que era un pájaro al que no se podía enjaular. Llewelyn le miró de cerca, y dijo con remordimiento:

—Creo que te he hecho más daño del que tú jamás intentaste hacerme. ¿Comes? ¿Duermes? ¿Has tenido necesidades que podrían haberse satisfecho, y no las has pedido? ¿Qué clase de orgullo es ése?

—¿Parezco tal mal atendido? —dijo David, dolido—. Pensaba que se me daba bien ser lo que debe ser un prisionero. Tardas un tiempo en acostumbrarte, pero creo que ya lo he cogido. Será mejor que te sientas orgulloso la próxima vez.

—Si estás en tus cabales ahora —dijo Llewelyn directamente— no habrá una próxima vez.

Vi las pequeñas y cautelosas llamas de la duda, y el deseo, y el cálculo, encenderse en los ojos de David, pasando de un ardor frío a un calor apasionado. Hasta entonces había estado en guardia contra nosotros y contra toda esperanza, apretando toda su nostalgia y frustración dentro de él para que no se viera en su voz o rostro. Ahora comenzaba a temblar, y con fuerza encarnizada resistía el temblor, demasiado orgulloso para dejarnos ver lo desesperadamente que anhelaba su libertad.

—Incluso en mis cabales —dijo con cuidado— no soy bueno con los acertijos. Si quieres que te entienda, debes hablarme tan claramente como a un niño.

—Algún tiempo atrás —dijo Llewelyn—, cuando por razones bastante buenas te puse aquí, te negaste a prometer tu lealtad para el futuro, descartando con razón la fuerza de dicha promesa, hecha poco después de la deslealtad. En algún momento venidero, dijiste, cuando hubieras purgado tu falta, confiabas en demostrarme mediante actos si estabas curado. Ha llegado el momento en el que necesito a buenos hermanos combatientes, en el que me gustaría tenerte a mi lado, y ver como pones tu fe a prueba. Si así lo quieres.

—Algo ha sucedido —dijo David, en un susurro agudo, y sus labios humedecidos se volvieron blancos de repente—. Dime lo que pretendes hacer conmigo.

Él aún no quería creer que tenía voz en el asunto, pero a medida que hablaba Llewelyn, contándole con palabras sencillas exactamente lo que sucedía, el color fluyó y refluyó en su garganta como una marea azotada por el viento, y lentamente alcanzó sus mejillas, ardiendo sobre los altos huesos. Sus ojos brillaron más azules que verónicas. Le vi tragar las secas cáscaras de miedo que le silenciaban y atragantaban, y en el hambre y la sed lastimosos que le atenazaban parecía tener menos de sus veinte años, él, que había parecido amedrentadoramente crítico y cómplice con cinco años de edad. Hizo lo posible por refrenar la esperanza que le devoraba, y no aferrarse demasiado pronto a la visión de su libertad. Pero su corazón estaba gritando en voz alta que se levantara y se fuera, como un halcón entrechocando sus alas.

Cuando se le dijo, se sentó con sus brazos fuertemente cruzados sobre su pecho y las manos agarrando sus hombros, como para sujetar a esa ave frenética hasta que ante él se abriera de verdad la jaula, y el cielo despejado, mientras sus ojos ribeteados de negro refulgían sobre el rostro de Llewelyn.

—Y, ¿me llevarás contigo? —dijo, aún temeroso de creer.

—Si eres de nuestro parecer, y emprendes esta guerra como un hombre empuñaría la cruz, y eres fiel a ella, sí, ven con nosotros. ¡Y sé bienvenido! No tienes nada que temer.

—¿Y puedo salir de nuevo a la luz del día?

—O al crepúsculo de una noche fría, y con una cabalgata por

delante en la oscuridad —dijo Llewelyn sonriente— si dices que sí de inmediato.

—¿Esta noche? Querido Dios —dijo, comenzando a sacudirse y brillar con la intensidad de su alegría—, la medianoche será más brillante que cualquier cosa aquí dentro. —Y lanzó una ojeada salvaje y atenta alrededor de la gran cámara, y era una caverna pedregosa y desolada, a pesar de sus alfombras y cortinajes.

—Oh, diría sí, y sí, y sí, a lo que quisieras, sólo para salir de aquí. No me tientes mucho, demasiado súbitamente. No debo hacer esto a la ligera, y tú tampoco. Debe haber algo que pagar. —Comenzó a levantarse de repente de la silla donde se sentaba, e hincó la rodilla ante Llewelyn, y elevó sus manos hacia él, palma contra palma, con lo que su hermano, sorprendido pero indulgente, no tuvo otra opción que cogerlas entre las suyas, cosa que hizo afectuosamente—. Hago mi acto de sumisión ante ti como ni príncipe y señor —dijo David, con voz rota por la pasión— y siento de todo corazón todas esas locuras y traiciones que cometí en tu contra. A partir de ahora soy tu hombre, y tú eres mi señor. Y eso te lo juro…

—¡No jures nada! —dijo Llewelyn cordialmente, y puso una mano sobre sus labios para callarlo—. Tu palabra me basta —dijo, y le cogió fuertemente por debajo de los antebrazos y le puso de pie.

David se quedó temblando en manos de su hermano, medio riendo, aunque tampoco muy lejos de las lágrimas, con la emoción y el alivio de su inesperada liberación.

—¡Deberías haberme dejado que me obligara! —dijo—. ¡Pensaba que habías aprendido la lección!

—¡Estúpido! —dijo Llewelyn, sacudiéndole ligeramente—. Si tu palabra no es obligación suficiente, ¿por qué debería serlo tu juramento? No quiero que estés obligado. Te quiero libre, y audaz, y con toda tu inteligencia. Y será mejor que nos movamos, y nos pongamos en camino con tranquilidad, o te encontrarás dolorido e incómodo en la silla después de tanto tiempo sin ejercicio. —Entonces se inclinó y besó la mejilla de su hermano, y no hubo más palabras solemnes.

Así que en el comienzo de la noche cogimos caballos frescos, y cabalgamos de regreso a Aber bajo una fría y brillante luna, tres en vez de dos.

# CAPÍTULO VII

Nos reunimos en Aber el último día de octubre, y el primero de noviembre cruzamos el Conway por Caerhum. Llewelyn había dotado de monturas a tantos de sus hombres como fue posible, acumulando gran cantidad de ponis de las colinas, puesto que la velocidad era la base de sus planes, y no quería que los castillos reales o las pequeñas delegaciones locales desde las que se administraban los *cantrefs* supiesen de nuestra llegada. Más allá del río dividimos nuestra caballería más rápida en dos partes, una para atacar directamente al nordeste hacia la costa, bajo el mando de David, y así aislar la península de Creuddyn y el castillo de Degannwy de toda posibilidad de refuerzo o pertrecho procedente de Chester, mientras una parte de nuestra pequeña flota vigilaba atentamente las playas del Conway y la orilla del mar, para evitar que llegara ningún barco hasta la fortaleza con alimentos u hombres. La otra mitad de nuestros jinetes, comandados por el propio Llewelyn, avanzaron tan rápido como fue posible hacia el este, para cruzar el Clwyd por Llanelwy y progresar hasta la costa más allá de Dyserth, aislando así a este castillo, también, en tierras de nuevo galesas. Diserth, al no tener salida al mar, podía mantenerse más fácilmente una vez que estuviese tomada, aunque no tuvimos que esperar mucho más que un día, ya que para entonces los jóvenes guerreros de Rhos y Tegaingl estaban alzados en armas y se unieron a nuestra infantería más lenta, que seguía nuestros pasos, y todo lo que hizo falta fue facilitarles mandos y el núcleo de una partida de guerra disciplinada, y dejarles que conservaran lo que habíamos recuperado.

No formaba parte del plan del príncipe perder tiempo y hombres atacando los castillos, fuertes como eran, y bien guarnecidos. Tampoco era necesario, una vez que se encerraba a la guarnición en su interior y se impedía cualquier auxilio. ¿Qué daño podían

hacernos? Era mucho mejor avanzar hasta las mismas murallas de Chester, y recuperar todo el terreno perdido, poniendo así una extensión de tierra enemiga cada vez mayor entre los castillos y su base, y asegurando cada vez más nuestro propio suelo, y más firmemente. Si fuera necesario al final se reducirían y arrasarían las fortalezas, pero para ello no había prisa. Ningún hombre podía ayudarlas sin encontrarse con nuestros ejércitos por tierra o nuestros navíos por mar. Y aunque según la medida inglesa, y ciertamente en comparación con la marina de los Puertos de Cinque, los nuestros no eran más que pobres barquitos, nuestros marinos conocían mucho mejor la desembocadura del Conway que los ingleses, y la navegación era mucho más sencilla con nuestros pequeños navíos de bajura que con los barcos del rey.

Pudimos saborear fugazmente aquí y allá la pelea, aunque dispersa y desordenada, ya que la sorpresa fue completa, e incluso después de los primeros días nos movimos tan aprisa que un mensajero apenas podía dejarnos atrás, y ninguno por más de una hora o dos. La guarnición de Diserth se arriesgó a salir a nuestro encuentro, pero calculó mal nuestras fuerzas y la naturaleza de su cerco, y se alegraron de retirarse de nuevo dentro de las murallas con sus heridos, dejando varios muertos detrás. No volvieron a salir, pero los jóvenes de Tegaingl se apostaron alrededor del castillo y esperaron ansiosamente otro enfrentamiento con ellos.

En todas partes, aquellos pocos lugares donde había destacada una pequeña fuerza de ingleses ofrecieron cierta resistencia, pero fueron aplastados y se dispersaron, o se retiraron y corrieron hacia el refugio de Chester. Hicimos prisioneros a algunos funcionarios subalternos de la administración real, pero la mayoría huyó, aunque algunos de éstos, perdidos en terreno hostil, fueron capturados posteriormente, o resultaron muertos a manos de los vecinos de las aldeas. Habíamos medio esperado que desde Chester saliera a nuestro encuentro un ejército, y estábamos listos para una batalla campal si llegara el caso, pero nada se nos opuso. También habíamos contado con alguna represalia por parte de los señores de la marca, por nimia que fuera, pero se sentaron hoscos y vengativos en sus castillos, y no levantaron un dedo para estorbarnos. Y ésa fue la mayor sorpresa de toda esta campaña norteña, y quizá nos volvió demasiado optimistas con respecto a lo que nos esperaba más

adelante. No estábamos acostumbrados a que nos sonrieran los barones fronterizos, nuestros incómodos vecinos.

—Parece —dijo Llewelyn, asombrado—, que incluso yo había infravalorado la aversión y el recelo que sienten hacia este nuevo orden en Chester. Dios sabe cuánto puede durar, pero ahora odian la propagación del poder real en las fronteras, según parece, más de lo que nos odian a nosotros.

Y en efecto quedó claro, por su continuada satisfacción incluso después de que Geoffrey Langley regresara a toda prisa al condado desde Windsor, que nos consideraban compañeros de fatigas, que ahora estábamos ocupados librando su batalla por ellos. No era un punto de vista bien recibido entre aquellos que perdieron tierras ante nosotros, como Robert de Montalt. Pero aquellos que no tenían pérdidas personales miraban nuestra invasión con aprobación, viendo que la amenaza de una administración real en las marcas retrocedía. Hubo risas, en vez de lágrimas, a lo largo del lado inglés de la frontera cuando Langley regresó al condado justo a tiempo para ser perseguido ignominiosamente hasta la seguridad de Chester.

Habíamos parado una noche en Mold para dejar que David y su ejército nos alcanzasen, tras haber establecido casi un sitio alrededor de Degannwy. David estaba de excelente humor, y sus hombres le estimaban, aunque creo que había unos cuantos entre los capitanes que todavía se mostraban cautos, inseguros de la verdad que había en su nueva lealtad hacia Llewelyn. Pero para cuando estábamos patrullando frente a las murallas de Chester se les había ganado a todos, ya que era gallardo, inteligente y audaz en la batalla, y en persona, cara a cara, podía hechizar hasta a los pájaros de los árboles.

Allí por donde habíamos pasado, los jefes y príncipes, devueltas sus posesiones, se declaraban a sí mismos aliados de Llewelyn, y le juraban lealtad voluntariamente. No quiso quedarse ninguna porción de lo que liberaba, sino que estableció a los principales hombres de aquel terreno en posesión de lo suyo, o donde no había ningún demandante galés por causa de la historia pasada de las marcas, sino sólo un señor fronterizo en la lejanía o la corona como único señor, concedió la tierra a uno u otro de aquellos aliados suyos que fueran más capaces de mantenerla, conservando así toda

la lealtad del País Central fija en su persona. Y así en una semana, no más, habíamos liberado los cuatro *cantrefs*, y extendido Gwynedd a sus antiguas lindes, y ganado valiosos aliados allí por donde pasamos.

No estábamos más que a mediados del mes de noviembre, y nuestras suertes y objetivos habían cambiado mucho. Esta ofensiva rápida y casi incruenta no podía sino abrir la posibilidad a más conquistas.

—Es cierto, como dice lord David —dijo Goronwy en el consejo— que sería un desperdicio y una vergüenza detenerse aquí, pero yo opto por la ofensiva por otra razón, quizás mejor. Detenerse ahora sería poner en peligro incluso lo que ya hemos hecho. Sólo puede asegurarse conquistando más aún.

—Lo sé —dijo Llewelyn—. Todo lo que hemos hecho —aunque reconozco que se ha logrado con menos peligro y menos pérdidas de las que me habría atrevido a creer posibles— es recuperar lo que nos fue arrebatado por la corona inglesa y concedido al príncipe. Pero ¿cuánto tiempo se puede mantener a salvo de Inglaterra a ésa o a cualquier otra tierra galesa cuando los jefes galeses están divididos, y pueden ser eliminados uno a uno? No sólo quiero los *commotes* galeses, sino incluso más las lealtades galesas que han sido robadas por el rey Henry. Valen más que el terreno, ya que son los únicos medios para proteger la tierra. Muy bien, aprendamos de nuestros enemigos, y eliminemos uno a uno a los aliados galeses de la corona, ahora, antes de que el rey Henry pueda recaudar dinero para acudir en ayuda de su hijo. Que aprendan que es más seguro, además de más honorable, rendir homenaje en casa. No deseo mal a ningún galés que ha sido forzado e intimidado para jurar fidelidad a Henry contra su voluntad. Pero creo que es el momento de ofrecerles al menos una demostración de las consecuencias, y si no pueden aprender, de poner en su lugar a aquellos que saben de qué sangre proceden.

El primer paso que había dado era tan grande y tan vehemente que no tenía otra manera de mantener su equilibrio que avanzando y dando otro paso igual, mirando según avanzaba, hasta que alcanzara una posición fuerte y favorable. Y eso mismo dijimos todos nosotros.

Aquél fue un invierno tormentoso y húmedo, pero en su mayor

parte no muy duro en heladas y nieves. Un tiempo así siempre nos venía bien a los galeses, ya que era adecuado para nuestra costumbre de emboscadas e incursiones nocturnas, y ataques y retiradas relámpago, y era muy malo para los combates en masa y las batallas ordenadas que preferían los ingleses. Por tanto nos sentíamos lo bastante seguros de nosotros mismos para conservar lo nuestro, incluso si enviaban un ejército en nuestra contra. Pero no lo hicieron, dejando todo a sus oficiales y aliados en los *commotes* amenazados. Langley no era un soldado, y aunque tenía una guarnición lo bastante numerosa en Chester para conservar aquella ciudad y condado, temía arriesgarse a avanzar hacia el oeste contra nosotros, por si perdía la mitad de la fuerza que tenía, y dejaba incluso las ciudades fronterizas de Inglaterra desprotegidas ante un ataque. Por tanto se mantuvo quieto y mudo dentro de la ciudad, y se vio obligado a dejar a los castillos avanzados que se defendieran solos. En cuanto al príncipe Edward, creo que no tenía dinero a mano para reclutar una fuerza de mercenarios, como se estaba convirtiendo en costumbre inglesa, o siquiera para pagar los gastos de reunir una hueste feudal contra nosotros. Y su padre estaba igual de mal en este momento, teniendo sus propios problemas en su hogar con los magnates. El hermano del rey, Richard de Cornualles, como escuchamos posteriormente, proporcionó dinero prestado para una campaña, pero el tiempo y las preocupaciones caseras, y la velocidad de nuestros movimientos, hizo que todo fuera inútil, y el dinero recaudado nunca se gastó. Y lo más importante de todo, los barones fronterizos no levantarían un dedo para ayudar a la administración que ellos mismos temían. Por tanto, todo lo que intentó Henry no dio ningún resultado.

En cuanto a nosotros, al estar tan cerca, y tras haber decidido llevar a cabo el ataque contra aquellos príncipes galeses que se hubieran aliado voluntariamente con el rey Henry contra su propio país, y beneficiados por su deserción, avanzamos desde Mold a los dos Maelor de Griffith ap Madoc, hasta la misma frontera de Inglaterra.

—Renunció a la vieja lealtad de su casa hacia mi abuelo —dijo Llewelyn— y se alió con Inglaterra contra mi tío cuando estaba acosado por pleitos y pugnas, antes siquiera de que comenzara la guerra. Y obtuvo una pensión del tesorero del rey por sus servicios,

además, y está enriqueciéndose gracias al favor del rey.

—También tiene tierras fértiles —nos recordó astutamente David— y habrá tenido una buena cosecha. Si consiguen reunir un ejército contra nosotros, hay trigo suficiente en sus graneros y ganado suficiente en sus establos para aliviar su carga. ¿Le dejaremos toda esa abundancia?

Por tanto bajamos hacia la tierra más suave de Maelor y Maelor Saesneg, dispersamos a los soldados que Griffith ap Madoc reclutó a toda prisa contra nosotros, e hicimos que huyera a Oswestry en busca de refugio. Condujimos a todo el ganado y los caballos que encontramos que merecían la pena hacia el oeste, y gran parte del grano almacenado pasó a manos de nuestros aliados de Dyffryn Clwyd, y lo que no pudimos transportar lo quemamos en los graneros. Antes de final de mes habíamos asegurado toda la marca norte hasta el Tanat, y la habíamos despojado de alimentos tanto que ningún ejército real podía vivir de aquellas tierras para molestarnos. Hicimos algunas incursiones incluso en Inglaterra, hacia Whittington y Ellesmere, para hacer ver el poder del que disponíamos para conservar lo que habíamos tomado. Pero para entonces creo que no necesitaban más pruebas.

—Te digo, Samson —me dijo David en el comienzo de la última noche de noviembre, mientras regresábamos de una de esas incursiones, el cielo del este plomizo y humeante con nuestros fuegos— que lo siento por Edward. No fue él quien nos encarceló en la orilla opuesta del Conway, y no es él quien ha provocado la furia de los hombres del País Central. Pero aquí está recién instalado en su honor, para que se le arrebate de las manos antes siquiera de haberlo disfrutado. Y lo siento —añadió sobriamente— por cualquiera de sangre galesa que se interponga en su camino si alguna vez encuentra hombres y dinero para vengarse. Su nariz se ha rebozado bien en el lodo —dijo— y hacer eso a Edward, de muchacho o de hombre, ¡nunca estuvo exento de peligro!

Dije que se trataban de las vicisitudes de la guerra, y que otros hombres habían tenido que soportar lo mismo con elegancia, entre los que estaban el tío y tocayo de David. Recordaba bien el porte del príncipe David en Westminster, cuando su suerte estaba en su punto más bajo.

—Los demás hombres —dijo muy serio David— no son medida

para Edward. Ni por el valor que se concede a sí mismo, ni por los extremos a los que llegará para exigir su precio.

Dije que en lo concerniente a las regiones nororientales de Gales, y al menos por este año, le habíamos negado eficazmente los medios para exigir nada, incluso los impuestos más legales que Langley había estado recaudando para él. Y David se rió, reconociéndolo.

—Pero recuerda lo que nos hemos apuntado en nuestra contra —dijo— ya que con toda seguridad Edward lo recordará, cada ternera y cada espiga.

Después nos desviamos hacia el este a Bala, para descansar brevemente y reorganizar nuestras fuerzas, que habían aumentado mucho con la adquisición de aliados de todas partes, con lo que comenzaba a ser una posibilidad real que Gales acabara unificada. Llewelyn había enviado una avanzadilla a Aber, y les había ordenado que llevaran al sur algunas de aquellas máquinas de guerra que había estado preparando y probando.

—Las llevaremos con nosotros —dijo— o nos seguirán tras nuestro, al sur hacia Cardigan. Iremos y recuperaremos Llanbadarn, si no avanzamos más este año.

Ésta era aquella parte de la costa de Cardigan que también había sido entregado al príncipe Edward en su heredad, junto con los castillos y señoríos de Cardigan y Carmarthen, antiguamente parte del condado de Gloucester, pero retenida por el rey Henry tras la muerte del conde Gilbert, cuando los demás castillos y tierras de aquel gran título fueron devueltos al heredero, Richard. La corona llevaba mucho tiempo codiciando esas dos fortalezas, y empleó estos medios para conservarlas. Y ciertamente si nos hubiéramos propuesto sitiarlas o asaltarlas tal vez habríamos desperdiciado toda nuestra esencia y nuestros hombres antes de hacer una marca sobre ellas, de lo firme que era su guarnición. Dichas fortalezas estaban mejor aisladas, con un coste bajo, como Diserth y Degannwy, que sitiadas al precio de largos meses de derramamiento de sangre y tedio. Para nosotros siempre era mejor seguir en marcha. Si podían detenernos podrían tener la posibilidad de ocuparse de nosotros.

Entre nosotros y Cardigan se encontraba el cantref de Merioneth, regido por un pariente lejano de Llewelyn, ya que ambos descendían de Owen Gwynedd. Y este joven también se

llamaba Llewelyn, y acababa de recibir su herencia por la muerte prematura de su padre, que había sido un aliado del rey Henry, y cuya lealtad había asumido su hijo, que no estaba muchos años por encima de la mayoría de edad, junto con sus tierras. No teníamos mucho en contra suya, y el príncipe estaba poco dispuesto a hacer daño al muchacho, pero se encontraba justo en medio entre nosotros y nuestro objetivo, y además él era un ejemplo de quienes nos proponíamos castigar, un partidario voluntario de Inglaterra en contra de su propia cuna y educación, y no podíamos perdonarle a él y golpear a otros que estaban haciendo lo mismo que él.

—Al menos enviémosle un heraldo y ofrezcámosle la posibilidad de elegir Gales —dijo Llewelyn, y envió un mensajero para hablar con su pariente—. Aunque si es lo que pienso y espero —me dijo en privado, con cierta duda y tristeza— no cambiará su fidelidad de repente, cuando todo va mal para su señor y bien para Gales. No; si viene a nosotros, como debe, será más tarde y sin dejar un pasillo abierto a los enemigos de su viejo señor. Será por decisión propia, y avisándolo previamente, cuando la balanza no esté desequilibrada.

Así fue, y se alegró y lamentó al tiempo por ello. Poco después de haber atravesado sus fronteras el muchacho se nos enfrentó, en un estrecho valle entre altas colinas, y a pesar de su posición desesperada contra tantos, no quiso ceder terreno hasta que rompimos la formación de sus hombres, y se dispersaron para salvarse, y al hacerlo salvaron también a su joven señor, ya que incluso él sabía que no podía detenernos en solitario, y dejó que sus amigos le alejaran a empujones a toda prisa hacia las montañas. Nosotros, por nuestra parte, no nos dimos prisa en perseguirles, y como continuamos avanzando hacia la costa, se vieron obligados a retirarse hacia el este, y creo que encontraron refugio en el castillo de Pool tras mucho cabalgar, y allí, aunque seguían en Gales, estuvieron tan a salvo como en la corte del rey, puesto que Griffith ap Gwenwynwyn era un hombre del rey Henry de la cabeza a los pies, y aún no nos habíamos enfrentado con él. Su momento estaba por llegar.

Luego Llewelyn escribió para acordar una reunión con Meredith ap Owen, a quien habían pertenecido antiguamente los derechos legítimos sobre aquellas tierras alrededor de Llanbadarn. De camino a esa reunión, que tuvo lugar en el sexto día de diciembre del año

de Nuestro Señor de mil doscientos cincuenta y seis a unas millas al sur de Llanbadarn, en Morga Mawr junto al Llanon, que era una alquería de la gran abadía de Strata Florida, conquistamos sin mucha resistencia toda aquella franja de costa que pertenecía a Edward, y expulsamos de ella a sus oficiales y guarniciones. Al mismo tiempo David, con Meredith ap Rhys Grys, se había dirigido al sur por un camino diferente, y asaltaron y tomaron el cantref de Builth, dejando en paz la ciudad y el castillo, que se encuentra en el extremo oriental del cantref. Así nos reunimos todos de nuevo en Morfa Mawr, tras haber liberado gran parte del Gales central. Y allí llegó también Meredith ap Owen, puntual, y sumamente conmovido por un cambio tan repentino y glorioso en la suerte de su país. Y allí Llewelyn, coherente con su política de asegurar sus derechos a sus aliados, y recompensando su lealtad con grandes recompensas a cambio de mayores exigencias, le concedió el señorío de Llanbadarn y su distrito, y todo el cantref de Builth, y Meredith ap Owen los recibió con mucho gusto y reconoció al príncipe como su señor feudal y soberano.

Era un hombre enérgico, quizá diez años mayor que Llewelyn, de serio semblante moreno y juicio frío, y como demostró poco después, un combatiente formidable a pesar de sus buenos modales, cuya lealtad merecía la pena cuidar.

De este modo, en algo menos de seis semanas desde salir de Aber, habíamos recuperado y unido gran parte del norte y el centro de Gales, y lo habíamos vinculado firmemente a Llewelyn como príncipe supremo, y seguramente aquel gran hombre, su abuelo, conocía y bendecía el logro. Y siempre el tiempo invernal continuó oscuro, húmedo y desconcertante, cubriéndonos como un velo ante nuestros enemigos, y con vendavales y chubascos frustrando todo lo que planeaban contra nosotros.

En esta parada de dos días que hicimos en Morfa Mawr los flecheros y armeros estuvieron ocupados arreglando flechas y reparando cotas melladas, y aquellos ingenieros que habían traído al sur las máquinas de asedio desde Llanbadarn nos alcanzaron, habiendo hecho ese trayecto en un muy buen tiempo. No podíamos permitirnos descansar demasiado, ya que debíamos hacer el mejor uso posible de lo que quedaba de este año antes de la fiesta de Navidad. Y Meredith ap Rhys Gryg, ahora tan cerca de su tierra y

sus castillos, se impacientaba por corta que fuera la demora, y siempre miraba hacia el sur, donde más allá de las colinas de Pennard se encuentra el verde y fértil valle del Towy, y las fortalezas de Deheubarth. Y Llewelyn, viéndole entrecerrar sus ojos para mirar tan lejos, y acariciar y tirar de su poblada barba a falta de otra ocupación para sus manos inquietas, rió y le dio una palmada en el hombro.

—Ni he olvidado —dijo—, ni voy a echarme atrás en lo que me propongo hacer. Antes de Navidad serás de nuevo señor en tus tierras. Pero también tengo que prestar atención a ciertas complicaciones familiares. Allí tengo a una hermana, y a alguien al que de buena gana consideraría un hermano si pensara como nosotros. No me contendré por eso, pero no quiero una matanza si podemos evitarla.

Llegábamos al momento más crucial de esta guerra, uno que no podía evitarse ni posponerse. Y de noche, cuando estábamos fuera solos, caminando junto a las líneas de caballos exteriores, me dijo, casi con asombro y algo de tristeza:

—Mi hermana tiene dos muchachos, y nunca les he visto. Mi madre dice que son dos niños guapos. Es duro que deba ser un extraño para ellos, y un enemigo.

Pero sabía que, por esa causa, no refrenaría su mano, o la dejaría caer con menos fuerza sobre Dyvenor, si Rhys Fychan le desafiaba, que sobre Maelor o Llanbadarn. No dudaba que allí le llevaba su camino, y aquellas dudas que tenía acerca de sus acciones y propósitos personales no podían proyectar ninguna sombra sobre la senda trazada para él. Aquella que siempre veía claramente, y perseguía con todas sus fuerzas. No había más que un Gales, y debía ser auténticamente uno si quería sobrevivir. También dijo más de una vez en este trayecto largo e indirecto: «¡En verdad nunca supe lo variado y hermoso que era este país nuestro!». Como yo, nunca había estado tan al sur, nunca había contemplado, como lo hacíamos ahora, la bahía de Cardigan, ni había visto las grandes y onduladas colinas verdes moteadas del sur, surcadas por sombras de nubes como rápidos navíos sobre un mar en calma, tan diferentes a los peñascos grises bruñidos de Snowdon que eran su hogar. Siempre cabalgaba con los ojos muy abiertos y una sonrisa sorprendida, entre las luchas y las decisiones, como un amante

descubriendo nuevas e imprevistas bellezas en el ser amado.

—Tal vez —dije, aunque casi no lo creía— Rhys Fychan esté dispuesto a atenerse a razones, y se reconcilie con su tío.

—¿Y con su hermano? —dijo Llewelyn, y sonrió tristemente—. Creo que mi hermana no le dejará, incluso si él quisiera. Pero lo que hicimos por el muchacho allá en Merioneth también lo haremos por Rhys, y debe tomar su propia decisión.

Por consiguiente por delante nuestro, aunque no mucho, fue un heraldo, ya que si Rhys tenía tiempo y no estaba preparado, podía pedir ayuda a la guarnición real de Carmarthen, que no estaba muy lejos, y no formaba parte de los planes de mi señor atacar en esta etapa el castillo de Carmarthen o el de Cardigan, ya que tenían una fuerte guarnición y se les reforzaba y pertrechaba fácilmente desde el sur, donde todavía no teníamos manera de intervenir, ni aliados eficaces. Marchamos, por tanto, pisando los talones al heraldo. Y cuando hubimos llegado a la abadía de Talley sin señal del regreso de nuestro hombre, Llewelyn sonrió severamente, y dijo que seguramente ésa fuera nuestra respuesta. A partir de entonces, seguro como estaba de que el mensajero había sido detenido en Dyvenor para evitar que nos advirtiera de las intenciones de Rhys, las leyó no menos claramente, y puso delante nuestros jinetes con buenas monturas para vigilar cualquier interceptación, y especialmente las emboscadas.

Las colinas decaían hacia

Cwm-du

, inclinándose hacia abajo para cruzar un arroyo, y en la ligera pendiente más allá comenzaba el bosque. Estábamos entre los árboles, en la luz tenue de una tarde de diciembre, cuando escuchamos el sonido lejano de un cuerno desde los bosques colgantes en algún lugar delante de nosotros, y supimos que Rhys había decidido salir y combatirnos en el terreno que conocía, en vez de esperarnos en Dyvenor. Había tenido tiempo para llevar su ejército a unas cinco millas de su castillo. Sin duda había sido advertido días atrás de nuestra presencia en el centro de Gales, e hizo los preparativos adecuados, con lo que cuando llegó la hora sólo tuvo que marchar con sus hombres y tomar la posición que había elegido. Y en este enmarañado bosque, incluso el suelo ligeramente moteado con nieve y desconcertante a la vista, no

podía haber una batalla planeada y ordenada, sino una persecución confusa, cada hombre buscando a su adversario, y la ventaja para aquellos que conocían el terreno.

—Ni a media milla —dijo Meredith ap Rhys Gryg, alzando su canosa cabeza para escuchar el tono y la distancia del cuerno—. ¿Tomarás posición y dejarás que vengan a ti, o les recibirás en movimiento? Hay un pastizal justo sobre la cumbre que nos serviría, pero después estaríamos al raso y descubiertos. Allí llevan en verano a las ovejas para que pasten. —Él también estaba en su propio terreno, no menos que su sobrino, y conocía cada pliegue de las colinas, y el modo en que fluía la escarcha y soplaba el viento.

—Si decide esperar —dijo Llewelyn— tal vez haya cogido esa posición para él. No, iremos hacia él. Pero despacio y dando un rodeo. Avanza despacio, y espera hasta que sepamos algo.

Poco después uno de los jinetes adelantados llegó a medio galope sin prisa, a través del profundo mantillo de hojas del camino, e informó del resultado de su misión.

—Mi señor, les vimos desde la cumbre, justo cuando estaban saliendo del camino. El terreno más allá se inclina hacia abajo, pero no mucho, pero las faldas son lo bastante empinadas para mantener a los jinetes en el camino, a menos que tengan una buena razón para dejarlo. Hay muchos árboles a ambos lados. Están ocultándose allí a cada lado, para atraparnos en medio cuando pasemos. No pudimos calcular su número, puesto que muchos ya estaban escondidos, pero por la luz reflejada aquí y allá se han separado bastante. Y tienen muchos arqueros.

—Pero sólo pueden emplearlos cerca del camino —dijo Meredith —. Los bosques son demasiado espesos para tener tiro desde arriba. Confiarán en sus primeras andanadas y después tratarán de vencernos a caballo.

—No pueden saber lo cerca que estamos —dijo Llewelyn, meditando— o no se habrían arriesgado a tocar el cuerno. Si piensan rodearnos, bueno, tenemos tiempo de salirnos un poco de nuestro camino y rodearles. Meredith, tú conoces estos bosques. Lleva a tu grupo a la pendiente de la derecha, y sitúate por encima de ellos. Tú, David, a la izquierda. Si puedes hacerlo sin que te detecten, avanza hasta el límite de su posición, y cuando estés allí, confírmaselo a los demás con el canto del pájaro carpintero, y

después el ruido, y cállate. Estaremos a punto de entrar dentro de su alcance, si no me equivoco, y avanzaremos sobre ellos desde el camino.

Se quedó sólo con sus hombres a caballo para este grupo que debía activar la trampa, y envió a todos sus arqueros con las compañías de los flancos. Envió a Goronwy con David, y dio al mayordomo el mando, para templar el valor y la audacia de David con la paciencia y sabiduría de Goronwy. Y después de que se hubieran cubierto y movido muy por delante de nosotros, cabalgamos despacio, y habiendo coronado la cuesta, donde había un espacio abierto como Meredith había dicho, y por tanto una vista limitada por delante, dejamos vernos moviéndonos con tranquilidad y buscando el menor temblor de los arbustos que marcara dónde estaban ocupados los bosques a cada lado por algo más que zorros y ciervos.

—Doscientos pasos, y estamos dentro de su alcance —dijo Llewelyn para sí, inquieto—. ¿Dónde está el cuerno?

Entonces escuchamos la estridente risotada del pájaro carpintero verde muy por delante de nosotros, y profirió un grito acallado, y espoleó de nuevo su caballo, para estar en el punto que deseaba cuando sonara el cuerno, como hizo un instante después. Y con eso gritó la orden que esperábamos, y nuestras filas se dividieron y se zambulleron a izquierda y derecha en los árboles. El cálculo fue bueno, quizá cuarenta pasos cortos aproximadamente, pero nuestro ímpetu fue tal que enseguida recorrimos esa distancia, peligrosamente agachados sobre los cuellos de nuestros caballos con las espadas desenvainadas, antes de que supieran bien lo que estaba pasando, y extendiéndonos entre ellos, escogiendo cada uno su camino y enfrentándonos a cualquier enemigo que se interpusiese en el camino. Los arqueros estuvieron desprovistos de blancos e indefensos desde el principio. En la lejanía escuchamos el clamor y tumulto de los dos grupos de los flancos, acercándose desde las pendientes. Si Rhys había esperado contar con el factor sorpresa, era él el que estaba cayendo en su propia trampa.

La luz diurna era tenue entre aquellos árboles, pero los perfiles de nieve en polvo hacían posible evitar las ramas que se abalanzaban sobre nosotros, y preservaban un tipo de luz sutil que era suficiente para distinguir a amigos de enemigos. Para hacerle

justicia, Rhys combatió bien, y usó su cabeza en cuanto la hubo recuperado, ya que puso en marcha a tantos de sus jinetes como fue capaz de reagrupar con el cuerno, y les retiró para tratar de bloquear nuestro camino, más allá de las mandíbulas de la trampa que ahora se cerraba sobre él. Pero Meredith bajaba enjambrándose por un lado de la pendiente, y David por el otro, avanzando con la misma vehemencia que se retiraba Rhys, y sin el obstáculo de nuestra confusa batalla entre los árboles, sus arqueros pudieron escoger su posición y prepararse y disparar sin prisa o miedo, e hicieron una gran matanza. En efecto, aquellos que estaban en los flancos nos superaron, y dejaron el camino despejado tras de ellos para que muchos de los hombres de Rhys, a caballo y a pie, huyeran de la lucha subiendo las cuestas y echando a correr entre los árboles. Pero durante algún tiempo mantuvieron la posición con valentía, y en el crepúsculo y tumulto de los bosques hubo una larga y encarnizada pelea que oscilaba de un lado a otro, sin dirección, ya que en tales condiciones sólo podíamos encontrar huellas donde surgían ante nosotros y acabar con ellos uno a uno. Por tanto ninguno de nosotros sabía cómo le había ido a los demás, o qué bajas había sufrido cada bando, hasta que la batalla llegó a su fin.

Fue mi deseo mantenerme junto al flanco de Llewelyn, como siempre hacía, pero tal fue la maraña de hombres y caballos, arqueros y lanceros entre aquella espesura que le perdí. Estuve ocupado con la salvaguarda de mi propia vida, donde incluso las sombras enarbolaban espadas o apuntaban arcos contra mí, y fui tras él pero despacio y sin rumbo. Entonces no sabía lo que estaba sucediendo por delante, donde David, según sugerencia propia pero con la bendición sincera de Goronwy, había llevado la parte montada de su tropa a adentrarse bajo la cobertura de los árboles, y había ocupado la senda en la retaguardia de Rhys. Cuando la batalla estuvo decidida, y los hombres de Dyvenor se desbandaron y comenzaron a dispersarse y huir de nosotros, y Rhys intentó replegar a su alrededor a todos los que quedaban que pudiesen alcanzar su estandarte, encontraron a David bloqueando su camino de vuelta a casa, y atrapados entre su desafío audaz y los perseguidores que salían en tropel de los bosques para seguirles, se dispersaron y huyeron, deslizándose individualmente en el bosque,

donde les perseguimos sólo durante un rato, y después fuimos llamados por el cuerno de Llewelyn.

Algunos de aquellos fugitivos, separándose hacia nuestra derecha, seguramente llegaran a salvo a Carmarthen, donde la mano del rey estaba sobre ellos. Otros, conducidos hacia el este y no al oeste, se dirigieron a Aberhonddu, y se desviaron aún más, a la seguridad de Gwent. Unos cuantos consiguieron pasar entre nosotros ocultos, y huyeron a Dyvenor para dar la alarma, ya que Rhys había arriesgado a la mayor parte de su guarnición y el castillo estaba indefenso sin ella.

Regresamos cabalgando, obedientes a la llamada del cuerno, en la luz de la avanzada tarde encapotada, y las hojas crepitaban y el suelo crujía bajo nosotros por la escarcha, aquello que había sido húmedo y blando sólo una hora antes. Nos reunimos a órdenes de Llewelyn, y atendimos a nuestros heridos, que eran muchos, pero pocos de gravedad, ya que aquélla fue una batalla de pelea y rasguños por nuestra parte. Sin embargo hubo muertos, y no pocos. Les dejamos allí. No podíamos hacer otra cosa por ellos, ya que el día estaba muriendo sobre nosotros, y teníamos que tomar un castillo. Dos, en realidad, ya que se envió a David por delante para exigir la rendición de Carreg Cennen, unas cuantas millas más allá de Dyvenor, mientras que Llewelyn llevó su grupo principal directamente a la corte de Rhys. Y según sé, tenía a su hermana muy presente en su cabeza, ella que no era más que un año mayor que él, y una completa extraña y enemiga, y ahora, por lo que sabía, viuda y afligida, y sus hijos huérfanos. Rhys Fychan no fue hecho prisionero en aquella refriega, ni encontramos su cuerpo, aunque lo buscamos atentamente por el camino hasta que faltó la luz. Y sin duda muchos de los que huyeron, estando heridos y habiendo perdido sangre, ignorados en el bosque, murieron antes de la mañana.

Sin embargo, nos reagrupamos y cabalgamos. Por débil que estuviera, Llewelyn no le fallaba su resolución. Y antes de que cruzáramos la última suave pendiente y contempláramos el extenso y hermoso valle del Towy se había hecho la noche, y sólo pudimos discernir levemente, apareciendo a la vista entre los niveles verdegrises debajo de nosotros, el gran montículo con el río enrollándose más allá, un foso en su extremo sur, y sobre el

montículo la forma imponente de Dyvenor, el mayor y más sagrado de todos los castillos de la línea de Deheubarth.

Desde aquella posición ventajosa no había más que una milla. Llegamos con la noche, y dimos el quién vive con cuernos y voces bajo la alta casa del guarda, y un castellano tembloroso, viejo y seguramente recientemente nombrado una vez que hubo huido el castellano en activo, vino a nosotros desde el portal con una bandera de tregua, y rindió el castillo a Llewelyn.

Recuerdo el sonido hueco del patio de adoquines bajo las uñas de nuestros caballos, y el escaso fulgor de antorchas y teas de pino en candelabros sobre las paredes, y los pocos sirvientes asustados que nos escudriñaban desde las puertas mientras pasábamos al patio interior, y se retiraban para ocultarse a toda prisa si mirábamos hacia ellos. Y recuerdo el gran silencio vacío que pendía sobre cada torre y cada sala como una oscuridad más intensa, con lo que supimos antes de preguntar que su alma había huido.

Lo primero que Llewelyn dijo al viejo mayordomo, mientras llegaba ansiosamente a su estribo para entregarle las llaves, fue:

—¿Dónde está mi heraldo?

El hombre tenía cierta dignidad en su indefensión, aunque sentía mucho miedo. Dijo que el heraldo estaba dentro, y a salvo, que lord Rhys no quiso hacerle daño, ni mostrarse descortés ante su recado, pero había ordenado su detención hasta que el ejército se hubiera marchado, cuando ya no tuviera nada que ganar si cabalgaba, ya que no podía adelantar a la hueste.

Y lo segundo que le dijo mi señor fue:

—¿Dónde está tu señora? Dile que su hermano está aquí, y ruégale que le reciba de buen talante.

Para entonces algunas de las mujeres se habían deslizado de las puertas para mirarnos, todas en silencio afligido y listas para retirarse. Quedaban unos cuantos muchachos y viejos para cuidarlas, y permanecían tan cautelosos e indecisos como ellas, esperando calibrar el carácter de su nuevo amo, de quién sin duda habían oído muchas cosas, la mayoría infladas a partir de la realidad, como cuentos para niños asustados.

—Mi señor —dijo el mayordomo—, *Lady* Gladys se ha marchado. Aquí no queda nadie más que yo para entregaros el castillo, como me fue encargado.

—¿Marchado? —dijo Llewelyn, inquieto y consternado, y pese a que en cierto sentido temía esta reunión, también la había deseado de todo corazón, y había esperado convertirla en algo mejor que la conquista y la desposesión—. ¿Está en Carreg Cennen?

—No, mi señor, estaba aquí. Cuando el primer herido bajó de las colinas, con la nueva de que la partida de guerra de lord Rhys estaba dispersa y derrotada, hizo que se ensillaran caballos, y se marchó enseguida con sus hijos y una pequeña escolta.

—¿Qué? ¿Ahora? —gritó Llewelyn—. ¿En la helada, y cayendo la noche? ¿Y llevándose también a los niños? ¿Tan mala imagen tiene de mí que prefiere morir de frío en el bosque a refugiarse bajo mi protección? —Se guardó cualquier otra cosa de la que se habría quejado en su resentimiento y dolor. Con voz seca y tranquila preguntó—: ¿Por dónde se han ido?

—Hacia el este, en dirección a Brecon. Espera encontrar allí a su señor, si vive —dijo el hombre enérgicamente.

Llewelyn alzó la vista hacia el cielo, donde las estrellas aparecían intensas y grises con la helada, y hacia el este, a las colinas que ella debía cruzar.

—Muy bien —dijo— como no quiere nada de mí, poco puedo hacer por ayudarla. —Bajó la mirada a las llaves ofrecidas y se giró para estirar una mano hasta la brida de Meredith—. Éste es tu señor, ofrécele tu obediencia. —Y a Meredith ap Rhys Gryg le dijo —: Toma posesión de tus castillos y tus *cantrefs*, amigo mío, te los entrego para que disfrutes de ellos. Dyvenor es tuyo, y para esta hora sin duda también lo es Carreg Cennen. Son tuyas Cantref Mawr y Cantref Bychan, las tierras grandes y las pequeñas. Cuídalas bien.

De este modo se devolvieron a Meredith todas aquellas tierras que había poseído antes, junto con la heredad de su sobrino, de quién entonces no sabíamos si estaba vivo o muerto. Y por su parte Meredith reconoció a Llewelyn como su señor, y se comprometió a ser siempre su fiel aliado y vasallo.

Entonces, estando la noche sobre nosotros, desmontamos y entramos, y los mozos de cuadra que quedaban, junto con nuestros hombres, atendieron a los caballos. Dentro de Dyvenor todo estaba en orden, aunque con algunas señales por todas partes de aquella marcha repentina, un baúl abierto y ropas desdobladas en la gran

cámara, donde la señora había estado reuniendo a toda prisa capas y pieles calientes ya que eran lo más necesario, y había dejado atrás todo lo demás, incluso un anillo, olvidado, junto a su espejo. Y aunque Llewelyn no redujo en ningún modo su atención personal hacia todos los detalles de nuestra estancia, haciendo que las cocinas estuvieran atendidas y se mantuviera el orden adecuado de la sala, durante aquella tarde miró a la oscuridad y frunció el ceño muchas veces, y dijo, más para sí que para cualquier otro:

—¡Llevarse a niños tan jóvenes en una cabalgata nocturna así! ¡Y por caminos de montaña, sin ni siquiera una cabaña para refugiarse en muchas millas! —Y de nuevo—: Iría tras ella, pero ¿de qué serviría si me teme tanto, y no quiere nada de mí? La llevaría asustada a cometer peores locuras.

A primera hora de la mañana llegó un mensajero de David, para decir que Carreg Cennen era nuestra, rendida sin resistencia, y sólo esperaba que Meredith ap Rhys Gryg escogiera un castellano y le pusiera al mando, y tras la llegada de su grupo para guarnecer el lugar, David se uniría a nosotros en Dyvenor, o acudiría donde su señor y hermano quisiese enviarle.

—Quiero enviarle —dijo Llewelyn— a casa conmigo, a tiempo para guardar la fiesta de Navidad en Aber, como es debido ya que tenemos muchas causas para dar gracias. Lo que veníamos a hacer aquí ya está hecho. —Y aunque Meredith le pidió que se quedara más tiempo, no quiso, sino que preparó la comitiva para la marcha hacia el norte—. Iremos por Builth —dijo— donde podemos movernos rápidos y libres, y tenemos otro buen aliado. Y tal vez demos a Roger Mortimer algo en que pensar en su alegría navideña, cuando pasemos por Gwerthrynion.

Pero me llevó aparte, antes de que comenzara el bullicio de los preparativos, y con rostro serio me encargó un mandado especial.

—No puedo descansar —dijo— por pensar en mi hermana y sus muchachos cabalgando sin amigos a través de las colinas con este tiempo, ya que seguramente no tengan más que una débil escolta, y con mujeres y niños irán lentos, y pueden tropezarse con Dios sabe qué peligros. No puedo ir tras ella, ya que huiría de mí enojada, y debo llevar al ejército a casa. Pero tú… no estás tan cambiado como para que no te conozca, y no tiene motivo para temerte u odiarte. Lleva a diez hombres, escoge a quien quieras, y elige los mejores

caballos, ya que quiero que vayas rápido y estés a salvo, y ve por ella y cuídala por los caminos hasta Brecon, y ofrécela un salvoconducto para donde quiera ir. Pero no puedo permitir que sea así, huyendo como liebres perseguidas. Si no quiere verme, llévala a salvo a Brecon, ya que su palabra te debería otorgar el derecho de mensajero para salir de allí a salvo. Pero si quiere venir, tráela contigo al norte, y tranquilízala diciéndole que tendrá todo posible honor y respeto en mi corte, y también sus hijos. Son príncipes de la sangre de mi abuelo y mi padre, y les daré una afectuosa bienvenida. Tráela si puedes. Tráeme noticias suyas si no puedes traerme nada más. Y dile que lamento que nos separáramos.

Me asombró, y entonces no me pregunté por ello, que prefiriera enviarme a mí en vez de a David, que conocería igualmente a *Lady* Gladys y sería reconocido por ella. Pero David era un príncipe de la sangre real de Gwynedd, y si mete la cabeza en un castillo controlado por los ingleses, tal vez no saliera con tanta facilidad como un mero escribano sin importancia para ellos. Y Llewelyn, aparte del riesgo que supondría para David, no les entregaría nada que pudiese usarse en su contra en una negociación. Era extraño que comprendiese tan astutamente la taimada mente del rey Henry, a quien sólo había visto una vez, y bajo gran presión. Pero sin odio o rencor siempre comprendía con gran exactitud a su enemigo. Con otros contrincantes, posteriores y de mayor malevolencia, fue menos experto, no contando con las mismas cualidades que tenía que combatir en ellos, y teniendo que conjeturar acerca de puntos fuertes malignos en vez de puntos débiles, ante los que siempre sentía la compasión y generosidad de un hombre humilde.

Por tanto le dije, alegre más allá de toda medida por contar con tanta confianza suya, que haría todo lo que pudiese para servir a *Lady* Gladys y a él, y la encontraría si podía, y si lo conseguía, la persuadiría de que fuera a su hogar en la corte. Esa frase le agradó, ya que le habría gustado creer que ella lo considerara su hogar. Siempre había tenido en mente que tal vez hubiera causado la muerte de su señor, a quien no guardaba rencor alguno, pero cuyo desafío no tuvo más remedio que aceptar.

—No vuelvas aquí —dijo—, ya que nos habremos ido. Dirígete hacia el norte a Cwn Hir, ya que haremos una parada en la abadía. Y si nos hemos marchado de allí, te proporcionarán caballos y

provisiones, y ven detrás de nosotros a Llanllugan y Bala en tu camino hacia Aber. Nos alcanzarás en algún punto del camino. Si no la encuentras hoy o mañana —dijo sombríamente—, me temo que está perdida para ambos. Y cuando estés seguro de eso, vuelve, incluso sin ella. No puedo prescindir de ti.

Entonces besé su mano, lo que era raro entre nosotros y siempre lo hacía yo, y partí.

# CAPÍTULO VIII

Me llevé de guía a uno de los pastores de Meredith, un nombre llamado Hywel, que conocía aquel campo desde Dyvenor a Brecon y más allá como las líneas de su mano, y cabalgamos aprisa en los primeros momentos del viaje por el camino más cercano y despejado, ya que *Lady* Gladys nos sacaba una noche de ventaja y el castillo de Brecon estaba a unas veintisiete o veintiocho millas campo a través. Esperaba que con la llegada de la noche y el frío, hubiera apartado a los niños del camino, pensando salvaguardarlos de nuestra sombra, para después buscar refugio hasta el amanecer en alguna granja, ya que según nuestra costumbre galesa las casas estaban bastante dispersas en vez de agruparse en aldeas, y se ofrecería hospitalidad sin preguntar a cualquiera que llegara de noche. Por tanto, avanzando rápidamente las primeras diez millas esperaba ponerme por delante de ella, e interceptarla más cerca de Brecon, o en el peor de los casos alcanzaría antes de que se retirara dentro de sus murallas.

Apenas había luz cuando cabalgábamos, y el cielo estaba encapotado y gris plomizo con la amenaza de nieve, pero por la noche sólo había habido una fuerte helada, y fue fácil cabalgar. Salimos subiendo del valle del Towy hasta la cordillera de colinas donde nos llevó Hywel, mitad brezal y mitad bosque, dependiendo de si el suelo se plegaba y los vientos lo barrían. Allí donde había un hueco o una grieta los árboles crecían frondosos y oscuros. Nos encontramos dos veces con pastores, y pasamos junto a dos granjas, y allí donde había alguna criatura a la que preguntar preguntábamos por el grupo, y a la tercera intentona, en una cabaña en un claro del brezal, obtuvimos una respuesta. Habían pasado por allí, unas horas después de anochecer, y se detuvieron para pedir leche para los niños, y calor al fuego. La mujer de la casa les había suplicado que pasaran allí la noche, pero no quisieron.

Conocía a su señora, y no tenía duda de los visitantes que había recibido al lado de la chimenea. Tampoco es que sintiera ningún miedo de nosotros que la incitara a callar. Nos sacaban, parecía, unas diez horas de ventaja, y no habían creído adecuado alimentar mis esperanzas deteniéndose para pasar la noche, al menos no tan pronto. Así que continuamos todo lo aprisa que pudimos. Y entonces, con la ascensión del sol, aunque velado, hacia su baja posición invernal, y el cambio del gélido aire, la amenazadora nieve comenzó a caer.

Dejamos las tierras altas desnudas de la Montaña Negra a nuestra derecha, y nos mantuvimos en el camino de la ladera, la mayor parte del trayecto a través de bosque frondoso. Y allí encontramos sombríos rastros de la lucha de ayer, aunque no, al principio, de aquellos que perseguíamos. Entre los matojos nos topamos con un caballo sin jinete, deambulando inquieto y paciendo, y después tropezamos con el cuerpo de su jinete, caído a causa de la debilidad por la pérdida de sangre de una profunda herida de lanza en su costado, y muerto de frío en la noche. Encontramos a un segundo muerto, un arquero, un mero montecillo en la recién caída nieve, antes de recorrer otra milla. Éstos, también, habían huido del campo de batalla en dirección al lejano refugio de Brecon, sólo para morir durante el trayecto. Vimos en muchos lugares señales de arreos arrojados para aligerar la carga a medida que se cansaban los caballos.

Entonces divisamos entre los arbustos a un hombre que huía de lado y aprisa de nosotros, agarrándose su muslo y cojeando por una herida superficial de lanza, y le rodeamos y detuvimos, y así supimos de nuevo de nuestra presa. Él les había visto pasar, y nos lo contó de buena gana cuando vio que no queríamos hacerle daño alguno. Era uno más de los que habían huido de la batalla, pero no sabía qué había sido de su señor, ya que en aquella noche cada hombre había tomado su propio camino lo mejor que pudo. Dijo que había visto y oído a una compañía cabalgar hacia Brecon, con paso vivo pero no a gran velocidad, hacía una hora, pero no había identificado quienes eran, salvo que entre ellos había mujeres, y pensaba que niños. Supusimos que no podían ser otros más que el grupo que estábamos buscando. Como la nieve era bastante profunda, podríamos incluso seguir sus huellas si nos dábamos

prisas, aunque los copos seguían cayendo, y en media hora o así las ocultarían. Debían haber descansado durante la noche, como había esperado, pero no sabíamos en qué refugio para que ahora estuvieran tan cerca.

Dimos al hombre herido el caballo sin amo que habíamos llevado con nosotros, le montamos, y le enviamos a la seguridad de Dyvenor, diciéndole que no tenía nada que temer si servía a Meredith ap Rhys Gryg igual que había servido a Rhys Fychan hasta la fecha. Y se fue muy contento, ya que cojo como estaba, habría tenido difícil llegar hasta Brecon o de vuelta a Llandeilo a pie, y una noche más de heladas pudiera haber sido su muerte, como sin duda fue la muerte de muchos más que se habían dispersado heridos desde

Cwm-du

. Y nos apresuramos, esperanzados, y en poco tiempo vimos, en un lugar donde la nieve se había aplastado y removido, las hendeduras por donde habían pasado varios jinetes. Los toscos bordes que habían cortado ya se estaban volviendo a suavizar en las formas curvas que podrían haber moldeado el viento, pero Hywel las reconoció como lo que eran.

Ante esa visión espoleamos los caballos y localizamos el mismo pasillo aquí y allá por la senda forestal. Entonces, cruzando una cumbre y alcanzando a ver casi media milla más allá, y en una calma en que el viento y la nieve habían aflojado, dejando el aire casi despejado, les vislumbramos a lo lejos, como un nudo de movimiento oscuro sobre blanco, entre la oscuridad moteada de los árboles. Por la misma razón, nos vieron, y supieron que eran seguidos. Supongo que habían estado echando vistazos por encima de sus hombres en cada etapa de aquel viaje por las tierras altas. Enseguida espolearon a sus monturas, ya que vimos cómo se apresuraban.

Lo mismo hicimos nosotros. Si no hubiera nevado, habría galopado por delante en solitario, dejando que el resto me siguiera a buen paso, para demostrar que iba sin malas intenciones, aunque con urgencia. Y creo que para cuando me hubiera alejado de mis hombres y acercado a aquellos que podían encargarse con facilidad de un solo hombre si así lo querían, ella habría pensado, y se habría preguntado, y habría estado dispuesta a escuchar, incluso antes de

que me reconociera o pudiera decirle mi nombre. Pero no estaba muchos pasos por delante de mi compañía cuando se levantó de nuevo el viento, y condujo la nieve renovada en nubes blancas a través de la senda forestal, con lo que sólo podíamos ver unos pies por delante de nosotros y no debíamos cabalgar a ciegas, sino reducir nuestro paso un poco o lamentarnos. No obstante, fuimos todo lo deprisa que nos atrevimos, y nosotros íbamos cuesta abajo, mientras que ellos pronto estarían ascendiendo de nuevo, y supe que podíamos alcanzarles.

Pero cuando las blancas cortinas rasgadas se abrieron por un instante la vez siguiente, el camino ante nosotros, una cinta desigual de blanco entre dos cinturones de negro, estaba vacío.

—Habrán ido hacia el bosque —gritó Hywel—. Hay una senda a través de los bosques, por el lado del arroyo hacia el valle del Usk. Esperarán moverse de manera más rápida y fácil por aquel camino, ahora que saben que vamos tras ellos. Es más largo por unas cuantas millas, pero el terreno está en mejor estado en cuanto se llega al valle.

Llegamos a la pendiente por donde cruzaba el arroyo, descendiendo desde las altas montañas a nuestra derecha, y una estrecha senda llevaba colina abajo hacia la izquierda junto al agua, que no era más que un hilillo deambulando entre las piedras congeladas. La nieve caía con menos intensidad allí, a causa de los árboles sobresalientes, que se quedaban con la mayor parte de la nevada, y bajo la capa de blanco las hojas y las agujas de pino eran gruesas y elásticas, mitigando el ruido de nuestras pezuñas, así que no nos extrañó oír tan poco a los que iban por delante. Nos detuvimos durante un instante y nos quedamos muy quietos para esforzar nuestros oídos, y escuchamos el intenso chasquido de una rama caída pisada y rota, y después el lejano choque de una pezuña contra piedras, donde las rocas sobresalían en el lecho de agujas por un instante.

—¡Allí van! —dijo Hywel, satisfecho. Y allí fuimos tras ellos. La senda se empinaba, aunque ligeramente al principio, y estaba muy suavizada por el sedimento de años bajo los árboles, haciendo que fuera un trayecto muy transitable. Y estábamos de algún modo cubiertos por los cercanos abetos y arbustos del viento más frío y la nevada más intensa. A veces escuchábamos de nuevo el ruido de

pezuñas sobre piedras, por delante de nosotros, o hundiéndose pesadamente sobre la tierra donde la cuesta se hacía más pina. Y una vez, donde los árboles retrocedieron, y los velos rasgados de la nieve se alejaron arremolinándose durante un instante, vislumbré un caballo y un jinete entre los árboles por delante, y me quedé sin aliento con alivio demasiado optimista, viendo el pliegue de una larga falda meciéndose bajo la capa, y por encima del cuello, que creí que estaba forrado de pieles, el vuelo de un pañuelo blanco atado sobre la cabeza de una mujer contra la violencia del viento.

Dije, aunque seguramente nadie me escuchara, ya que no habíamos aminorado:

—¡Es ella! ¡Ella está ahí delante! —Y grité contra el viento con todas mis fuerzas—: ¡Señora! ¡Esperad! ¡Sólo somos amigos! —Dudo que los que iban por delante no me escucharan. O si escucharon, no confiaron. Por tanto continuamos esta extraña persecución—. ¡Soy Samson —bramé— el sirviente de vuestra casa! ¡Esperad y hablad con nosotros!

Pero por delante, los árboles se habían llevado el único vistazo que tuve de ella, y luego se levantó viento, y no podíamos escuchar ninguna señal de que aquellos que seguíamos aún vivieran y se movieran delante de nosotros.

Entonces temí hacer mal al seguirla y asustarla, puesto que cabalgaba temerariamente por esta senda cuesta abajo, y estaba claro por su vigor y resolución que resistiría hasta Brecon, y no debía tener dudas acerca de ella. Sin embargo recordaba a Llewelyn, y el dolor que sentía al estar tan alejado de su única hermana, y por encima de todo yo era su hombre, como David había dicho una vez de mí, y no quería liberarme de esa atadura. Por tanto continuamos, con paso más vivo que antes, para alcanzarla por fin con voz y espuela.

—Ahora no oigo nada —dijo Hywel, escuchando en medio del camino, aguzando el oído con la cabeza alzada—. ¡Deteneos y escuchad! —Y eso hicimos, aguantando la respiración, pero no había ningún ruido por delante, aunque el viento había cambiado un poco, y soplaba hacia nosotros—. Deben seguir por delante —dijo—. ¿Adónde si no podrían ir? El estado del terreno es mejor abajo, habrán alcanzado terreno abierto.

Por tanto continuamos, a las praderas cercanas al Usk, donde los

bosques retrocedían y la senda se abría a un camino en el valle, fácil de recorrer a caballo. Pero no volvimos a verlos ni oírlos.

—Habrán ganado terreno —dijo— en cuanto llegaron aquí. Será mejor que nos apresuremos.

Mi corazón no dudaba entonces que habíamos sido engañados de algún modo, pero no teníamos otra opción que continuar hasta las mismas murallas de Abehonddu, bajo el castillo de Brecon, ya que tenía que saber si nuestra presa se había librado de nosotros por un camino o nos había dejado atrás por el otro. Por tanto galopamos, ya que la cautela allí no daba ningún fruto.

Así, por el camino del valle llegamos a tener a la vista finalmente al puente sobre el Usk, a través del cual estaba nuestra única ruta hacia Brecon. La nevada casi había cesado para entonces. Podíamos ver las terrazas de las colinas descendiendo a mano derecha hacia ese mismo portal, y supimos que el camino directo bajaba por aquella cresta. Claramente, y muy por delante nuestro, pudimos ver al pequeño grupo de hombres y mujeres a caballo (había varias mujeres) galopando por aquel sendero y en las cercanías del puente, donde había otros jinetes esperando para recibirles y escoltarles hacia el interior. Ya no tenía sentido darse prisa, nos habían dejado atrás. Acercarse más sólo sería una invitación a que nos persiguieran.

Tiré de las riendas, y lo mismo hicieron todos los que iban conmigo, y contemplamos aquella recepción en la cabeza del puente, y fue cortés hasta la reverencia. No podía distinguir, desde la distancia donde nos detuvimos a mirar bajo el cobijo de los árboles, a la que me habían enviado a buscar, pero no tuve duda de su bienvenida a Brecon. Algo que no pude saber fue si su señor estaba allí ante ella. Sabía que la había perdido. Pero también que al menos podía informar de que había llegado a salvo a un lugar seguro con los niños.

—En el nombre de Dios —dijo Hywel, mirando fijamente, ya que él había visto lo mismo que yo—, entonces, ¿quién era esa mujer que seguimos arroyo abajo? ¿Y estaba, Dios no lo permita, sola? En aquel suelo blando y nevado podíamos haber estado persiguiendo a un jinete o a diez.

Yo pensaba lo mismo, ya que estaba bastante claro cómo nos habían engañado. Cobijados por las ráfagas de viento, y sabiendo

que con los niños serían alcanzados antes de poder llegar a Brecon, la compañía se había desviado a los árboles de la ladera por encima del camino, mientras un señuelo nos atraía por el sendero del valle. Y cuando nos hubimos tragado el cebo y estábamos corriendo hacia el Usk, con un vistazo de una capa de mujer para mantenernos confiados, habían regresado a la senda de la colina y cabalgado a toda prisa hacia el pueblo. Pero si eso era cierto, entonces al menos una persona había quedado abandonada en el bosque. Y si sólo era una, se trataba de una mujer. Ninguno de nosotros, como coincidimos, había visto una segunda figura.

—Pero podría haber habido más —dijo Hywel—. O si se arriesgó sola debe tener algún refugio que conozca en estas colinas, ya que estoy seguro de que no está por delante de nosotros. Nos ha dejado en algún lugar del camino.

Dudé bastante acerca de lo que debíamos hacer. Con nuestro recado así acabado, por muy torpemente que fuera, teníamos órdenes de cabalgar hacia el norte para reunirnos con Llewelyn en Cwm Hir, y nuestro camino más rápido y seguro, teniendo en cuenta el tiempo, habría sido rodear Brecon con cuidado por el norte o por el sur, y llegar al valle del Wye, y de ahí continuar hacia el norte por Builth. Cierto, había castillos por el camino controlados por hombres que no eran amigos de la causa de Llewelyn, pero tenía conmigo compañeros que conocían bien esos caminos, y en el valle resguardado nos iría mejor que en las salvajes y descubiertas tierras altas de Mynydd Eppynt, expuestos a todos los vientos. Cualquier otro camino era un camino montañoso, incluso si rodeábamos Eppynt por el oeste. Pero creí preferible, sin embargo, convertir a la ventisca en una excusa para volver a pasar la noche en Dynevor, y salir temprano por Llandovery. Hasta este día no sé si fue una decisión honesta, o una manera de desandar el camino por el que habíamos llegado estando atentos mientras íbamos a la mujer que nos había engañado. Si en realidad estaba sola y perdida en los bosques, con la noche encima, y la nieve tapando las sendas y los lugares conocidos, estaba en un buen lío.

Por tanto dimos la vuelta y cabalgamos a lo largo del valle con menos prisa que en el camino de ida, la tarde plomiza cerrándose sobre nosotros. Hywel podía orientarse en estas comarcas de noche o de día, y con cualquier tiempo, y no temimos por nosotros por

muy profunda que fuera la nieve. Pero creo que cuando llegamos a la senda ascendente nos frenamos aún más, y no sólo para apiadarnos de nuestros cansados caballos. Además nos extendimos hasta las lindes de los árboles, ya que ella se debía haber retirado allí en silencio cuando la perdimos, y nos dejó pasar sin decir una palabra.

No puedo decir que la encontráramos. Habíamos recorrido una cuarta parte de la ascensión de la senda a la cumbre cuando salió del bosque delante nuestro, delgada y morena contra la nieve, sin evitarnos, sino avanzando hacia nosotros, con su brillante y pálido rostro levantado. Extrañamente, ahora iba a pie, y la capa forrada de piel que llevaba había desaparecido de sus hombros. Parecía muy pequeña y joven y delicada, caminando a través de la profunda nieve remangándose en alto las faldas con las manos. Y en cuanto detuve mi caballo junto a ella, dijo las palabras más inesperadas que podía haber oído en aquel momento, las primeras que escuché de ella:

—Señor, ¿hay alguno entre vosotros que sea sacerdote o clérigo?

Creo que todos nos quedamos boquiabiertos y mirando fijamente un instante, y sin embargo su rostro, que era ovalado y feroz y hermoso, con grandes ojos atentos, exigía una respuesta inmediata, y las preguntas que teníamos para ella quedaron para más tarde. Le dije que no había sacerdotes entre nosotros, pero que yo había pasado cierto tiempo en mi niñez entre las órdenes menores, y conocía el oficio. No sé cómo fue, pero desde el momento que apareció ante nosotros y nos habló, no hubo otro asunto urgente que su asunto. En su rostro, aunque joven y vivo por el vigor, también estaba, incluso antes de volver a hablar, la sombra cercana de la muerte.

—Venid conmigo —dijo—. Hay un hombre muñéndose.

Desmonté y la ofrecí subir a la silla, puesto que estaba empapada hasta las rodillas y transida de un frío que parecía no sentir. Pero negó con la cabeza, diciendo:

—No está lejos —y se giró y se volvió a sumergir en los árboles, y nosotros, abriéndonos camino y llevando nuestros caballos, la seguimos. De los árboles cayó nieve sobre ella y sobre nosotros, y ella no le dio importancia.

No estaba lejos. A trescientos pasos como mucho en la espesa e

intensa oscuridad de los árboles, invisible desde el sendero, había una cabaña de madera, baja e inclinada, pero con paredes y techo sólidos. Nos llevó directamente a la entrada sin puerta, y entré con ella.

—Está aquí —dijo.

En el interior estaba tan oscuro que si no hubiera sido por la brillante blancura de la nieve que había caído a través de la puerta no habría podido verle. Emitía un tipo de luz que no caía desde el cielo, sino que se elevaba desde el suelo. Lo primero que observé fue una ola de calor sorprendente que me recibió desde la oscuridad, y el abrumador y profundo sonido de una respiración que aportaba parte de la calidez, la neblina y la humedad del aire. Ella había dejado al hombre moribundo el enorme y vigoroso cuerpo de su caballo para calentarle, a falta de medios para encender un fuego. Además, le había dejado la capa que llevaba puesta, y salió a la ventisca sin ella cuando escuchó el ruido de nuestros movimientos por el sendero. Le encontré gracias al brillo de la nieve que apenas tocaba con su margen plumoso una mano relajada. Yacía sobre su espalda, ambos brazos extendidos a su lado, los ojos muy abiertos, ya que su mirada tenía luz propia. No hizo ruido alguno, pero no estaba dormido ni muerto, ni tan alejado del mundo como para que nosotros le resultáramos indiferentes. Estaba rígido por el dolor. Me estremecí ante la mera visión de las líneas de su cuerpo, rectas como madera bajo la capa que ella había extendido sobre él.

La mujer dijo, en un susurro sólo para mi oído:

—Se arrastró hasta aquí cuando las fuerzas le fallaron. No sé cómo llegó tan lejos después de
Cwn-du
. Le han atravesado limpiamente el vientre, y además tiene una herida en la axila. Cuidado con cómo le tocáis. No puede durar mucho.

—¿Conocías este lugar? —dije igual de bajo.

—Lo conocía. Él tropezó con él. Le encontré aquí cuando llegué.

—Elis tiene pedernal y yesca —le dije por encima de mi hombro a Hywel—. Tráeme una antorcha encendida lo más rápido posible. Luego busca madera seca para un fuego. —Y se marcharon, en silencio. Ella permanecía muy quieta, un paso por delante a mi

izquierda, su hombro a la altura de mi corazón, su cintura casi entre mis manos—. ¿Te ha hablado? —le dije al oído.

—¡A mí no! Ha dicho: «¡He pecado!». Está atormentado. Ojalá fueses sacerdote —dijo.

Hywel llegó entonces a mi espalda, muy despacio, con una rama seca de pino chisporroteando, emitiendo una luz amarillenta intermitente dentro de ese refugio, y poblándolo con todos sus vivos y moribundos. La sostuvo ante mí, pasando sobre el cuerpo vivo y sujetando la antorcha en el tosco entablado de la pared de madera. El caballo, humeando ligeramente por el frío, el cuello inclinado mansamente hacia las pezuñas, levantó la cabeza algo asombrado, y nos miró con sus grandes globos oculares. Y la forma y lineamentos del hombre mortalmente herido aparecieron en la luz vacilante, y me mostraron un rostro que conocía desde mucho tiempo atrás.

Me puse de rodillas junto a él en el duro suelo de tierra sembrado con agujas de pino, y examiné el semblante que me miraba con ojos abiertos y reconocedores. Habían pasado más de doce años desde la última vez que le había visto, o él a mí, pero cuando aquellos enormes párpados helados se abrieron me reconoció igual que yo le reconocí a él. A un paso del umbral de la muerte aún era una persona bien parecida, el marido de mi madre, Meilyr.

—¿Samson? —dijo. Su voz era espesa y áspera por el dolor que sentía con tanta amarga fuerza, pero era lo bastante clara, como la mente que la conducía—. ¿De verdad eres tú? ¿Me ha enviado ella a su medio sacerdote para asegurar que muero sin confesión ni perdón?

De nuevo, como antiguamente, vi que para él no había más que una «ella», en este mundo o en otro, y todo su ser aún estaba unido a su recuerdo al borde de la muerte.

—No —dije—. ¿Qué tendría que perdonarte de tus años de amor nunca correspondido? Quédate quieto ahora, y déjame ver si hay algo que pueda hacer un hombre por ti mientras estás vivo, porque no has de dudar de lo que puede hacer Dios por ti en su bondad tras la muerte.

No dijo más durante un rato, sólo me observaba cada movimiento con ojos que ardían sin llama de pesar y rabia que ahora recuerdo mucho mejor de lo que podía rememorar cualquiera

de los golpes que me había asestado. Levanté la capa que le cubría, tan suavemente como pude, pero el destrozo coagulado de su cuerpo estaba más allá de cualquier ayuda mía, y la única esperanza era dejarle tumbado inmóvil, y que la carne hendida, al debilitarse, aflojara la presa de este dolor incesante. Por tanto le tapé de nuevo con todo el cuidado que me atreví, e hicimos una pequeña fogata entre él y la entrada, colocada de tal manera que no le llegara su humo, pero sí su calor. Le tomé su mano con la mía, y estaba rígida y fría sin reaccionar, y sin embargo supe que aún había algo de fuerza en los duros dedos si decidiera utilizarla. Teníamos vino en una redoma, y le dimos un poco para humedecerse la boca, pero a causa de su vientre hendido no me atreví a dejarle dar un buen trago. Y cuando miré a mi alrededor en busca de la muchacha, que no había dicho palabra ni hecho ruido alguno desde que entramos, vi que estaba de rodillas y había llevado los pies de Meilyr a su regazo y los envolvía en los pliegues de su falda, y los estaba masajeando y rozando suavemente en el tobillo y el empeine. Su rostro era bastante tranquilo y estaba quieto, y sus ojos se posaban sobre mí. No pidió ni ofreció nada, pero como el ángel de los archivos observaba y escuchaba, apuntándolo todo para el juicio.

Meilyr yacía y sufría este masaje, pero nada en él se movió salvo sus ojos que seguían todo lo que hacíamos, y los finos labios que sonreían terriblemente ante nuestros vanos esfuerzos. Y una vez dijo:

—Os esforzáis inútilmente. Soy hombre muerto. —Y de nuevo—: ¡Elen! —dijo, como para sí—. Ella murió. Lo único que he sabido de ella es que murió. Cuando supe que la muchacha se había casado en Dyvenor vine para servir aquí, pensando que podía enterarme de algo… pensando que ella podría incluso venir. ¿Por qué tratáis de sanarme ahora? ¿Con qué propósito? Llevo mucho tiempo muerto, desde que la fiebre se llevó a aquella belleza del mundo, y a mi esperanza con ella. ¡Si es que alguna vez la tuve!

Pero cuando habíamos hecho lo poco que podía hacerse para aliviarle al menos de lo peor del frío y la oscuridad, no nos quedaba nada más que hacer que quedarnos a su lado para que no muriera solo. Aunque si algún hombre vivió solo, desde el día que fijó sus ojos en la belleza de Elen, ése fue Meilyr. ¡Y yo que pensaba que me había maltratado, sin comprender lo gravemente que había sido

maltratado él! Por tanto me senté a su lado, tras haberle tapado del frío, y sujeté su mano derecha entre mis palmas. E igual que le había tratado Elen, ahora me trataba a mí, ya que ni aceptaba ni rechazaba, sino que era totalmente indiferente.

Entonces recordando lo que la muchacha había dicho de él, que estaba atormentado y había gritado bajo el peso de sus pecados, le pregunté si quería hacer un acto de contrición y confesión, y aunque no fuera sacerdote y no pudiera absolver, la expresión voluntaria de su penitencia era la verdadera señal de gracia.

Sonrió terriblemente, devorándome con sus ojos, y dijo:

—He pecado. Contra ti. Cuando eras débil y estabas a mi merced, no tuve piedad contigo. Pero lo mismo que hice, se había hecho contra mí, más aún. Te vengó más de mil veces. ¿Dónde está la deuda ahora?

—No la hay —dije—. Está pasada, y la he olvidado. Eso deberías hacer tú también.

—Olvidada —dijo—, pero no perdonada.

—No fue necesario, en cuanto comprendí qué problema nos separaba. Pero si das importancia a la palabra, entonces sí, también está perdonada, hace mucho.

—Por ti —dijo—, pero no por ella. Cuando la muchacha vino aquí para su casamiento, ella podría haberme enviado su perdón si en realidad me hubiese perdonado. Pero nunca, nunca supe nada. Nunca, hasta que supe de su muerte.

—Te confundes con ella —dije, ya que tenía conocimiento de su angustia, y no quería nada en aquella hora más que eliminar la gran amargura, ya que no podía eliminar el dolor. Y comencé a recordar todas aquellas cosas que podía contarle de verdad, o cómo había cambiado tras su marcha, o cómo, con amor o sin él, Meilyr se había convertido en el único «él» que no necesitaba nombre, igual que ella siempre había sido para él la única mujer. Así que sujeté con fuerza su mano, y me recliné sobre él para que pudiera ver mi rostro a la luz del fuego, y supo que yo no tenía miedo de ser examinado para ver si decía la verdad o mentía. Y comencé a contarle. De cómo se quedaba helada por el miedo cuando escuchaba jinetes, hasta que estuvo segura de que había llegado a salvo a Gales, o a otro lugar, y no necesitaba temer más. De cómo había cambiado, volviéndose más cálida, y más como la carne

humana. De cómo, cuando se separó de ella, hablaba de él continuamente, y siempre con preocupación, inquieta e intranquila si hacía mal tiempo, acongojada por saber si tenía un techo y una cama cuando las noches era frías. De cómo él se había vuelto real y cercano para ella cuando estaba perdido y muy lejos, y sólo estuvo constantemente a su lado después de que se separaran. Y dije que ella era peculiar, y que no era culpa suya si no podía amar como las otras mujeres, sino sólo de un modo propio secreto y lejano. El amor de la mayoría de las mujeres necesita la presencia, y no puede sobrevivir sin el alimento de miradas y caricias y palabras. El suyo sólo despertó en la ausencia, y vivió y creció sin sustento. Le conté, finalmente, cómo había gritado como un santo en una visión: «¡Me amaba!» y cómo se había lamentado como un penitente en una confesión: «¡No le traté bien!».

Escuchó todo esto impasible, salvo una espantosa sonrisa de desprecio, sus labios apartándose de sus dientes con dolor.

—¡Mientes! —dijo—. En toda su vida no sintió nada por mí, ni amor ni odio. Lo que me ofreces es producto de la lástima. No necesito lástima, ni mentiras. Estoy demasiado lejos para que me ayuden las mentiras.

Entonces le juré que todo lo que había dicho era cierto, y aceptaría jurárselo por lo que él dijera, pero aun así no quiso creerlo, y ante mi insistencia volvió la cabeza, y retiró su mano de repente de entre las mías, con lo que el movimiento afectó su cuerpo maltrecho, y soltó un gran gemido. Pero cuando estuvo tranquilo de nuevo dijo con seguridad:

—Si fuera cierto ella me habría enviado una señal. No, me marcho condenado de este mundo por ella. ¿Qué es la piedad del cielo para mí si no tengo la suya?

Entonces paseé la mirada desde su rostro manchado y helado, que estaba volviéndose más hundido y gris ante nuestros ojos, hasta todos los que se sentaban y estaban en pie alrededor nuestro, mirando en silencio, alimentando el fuego, y escuchando temerosos y asombrados toda palabra que se pronunciaba. Y yo tuve gran miedo por su alma si se marchaba así de terco y mudo, y me importaba mucho que aquél a quién había odiado, o pensé que odiaba, tras una vida de pérdida en este mundo no sufriera la pérdida eterna en el próximo. Y pensé que al menos tenía tiempo

por delante para purificar mi alma antes de mi defunción, si pecaba ahora echando sobre mí su carga, y cómo tenía los medios, si quería, para intentar al menos acceder de otro modo al corazón que guardaba tan implacablemente. Hasta entonces no me había acordado.

—Te juro —dije seriamente, inclinándome sobre él para que me viera, quisiese o no— por el alma de mi madre que no te he mentido en nada. Y lo demostraré. Ella te envió una señal, pero no por medio de otro, sino a través mío. La conoces, ¿cuándo envía cartas? Pero cuando la dejé para ir a Chester con lord Owen me dio algo para que llevara conmigo. ¡Para ti! Ya que, dijo ella, cuando sepa que Owen está alzando su estandarte, puede que venga, y tal vez le encuentres de nuevo. Mira, ¿reconoces esto como suyo?

Como ya había crecido el anillo de plata me apretaba y molestaba en el dedo, y había decidido llevarlo en una cuerda alrededor de mi cuello, escondido en mi jubón. Lo saqué y lo liberé del cordel, y lo sostuve ante sus ojos. Y comprendí por el brillo repentino e incrédulo en ellos que lo había visto entre sus posesiones, y que sabía que era suyo. Todas las arrugas de su rostro, que había sido duro y blanco como el hueso, se suavizaron mucho. Sus labios se separaron ligeramente, como si bebiera y se refrescara. Creo que nunca había visto, y nunca he visto desde entonces, una mentira tan extraordinariamente bendecida. Fui a tomar su mano, para poner el anillo con seguridad en su palma, y sus dos manos se elevaron por sí mismas, con las manos ahuecadas como para recibir un sacramento. Mantuve cerca mis manos, listas para coger el pequeño objeto si caía de sus fríos dedos, pero lo sostuvo delicada y firmemente ante sus ojos, recibiéndolo como alimento y bebida, y del alma, no del cuerpo.

—Es suyo —dijo en un susurro. Gracias a Dios, ella nunca le había dicho de dónde venía, y sólo sabía que era de ella, y eso era suficiente—. ¿Me lo envió a *mí*?

—No viniste, y no supe dónde encontrarte —dije rápidamente. Tenía un miedo terrible a que se volviera y me preguntara por qué no había realizado mi recado de inmediato cuando le encontramos, sin habérselo hecho pasar tal mal antes de darle consuelo. Pero para él fue suficiente el acto, no le importaba nada más, tenía su prueba. ¡Qué fácil fue probar con una mentira lo que no quiso creer cuando

le dije la verdad!

Y lo sostuvo ante su rostro, la pequeña mano cortada sujetando la rosa, y sus labios se movieron sin sonido alguno, formando su nombre una y otra vez:

—Elen… Elen… Elen… —con más felicidad que un santo rezando sus oraciones. Y entonces dijo—: Me arrepiento de corazón de toda mi dureza, de mi duda, de mi codicia… ¡Escucha mis pecados, Samson!

—¡En el nombre de Dios! —dije. Habló, y yo escuché. Habló con largas pausas, y por puro agradecimiento apenas vi hasta el final cómo su voz se volvía más débil, y se esforzaba cada vez más penosa y fielmente para alcanzar un buen final, ya que estaba tan inundado de alegría que la debilidad de su cuerpo pasaba inadvertida. Y me maravillé sumamente ante la modestia de aquellos pecados que confesaba, y de la extraña profundidad de su humildad, tanto tiempo disfrazada con dolor bajo la armadura de la obstinación. Dios sabe que era tan puro como la mayoría de los hombres, y más aún que muchos. Rezo para que yo pueda tener tan poco en mi conciencia al fallecer como él, porque la mayor parte de su carga era su propio dolor, y la mayor parte del mal que había hecho no era sino la convulsión de resistencia contra el mal que se le había hecho a él. Yo estuve seguro, mientras le escuchaba casi al final, de que si yo podía conmoverme tanto por la pena y la compasión hacia él, tanto más tendría lástima Dios de su criatura. Y en mi corazón sentí que el descanso de Meilyr estaba asegurado.

No tenía poder para absolver, pero dije para él las oraciones propias de los moribundos, y con él las oraciones de contrición. Y al final de eso dije amén, pero el marido de mi madre, con el anillo sostenido ante sus ojos, muy cerca porque para entonces sólo veía vagamente, dijo Elen.

Después de eso no dijo absolutamente nada, sino que cruzó sus manos sobre el anillo, y lo sostuvo junto a su corazón, puesto que ya no pudo verlo y sentirlo más que mediante el tacto de sus dedos hasta el final de su vida. La exaltación menguante de su rostro daba testimonio de su éxtasis.

Nos quedamos con él, forzosamente, toda la noche, manteniendo vivo el fuego, y haciendo un lecho para la muchacha con todos los helechos secos y las ramas que habían quedado en la cabaña,

aunque creo que guardó vigilia con nosotros la mayor parte del tiempo. Teníamos algo de pan y carne, y con el calor del fuego y los caballos y nosotros mismos, estuvimos bastante bien, a pesar de la nieve y el frío exterior.

En cuanto a mí, me senté toda la noche al lado del único padre que había conocido, hasta ese momento un enemigo. Y murió en el grisear anterior a la primera luz del día, aún agarrando el anillo que le había dado. Después de la muerte, como a veces sucede, todas las arrugas de su rostro, que estaba viejo y gastado, se suavizaron en una calma marmórea y rejuveneció y embelleció unos cuantos años. Y comencé a preguntarme si en realidad había mentido, y si necesitaba confesar lo que había hecho como un pecado. Recordaba cada vez con más claridad a mi madre diciendo, en mi partida, que bien podría encontrar a Meilyr en Chester, y lo tarde que era para que ella le enviase un mensaje, ya que ella no volvería a verle. Y cómo me dio el anillo, diciendo con certeza cautelosa que era de mi padre, y que ¿quién sabía?, podría ponerme en contacto con *él*. He dicho que ella no tenía más que un *él*. Tan ambiguas son las palabras, que aquel que las escribe o pronuncia tiene su vida en la mano. Y ya no sabía si yo era un embustero, o había dicho la verdad creyendo que era una mentira, y no lo he descubierto hasta este día. ¡Dios lo resuelve todo!

Miré a mi viejo enemigo, y estaba muerto y en paz, agarrando el tesoro que nunca tuve intención de arrebatarle. ¿Qué era para mí aquel padre desconocido, comparado con este padre al que había aprendido a conocer demasiado bien, fuera mío o no? Que se quedase con su talismán en la tumba; era de más valor para él, incomprendido, que para mí que conocía su significado.

Me levanté entumecido, y salí al bosque. No había nieve nueva, y entre las copas de los árboles el cielo estaba despejado y con estrellas engarzadas en él.

Mientras volvía hacia la cabaña vi a la mujer salir de entre los árboles, y quitarse de la cabeza el pañuelo y el griñón que llevaba, dejando que su cabello fluyera sobre sus hombros. Era largo y moreno, y cayó en densos rizos casi hasta su cintura, y entre las colgaduras bamboleantes de negro aterciopelado su rostro ovalado parecía pálido pero brillante como una perla. Ella no me había visto, y retrocedí hasta los arbustos para mirarla atentamente sin

ofender, ya que hasta ahora, aunque la había visto mucho, no había tenido tiempo, ni tranquilidad, para darme cuenta de lo que veía. Primero apareció como una enviada de Dios para solicitar nuestra presencia allá donde era necesaria, y de tal manera que nos recordó que el momento del nacimiento de Nuestro Señor y la aparición de ángeles estaba muy cercano. Y luego se había retirado al silencio y la vigilia, sin ser observada, mientras Meilyr vivía sus últimas horas en este mundo. Ahora, en esta segunda venida, mi mente estaba tan abierta como mis ojos. La vi de verdad por vez primera.

He dicho de mi madre que era bella, y he estado seguro de que otras no lo eran tanto. De esta muchacha no puedo decir si era bella o no, ya que nunca pude pasar de ver a describir. Siempre había algo que me detenía y alejaba todo pensamiento crítico fuera de mi alcance. No era alta, sólo unas cuantas pulgadas más alta que mi hombro, sino muy esbelta, y pensé entonces, juzgando por primera vez, que su edad no superaba en más de uno o dos años los veinte. Tenía una frente ancha y despejada, con negras cejas rectas y pensativas, y sus ojos eran de un tono oscuro que a cierta distancia me pareció un azul muy oscuro, pero que viéndolos de cerca vi que a veces eran grises oscuros y otras veces, dependiendo de la luz, púrpuras regios, ya que el negro de sus pestañas hacía que variaran con los cambios de la luz del día o las antorchas allá donde estuviese. Las arrugas de su frente y nariz y mejilla eran muy puras y escasas, con ese lustre brillante que procedía del traslucimiento perlino de su piel. Y su boca y barbilla estaban bien proporcionadas, y eran generosas y resueltas. Nunca me gustaron las bocas remilgadas y pequeñas que eran la moda en la corte, con lo que incluso los de labios carnosos y abiertos por naturaleza copiaban el aspecto fruncido para estar a la moda. No era así. Su boca era grande, y sus labios abundantes y apasionados, pero la rodeaba una serenidad que mantenía todo disciplinado y equilibrado. Pero por encima de todo, tenía una manera de hacer cualquier cosa que estuviese haciendo centrando toda su atención y todo su ser, y una manera de mirar a los ojos a un hombre que al tiempo le atravesaban y le abrían su propio corazón a él, si es que él tenía el juicio de aceptar la bienvenida con reverencia. Y si no lo tenía, podría apañárselas sin él. O si interpretaba incorrectamente el gesto y suponía demasiadas cosas, no había duda de que ella podría

cerrar las puertas ante sus narices con la suficiente fuerza para que no pudiese abrirlas.

Ni me vio ni miró a su alrededor para ver si era observada. Se inclinó hasta el más alto y puro montón de nieve bajo los arbustos, llenó sus manos, y se lavó la cara en su frialdad, su blancura perlina convertida ahora en rosa. Luego se secó con el pañuelo, y sacando un peine de la manga, comenzó a peinar su largo cabello, deshaciendo pacientemente los enredos dejados por su noche sobre los helechos. Cuando hubo acabado, se lo volvió a recoger y se lo sujetó, y cubrió su negrura con pañuelo y griñón, hasta que estaba tan pulcra como si hubiese dormido en su propio lecho y se hubiese acicalado con tranquilidad en la comodidad y seguridad de Dyvenor. Y tan absorto estaba que sólo cuando acabó todo se me ocurrió pensar cómo había salido al helado amanecer sin su capa, ya que seguía junto a la mía, cubriendo el cuerpo de Meilyr.

Entré a toda prisa en la choza, saqué la capa y la eché sobre sus hombros. Se volvió, sujetando los pliegues junto a su garganta, y me miró, y sonrió por vez primera, aunque de manera breve y débil. Tembló ligeramente con el frío, como si sólo ahora pudiese sentirlo, y apretó la piel del cuello contra sus mejillas.

—No es mía —dijo— sino de mi señora. Las intercambiamos. Alguno de vosotros podría haberla reconocido de vista.

—Según la recuerdo —dije— aunque ya han pasado bastantes años, no os parecéis. Quizá la misma figura y altura, y el mismo porte y modo de andar. Sí, desde detrás se os podría confundir. ¿Eres una de sus damas?

—La última de ellas —dijo. Y mientras estuvimos cerca sus ojos me miraron de arriba abajo.

—Tanto tú como ella —dije— me impedisteis llevar a cabo mi recado, y no me disteis oportunidad de llegar a un mejor entendimiento. Me enviaron tras de la señora y su grupo, no para amenazar o acosar, sino para ofrecerle refugio y salvoconducto a donde quisiera. En nombre del príncipe Llewelyn, su hermano. Pero principalmente para suplicarle, como deseaba con todas sus fuerzas, que se pusiera en sus manos y fuera con él a Gwynedd, para ofrecerle su casa como si fuese la suya propia, y entrara y saliera cuando quisiera. Pero si no quería aceptar, tenía que conducirla a salvo hasta Brecon, o a donde ella creyera apropiado, para poder

informar que se encontraba bien y a salvo.

Vi sus ojos, que eran bastante grandes, Dios lo sabe, en aquella cara joven y cansada, dilatarse y brillar con un gris plateado dentro de sus nidos negros de pestañas. Dijo, muy bajo:

—¿Por eso cabalgabais tan aprisa detrás nuestro?

—Así es. Perdí mi oportunidad. Y como la perdí a causa de tu valentía e ingenio —dije— rezo para que al menos creas lo que te digo acerca de las intenciones de mi señor y de las mías propias.

Me miró un buen rato, y dijo:

—Lo creo, si la intención de tu señor es como he visto que es la tuya. —Y tras un momento, y arrepentida—: Dudo que hubiera rechazado una proposición así, ya que estaba en su contra sólo por su señor. ¡Es una lástima! —Y de nuevo, aún meditando—: Nos dijeron de él, unos mensajeros de Llanbadarn, que no permitió violencia innecesaria tras la victoria.

Comprendí que hablaba de mi señor, no del suyo, y que pensaba en él, y también en mí, dado que era su enviado. Durante toda la noche había permanecido en silencio, sólo calentando los pies del moribundo en su regazo y evitando que se movieran, pero no había dejado de ver u observar nada de lo que había sucedido en aquella cabaña, e hizo mucho más de lo que podría haber hecho un hombre. Y supe esto de ella no porque fuera mujer, sino porque era esta mujer.

—Veo que no hice el bien que pretendía, ni para ella ni para ti —dijo.

Negué a esto con mi cabeza.

—A mí me hiciste más que bien —dije— y al que está muerto dentro le hiciste el mayor bien de todos. Únicamente gracias a ti no murió sólo y desconsolado, y por eso te daré gracias hasta el día de mi muerte.

Sus labios se movieron, pero con un gesto tan sutil que no pude estar seguro de que dijera «¡y yo a ti!». Pero creo que fue eso lo que dijo.

—Y ahora —dije— con nieve o sin ella, queda en nuestras manos enterrarle, y lo haremos aquí, donde murió. Pero has hecho tu parte, y noblemente, y querría ponerte a salvo con tu gente. Te daré una escolta de fiar para que te lleve a Brecon a reunirte con tu señora.

Me miró atentamente, y durante un largo instante sobresalieron su labio y barbilla, meditando. Luego, con una decisión tan definitiva como calma, dijo:

—¡No!

No sabía qué hacer, sin comprender lo que pretendía o lo que quería de mí. Y comencé a decir pacientemente que no podía abandonarla aquí en el bosque, o dejarla a merced de posibles fugitivos ilesos y desesperados de
Cwn-du
. Por no hablar del frío y el hambre del invierno, estando su caballo igual de necesitado que ella. Y malinterpretando su reserva, le dije seriamente que no tenía que temer cabalgar con mis hombres, ya que juraría sobre lo que hiciese falta que sería respetada completamente entre nosotros, por el primero y el último de nuestra partida, y también por mi parte. Pero yo debía enterrar decentemente al muerto, por muy corta que hubiera sido su estancia, ya que aunque no era de mi misma sangre, en cierto modo era un pariente más cercano que uno de mi propia sangre, y no me movería de este lugar hasta que hubiese pronunciado el oficio de difuntos para su descanso.

Me dijo, con el mismo rostro tranquilo y estrellado, sin que sus ojos perdieran nunca la presa sobre los míos:

—Acepto tu palabra, por todos y por ti mismo, y de buena gana me confiaré a ti. Pero ¿no quieres hacer extensible a mí la misma elección que tu señor ofreció a mi señora?

—No deseas ir a Brecon —dije, perplejo.

—¡No! —dijo, enérgicamente como antes. Y dijo que habría ido, con todas sus dudas, sino fuera por esta oportunidad que había abierto otro camino para ella. Le debía sumisión a su señora, y querría haber pagado, aunque de mala gana. Pero Dios la había llevado hasta este lugar, y había dado la vuelta al mundo y a su vida, y por eso continuaría, alegremente. Ella era galesa, y de un linaje del que habían surgido bardos y guerreros, y se le hacía cuesta arriba huir de los galeses y refugiarse, como por naturaleza aunque en contra de su carácter, con los ingleses, cuyo único objetivo, por mucho que apadrinaran a un caudillo en contra de otro, era devorar por completo a Gales.

—Entonces es tu deseo que te llevemos de vuelta a Carreg

Cennan, a la casa de Meredith ap Rhys Gryg —dije.

—Tampoco eso —dijo—. Allí no me queda padre ni hermano que me acoja, y creo que no es sabio ponerme bajo la protección de un señor como Meredith, con hijos mayores a su alrededor. Si tengo que pedir cobijo y refugio, se lo pediré al más alto. Si me llevas, iré contigo a tu príncipe Llewelyn, y si hay un lugar para mí en su corte, sirviendo entre sus mujeres, lo ocuparé lo mejor que sepa.

Me quedé desconcertado ante esta resolución en ella, y sin embargo no pregunté o aconsejé, sin saber apenas entonces por qué. No pasó mucho tiempo antes de que lo supiera. A primera vista era una locura, para ella por aventurarse tan lejos hacia Gwynedd, la única mujer entre diez hombres, y para nosotros por cargarnos con ella cuando nuestro trayecto tal vez no estuviese exento de peligros. Y acepté y me adherí a esta locura, sin preguntarme mi razón o la suya. Sólo le pregunté:

—¿Hablas en serio? ¿No hay nadie que merezca y espere noticias tuyas? ¿Ni una persona que se preocupe por ti?

—Por lo que sé, no hay nadie —dijo firmemente.

Entonces supe, a causa del gran torrente de esperanza y alegría que me inundó, por qué no tenía deseo de examinar o meditar todas las dificultades que se nos podrían presentar por su culpa, o la necesidad que teníamos de darnos prisa para alcanzar a mi señor. Y sólo le dije:

—Ven, pues, si ése es tu deseo.

Dios sabe que era el mío.

Enterramos a Meilyr, el marido de mi madre, en una profunda oquedad en el suelo entre los árboles, donde los hayucos y el mantillo caído de las ramas habían conformado un suelo suelto y desmenuzado que no se endurecería como el terreno abierto, ni con las heladas. Abrimos el suelo con nuestros puñales y manos para llegar más hondo, y puesto no que no podíamos hacer una tumba muy profunda sin mejores herramientas, sacamos haciendo palanca algunas rocas del lecho del arroyo para amontonarlas encima suyo, por miedo a que los lobos o los zorros le desenterraran. Más tarde hicimos llegar la noticia a los canónigos de Talley, para que se le llevaran y le dieran un mejor entierro. Aquel día no hubo otro más que yo para pronunciar las palabras sobre él. Sin embargo creo que no durmió peor por ello. Si hubiera podido enterrarle junto a mi

madre, lo habría hecho. En este caso, cogí el anillo de ella, cuando movimos y colocamos el cuerpo, ya que sus manos lo habían soltado, y se lo enhebré en su dedo meñique, para que no se perdiera en la tierra.

La mujer se quedó con nosotros junto a aquella tumba, sin importarle el frío o el viento. Y cuando me levanté desde mi posición arrodillada junto a él, la miré, y sus ojos estaban muy abiertos y fijos, contemplando el anillo plateado de su dedo, donde la pequeña mano grabada sujetaba la rosa. En su rostro no había nada que leerse, salvo la profunda solemnidad de la presencia de la muerte, ya que ser llevado cara a cara ante la muerte de otro hombre es encontrar la propia muerte por el camino, y esto la conmovió, ya que había sido la herramienta de Dios al bendecir su fallecimiento, y creo que se lamentaba y maravillaba, como ante la pérdida de algo que no había conocido hasta entonces. Y ése también era mi caso.

Cabalgamos de regreso a Dyvenor mientras la luz estaba comenzando a apagarse, y pasamos la noche allí por ella. Y en la mañana cogimos caballos frescos y partimos hacia el norte.

Descansada y decidida, cabalgó junto a mí al salir de la casa del guarda y por el sendero desde el montículo. Cabalgaba con faldas similares a un kilt, a horcajadas como un hombre, y con botas, ya que creo que estaba decidida a no ser un lastre para nuestra velocidad, y a seguirnos milla tras milla, incansable. Todo lo que llevaba con ella era una pequeña alforja con algo de ropa, y aquellas otras cosas que las mujeres no dejan atrás cuando dejan la mayoría de lo que poseen. Y como durante las primeras millas íbamos en dirección este y hacia el alba, había lustre en su cara y brillantez en sus ojos, ya que el sol salía rojo y espléndido al otro lado de la nieve fundida.

Se me ocurrió de repente que ni siquiera conocía su nombre, y es que aunque debía de haberse enterado de muchos de los nuestros por nuestras palabras, nadie había pronunciado el suyo ante nosotros, y tan positiva era su presencia que hasta entonces no había sentido la necesidad de encontrar un talismán para ella, como si una mujer así pudiera ser encerrada en un hechizo y sostenida en una mano. Pero ahora, dándome cuenta, expresé mi sorpresa en voz alta, y se giró para mirarme, profundamente, como solía, sin

sonreír.

—Conozco tu nombre —dijo—. Te llaman Samson. Eres el secretario privado y amigo íntimo de Llewelyn ap Griffith. Y sé bien que debería haberte contado más de mí misma, aunque Dios sabe que te he dicho la verdad. Me llamo Cristin, hija de Llywarch, que fue bardo de Rhys Mechyll hasta su muerte.

—He oído hablar de él más de una vez —dije.

Se quedó mirando fijamente en línea recta delante de ella hacia el sol naciente, y dijo:

—Hay más. Entre los hombres que salieron de Dyvenor para encontrarse con Llewelyn en
Cwn-du
estaba un tal Godred, el hijo menor de uno de los caballeros de Rhys Mechyll, al servicio ahora de Rhys Fychan. En Dyvenor no han sabido nada de él, salvo que uno que llegó a salvo de aquella batalla le vio desmontado y caído en el bosque, y duda que escapara con vida. Sin embargo algunos llegarán vivos a Carmarthen, seguramente, y algunos a Brecon, y sólo Dios sabe los nombres de los que ha salvado.

Volvió su cabeza de nuevo para mirarme, y sus ojos en la tenue y radiante luz eran de color gris plateado bruñido, y grandes como lunas, pero su rostro permanecía bastante quieto y tranquilo.

—Soy Cristin, esposa de Godred —dijo—. O su viuda.

# CAPÍTULO IX

En el cantref de Gwerthrynion encontramos las huellas claras del paso de Llewelyn, ya que había tomado posesión de la mayor parte de aquella excelente tierra, desgarrando todas las fronteras occidentales del señorío de Roger Mortimer en la marca. Y de todos los que había tomado aquel invierno sólo se había quedado con este cantref, usando todos los demás para vincular a muchos de sus aliados a él, para que pudiera verse que la liberación de Galés también sería el engrandecimiento de aquellos que tomaran parte en ella. Por tanto pasamos en paz, con monturas de recambio cuando las necesitábamos, y alojamiento cuando lo pedíamos, y llegamos al monasterio cisterciense de Cwm Hir, siempre querido por Llewelyn Fawr, y siempre leal a su linaje.

Se habían marchado de allí antes de que llegáramos, pero sólo un día antes. Pasamos allí la noche y proseguimos tras ellos. Entonces faltaban cinco días para la fiesta de Navidad.

Cristin, la esposa de Godred, cabalgaba con nosotros inexorablemente, sin quejarse ni flaquear, aunque a menudo veía que ella estaba muy cansada. En cada parada me ocupaba de atender sus necesidades de intimidad y descanso, y cada vez que emprendíamos la marcha aparecía fresca y pulcra, con su juventud como una armadura entre su cuerpo y cualquier debilidad o pusilanimidad, ya que era una mujer de voluntad firme. Y aunque había mucho de ella que no comprendía, entendía perfectamente bien que la perdería de manera irremisible si la insistía acerca de lo que ella había considerado apropiado contarme, y de lo que después no me había contado más. Y no pude saber si había amado a ese tal Godred, y si había sido feliz con él, ya que sobre aquella materia había cerrado sus labios y su corazón. Pero sobre todo me dije que tenía motivo para creer la palabra del soldado que le había visto caído y herido, y que ella creía con seguridad que estaba muerto, y

que siendo así, deseaba huir de la escena de su pérdida, al estar completamente sola, hacia una nueva expectativa de vida en otro país. Pero no sé si yo creía esto porque era la verdad más probable o porque deseaba mucho que así fuera. Lo que sí sé es que recé diariamente sin palabras para ser librado del pecado de rezar por su muerte.

Y sin embargo en aquellos días cabalgamos juntos con una camaradería que no había tenido con mujer alguna, y que ni se me había ocurrido que alguna vez tendría. Y al estar prohibido por su silencio hablar de sus secretos, no encontré dicha prohibición sobre los míos. En el hospicio de Cwn Hir, antes de dejarla descansar, nos sentamos un rato juntos, y estábamos tranquilos, y de repente deseé por encima de todas las cosas contarle todo lo que ella debía querer conocer, en su corazón, acerca del hombre al que había ayudado a morir en la gloria en los bosques de las estribaciones de las Montañas Negras. Y le conté toda la historia de mi madre y del marido de mi madre, y del breve y anónimo amor de mi madre, del que nací yo.

—Sabía —dijo Cristin— que no era simplemente un mandado, o le habrías dado el anillo de inmediato, en cuanto le reconociste, para cumplirlo enseguida. Luego has sacrificado a cambio de su tranquilidad todas aquellas esperanzas que tenías de encontrar un lugar para ti entre la familia de tu padre.

—No sacrifiqué nada —dije—. Le di, de buena gana, lo que él apreciaba y necesitaba más que yo. En cuanto a la esperanza de que algún día encuentre a alguien que sea pariente mío, ¿qué he perdido con el regalo? No olvidaré la mano y la rosa. Si las veo de nuevo, lo sabré.

—Pero has enterrado la única prueba que tenías para darte derechos entre ellos, incluso si les encuentras. ¿Has pensado en eso?

No lo había hecho, porque lo cierto era que hacía mucho que había abandonado cualquier idea ambiciosa acerca de establecerme en la casa de mi padre. Ahora que tenía un lugar en la confianza de Llewelyn y una ambición más querida y apasionada porque era suya, y mía sólo como reflejo de él, no sentía necesidad en este mundo de ningún otro pariente.

—Bien por ti —dijo, observándome con profunda seriedad— si entierras con el anillo todo lo que significaba, y descansas contento

con el presente y el futuro, olvidando el pasado. ¿Qué necesidad tienes de que te eleve la mano de cualquier hombre, cuando tienes un príncipe como señor y amigo? ¿Y de hermanos, cuando él te trata como un hermano? Te has labrado un lugar valioso y duradero que no te obliga con el patrocinio de nadie, ni con los méritos de nadie salvo los tuyos propios. Y me dices que no quieres cambiar, y que no te arrepientes. Deja al padre que nunca conociste, ya que sólo corroerá una parte de tu mente de la que no puedes prescindir. Será mejor pensar en hijos.

Dije que seguramente tuviera razón, y a decir verdad me perturbó y conmovió que sintiese tan profundamente y hablase tan en serio de mis problemas. En realidad, en este momento, no quedaba ningún sentimiento en mí hacia mi padre perdido, salvo una pequeña e inquietante pizca de curiosidad, ya que de él tenía en parte la sangre que corría por mis venas, los impulsos que me llevaban, el ingenio con el que servía a mi príncipe, y una parte de mi rostro. Anhelar el conocimiento de él era anhelar el conocimiento de mí mismo.

Pero no sentía ninguna necesidad de reivindicar nada a su sangre y su casa, si la descubriera, o de darme a conocer a algún vástago de aquella familia. Lo más que quería de ellos era conocer, no ser conocido. Y así lo dije.

—Eres inteligente —dijo, y creo que inspiró tranquila, y dejó salir un largo y suave suspiro.

Alcanzamos a Llewelyn y a la mayor parte de su ejército en Bala, ya que se había detenido allí para dispersar para Navidad a aquellas compañías de su ejército reclutadas en Penllyn y Merioneth, antes de que las filas del norte continuaran hacia sus hogares. Había mantenido su palabra de devolver a salvo a los jóvenes de los cuatro *cantrefs*, casi por completo, y muchos de ellos con botín para alardear de su campaña. Y en Bala, acampando antes de que se separaran los caudillos, celebraron un consejo acerca de los siguientes movimientos, ya que estaba claro que no debería permitirse que la fuerza y el impulso que habíamos obtenido decayeran de nuevo cuando la estación invernal volviera a ser lluviosa y violenta, con pocas heladas. Incluso si llegaba un frío más intenso, ahora llevábamos la ventaja en cuanto a alimentos. Para cuando mi grupo llegó, los príncipes habían acordado entre ellos

cuándo debíamos reunirnos de nuevo, el lugar y el objetivo.

Era mi intención acudir solo a Llewelyn antes de presentarle a Cristin, ya que la visión de una mujer joven y atractiva entrando en la sala conmigo seguramente elevaría sus esperanzas de que aquella que le llevaba se tratara de *Lady* Gladys. Pero alguien nos había visto antes de llegar a la puerta del Ilys, y había corrido la voz, y salió aprisa de la gran cámara para recibirnos. Acababa de llegar de cabalgar, y ahora venía de al lado del fuego, desarmado, ciñéndose el cinto en el traje, y estaba colorado y brillante por el ejercicio. En este momento, poco antes de su vigésimo octavo cumpleaños, se había dejado crecer la barba, al estar más preocupado por otros asuntos en el campo, y después se había quedado con ella, pero recortada para dejar descubierta su boca, y dibujaba líneas marrones-doradas a lo largo de sus labios superiores y alrededor de los fuertes y afilados huesos de su mandíbula, como si algún hábil artista le hubiese esculpido en bronce. En su ansiosa expectación sus ojos también tenían centros de oro. E incluso cuando alumbraron a Cristin seguía dubitativo y esperanzado, ya que no había puesto los ojos sobre su hermana en más de quince años, y cualquier mujer llegando a caballo conmigo, joven y esbelta y morena, hubiera podido pasar por *Lady* Gladys. Sin embargo, fue rápido en percibir que ésta era demasiado joven.

Ayudé a desmontar a Cristin, y ella hizo una profunda reverencia ante él, que la detuvo rápidamente tomándola por las manos y levantándola, ya que el patio estaba cubierto de lodo por la nieve fundida. Dijo que era bienvenida, y se volvió para abrazarme.

—Me alegro de tenerte de vuelta y a salvo con nosotros —dijo —. Temía que te hubieses metido en más problemas de los que esperaba cuando te envié. ¿No has sufrido bajas?

—Ninguna, mi señor —dije—. Nos demoramos, pero no por ninguna desgracia para nosotros. Y aunque lamento no poder traeros a *Lady* Gladys, ella está a salvo en Brecon con sus hijos. Y he traído a alguien más, que puede daros más información de ella que yo, ya que ha estado al servicio de vuestra hermana, y era de su partida cuando dejó Dynevor. Ésta es Cristin, hija de Llywarch, bardo de Rhys Mechyll. Se queda sin protector, y ha decidido unirse a vos en vez de refugiarse con los ingleses.

—Ésta es una historia que debo oír —dijo Llewelyn— pero no en este viento cortante. Entremos junto al fuego, y haré que os traigan carne y bebida. —Y la tomó por la mano y la llevó a través de la sala del Ilys hasta su gran cámara, donde había una buena temperatura, y pieles para echarse encima, y el tenue humo gris del brasero elevándose hacia el techo.

—Así que has decidido ser totalmente galesa —dijo, cuando estuvo sentada junto al fuego, un cuerno de vino en su mano y el brillo del calor reflejándose en su rostro— cuando mi propia hermana huye de mí. Reconozco que puede creer que tiene buenos motivos. Pero tú, parece, no tuviste miedo de arriesgarte.

—Hay algo más que eso, mi señor —dijo—. Me temo que he sido la causa del fracaso de vuestros planes, ya que fui yo quien desvió la persecución de Maese Samson y permití que mi señora llegara a salvo a Brecon, como él te relatará. Fue con buenas intenciones, pero la he privado de la elección de la que yo me alegré de aprovecharme, y me temo que no me acojáis igual de bien cuando sepáis todo.

—Lo dudo —dijo Llewelyn, mirándola fijamente—. Pero si quieres que Samson sea tu abogado, no podrías hacerlo mejor.

Por tanto conté toda aquella historia, cómo Cristin había interpretado al ciervo ante nuestros sabuesos para después desaparecer bajo tierra en el bosque, cómo habíamos continuado cabalgando, sólo a tiempo para ver a *Lady* Gladys y su compañía cruzar el puente de entrada a Brecon, donde no podíamos seguirles, cómo habíamos regresado por el mismo camino para buscar a la mujer que nos había engañado, y cómo había aparecido ante nosotros saliendo del bosque para llevarnos ante un hombre moribundo. Había muy poco que Llewelyn no supiese de mi rencor hacia Meilyr, y del suyo hacia mí, ya que en estos años de amistad íntima habíamos hablado de todo lo que nos unió y separó en el pasado. Se sentó escuchando atentamente mientras le relataba su muerte y entierro.

—Rhys Fychan y yo tenemos mucho de lo que responder —dijo sobriamente—. En
Cwn-du
hubo pérdidas crueles, la de Meilyr y la de muchos otros. Meredith ha prometido enviarme un mensajero si se sabe algo de Rhys, si

vive o está muerto. Encontramos algunos heridos, y unos pocos muertos, en nuestro camino hacia el norte de nuevo desde Dynevor, pero ni rastro de Rhys. Por mi parte creo que tuvo más suerte que este hombre suyo, y que ahora está con los ingleses, en algún lugar de uno de los castillos que controlan a lo largo del Towy. Ojalá hubiese visto adecuado venir con nosotros y reconocer su sangre galesa, y evitar tantas muertes.

Cristin alzó la mirada con el rubor del vino en su rostro, rechazando el sueño ahora que había dejado atrás el frío, y dijo dudosa:

—Pero según escuchamos en Dynevor, os dirigisteis al sur para establecer a Meredith en todas sus tierras y también en las de Rhys, para expulsar a Rhys igual que Rhys expulsó a su tío.

—No tenía por qué ser así. Había jurado, y lo he cumplido, establecer a Meredith de nuevo en lo que era suyo. Pero en tiempos había suficiente allí para ambos, y podía ser así de nuevo. La relación de sus propiedades en Cantref Mawr y Cantref Bychan es bastante larga, y el valle del Towy bien podría contener a ambos, si quisieran ser aliados en vez de enemigos. Pero no soportaré a un hermano que toma partido por los ingleses cuando tiene que elegir. Tomó su decisión.

—Creo que no demasiado alegremente. Un hombre siente como sus huesos se convierten en polvo en medio de la piedra de molino inferior y la superior. Creo que eligió lo que creyó seguro, pensando que los ingleses eran más fuertes que vos. Tal vez ahora piense de manera diferente.

—Tarde para Meilyr —dijo Llewelyn.

—¿Demasiado tarde para Rhys? —preguntó persistentemente.

Llewelyn le dedicó una larga mirada con los ojos muy abiertos, evaluándola con más atención que antes, y sonrió lentamente.

—Veo que eres una mujer leal a tus señores, además de una galesa patriota. No puedo responder por lo que ha hecho Rhys, ni adivinar qué puede hacer. Pero soy lo bastante mortal y falible, Dios lo sabe, para dudar a la hora de condenar a un hombre por elegir incorrectamente una vez a causa del miedo por su vida y tierras, o cerrarle mis oídos cuando se vuelva y diga: fui cobarde y lo reconozco, pero ya no lo soy. Cerrar con llave las puertas puede dejar fuera a más de un buen hombre, y eso sería una pena.

A pesar de la nube de cansancio y calor que estaba cerrando sus ojos, ella le observaba atentamente, y supe que se la había ganado. Y eso me agradó, al tener a ambos en tan alta estima. Ella quería, según creo, agradarle a cambio de la esperanza que le había dado generosamente para el príncipe que había servido, ya que comenzó a hablarle de su señora y sus hijos, y a tranquilizarle hablándole de su buena salud y su alegría en el trayecto hasta Brecon, considerándolo los niños un juego nuevo. El mayor, llamado Rhys Wyndod por su padre, casi tenía ocho años, y se parecía mucho a su madre, dijo ella. Y el más pequeño, de cinco años, se llamaba Griffith por su abuelo.

—Y hay más que contar —dijo— que tal vez quiera saber un hermano. Mi señora está de nuevo encinta. No, no tenéis que sentir culpa o miedo por ella, tenía una salud excelente cuando cabalgó, y sólo estaba de dos meses. Es fuerte y soporta bien los partos, y lo hará bien, allá donde tenga a su tercer hijo. Sólo os lo cuento para que podáis tenerlo en cuenta, para cualquier asunto futuro. Estoy seguro de que Rhys Fychan no está enojado con vos ni con Gales, sino sólo fastidiado por su fracaso contra vos, como es propio de un humano, y muy confuso acerca de lo que es mejor para su vida y el bien de su linaje. Y si él viene, ella nunca estará muy por detrás.

Me sorprendió que mi señor, a quien creía conocer tan bien, se quedara tan hechizado por esta noticia, y le hiciera tantas preguntas, él quien no había pensado en absoluto en su sucesión, y nunca parecía ver a mujeres salvo que hablaran con la voz tan profunda y astuta como la de un hombre. Tan completamente absorto estaba en su pasión por Gales. Y seguramente Gales sea también una mujer, siendo en todas las cosas caprichosa y duradera, tirana y encantadora, cruel y dulce, díscola y fiel. A Cristin, en su primer encuentro, le habló como a su igual, y se olvidó de mí, y no me enojé por ser olvidado, ya que deseaba mucho que ella lograra un lugar en su corte, y descansara allí.

Me podría haber enojado si ella me hubiera olvidado, pero no lo hizo. Yo estuve presente en todo lo que tuvo que decirle. No era necesario que me lo dijera.

Cuando hubieron acabado, ya que él vio que estaba muy cansada, le dijo:

—Señora, mi sirvienta preparará todo lo necesario para que

descanses. Mañana cabalgaremos hacia Aber, y si no estás demasiado cansada por el largo viaje querría que cabalgases con nosotros, ya que la esposa de Goronwy en Aber te dará la bienvenida, y me alegraré de que pases las fiestas allí con nosotros. Si lo prefieres, te proporcionaremos una litera. Quédate en mi casa todo el tiempo que quieras, y considérala tuya. Y aparte de eso, ¿hay algo que pueda hacer por ti para que tu mente descanse?

Le miró desde los cojines y pieles en los que estaba acurrucada, y los pesados párpados se retiraron de sus ojos, que eran como violetas, si las violetas pudieran iluminarse con velas dentro de ellas. Su rostro se quedó de repente tan quieto y tan pálido que por un momento dejó de respirar, y todos sus huesos brillaron blancos a través de su piel, como azotados por la helada. Me echó una ojeada, y después volvió a mirarle.

—Hay algo —dijo—, puesto que habéis preguntado a Meredith ap Rhys Gryg por los muertos y los vivos. ¿Haríais el favor de preguntarle también por Godred ap Ivor, un caballero sin tierras al servicio de Rhys? Soy su esposa, o su viuda, y de buena gana me gustaría saber qué soy.

—Lo haré —le dijo, tan seria y sencillamente como se lo habría dicho a un hombre—. No permita Dios que yo te haya costado un precio tan alto, que queda más allá de cualquier compensación. Pero lo que pueda enterarme de Dynevor con respecto a Godred ap Ivor, tú lo escucharás al mismo tiempo.

Entonces la entregó a mi cuidado, para que la llevara a la mujer del mayordomo, y ella y yo le dejamos juntos en silencio, su brazo contra el mío. No tenía palabra alguna que decir, y por miedo a una respuesta inconveniente no pude preguntar. Pero observé su rostro al salir, mientras no miraba hacia mí en absoluto, sino hacia delante, y aún estaba blanco como el hielo por su miedo, compañero del mío o su contrario, acerca del que no me atrevía a hacer conjeturas. Se había infundido de valor y controlado para pedirle aquello, buscando certeza en vez de duda, pero no hubo nada en sus maneras, entonces o después, que me dijeran qué certidumbre temía, si saber que Godred vivía, o recibir la garantía de su muerte.

Cabalgó con nosotros al día siguiente, fresca como una flor, y más decorosamente como debía una mujer, en un traje que no había

visto antes, ya que estábamos a salvo en nuestro propio país y había otras mujeres de la partida, trasladándose con la corte de Bala a Aber para guardar la fiesta. No había mucha prisa, ya que se habían enviado por delante mensajeros para hacer los preparativos ante la llegada del príncipe, y podíamos cabalgar con tranquilidad, ahorrando el esfuerzo a los caballos y a nosotros mismos. Por tanto fue una cabalgata agradable y alegre que se abrió camino a través de los caminos de montaña por Dolwyddelan y hasta Bangor, donde nos detuvimos para pasar la noche, y a la mañana siguiente tomó el camino de la costa al este de Aber.

David se había adelantado con la vanguardia, para dispersar a aquellas levas de las comarcas cercanas a Bangor y Carnarvon, y se reunió con nosotros en el cruce del río Ogwen en aquel tramo matutino final, para escoltar a su hermano con la adecuada ceremonia hasta Aber. Se había cambiado de cota de malla, y la había adornado con brocados y pieles, teniendo un magnífico aspecto tanto él como su atuendo. Y cuando hubo besado la mano de Llewelyn, y tras ser abrazado con afecto, se introdujo en nuestra fila donde quiso, intercambiando saludos aquí y allá con aquéllos a los que conocía mejor, y así pasó a través de todo lo largo de nuestra procesión hasta que llegó a mí.

—¡Samson! —gritó, lanzando un alegre brazo alrededor mío y estando a punto de derribarme de la silla—. Me alegro de verte de vuelta entre nosotros sano y salvo. Diantre, tardaste tanto que casi temí que te hubiésemos perdido. Pero me enteré de que no tuviste suerte con mi hermana.

Lo reconocí, y le dije cómo había sucedido, y cuando se enteró de aquel último encuentro con el marido de mi madre, y de su muerte, se sumergió en una tristeza tan auténtica como breve, como cuando él mismo me había dado la noticia de que no volvería a ver a mi madre.

—Este Meylir era un hombre terco —dijo— pero nunca dejó de ser paciente conmigo, cuando, Dios lo sabe, yo era bastante incordio incluso para almas más sufridas que él. Fue Meilyr el que me enseñó a montar. Me alegro, Samson, de que te encontraras con él de manera tan extraña, y de que no se fuera solo. ¿No deberíamos decir a Meredith que le vaya a buscar para enterrarle adecuadamente? Dices que el lugar está marcado con piedras.

Dije que ya lo había hecho, ya que habíamos enviado un mensajero desde Dynevor a los canónigos de Talley, con una donación para su traslado a la abadía. Aunque sin duda, a pesar de todas las búsquedas devotas que hicieron por otros caídos, más de un hombre murió allí en los bosques tras
Cwm-du
, y se quedó en los huesos sin ser descubierto. Y creo que ante la justicia de Dios no se les podría culpar de su descanso sin bendecir.

Pero cuando continué para contarle cómo Cristin había rechazado la escolta hasta Brecon, y había preferido unir su suerte a un Gales libre, el rostro de David se iluminó como un amanecer con regocijo sorprendido, y miró a su alrededor para buscar entre las mujeres a este nuevo rostro.

—¿Las has traído contigo? ¿Está entre nosotros? ¡Llévame a hablar con esta joven guerrera! No sabía que mi hermana tuviera doncellas tan decididas.

—No es doncella —dije secamente— sino esposa. O tal vez a estas alturas ya sea viuda. Su marido era un caballero de la guardia personal de Rhys Fychan, y no sabe nada de él desde
Cwm-du
.

—Y está bajo tu protección —dijo, burlándose dulcemente de mí — y se me advierte que guarde las distancias ¿verdad? —Me quedé callado, ya que no hubiera creído haberle dado tantas pistas, y temía traicionarme aún más. Aun así, se puso serio de nuevo, y me observó atentamente mientras cabalgábamos, sin ocultar sus pensamientos, pero sin hostigarme con ellos, tampoco—. No la causaré más problemas de los que tiene —dijo— pero no me escatimarás unas palabras con ella, una invitada tan valiente de nuestra casa, y una galesa tan incondicional. —Su tono era suave y aún algo burlón, pero su curiosidad y su impaciencia eran reales, y como no había ninguna joven atractiva en las cortes de Gwynedd que no conociera, no podía fallar al encontrar el nuevo rostro por sí mismo a corto plazo. Pensé en llevarle yo mismo ante ella, y así lo hice mientras cabalgábamos.

Cristin alzó hacia él su rostro perlino, ligeramente ruborizado por el azote del aire frío y el esfuerzo de cabalgar, y abrió bien sus ojos grises ante la belleza de David. Parecía estar impertérrita, ya

que su serenidad nunca tembló. Fue él quien perdió el hilo de sus burlas durante un instante, y dejó que el silencio cayera como un ventisquero de nieve entre ellos. Ella tenía esa clase de aplomo, enraizado en un orgullo personal carente de arrogancia, que podía soportar tales silencios sin sentir la necesidad de llenarlos. No era frecuente que David no supiese qué hacer con una mujer, y creo que la novedad de esa experiencia no le desagradó del todo. Cristin le gustó mucho, y cabalgó junto a ella el resto del trayecto hasta Aber, sin esforzarse por encantarla, ya que había averiguado que no había necesidad alguna, sino más bien disfrutaba al ser encantado.

Les dejé solos en aquel viaje, y nunca supe lo que se dijeron, él preguntando y ella respondiendo, aunque estoy seguro de que fue lo suficientemente formal y educado: las frases esperadas entre un anfitrión principesco y un huésped respetado. Cuando entramos en la maenol en Aber fue David quién la tomó por la cintura con sus manos y la desmontó, y lo hizo con poca prisa y mucho cuidado, creo que en parte por pura travesura porque yo estaba cerca, y no podía dejar de ver el placer que le causaba.

Después fue a mi pequeña oficina y echó su brazo sobre mis hombros en su habitual manera impulsiva.

—Encuéntrame otro fénix igual —dijo— ya que parece que tienes el maravilloso don de sacarlos de la nieve. No te agraviaré quedándome con el tuyo.

—Ella no es mía —dije pacientemente—. Está esperando noticias de su marido, y el príncipe ha prometido todos los esfuerzos posibles para descubrir si vive o no. Con la mitad del ejército de Rhys reuniéndose vivos y enojados en Carmarthen y Brecon, hay muchas posibilidades de que Godred ap Ivor esté en algún lugar entre ellos, y espere noticias de ella tal como ella espera las suyas.

Eso dije, aunque mi garganta me doliera y se tensara al pronunciar tales palabras razonablemente, como si las anhelara, y diariamente se volvió más difícil no desear que su caballero sin tierras estuviese muerto y enterrado.

—Quizá las espere —coincidió David—, pero no creo que él se esté esforzando mucho. Mira, esta dama no estaba perdida a causa de una pelea confusa, como lo estaban los hombres, sino que cabalgaba en el grupo de mi hermana hacia Brecon, y lo dejó para asegurarse de que sus compañeros llegaban a salvo. Conocía una

cabaña en el bosque, donde podía refugiarse. ¿Crees que Gladys no lo sabía todo, dónde estaría y dónde debía decir que la buscaran? Tuviste suerte de que te dejaran tiempo para aquel entierro de madrugada; me atrevo a jurar que no estaban muy por detrás cuando os marchasteis. Si su Godred está en alguno de los castillos reales a lo largo del Towy, sabe lo que fue de ella desde hace tiempo; sabrá lo que encontraron en el bosque, las cenizas de tu fuego, el palo de la antorcha, los excrementos de vuestros caballos. Lo sabrá, o estará a punto de saberlo, puesto que ella no está en ninguna de las fortalezas inglesas, ni tampoco en Dynevor o en Carreg Cennen…

—Tal vez se le conozca demasiado como partidario de Rhys como para ir haciendo preguntas en los castillos de Meredith ahora —dije.

—No tendría que hacerlo. Mi hermana podría y debería estar haciéndolo por él, bajo salvoconducto. ¿Qué se lo impide? Puesto que debe saber que no está allí, ¿qué otra cosa podía haber hecho sino cabalgar hacia el norte contigo, voluntariamente o no? Podría haber conseguido que Gladys, o Rhys si vive, enviara un mensajero para preguntar por ella. ¿Quién se negaría? No, o es un marido muy indiferente para una esposa tan vigorosa, o es que está muerto de verdad —dijo afectuosamente.

Salió repentinamente de su serio razonamiento, y me miró a lo largo de su hombro con una sonrisa aguda y desafiante.

—¿Te he consolado? —dijo.

—Le deseo cualquier cosa que la haga feliz —respondí obstinadamente—. ¿Por qué debería alegrarme la muerte de un hombre? —Pero incluso eso fue decir demasiado, ya que David me conocía bien. Siempre sabía lo que pensaba antes y mejor incluso que yo, salvo, quizás, en lo que pensaba y sentía acerca de él; e incluso en eso no estaba seguro de que le engañara a menudo.

—Conozco varias razones —dijo, aún sonriendo. Pero no creyó necesarias nombrarlas. Se levantó de su asiento junto a mí, dejando una mano sobre mi hombro, y su agarre era cálido y vital, como si parte de su vida superabundante fluyera a través de sus tendones hasta los míos.

—¡Ánimo! —dijo—. Tu Cristin puede considerarse una mujer libre.

—Ya es una mujer libre —dije obstinadamente—. ¡Y no es *mía*!

Luego se movió hacia la puerta. Se volvió con ella abierta en la mano, y la luz invernal se vertió sobre él desde fuera, brillante y fría, convirtiendo su sonrisa en un brillo estrellado, tan pura como el hielo.

—¿Crees que no? —dijo, y cerró la puerta suavemente entre nosotros.

Sin embargo, según tengo entendido, en la víspera de Nochebuena, después de que los arpistas hubiesen tocado en la sala hasta dejarnos aturdidos, y de que el vino y el humo de leña nos hubieran vuelto lentos y embotados por el placer y el sueño, David se insinuó a Cristin, creo que sin esperar otra cosa que una negativa. Quizás incluso por la extraña y dulce sensación de ser rechazado. Le vi acercar un taburete al hombro de ella en la mesa, e inclinarse sobre la tabla a su lado, hablándole larga y persuasivamente a su oído. Y yo la vi sonriente y tranquila, en ningún modo ofendida o tentada, contestándole suavemente sin volver la cabeza. Él mantuvo su asedio durante bastante tiempo, y cuando la dejó finalmente, tomó su mano, que se apoyaba relajada y vacía sobre la mesa, y la besó con su habitual elegancia considerada y encantadora. Entonces alzó la vista, con esa mirada amplia y generosa que penetraba en la carne de un hombre hasta su corazón y espíritu, y sonrió serenamente.

Cuando la hubo dejado, me levanté de mi sitio y me senté junto a ella, lo que pensé que era estúpido pero no pude evitar. La gran sala se estaba cargando de humo y de vapores del alcohol junto al fuego, y había cánticos entre las ofrendas de los bardos, y algunos se emparejaron en los oscuros rincones o donde las cortinas eran amplias. Cristin miró a mi alrededor, y comprendió mi llegada muy bien.

—Para hacerle justicia —dijo en voz baja y sonriendo irónicamente— acepta un no por respuesta. Ah, no tienes que inquietarte por mí, no con tu hermano de leche.

—No está acostumbrado a que le rechacen —dije.

—Mejor para la primera que le rechace —dijo—. Pero es innecesario que te preocupes. No soy tan bella como para que necesite esforzarse en contra de su costumbre para ganarme, y no tiene voluntad para perseguir a aquellas que no se muestran

dispuestas. ¿Por qué debería, él que sólo tiene que levantar un dedo para atraer a nueve de cada diez?

Había aprendido mucho de él en apenas algo más de un día, y sin embargo ella era esa décima, no, la milésima mujer, y ella le había tomado sólo un cierto cariño franco y falto de sentido crítico. Pero de la satisfacción de David yo estaba menos seguro que ella.

—No tienes que preocuparte por el príncipe David —dijo— mientras que tenga sus manos llenas de trabajo que ocupe su cuerpo y mente, luchando o gobernando o cazando o lo que quieras. Pero cuando no tenga suficiente labor se pondrá a jugar, y sus juegos podrían ser peligrosos. ¡Oh, no para las mujeres! La única pena que causará a una mujer es la pena de perderle. Pero podría haceros mucho daño a ti, a su hermano y a todos aquellos que le son más cercanos y queridos. Y a sí mismo. Al que más a sí mismo.

Las mujeres estaban marchándose de la mesa, y ella también se levantó para ir a la cama. Fui con ella a través de la sala, y fuera al patio cubierto de escarcha, ya que sus aposentos, como los míos pero en otra dirección, se encontraban en las viviendas resguardadas a lo largo de la muralla. Era la víspera de Nochebuena, como he dicho, y hacía mucho frío, y aquellos que dejaban el calor de la sala para buscar su descanso cruzaban rápidamente los espacios escarchados, acurrucados en sus capas. Pero nosotros dos anduvimos despacio y fuimos juntos hasta el centro del patio antes de separarnos, como si ambos tuviéramos más que decir antes de poder marcharnos, y no encontráramos las palabras adecuadas. En cuanto salimos de la sombra de la sala la luz de la luna brilló, y la plateó de la cabeza a los pies, como una virgen santa sobre un altar.

Dije, sin sutileza, ya que estaba angustiado:

—¿De verdad no sentirse el deseo de ir con él, como deseaba? ¿Ningún deseo a pesar de toda su belleza y vigor y elegancia?

Se detuvo, y se quedó quieta ante mí, al alcance de la mano si la hubiera extendido. Con sus grandes ojos oscuros y penetrantes sobre mi rostro dijo:

—Ninguno.

—Dios sabe que no tienes que maravillarte ni ruborizarte si lo sientes —dije—. Cuando quiere, pocas pueden resistirse.

—Olvidas que ya estoy atada —dijo.

—¿Tu corazón también? —le pregunté, en voz baja y ronca.

—Mi corazón el primero, sobre todo, y para siempre —dijo. Y mientras tanto me miraba constantemente con ese rostro callado y esos ojos penetrantes. Entonces tuve mi respuesta.

Aparté mis ojos de ella, del dolor que producía su brillantez y tranquilidad. Le di las buenas noches, delicada y atentamente, ya que no me hizo mal alguno, e incluso haberla conocido y servido era gozoso. Y me marché de su lado hacia mi pequeña cámara, para rezar pidiendo por el honor continuado de seguir sirviéndola lo mejor posible, y esperar con paciencia y resignación las noticias del hombre que tenía su corazón. Si estaba muerto, cosa que no debía desear, algún día se me presentaría la oportunidad de serla útil de otro modo. Pero cuando volví la vista desde la sombra protectora bajo la muralla seguía quieta donde la había dejado, y mirándome, y sólo despacio, ahora que yo había desaparecido, también se volvió hacia sus aposentos.

Guardamos la fiesta de Navidad con gran reverencia y gratitud por las victorias obtenidas, acudiendo a diario a los oficios religiosos en la capilla real del Ilys, y por la noche bebimos mucho y escuchamos nobles cánticos de honor y alabanza a Llewelyn y a David y a sus aliados. Y el último día del año viejo llegó un jinete de Meredith ap Rhys Gryg, comunicando que se sabía que Rhys Fychan estaba sano y salvo, y reunido con su mujer. El mensajero también trajo una lista de aquellos de sus principales terratenientes, oficiales y caballeros que estaban con él bajo protección inglesa. Pero el nombre de Godred ap Ivor no estaba entre ellos. Nada se sabía de él.

Por tanto la esperanza que no quería reconocer, ya que era la muerte de la esperanza de ella, volvía a alzar su cabeza con la misma frecuencia que yo la enterraba bajo mi pie, y crecía como una mala hierba.

# CAPÍTULO X

Marchamos de nuevo, una semana tras el año nuevo de mil doscientos cincuenta y siete, y la dejé en Aber con la esposa de Goronwy. Digo «la dejé» como si ella me hubiera dado algún derecho de considerarme responsable por su seguridad y bienestar, pero en realidad estaba a su aire, y yo no tenía más derechos sobre ella que ninguno de nosotros. Lo único que tenía que era sólo mío acerca de ella era el recuerdo del viaje juntos hacia el norte. Ni siquiera ella habría podido quitarme eso de mí, incluso si hubiese querido. Pero siempre fue mi dulce amiga, y apreciaba, creo, esos mismos recuerdos con gusto, aunque no le quedara amor que dar. Por tanto fue bueno para mí, por muy profundo que fuera el daño, que la dejara durante un tiempo.

Nos reunimos en Bala, ya que esta vez Llewelyn estaba empeñado en ajustar cuentas a Griffith ap Gwenwynwyn de Powys, que en toda disensión estuvo totalmente en el bando de Inglaterra. Tras ganar los dos Maelor a ese otro Griffith, el hijo de Madoc, en el principio de nuestra campaña de invierno, Gwenwynwyn hundía en nuestro flanco aquellas tierras vecinas mal administradas de Powys, a la vez como un cuchillo listo para destriparnos y una barrera contra nuestros movimientos sin obstáculos hacia el sur. Además, éste era el más obstinado y renegado de todos nuestros caudillos, un galés que odiaba a los galeses, y su ejemplo era un peligro para la causa de Llewelyn mientras permaneciera indemne.

Atacamos, por tanto, a través del valle de Tanat hacia el Severn, ese gran río, y después giramos hacia el sur, río arriba, a lo largo de los valles del Severn y el Vrnwy, apoderándonos de las tierras y asegurándolas a medida que avanzábamos, hasta que a finales de mes llegamos a la ciudad y castillo de Pool de Griffith. El castillo se encontraba entre la ciudad y el río, y la huida por sus aguas nunca había sido difícil para él y su familia. Quemamos la ciudad, pero

para cuando nos abrimos camino combatiendo hasta el patio de armas, Griffith se había marchado con su esposa e hijos hacia la protección del padre de la señora, John Lestrange, y pidiendo también ayuda a John FitzAlan, que era señor de tierras en Clun, y gobernaba Montgomery de parte del rey. Aunque eso no le sirvió de mucho, ya que continuamos hacia el sur por nuestra orilla del agua, y aunque no tomamos el castillo de Montgomery, ya que se erige sobre una gran roca en el lado inglés, en una posición tan fuerte que los hombres tardarían horas en escalar el montículo, y el ataque con balistas y catapultas sería imposible, al no haber allí ningún lugar de una altura comparable para montarlas, saqueamos y arrasamos la ciudad a sus pies, como recuerdo de nuestra visita. Todo lo que Lestrange y FitzAlan y Griffith pudieron hacer entre todos fue conservar el castillo, ya que acabamos con el ejército que enviaron contra nosotros en los campos entre el Severn y el Berriew, y les enviamos de vuelta escabullándose hacia la colina al refugio de sus murallas de piedra.

Después de esto Llewelyn pensó que era hora de ser visto y sentido en el sur de nuevo, ya que sabía bien que sería más difícil para un príncipe de Gwynedd mantener unida aquella región fragmentada, con tantos castillos fronterizos y tan parcelada entre tantos hijos, que mantener una fuerte presa sobre el norte, donde el sol de su semblante y la sombra de su justicia siempre estaban a mano. Antes de que los ingleses se hubiesen recuperado de la conmoción de Montgomery estábamos uniendo fuerzas con Meredith ap Rhys Gryg en Cantref Bychan, y prosiguiendo nuestro avance hacia al mar entre Towy y Tawe. Antes de finales de febrero estábamos en Gower, donde muchos de los arrendatarios galeses de las tierras de los de Breos se rebelaron para unirse a nosotros con gran alegría, y no sólo desgastamos las fronteras de ésta baronía normanda, sino que hicimos lo mismo con el poder del senescal del rey en aquella región, Patrick de Chaworth, el señor de Kidwelly. Hacía muchos años que estos dos grandes hombres no habían estado confinados en sus fortalezas, como estaban entonces, o habían visto tantas de sus posesiones podadas como ramas del tronco, y sin poder evitarlo.

En el mes de marzo tuvimos pruebas de la alarma que habíamos causado en la corte del rey Henry, ya que llegó una carta del

hermano del rey, el conde Richard de Cornualles, pidiendo a Llewelyn que recibiera a una delegación de frailes dominicos que le presentarían las declaraciones y proposiciones del conde para acabar con esta guerra, y ofreciéndole un salvoconducto para reunirse con ellos.

—Veo —dijo Llewelyn, divertido pero pensativo— que Henry cree que la influencia de su hermano puede tener más peso que la suya, ahora que Richard tiene un pie en los escalones hacia el trono imperial. —Este conde Richard, cuyo sentido común y sensatez en ningún caso eran despreciables, iba a alcanzar un mayor título este año, habiendo sido elegido rey de los romanos, o dicho en palabras más claras, rey de Alemania, un emperador electo, aunque por lo que podía ver, eso llevaba aparejadas pocas ganancias prácticas.

—¿Irás? —preguntó David receloso—. Es mejor la buena fe de Richard que la de Henry, lo reconozco, pero yo no apostaría mi vida por ninguna de ellas.

Pero Llewelyn dijo sin reparo que iría, y contestó cortésmente a la invitación, aceptando el lugar prefijado, y la fecha.

—Si han llegado al punto de estar dispuestos a hablar —dijo— al menos hay una posibilidad, si no más, de que podamos asegurar todo lo que hemos ganado. Si ofrecen la paz con las condiciones actuales, tanto mejor. Incluso una tregua nos daría tiempo para consolidarnos.

David seguía algo receloso, ya que sentía que no habíamos ido lo bastante lejos, y que teníamos más que ganar continuando esta invasión impetuosa que deteniéndonos para reforzar nuestro control sobre lo que ya teníamos. Sin embargo, Llewelyn acudió a la reunión, ya que yo cabalgué hasta el castillo de Chepstow del conde de Gloucester en su comitiva, como su escribano y secretario, mientras David, con Meredith ap Rhys Gryg, mantenía nuestra presencia armada en Gower.

Durante este viaje atravesamos toda la tierra de Glamorgan, y empleamos nuestros ojos, también, para que nos sirvieran más adelante en el año. Nunca se desperdicia lo que bien se aprende, aunque de la reunión no sacamos nada, si bien tampoco perdimos nada.

El conde Richard había enviado una carta larga y razonada, redactada de manera persuasiva, con la que pretendía pedir a

Llewelyn, en el nombre del tratado de Woodstock y de las relaciones correctas entre nuestros dos países, la devolución de los cuatro *cantrefs* del País Central al control del príncipe Edward. Y aunque se sugirió que dicha maniobra conciliatoria generaría una provechosa recompensa, nada se estableció con exactitud acerca de su sustancia. Ni tampoco parecía que los hermanos dominicos que llegaron como enviados tuvieran autoridad alguna para negociar más allá de lo que el conde Richard había propuesto de su puño y letra, lo que no nos llevó muy lejos.

Llewelyn envió a través de ellos una larga y cortés respuesta, que nos dimos el gusto de escribir, rechazando el argumento de que estaba actuando en contra de los intereses de sus compatriotas príncipes de Gales, ya que por el contrario, lo que había hecho y estaba haciendo tenía el respaldo de todos ellos, con muy pocas excepciones, y representaba la verdadera voluntad del pueblo galés. Dijo que no podía entregar parte alguna de sus conquistas, ya que todas eran tierras galesas, aunque estaba dispuesto a acordar que los *commotes* de Creuddyn y Prestatyn permanecieran bajo control inglés. Aquello era una astuta ironía que hubiera podido saber agria en la corte, ya que aunque estos *commotes* estaban teóricamente dominados por los castillos de Diserth y Degannwy, aún guarnecidos por los ingleses, las guarniciones apenas se atrevían a sacar la cabeza por la puerta ahora que estaban aislados entre galeses libres y vengativos. Y en resumidas cuentas, Llewelyn estaría muy dispuesto a discutir una paz permanente sobre la base de su posición actual, pero si no era eso, sólo accedería a una tregua larga sobre la misma base. Parecía que los ingleses aún no estaban listos para ninguna de estas salidas. Por tanto nada más salió de esta visita, y regresamos para unirnos a David en Carreg Cennen, y volvimos a Gwynedd para la fiesta de Pascua.

Cuando llegamos a Bala había narcisos en la hierba, y junto al lago las candelillas danzaban en los arbustos de avellano, ya que era una primavera preciosa, la renovación de toda vida. Y Cristin estaba allí, puesto que se había trasladado desde Aber con la esposa e hijos de Goronwy para recibirnos, y el Ilys estaba preparado para la fiesta con ramas jóvenes y juncos verdes y las flores del campo amarillas y azules, botones de oro y violetas, y la capilla estaba cubierta de nuevos bordados.

Había pensado por el camino, aquellas últimas millas, que evitaría su compañía, ya que el dulzor de aquella estación era tan intenso que no podía soportarlo bien. Pero cuando entrábamos por la puerta ella bajaba del prado, con las faldas remangadas sobre la hierba llena de rocío, y su cabello recogido en dos trenzas sueltas sobre los hombros, y su paso era largo y ágil, como el de un muchacho, y en sus brazos, muy ligero y fácilmente equilibrado contra su hombro, llevaba un cordero moteado recién nacido, aún húmedo y rizado de su madre, uno de los rezagados de aquella primavera. Uno de los hijos pequeños de Tudor, el menor, corría y caminaba y volvía a correr tras ella, con una vara de sauce adornada con candelillas en la mano.

De este modo en cada regreso ella volvía a mi vida, y de nuevo me asaltó aquella cualidad excepcional que tenía, a la que se debería llamar belleza o mediante otro nombre, con lo que el aliento se detuvo en mi garganta de puro asombro. Tan hermosa me pareció que por fin supe cómo mi madre le había parecido al fallecido Meilyr, y su imagen surgió en mi interior y me llenó con el mismo dolor insoportable que él había sufrido, la pena principal del corazón humano, amar y no ser correspondido, amar y saberse desamado.

Comprendí entonces aquellas cosas que él había vivido: cómo el dulzor y el amargor de la presencia del ser querido están equilibradas con tanta precisión que el amante no puede vivir con su amada ni sin ella, y está eternamente partido en dos por la imposibilidad de una decisión, volviendo una y otra vez a sufrir la misma angustia, retirándose una y otra vez para encontrar una muerte en vida fuera del alcance de sus miradas y palabras. Al fin Meylir se había vengado del todo.

—Bala tiene una nueva pastora —dijo Llewelyn con admiración, dirigiéndose a su lado. Le saludó sólo con una inclinación de su cabeza, para evitar cambiar el peso del cordero, y dijo sencillamente:

—La oveja aún tiene a un segundo de camino. Morgan la llevará con el gemelo cuando haya nacido sano y salvo. Siempre hay gavilanes sobrevolando. Pensé llevarme a éste al redil y dejarle suelto. Ella ha parido muy tarde, y Morgan ha tenido algunos problemas.

—Tienes habilidades inesperadas —dijo, sonriente.

—En la casa de mi padre aprendí más que costura —dijo Cristin sosegadamente—. También teníamos ovejas. —Sus ojos estaban fijos y se mostraban insistentes sobre el rostro de Llewelyn, pero no quiso preguntar—. Os doy la enhorabuena, mi señor —dijo seriamente— por los triunfos obtenidos, y os deseo todas las bendiciones de esta fiesta.

—Querría haberte podido traer alegría —dijo Llewelyn—, pero aún no se sabe nada de tu marido. ¡Lo lamento!

Vi por un instante aquella intensa blancura y tirantez del miedo en su rostro hasta que él habló, y después el suavizado de sus rasgos que era más de resignación que de consuelo o desesperación.

—Agradezco vuestra atención —dijo al instante—. Puedo esperar. —Y giró su cabeza un poco, y me miró.

Así era siempre. No podía tener su amor, pero no podía renunciar a su querida confianza y compañía, ya que eso habría sido un daño grande e inmerecido para ella. Y en aquellos luminosos días de primavera aprendí a controlar la esperanza que aún tenía en su amistad, a saborear el gozo que era estar con ella, y a contener la pena. En sus palabras había una promesa, y yo también podía esperar, media vida si fuera necesario, para hacerla mía por fin. Si prefería mi compañía, si confiaba en mí, si creía en mí, seguramente eso era una bendición inconmensurable, incluso si al fin no conseguía nada más.

Por tanto no la evité, sino que me mostré listo y dispuesto cuando me buscaba, como a menudo hacía. Y si hubo gran dolor, también hubo gran dicha, una felicidad que Meilyr nunca obtuvo de mi madre. Y llegamos a una manera de vivir el uno junto al otro que era dulce y cordial e íntima, colaborando, hablando con franqueza de todos los asuntos diarios de la corte, pero nunca de Godred o de nosotros mismos, mientras amábamos y esperábamos, ella a él, y yo a ella.

Aquel verano en el norte hubo poco combate auténtico, sólo una reorganización de los efectivos de aquellas partes de Powys que habíamos arrebatado a Griffith ap Gwenwynwyn, y una vez en mayo, la eliminación de una posición que molestaba en cierta manera nuestro avance, la toma de uno más de sus castillos en Bodyddon, que asaltamos y arrasamos, sin preocuparnos por

guarnecerlo, ya que una vez vacío de su poder no era importante para nosotros.

Los hechos importantes sucedieron en otros lugares, y tan de repente que Llewelyn no estuvo sobre aviso, y no tuvo tiempo para presentarse en el lugar, ya que lo mejor había acabado antes de que siquiera tuviéramos noticias de alguna acción en el sur.

En la noche del quinto día de junio un mensajero llegó al Ilys de Bala, donde aún teníamos nuestro cuartel general en este momento, y se identificó como uno de los oficiales de la partida de guerra de Meredith ap Owen, el aliado de Llewelyn en Builth y Cardigan. Conocimos al hombre, llamado Cadwgan, ya que había combatido con nosotros en Llanbadarn en el otoño, y era un hombre fuerte y aguerrido que rondaba la cincuentena, que había servido al padre de su señor antes que a él. No quiso comer ni beber hasta que hubiese contado su relato, aunque había cabalgado desde por la mañana sin descansar ni alimentarse. Le llevaron ante Llewelyn en la gran cámara, donde estaba reunido con Goronwy y Tudor, y David llegó corriendo ante el rumor de noticias tan ilusionado como un niño.

—Mi señor —dijo Cadwgan, cuando hubo doblado la rodilla ante Llewelyn y besado su mano, sin apenas esperar a levantarse de nuevo antes de comenzar— hemos obtenido para vos y para Gales una gran victoria, y hemos asestado al rey Henry un golpe formidable. Hace tres días, en el Towy, derrotamos al ministro del rey y a una gran hueste, espoliamos los caballos de su equipaje, saqueamos sus provisiones e hicimos pedazos a su ejército. Lo que queda ha regresado a Carmarthen, pero no es más que un resto.

—¿Fueron a por vosotros? —gritó Llewelyn, encendiéndose con este clamor jubiloso—. ¿Qué les llevó a ello, tan inesperadamente, y sin ofensas recientes? Esperaba que Henry reuniera a la hueste contra nosotros este año, pero aquí en el norte, no en el Towy. Tampoco ha enviado ninguno de sus llamamientos, ya que deberíamos haberlo sabido mucho antes. —Lo que era cierto, ya que sus espías para entonces eran eficaces y rápidos, y la reunión de la hueste feudal se avisaba con un mes de antelación y a menudo más.

—No, mi señor, era un gran ejército, pero compuesto de las guarniciones de muchos castillos y de los señoríos fronterizos, y

esto nos será muy beneficioso, Dios mediante, ya que esta derrota deja a más de una buena fortaleza desguarnecida, y madura para su cosecha. Pero escuchadme explicar cómo comenzó este ataque, ya que concierne a vuestra propia familia, y no acaba en absoluto como empezó, sino con algunos cambios de rumbo extraños. Vos decidiréis cómo sacarle un mayor provecho.

Siempre el primero en saltar ante un peligro, David gritó:

—¡Rhys! Veo la mano de Rhys Fychan de nuevo en este embrollo. ¿Quién si no podría haberlo preparado?

—Escuchad toda la historia —dijo Cadwgan, ruborizado y sonriendo— y juzgad. Dos días antes del final de mayo supimos que había mucha actividad alrededor del castillo de Carmarthen, y que allí llegaban levas de muchos lugares, así que hicimos nuestros preparativos. Mi señor, con Meredith ap Rhys Gryg, fueron rápidamente a Dynevor, y también situaron a toda su hueste, un gran número, por todas las colinas circundantes, dominando el valle del río, con todos los arqueros que pudimos reunir. Pero no supimos hasta que se movieron que Rhys Fychan estaba con ellos, con sus propias fuerzas, y que promovió todo esto mientras se encontraba bajo protección inglesa. Ahora lo sabemos con certeza, sin ninguna duda, y veréis por qué. Rhys había convencido a los senescales del rey en el sur para unirse a su causa y marchar para devolverle lo suyo. Le apoyaron con todo su corazón, y era una gran hueste la que recorría el valle hacia Dynevor el último día de mayo, con el propio ministro del rey liderándoles, Stephen de Bauzan.

—Le conozco —dijo David—. El rey le valora mucho. Antes era su gobernador en Gascuña.

—El rey no le tendrá tan bien visto ahora —dijo Cadwgan enérgicamente—, ya que ha perdido un buen número de hombres y muchas reservas en caballos y mercancías del rey Henry. Llegaron y se apostaron alrededor de Dynevor para asaltarla, y les dejamos que se dispersaran todo lo que quisieran por los prados del valle aquella noche, ya que nos parecía conveniente que conocieran su terreno. Nosotros conocíamos como la palma de la mano el nuestro. El castillo estaba lo bastante guarnecido para resistir el ataque, y los demás, la mayoría de nosotros, estábamos rodeándoles en las colinas, y habíamos tenido tiempo suficiente para escoger nuestra cobertura y nuestro lugar para disparar. Les dejamos despertar en

su campamento la madrugada del primero de junio, y después disparamos a discreción flechas y dardos y virotes, cuando un hombre se ponía a tiro. Y desde todas partes. No podían atacar un lado sin exponerse en el otro flanco, y pasaron todo el día intentando reagruparse en mejores posiciones, y moviendo las máquinas para penetrar en Dynevor. Para entonces sabíamos que había galeses con ellos, y sólo podían ser los hombres de Rhys. Entonces supimos lo que se estaba tramando.

—Si se pusieron en marcha con tantos soldados, y tan equipados —dijo Llewelyn, preocupado— podría haber sido un asunto serio.

—Podría, mi señor, y nos lo estábamos tomando muy en serio, os lo garantizo. Ni un hombre de nosotros pensaba que podíamos derrotarles como hicimos, sino que confiábamos en ser lo bastante tenaces para mantenerles a raya y que les costase pasar. Pero ¡escuchad lo que sucedió! A primera hora del alba del segundo día de junio nuestros vigías dieron la voz de alarma, y miramos, y vimos un pequeño grupo de jinetes, que se habían reunido aparte cobijados por los árboles, cabalgando al galope directamente hacia la puerta el castillo, el primero de ellos llevando un jubón blanco enhebrado en la punta de una lanza. Era Rhys y sus caballeros galeses, gritando al castellano que abriera rápidamente y les dejase entrar, ya que estaban hartos de su servilismo, y suplicaban ser de nuestro bando, galeses libres como nosotros.

David profirió un grito que era parte emoción y parte risotada burlona.

—¿Y lo hizo? ¿Abrió las puertas ante un truco tan descarado? ¿A qué distancia iban los ingleses por detrás?

—Mi señor, os entiendo bien —reconoció Cadwgan de manera efusiva— y no me habría gustado estar en el pellejo del castellano, ya que no tenía más que unos minutos para tomar una decisión. Decís bien, los ingleses se habían enterado para entonces de lo que sucedía, y les perseguían como diablos. Pero fueron ellos los que descartaron el truco, ya que por su aspecto Rhys no habría vivido mucho si hubieran podido poner sus manos sobre él, y Rhys no dejaba de golpear las puertas y gritar que las abrieran. Fue eso, y que conociera a Rhys bien de vista y a algunos de los que iban con él, también. Fuese lo que fuese lo que le hizo tomar partido por él, abrió las puertas y entraron a toda prisa tropezando, y consiguió

cerrarlas de nuevo, y atacó con todos los arqueros que tenía hasta que los ingleses retrocedieron. Pero la gracia del chiste —¡y es un buen chiste!— es que los ingleses habían organizado la expedición para llevar a Rhys de vuelta a Dynevor, y ya estaba de nuevo en Dynevor, y las puertas se cerraron deprisa a su espalda; por tanto ¿qué estaban haciendo allí en el valle, en una misión inútil, y cayendo por los disparos de nuestros arqueros en cuanto salían de sus coberturas? Juro por Dios que si hubieran tomado el camino contrario, y hubieran atacado con furia, podríamos haberlo pasado mal. Pero habían perdido terreno, y se quedaron confundidos. Iniciaron la retirada, y eso fue todo lo que necesitábamos. Desde todo el valle retrocedieron de nuevo hacia Carmarthen, y a lo largo de las colinas a cada lado les acompañamos. Primero aislamos a lo más lento y lo más pesado, las provisiones y las máquinas, los caballos de carga y los rezagados que se cansaban. Y aproximadamente a mediodía, en Cymerau, donde el Cothi desciende y se vacía en el Towy, pensamos que era hora de acabar, temiendo que regresaran demasiados supervivientes a Carmarthen. Estábamos a cada lado de ellos, y nuestros jinetes nos habían seguido, y estaban frescos, con la pendiente a su favor. Allí atacamos, y fue una matanza.

—¿Cuántos consiguieron huir? —preguntó Llewelyn, radiante.

—Mi señor, si queréis decir en orden, como un ejército de combatientes, ninguno. Como fugitivos precipitados, tratando cada uno de salvar su vida, quizás regresara vivo uno de cada cinco que salieron de Carmarthen.

—¿Y de Bauzan?

—Le derribamos del caballo. Le vi sin montura, pensé que estaba herido, y de gravedad. Se le llevaron con ellos. Fue lo único que hicieron con orden. Pero no podemos saber si vivo o muerto. Dejaron el campo de batalla sembrado de armas y arreos. Tuvimos una gran cosecha.

Fue toda una victoria. Mis ojos estaban sobre el rostro de David, que estaba dividido entre el deleite y la indignación, todos sus huesos dorados y tensos, ya que el verano le había bronceado como si fuese de metal precioso. Sus ojos, azules y claros y glaciales de furia, se lamentaban en vano por no haber estado en Cymerau, y creo que de algún modo nos culpaba a todos por esta pérdida. Y

pensé entonces que lo que Cristin había dicho de él era cierto y juicioso, que a menos que se dedicara constante y temerariamente a la acción y la pasión, convertiría esa misma riqueza en malicia cortante, sobre todo para su perjuicio.

Llewelyn era diferente. Podía alegrarse del valor de otro hombre, y nunca se quejaba de que no fuera suyo, ni valoraba menos el frente común porque su mérito brillara en las armas de otros hombres. Se sentó con la barbilla en los puños y sus ojos muy abiertos y pensativos, e hizo preguntas que venían muy al caso.

—¿Y vuestras bajas? ¿Nuestras bajas?

—Mi señor, apenas ninguna. Nunca estuvimos expuestos salvo en el ataque final, y entonces teníamos ventaja. Sólo once hombres muertos, no más de veinticinco heridos.

—¡Bien! ¿Y este ejército se reclutó de las guarniciones de los castillos de aquellas comarcas? ¿Hasta qué distancia?

—Hasta la costa, mi señor. Había hombres allí de Laugharne y Llanstephan. Lo que queda de su ejército está en Carmarthen, al que no dejaron tan vacío por estar más cerca de nosotros.

—¡Pero los demás! ¿Está Meredith continuando su victoria?

Cadwgan rió alegremente.

—Mi señor, a estas alturas creo que ya deberíamos tener al menos Llanstephan, y algunos de los otros no tardarán en caer. Pero hemos dejado en paz a Carmarthen.

—Bien hecho —dijo Llewelyn, y pensó en silencio durante un momento—. ¿Y Rhys Fychan y sus caballeros?

—Sentados cómodamente en Dynevor —dijo David desdeñosa y amargamente— y sin tener que luchar. Y se espera de ti, hermano, que extiendas tu clemencia a este cambio de actitud tan repentino. —Su voz era como un filo de acero, pero más por su propio descontento necesitado que por algún odio auténtico hacia Rhys o su hermana. No podía soportar que hubiera tenido lugar una batalla tan gloriosa y no haber estado en el centro de ella. Pude ver con mis ojos en aquel momento, y para él todo nuestro cuidadoso trabajo del mes, asentando las bases de lo que habíamos ganado, carecía de valor o satisfacción.

—He hecho una pregunta a Cadwgan, no a ti —dijo suavemente Llewelyn, y miró al mensajero.

—También hemos tenido muchas dudas —dijo Cadwgan con

franqueza—. Pero una cosa es cierta. Esta derrota nunca habría tenido lugar si no llegar a ser por lo que hizo Rhys Fychan. Confundió completamente las mentes de los ingleses, y les hizo que actuaran como hombres derrotados antes de la derrota. Y le concedo ese mérito. Pero no podemos ponernos de acuerdo, voto a Dios, acerca de lo que deberíamos pensar de él. Nos gustaría que vinierais y juzgarais. Pero en cuanto al presente, él y sus caballeros están honorablemente alojados en Dynevor, y no han sido empleados contra los ingleses. Ni se les ha dejado salir de las puertas o fuera de la vista —dijo con sinceridad.

—¡Qué acertado! —dijo David. Pero Llewelyn no le hizo caso.

—¿No se les desarmó? ¿No se les confinó de ningún modo, aparte de permanecer dentro de las puertas? ¿No se ha mandado buscar a mi hermana, esté donde esté?

—Aún no, mi señor.

—Esto también fue acertado —dijo con una sonrisa irónica—. No podemos permitirnos abrazar a falsos aliados, pero mucho menos descartar los auténticos.

—¿Ah sí? —gritó David, resentido—. ¿Es necesario discutir acerca de Rhys, después de todo lo que ha pasado? ¡No hay una pizca de verdad en él!

—No hay hombre en la tierra de quien diría tal cosa —dijo Llewelyn bruscamente—. Si nunca escribiéramos un perdón por los sucesos pasados, ¿quién de nosotros quedaría fuera de la cárcel?

Habló aún frunciendo el ceño sobre sus propios pensamientos, y nunca llegó a mirar a David, y supe que no pretendía hacer referencia alguna a lo que había soportado y perdonado a su hermano. Era el propio corazón de David el que extraía ese significado apropiado de las palabras del príncipe, y hacía que se le subieran los colores de repente desde la barbilla hasta la frente en una marea ardiente. Se quedó callado, pero Llewelyn no estaba mirando, y no advirtió cambio alguno en él.

—Dile a tu señor —dijo Llewelyn, cuando hubo tomado una decisión— y a Meredith ap Rhys Grys también, que deben seguir reteniendo a Rhys Fychan y sus hombres en libertad honorable dentro de Dynevor, pero que no les permitan participar aún en su campaña. Él sabrá muy bien qué está a prueba, y mientras tanto podéis descubrir muchas cosas por su comportamiento. Antes del

día de San Juan estaré con vosotros. Hasta entonces él es, digamos, ni aliado ni prisionero, sino un invitado, él y todos los suyos. Encargaos de él. Ahora descansa y toma un refrigerio, y escribiré a Meredith.

Entonces se marchó Cadwgan, satisfecho, a hartarse de comer, ocupándose Goronwy de él, y Llewelyn se sentó conmigo para escribir las cartas a los dos Meredith, ya que siempre era consciente de la necesidad de no anteponer a uno de aquellos dos parientes y vecinos, aunque ya colaboraran extraordinariamente bien, como se demostró en Cymerau. Pero David se quedó, muy pálido por el propósito, y muy serio, y se sentó frente a su hermano al otro lado de la mesa.

—¡Escúchame, esta vez a tiempo! —dijo—. Sé demasiado bien que a veces hablo a destiempo. Sentí, como merecía, esa pulla que me enviaste, hace unos minutos. ¿Quién soy yo para negar a ningún hombre el derecho al perdón?

—¿Pulla? —dijo Llewelyn, asombrado y boquiabierto ante él, con la mitad de su mente aún preocupada—. ¿Qué pulla? No sé de ninguna, y ciertamente no pretendía enviar ninguna.

—Tus pullas son mejores sin malicia —dijo David con una sonrisa arrepentida—, y creo de buena gana en tu falta de malicia. Pero lo que dijiste acerca de la necesidad del hombre de olvidar y perdonar, tuviera que ver con Rhys Fychan o no, me llegó astutamente. He dado muchas cosas por sentadas estos últimos meses, y Dios y tú hicisteis bien en recordármelo.

Cayendo en la cuenta entonces, Llewelyn dijo con asombro indignado:

—¡No pretendía tal tontería! ¿Qué diablo te poseyó para comprenderme tan mal? —Y estiró una mano a través de la mesa y ahuecó una mano alrededor de la nuca del cuello de su hermano, y le meneó cordialmente, hasta que el pelo moreno cayó sobre los ojos de David, y aunque de mala gana, éste no pudo evitar reírse.

—¡Tonto! —dijo Llewelyn, soltándole—. Me acuerdo muy bien de tus acciones pasadas; siete meses de duras campañas y ni una palabra de queja. Te has ganado el mismo derecho que cualquier otro a decir tu opinión en mis consejos, y a replicarme cuando pienses que estoy equivocado.

—Eso haré —dijo David, quitándose el pelo despeinado de un

rostro limpio de risas— aunque no olvido nada. Te digo que te equivocas, o puedes hacerlo, al perdonar tan fácilmente y ajustar cuentas con un precio demasiado bajo. ¡Piensa en ello! No digo más.

Se levantó, y se giró abruptamente hacia la puerta, pero igual de bruscamente se detuvo allí y volvió la vista.

—Sí, una cosa más, la más importante. Rezo para que creas y recuerdes que al decir esto no sólo hablo de Rhys Fychan.

Luego se marchó aprisa, y nos dejó con nuestras cartas.

Pasamos una semana más asegurando aquellas tierras en Powys, y después dejamos que Goronwy continuara y finalizara aquel trabajo necesario, mientras Llewelyn y David llevaban la parte principal del ejército al sur a través de Builth hasta Dynevor como había prometido. Pero antes de que partiéramos ya habíamos recibido un mensaje del herrero de Chester, en ningún modo sorprendente en sus noticias, pero útil en su detalle. El rey Henry, sacado por la derrota de Cymerau de su quejumbrosa actitud de protesta e incredulidad —ya que no había sufrido un golpe tan desastroso al poder real en el sur de Gales en toda su vida— había enviado su mandato para convocar la hueste feudal para una campaña total contra nosotros. La reunión estaba prevista para el primer día de agosto, y el lugar de reunión era Chester.

—No hay justicia alguna en él —dijo Llewelyn, leyendo—. Parece que me está dando el mérito de lo que los dos Meredith han hecho contra él, ya que aún me tiene como objetivo. Ellos se quejarán de eso, y no hay que culparles.

En realidad, como supimos más tarde, el rey Henry, aunque sabiendo bien para entonces quién era la cabeza y el espíritu de la rebelión galesa en su contra, estaba indeciso en cuanto a cómo podría aprovechar mejor su ejército reunido, y posteriormente enmendó su mandato para desviar una porción menor de su fuerza de caballeros al sur, aunque su iniciativa allí nunca llegara a nada.

—Tenemos tiempo de terminar mucho trabajo antes del comienzo de agosto —dijo Llewelyn. Estaba seguro de que esta vez el rey lograría organizar el gran ataque que planeaba, con dinero prestado o propio, siendo la situación galesa incluso más desesperada para él que en el otoño previo. E incluso si había grandes dificultades rodeando y estorbando al rey, no osábamos

tomarnos a la ligera la amenaza. Por tanto el príncipe se reunió con Goronwy y su consejo, antes de cabalgar al sur, y elaboró planes de lo más exhaustivo para situar a Gwynedd en un estado de preparación ante un asedio. Nuestra defensa habitual para mercancías, herramientas, provisiones y gente era llevarlo todo a las montañas, una operación a la que estaba acostumbrada nuestro pueblo, y que podía realizarse en muy poco tiempo. Esta vez se idearon otras medidas para frustrar todo movimiento por parte del enemigo. Se podían derrumbar los puentes, hacer desaparecer arando los caminos y prados, destruir los molinos y lugares similares, e incluso convertir los vados en trampas mortales excavando grandes fosos en los hasta entonces seguros bajíos, que ocultaría el agua. Se planearon en detalle todas estas cosas, junto con las instrucciones para aquellos hombres de los *trefs* vecinos que las llevarían a cabo, pero nada tenía que hacerse hasta poco antes del día fijado para la reunión del ejército real. Los sucesos a veces cambian incluso los planes de los reyes, y no queríamos ninguna destrucción inútil. En realidad, Llewelyn había alentado en Gales, siguiendo el ejemplo de su abuelo, las nuevas instituciones centralizadas que tuvo que tomar prestadas forzosamente de los ingleses para resistir a los ingleses: el uso del dinero y el comercio, la exacción de tasas feudales a cambio de la tierra, incluso la fundación de unas cuantas ciudades y la concesión de cédulas y mercados, con lo que esta vez teníamos más cosas que dejar atrás que antes en estas retiradas a las colinas. Pero todavía podíamos hacerlo cuando fuera necesario, e igual de rápido que antes.

Luego, tras haber confiado este sistema de defensa a Goronwy y dejándole que emitiera las órdenes necesarias en su ausencia, cabalgamos hacia Dynevor.

Meredith ap Rhys Gryg salió para recibirnos en cuanto fuimos anunciados, y permaneció al lado de Llewelyn, hablando locuazmente, toda la última milla del camino. No era sorprendente que estuviera deseoso de hablar primero con su señor, puesto que era el tío y rival de Rhys Fychan, y todas aquellas buenas tierras del valle del Towy habían sido intercambiados entre aquellos dos con igual violencia e injusticia, cada uno privando de sus posesiones al otro cuando estaba al mando, aunque tiene que decirse a favor de Rhys Fychan que su tío había sido el primero en comportarse

injustamente, y a favor de Meredith que nunca había ayudado a los ingleses en contra de su propio pueblo.

Por tanto Llewelyn se enfrentaba a un juicio complicado cuando se reunió en la gran sala de Dynevor aquella noche de nuestra llegada, con todos sus aliados de la región alrededor de él, y sus mayordomos y oficiales y escribanos respaldándoles para hablar en su apoyo. Todavía no había nadie en todo Gales que disputara su supremacía, pero no había nacido galés que no estuviese preparado para discutir su caso interminablemente incluso en contra de su señor, y supe que tendríamos una sesión larga y conflictiva. A continuación de David a la derecha de Llewelyn se sentaba Meredith ap Owen de Builth y Cardigan, y que tenía un gran prestigio por la batalla de Cymerau, igual al de Meredith ap Rhys Grys, pero estaba libre de aquellos motivos de avaricia y enemistades personales que probablemente desequilibraran las opiniones de su tocayo. Llewelyn confiaba mucho en este hombre capaz, fiel e incorruptible.

Era, creo, cosa de su tío, ya que ahora poseía este castillo que había sido por herencia del sobrino, que Rhys Fychan fuera llevado a la sala sólo cuando estuvo reunido todo el consejo, como si hubiera sido un prisionero esperando ser juzgado, y por su comportamiento seguramente pensara que ése era el caso. Aunque Llewelyn le saludó e hizo que se sentara cortésmente, no sirvió de ayuda; él sabía que el asunto a tratar ponía en peligro su libertad y sus posesiones, además de su honor, y era un Rhys Fychan muy pálido, defensivo y erguido el que se sentó en nuestro círculo para capear el temporal.

Era la primera vez que había puesto los ojos en el marido de *Lady* Gladys, y le estudié con mucho interés mientras el castellano, que había tomado la responsabilidad de admitirle con sus partidarios, explicó las circunstancias de su llegada. Rhys era unos tres años mayor que mi señor, lo que hacía que tuviera en ese momento treinta y un años. Era de una estatura media, y de un porte recto y distinguido, su cabello y su corta barba de color castaño claro, y sus rasgos bellos para un galés, y bien formados. Miró a ambos con orgullo y temor, lo que no sorprendía en su situación, y consideré que la posición de su boca era al tiempo decidida y resignada, como si, independientemente de lo que

hiciéramos, hubiese dado el paso que él había escogido, y estuviese preparado para atenerse a las consecuencias. Por lo tanto, no tenía que aceptarlas con gusto. Y no le reproché que tuviera miedo, y concedí mérito a que no diera muestras de ese miedo. Vi como le observaba David, con el ceño fruncido y su labio inferior sobresaliendo, y creo que su interés estaba centrado, como el mío, en el porte de Rhys, y su mente, aunque dubitativa, estaba abierta.

Cuando el castellano hubo acabado su breve recital, Llewelyn le preguntó acerca de él mismo:

—Y tú… Quiero saber tu opinión acerca de lo que hiciste, ya que había sobre ti una fuerte responsabilidad, y aun así abriste las puertas. Dime, ¿estabas anteriormente al servicio de lord Rhys, cuando gobernaba Dynevor?

—No, mi señor —dijo sencillamente el caballero—. Soy de Dryslwyn, vine aquí como hombre de lord Meredith, y he sido su hombre todos mis días.

—Entonces afrontaste este riesgo apoyándote en tus ojos y sentidos, sin prejuicio ni favor. Me parece impresionante.

—Mi señor, estuvo claro para mí que tenían miedo, y los ingleses que veían tras ellos estaban enfurecidos. No hubo duda alguna en mi mente de que lord Rhys hizo lo que hizo sin que ellos lo supieran y en contra de sus intereses. No podía dejar que mataran galeses bajo mis murallas sin alzar un dedo para ayudarles.

—Mi señor —dijo Meredith ap Rhys Gryg rotundamente— no hay discusión acerca de su entrada, y podemos considerar cierto, como jura mi hombre, que éste no era un plan para traer con él a sus amos ingleses. Se me ocurren otros motivos menos nobles, e igual de bien calculados para hacernos aceptarle de vuelta en nuestras filas. Y el más sencillo es que se cambió de jubón porque vio que el viejo parecía algo raído. No fue el único en quedar desconcertado por la recepción que les preparamos en el campo de batalla. A de Bauzan no le gustó más, pero no podía correr hacia las puertas y pedir que le dejaran entrar. No, aquí no hay ningún misterio. Rhys se vio en el bando perdedor, y no tuvo ganas de encontrarse con nuestros arqueros. Se apresuró hacia la seguridad y el bando vencedor. Es un hito, os lo juro. Hemos alcanzado el punto de tener el éxito suficiente para atraer a los indecisos. Ya veréis que no será el último. Las lealtades que pasaron servilmente a la bolsa

del rey Henry cuando estábamos caídos, volverán, recordadlo, ahora que volvemos a estar arriba con creces.

Confieso que había algo de razón en esto, como averiguamos posteriormente, sin que nos sorprendiera. Sin embargo regresar a la lealtad de uno cautelosamente, tras ofrecer las garantías apropiadas, es una cosa, y salir de las filas enemigas en el campo de batalla y hacer ese intercambio sin garantías de ningún tipo es otra diferente. Y Rhys no era tan tonto como para suponer que se le recibiría con brazos abiertos. Yo esperaba que el príncipe le pidiera a continuación que hablara de sus motivos y en su propia defensa, pero creyó mejor dejar que aquellos que sentían agravios y tenían dudas las expresaran antes y se aliviaran, antes de abordar el asunto.

Por tanto llamó a uno y a otro, y les llevó paulatinamente al punto de declarar si Rhys debía ser aceptado completamente en la confederación o no, aunque no en condiciones tan positivas que no pudieran cambiarlas más tarde si así lo deseaban. Y algunos dijeron una cosa, y otros otra, siendo Meredith ap Rhys Gryg el que expresó su opinión más enérgicamente. No era todo cuestión de los castillos que se le pediría que devolviera, sino también de la larga enemistad entre ellos, y sin duda de una parte de desconfianza genuina.

—Todos hemos arriesgado nuestras vidas y fortunas —dijo— para llevar a Gales a este predominio, mientras él ha prometido y mantenido su lealtad a Inglaterra todos estos años. ¿Y vamos ahora a acogerle y devolverle todo lo que era suyo? ¿Ante un gesto, ante la primera palabra de arrepentimiento, sin una acción que le dé sustancia? ¡Yo digo que no! No podemos arrojarlo a los ingleses, pero no estamos obligados por tanto a abrazarlo como a un hermano. ¿Qué ha hecho para merecerlo?

Llewelyn miró entonces a Rhys, que había permanecido sentado con rostro gélido para escuchar esto, y le preguntó afablemente:

—¿Qué tienes que responder a esto?

Rhys abrió sus labios como si estuvieran rígidos y fríos, y dijo:

—Que lo que dice mi tío es justo. Juré lealtad al rey Henry hace once años, cuando no vi seguridad ni esperanza en ningún otro lugar. Si eso fue un acto cobarde, en aquellos días había muchas almas cobardes. No pido perdón por haber mantenido a lo que me comprometí entonces. Me enseñaron a atenerme a mi palabra, y eso

he hecho, hasta que la lealtad me pareció peor que la traición. Ahora soy doblemente traidor, y no me enorgullezco de ello, y todo lo que quiero es no volver a cambiar de bando. Me aceptéis o me rechacéis, estoy de vuelta entre los míos. Aquí moriré.

Llewelyn paseó la mirada rápidamente desde Rhys a Meredith ap Owen, aquel hombre serio y tranquilo, y de nuevo a Rhys.

—Y en el futuro —dijo suavemente— no dudo que nos ofrecerás acciones lo bastante importantes para compensar tu indemnidad.

—Si me aceptáis —dijo Rhys Rychan— no hará falta demostración alguna. Todo lo que tengo que ofrecer es el hombre que soy, y mi propósito. Tomadlo o dejadlo.

Miré entonces a David, ya que Rhys, a pesar de sus esfuerzos, cansancio y tristeza, estaba hablando a su manera. Y vi que estaba conmovido y esperanzado, aunque aún dudaba.

Hubo otra mirada de comprensión entre el príncipe y Meredith ap Owen, y Meredith dijo, con su gran voz amable, que era profunda como un órgano:

—Creo que puedo señalar un acto ya realizado, que ha ayudado mucho a nuestra causa. Rhys no lo ha reivindicado, pero yo lo haré por él, si es demasiado orgulloso para alardear de sus propios talentos. Pregúntale, mi señor, si no planeó esta gran victoria que hemos reivindicado como nuestra. ¿Quién llevó a los ingleses a Dynevor con tantas esperanzas, y se aseguró de que estuviéramos informados de su agrupamiento en Carmarthen? ¿Quién les vio acampados aquí en el valle a nuestra merced, y después les abandonó y les envió rápidamente de vuelta a su castillo bajo nuestras salvas de flechas? Pregúntale, mi señor, si no le debemos todo el triunfo de Cymerau, que nunca le dejamos compartir.

Ante esto hubo un silencio sostenido y asombrado en la sala, mientras los hombres se miraban los unos a los otros perplejos e interrogativos, antes de que todos los ojos se volvieran hacia Rhys. Y Llewelyn también le miró, con una sonrisa velada, y dijo despacio:

—¿Bien? ¡Responde a la pregunta! ¿Así fue cómo, y por qué, volviste a nosotros?

El color que quedaba en el rostro de Rhys desapareció de él, y le dejó blanco como la cera. Vi el frío sudor salir de su frente y labio, y durante un largo rato pugnó con su lengua y su silencio,

consciente de que todo su destino dependía de lo que respondiera, y sintiendo en su sangre y huesos lo que querían de él aquellos que rodeaban la mesa, ya que la mayoría de los hombres no ven más que lo que está delante de sus narices. Tomó aliento muy despacio, pero su voz fue sonora y firme cuando dijo:

—¡No!

—Tienes más que decir —dijo Llewelyn cuando se alargó el pesado silencio—. ¡Continúa!

—Yo no planeé esta matanza —dijo Rhys, la sangre volviendo a fluir cálida y desesperada en su rostro ahora que había lanzado su dado—. Ni tampoco haría eso, lo juro, a quién me hubiera acogido. Pedí a los ingleses que me ayudaran a recuperar lo que era mío, ya que lo había perdido a causa suya. Si creéis que traicionaría a cualquier hombre que pusiera su confianza en mí, matadme y acabad. Tampoco pensé que Dynevor escaparía y triunfaría, o me habría atenido a mi error hasta el final. No, creí que estabais perdidos, y entonces supe que erais mi pueblo, y desesperé, y quise estar perdido con vosotros. Mi corazón enfermó, y no pude soportar más tiempo que era galés y traidor. Convoqué a mis caballeros, y vinimos para morir con vosotros. ¡Y eso es cierto, igual que Dios me ve! En cuanto a vuestra victoria, fue vuestra, no mía, a mi pesar. Y puesto que no traicioné deliberadamente a mis compañeros —dijo, mirando fijamente a Llewelyn— como me habríais obligado a hacer, y puesto que os he dado la respuesta incorrecta pero cierta, haced conmigo lo que creáis conveniente. ¡He acabado!

Estaba tan ciego al final de esto que no pudo ver que Llewelyn estaba sonriendo, que David estaba radiante como una rosa. Pero no hubo silencio alguno una vez que Rhys finalizó, ya que Llewelyn se levantó de su sitio y rodeó el círculo hasta donde se sentaba Rhys, le tomó de las manos, le puso en pie, y besó su mejilla. Tuvo que inclinarse un poco, ya que era más alto.

—Me has dado a un tiempo la respuesta verdadera y la correcta —dijo cordialmente—. Dios no permita que dé mi cariño a un hombre que vendería a sus amigos, por muy confundido que estuviera su afecto, en una trampa tan letal. Me gustaría que hubieras venido a nosotros antes y más contento, pero te doy la bienvenida con todo mi corazón, y te llamo hermano.

Entonces David profirió un grito callado de capitulación y

aclamación, y saltó de su asiento para abrazar a su vez al marido de su hermana, y darle el beso del parentesco. Y después de él, más sobriamente aunque con buena voluntad, Meredith ap Owen, ya que él también era de la sangre real de Deheubarth, siendo su padre Owen primo carnal del padre de Rhys.

El propio Rhys Fychan, que pasaba de este modo de mano en mano siendo bienvenido donde sólo había esperado rechazo e ignominia en el peor de los casos, y en el mejor una larga y dura libertad condicional, estaba tan aturdido y desconcertado que creo que apenas sabía lo que le estaba sucediendo, o qué significaba aquel murmullo de aprobación. Aunque algunos, sin duda, tenían reservas, y unos pocos, si no se hubieran sabido tan inferiores en número, habrían rechazado su aprobación, cuando Llewelyn preguntó si algún hombre tenía algo que decir en contra, no se alzó ninguna voz.

—Nunca nos echéis en cara —dijo Llewelyn después, sonriendo— que os presionamos descaradamente, ya que no tenéis porqué sentiros forzados. Y ahora sentaos con nosotros en consejo, y basta de mirar atrás, ya que hay asuntos que nacen de este regreso que deben solucionarse entre nosotros enseguida.

Pero antes hacerlo, Rhys se puso de rodillas ante el príncipe, y elevó sus manos unidas, ofreciendo homenaje y lealtad a la manera inglesa, igual que había jurado antiguamente ante el rey Henry, como muestra de la ruptura de todos aquellos lazos ingleses que le habían atado tantos años. Hizo esto pública y voluntariamente, ya que Llewelyn no le habría pedido entonces un gesto así. Y lo hizo con rostro ardiente pero ojo firme y brillante.

—Y ésta —dijo, levantándose— será mi última lealtad, y nunca renegaré de ella.

Entonces todos los presentes aceptaron con aclamaciones este acto voluntario, aunque tal vez Meredith ap Rhys Gryg encontrara que su asentimiento sabía amargamente en su boca, ya que tenía que perder a causa de la ganancia de su sobrino. Y Llewelyn no necesitaba recordatorio de esto.

—Fundamentalmente quedan por tratar dos asuntos —dijo, recuperando su lugar y su autoridad— ahora que el principal está zanjado. Este castillo de Dynevor, y también Carref Cennen, eran desde la muerte de su padre la herencia de lord Rhys, y deben

volver a él ahora. Y no olvido los grandes servicios de lord Meredith ap Rhys Gryg, que no deben menospreciarse. Sin embargo creo que hubo un tiempo en que los dos vivieron aquí, y que hubo espacio para ambos en los dos *cantrefs*, y así debe ser de nuevo. —Después continuó demostrando que sabía, recitando la lista de ellas, cómo se habían distribuido las propiedades en Ystrad Tywi entre aquellos dos en los días previos a que Rhys expulsara a su tío y le condujera a refugiarse en Gwynedd, recordando de este modo a ambos que si uno tenía agravios del pasado, el otro también, y que el silencio y la reconciliación serían mejores.

—Es mi esperanza y consejo —dijo después— que acordéis volver a aquella división recordando esto, Meredith, aunque estás perdiendo algo con el regreso de Rhys, ambos no sólo tenéis un enemigo cerca, sino también, juntos, los medios para extender vuestras propiedades comunes a costa del enemigo, no a costa del otro. Aferrarse a un castillo y perder de ese modo un aliado con cuya ayuda se podrían ganar tres castillos más no es una buena política. Juntos sois mucho más fuertes y podéis hacer muchas más que por separado, y ser más del doble de valiosos para la causa de Gales.

Rhys, que aún estaba aturdido y propenso a la emoción con la alegría y el consuelo de su recepción, ofreció su mano afectuosamente a su tío, y le prometió que por su parte renunciaba a toda enemistad hacia él, y pedía perdón y olvido por las revanchas que se había tomado sin piedad cuando tenía la ventaja. Y Meredith aceptó forzosamente la mano, aunque con menos entusiasmo, y concedió que el pasado, pasado estaba.

—Siendo así —dijo Llewelyn— aquí tenemos a un ejército más grande y eficaz con el añadido de Rhys y sus caballeros, y a un enemigo muy debilitado, y la suerte sólo espera que nos movamos. Vosotros —dijo a los dos Meredith— habéis aprovechado la repercusión de Cymerau asaltando los castillos que quedaron vacíos de hombres, y os corresponde controlar y guarnecer Laugharne y Llanstephan y Narbeth como creáis apropiado. Pero aún hay más que ganar. Si han recurrido a esas casas, lo mismo habrán hecho con otras que se encuentran más alejadas. ¿Qué nos impide marchar hacia el oeste a Dyfed, y asustar a de Valence, Bohun y FitzMartin?

Todos los hombres estuvieron de acuerdo con eso, y mientras

pudiese mantenerlos unidos ante la perspectiva de acción y botín, les tenía en la palma de su mano.

—Mi señor —dijo Rhys Fychan— con vuestro permiso, podemos aumentar nuestro número si se emplean dos o tres días. Había soldados de infantería a mi servicio que tuvieron que valerse por sí mismos cuando me dejaron entrar aquí. Dios sabe que no se les puede culpar por lo que hice, pero considerando lo que sucedió a continuación, dudo que quedaran muchos para cuando llegaron a Cymerau. Conocen este país, y para entonces aquello fue una huida precipitada; podrían haberse deslizado en las colinas, cada uno buscando su propia seguridad. Dadme dos días, y me pondré en contacto con un número suficiente para alcanzar al resto, y les ordenaré que vengan a casa. Si les llamo, acudirán.

—¡Bien pensado! —dijo Llewelyn—. Hazlo mientras nos preparamos. Y una cosa más, aunque no la menos importante. ¿Dónde está mi hermana? ¿Te viste obligado a dejarla al cuidado de los ingleses, en Brecon o Carmarthen? Puede que no sea tan sencillo traerla a salvo, pero debe hacerse.

—Por la gracia de Dios —dijo Rhys con gratitud— no está en ninguno de sus castillos. Dos semanas antes de que nos agrupáramos en Carmarthen la llevé a un convento de mujeres cerca de Hywel, con sus doncellas y los dos niños. Estaba a punto de dar a luz, y tuvo algunas molestias de mujeres que la asustaron un poco, y no estaba dispuesta a arriesgarse a tener su hijo allí en Brecon sin mí. Gracias a Dios los chicos no quisieron quedarse atrás, ya que entonces les habría obligado a marcharse. Hay una mujer santa entre las anacoretas de Hywel que es muy experta en partos, y mi señora la había visitado antes y quería estar a su cuidado. Podemos llegar a ellos sin obstáculo, y traerles a salvo al hogar.

—Déjalo estar hasta que haya dado a luz —dijo Llewelyn— si confía tanto en esta mujer santa. Si es necesario, podemos poner guardia alrededor el lugar, pero creo que el temor de las anacoretas podría servir aún mejor para mantenerla segura hasta que su espera acabe. Pero entonces —dijo—, llevas mucho tiempo sin noticias de ella, y ella sin saber de ti, y eso es algo malo en un momento así. Envíale un mensaje y tranquiliza su mente, además de la tuya.

Y así se hizo. Y Rhys, con gran regocijo y fervor, se dispuso a retomar el control de su castillo, y a hacer preparativos señoriales

para sus huéspedes.
Calculamos entonces que sólo teníamos tres semanas, o cuatro, para pasar aquí en el sur, antes de tener que regresar al hogar para encontrarnos con el amenazado ejército del rey Henry. Por tanto después de dos días salimos de nuevo de Dynevor, mi señor con su hermano, Rhys Fychan y los dos Meredith, todos a una y con buen ánimo. Los mensajeros de Rhys habían propagado la noticia de la restauración y la alianza galesa por bosques y colinas y a lo largo del valle del Towy, pidiendo a todos los que la escuchaban que la pasaran a otros, y tuvimos los primeros frutos de aquella siembra en nuestras filas cuando cabalgamos, buenos lanceros y arqueros que habían estado ocultos desde Cymerau, hasta que descubrieron hacia dónde soplaba el viento.

Nos dirigimos hacia el oeste desde Cantref Mawr, pasando al norte de Carmarthen, y nos desviamos hacia Dyfed, un país muy hermoso en esta estación veraniega, donde las nubes corren como corderos recentales sobre despejadas colinas verdes. Hicimos estragos y saqueamos en la linde de Cemais, haciendo gran daño a las tierras del señor William de Valence, que era el medio hermano del rey Henry, siendo uno de los hijos de la madre del rey en sus segundas nupcias con el Conde de La Marche. Este William era señor de Pembroke por derecho de su esposa, y era muy odiado en todo Dyfed, incluso por muchos señores fronterizos y barones ingleses, con lo que se derramaron pocas lágrimas por lo que hicimos a sus graneros y ganado y feudos. Pero al tener el tiempo justo, nos hicimos con una posición firme en Cemais asaltando el castillo de Newport, donde el Nevern desemboca en el mar, y desde allí hicimos continuas incursiones al sur hacia Rhos, y llegamos lo bastante cerca de Haverfordwest para poner muy nerviosa a la guarnición de Humphrey de Bohun. Así continuamos hasta la primera semana de julio, ya que la presa de los ingleses fronterizos era muy fuerte en este rincón de Gales, y ya habíamos hecho todo el daño que podíamos a aquel dominio en tan corto espacio de tiempo. Después nos retiramos ordenadamente, dejando una guarnición razonable en Newport, y regresamos rápidamente a Dynevor.

No hubo más revuelo del habitual en los patios cuando llegamos, y no tuvimos aviso alguno, salvo que había una joven que salió por el ruido de nuestra llegada para ver lo que estaba pasando,

y entonces dio una palmada y corrió a la gran sala para dar la noticia. Y apenas habíamos desmontado en el patio interior apareció otra figura en la amplia entrada, y bajó despacio y con cuidado los escalones hacia nosotros. Iba vestida lujosa y alegremente, su cabello recogido descubierto al sol, y había a su alrededor una aureola de regocijo y solemnidad, como si celebrara una fiesta propia. Por el negro de aquel cabello recogido, que era casi azul al sol, como el de David, y por la belleza de su rostro que sólo alzó cuando llegó al pie de las escaleras y se quedó al nivel del suelo, la reconocí. Había levantado aquellas mismas pestañas largas y ojos oscuros ante el rostro del rey Henry y le había deslumbrado, hace mucho en la sala de invitados de la abadía de Shrewsbury. Cierto, ya no era tan esbelta como entonces, su cuerpo había ensanchado con la madurez y con el parto de dos niños. O tres, más bien, ya que bajó los escalones con tanto cuidado y sólo alzó la vista cuando estaba al nivel del suelo porque llevaba en sus brazos a un niño. *Lady* Gladys había llevado a casa a su tercer hijo en cuanto tuvo las fuerzas suficientes para resistir el viaje, impaciente ante la feliz reunión que habían prometido los mensajeros de su marido.

Rhys la vio y dio un grito de triunfo y alegría, y soltando sus riendas antes de que el mozo pudiera cogerlas, corrió como un ciervo a abrazar a su mujer y a su hijo, lo que hizo, tras la impetuosidad de su acercamiento, con cuidado lento y reverente. La besó por encima de la cabeza del niño, sensible a su pequeñez y blandura, y después con una mano tímida echó para atrás el chal de su cara y le miró maravillado, como si no tuviese ya dos hijos, sino que éste fuera el primero en nacer, y un milagro.

Entonces miró a su alrededor hacia nosotros, y puso un brazo sobre los hombros de su esposa, y la llevó hasta Llewelyn, que permanecía inmóvil donde Rhys le había dejado, viéndoles acercarse. Observó el rostro de ella con seriedad penetrante y profundo asombro, como Rhys hizo con el niño. No la había visto desde hacía dieciséis años, y durante la mayoría de aquellos años todo lo que había sabido de ella era su implacable enemistad hacia él. Él lo tenía todo por aprender acerca de ella. Ella ya había aprendido algo, o eso parecía por su sonrisa, que era tenue, misteriosa y radiante.

—Mi señor —dijo Rhys— creo que has deseado largo tiempo que

tu hermana, que es mi esposa, te conozca mejor. Ella está aquí, a salvo, y desea lo mismo de ti.

Ella era mayor por un año, y mujer, y además, una mujer de gran aplomo, como su madre, y sin embargo ni siquiera ella sabía cómo empezar, ya que todo lo que había pasado se interponía ahora entre ellos, no como una barrera para ser asaltada, sino sólo como unos escombros ruinosos sobre los que trepar para poder alcanzarse el uno al otro, y era difícil encontrar un camino a través sin tropezar. David, que la habría abrazado y besado sin pensarlo, permaneció detrás de mi hombro y les dejó en paz. Sentí su mano cerrarse sobre mi brazo mientras les contemplaba, y supe que estaba sonriendo. David tenía muchas sonrisas. Ésta, retirada e inmóvil, afeminadamente tierna contra su voluntad, sólo pertenecía a Llewelyn. Pero nunca duraba mucho.

El niño era su salvación. El príncipe bajó la vista curiosamente hacia la diminuta cabeza, cubierta con pelo moreno, y la cara arrugada que llevan todos los bebés, y dijo:

—Me alegro de verte saludable y contenta, y que el parto haya ido bien. ¿Es otro niño?

—Lo es —dijo.

—¿Y fuerte y sano? Lamento que fuera yo quien te hiciera huir de Dynevor con él, cuando lo que más necesitabas era estar tranquila en casa.

—No ha sufrido daño alguno —dijo— ni yo tampoco. Está entero y perfecto. —Y apartó el chal para mostrarle, y Llewelyn tocó la encogida mejilla rosa con un dedo enorme y maravillado, y después introdujo ese mismo dedo delicadamente en el diminuto y explorador puño que buscaba a tientas en el aire. Los dedos del niño se cerraron sobre él con fuerza, y se agarró. Así sujeto, Llewelyn miró a su hermana con placer inocente, y preguntó, como suelen hacer los hombres acerca de los niños, valorando los símbolos:

—¿Cómo le llamarás?

—Ya tiene nombre —dijo—. Y confío en que crezca tan gentil, valiente y magnánimo como su tocayo. —Alzó la mirada hacia el rostro de su hermano, y dijo, ruborizándose mucho—: Se llama Llewelyn.

# CAPÍTULO XI

Fui a *Lady* Gladys por la noche, cuando ella se hubo retirado a la gran cámara tras dejar a los señores con su vino, y le hablé de Cristin, ya que pensé que no había que culpar a Llewelyn si olvidaba esta pequeña promesa entre todos sus triunfos y preocupaciones de aquel día. Y ella fue suave y cariñosa y amable, ya que estaba muy emocionada por lo que había sucedido, y completamente desarmada por todo lo que su marido le había contado del tratamiento dispensado por Llewelyn. Habló de su hermano con asombro y gratitud, y dijo que se alegraba de que tuviera un amigo tan leal y fiel como yo. Y habló de los años de su distanciamiento como de un mal sueño pasado con la noche.

—Si nos hubiéramos encontrado —dijo— no hubiera podido estar en su contra todo este tiempo. Seguramente le habría visto tal como es, honesto y generoso, más que sabio. Oh, Samson, que niñez más extraña tuvimos, que nos separó tanto y nos lanzó al mundo por caminos tan diferentes. Caminos —dijo— entre los que sólo él escogió el suyo propio, y contra grandes presiones, como veo ahora.

Le dije que él había dicho eso mismo, lamentando que fuera su única hermana y ni siquiera la conociera. Y ella sonrió, y dijo:

—Eso se remediará.

Después le pregunté si a mi señor, o a Rhys, ya que hasta esta visita no había tenido ocasión de hacerlo, se le había ocurrido preguntarle acerca de un caballero sin tierra que había estado al servicio de Rhys en
Cwn-du
, un tal Godred ap Ivor. Ella dijo que no lo habían hecho, lo que no me sorprendió teniendo en cuenta las emociones que habían vivido, y su total absorción del uno para con el otro. Pero incluso si se hubiesen acordado, dijo con pesar, ella no habría podido decirle

nada, ya que aunque muchos del ejército familiar de Rhys habían llegado a uno u otro de los castillos controlados por los ingleses en Ystrad Tywi, y que poco a poco se fue conformando el relato de los supervivientes, y reformando la partida de guerra, nada se había vuelto a saber de Godred. Cierto es, dijo, que se pensaba que algunos de los fugitivos de
Cwm-du
se habían desviado hacia los bosques de la Montaña Negra, al sur, y se habían puesto en manos del conde Richard de Gloucester, y posiblemente algunos se hubieran quedado en Glamorgan poniéndose a su servicio, pero ella no podía decir si Godred estaba entre ellos.

—Y seguramente —dijo— si viviera a estas alturas ya habría aparecido. Conozco bien al joven, ya que su esposa era una de mis mujeres, y me era querida. Y a decir verdad, podría decir que me alegra, si eso no es pecado, pensar que Godred tal vez esté muerto, y estoy agradecida de no tener que encontrarme con él cara a cara y responder a sus preguntas. Su esposa —dijo con pesar— murió en el bosque después de que huyéramos de Brecon, y no puedo quitarme ese peso de mi corazón ya que su muerte fue por mi culpa. Nunca debería haberla dejado que se arriesgara tanto por mí. Me ha pesado mucho desde entonces, y lo seguirá haciendo mientras viva.

Ante esto me quedé tan pasmado por el asombro y tan emocionado que me estremecí delante de ella y no pude hablar durante un tiempo. Ésta era una explicación que no se me había ocurrido a por qué la señora no había enviado a nadie a preguntar por Cristin. Había creído desde el principio que no había necesidad de preguntas de las que ya conocía la respuesta. Aunque fui tonto y lento en imaginar lo que le había persuadido y convencido de ello.

—Señora —dije, tan delicadamente como pude—, si podéis encontrar sitio en vuestro corazón para una alegría más en este día sin sufrir, creo que puedo proporcionárosla. Con vuestro señor, vuestras posesiones, vuestro hijo sano, vuestro hermano restaurado ¿podéis soportar otro regalo?

No pudo dejar de ver a donde la llevaba, y sus ojos oscuros se agrandaron con asombro incrédulo.

—Nadie ha muerto nunca de alegría —dijo—. Si pretendes decir lo que parece, oh, Samson, rápido, ¡dímelo! ¿Vive de verdad?

¿Cristin, la hija de Llywarch?

—Vive y está bien —dije— y segura bajo la salvaguarda de Llewelyn en el norte. Durante todo este tiempo hemos estado haciendo pesquisas acerca de su marido por ella, pero no pudimos alcanzaros en Brecon, para comparar nuestra mitad de la historia con la vuestra. Y, por mi vida, no veo cómo llegasteis a estar tan segura de que Cristin estaba muerta.

—Pero llegaron cabalgando deprisa tras nosotros —dijo, animada y nerviosa por el recuerdo— a través de la nieve de madrugada. Estaban alcanzándonos, nos deberían haber capturado antes de poder llegar a la ciudad, y Cristin se ofreció a despistarles a través del sendero del valle y a dejarnos libres para continuar a salvo si el ardid funcionaba. Conocía una cabaña en el bosque donde podía esconderse de ellos y dejarles pasar. Hizo todo esto por mí, y lo hizo bien…

—Lo sé —dije— ya que era el capitán de aquella compañía que os seguía, y Dios sabe que sin malas intenciones. —Me senté junto a ella y le conté toda aquella historia, mientras ella estaba quieta y callada, escuchando. Y al final dijo, en voz muy baja:

—¡Nos tratamos de manera muy extraña! A pesar de todos los horrores que imaginé, detrás de nosotros sólo cabalgaban hombres corrientes, no monstruos. Si hubiera sabido que eras tú, habría estado más tranquila y dispuesta a confiar. Y sin embargo no tenía esa confianza en *él*. Y tú sabes y yo sé que han sucedido cosas como las que imaginé, y volverán a suceder siempre que haya una guerra. No hay una distancia tan grande entre hombre y monstruo. Y lo que creí posteriormente no era tan difícil de creer. Has de saber que ella no vino. Ella dijo que si el camino estaba despejado y los perseguidores pasaban sin detenerse en la cabaña, regresaría al sendero de las tierras altas y nos seguiría. Conocía el terreno tan bien como cualquiera de nosotros, y ella no tenía miedo de cabalgar en solitario. Pero si tenía motivo para considerar peligroso salir del escondite, pasaría la noche, si surgía la necesidad, y esperaría que mandáramos a buscarla. Y esperamos en Brecon, pero nunca llegó.

—Pero ¿mandasteis a alguien a buscarla por la mañana? —dije.

—Lo hicimos. Y seguramente recuerdes lo que nos encontramos. —Se apretó las manos en el regazo y las retorció, recordando, ya que en el pesar recordado y convertido en regocijo hay un placer

muy doloroso—. En la cabaña, cenizas de una fogata, pisadas de muchos pies, y sangre. Pero Cristin no. Alrededor de la cabaña las huellas de pezuñas de muchos caballos. Y cuando registraron algo más lejos alrededor de aquel lugar, estaba el sedimento hueco con hojas y mantillo, y en él, cubierta con piedras, una tumba reciente…

—¿Creísteis que era suya? —grité, taladrado repentinamente por la comprensión.

—¿Qué otra cosa podríamos pensar? Parecía tan claro como el día, y tan negro como la noche. Creímos que se había refugiado allí como pretendía, sólo para ser descubierta por los hombres que ella había atraído lejos de mi rastro. Oh, Samson, ¿no puedes ver cómo habría sido, si ellos hubieran sido lo que yo suponía? Desprovistos de su éxito mediante engaños, teniendo que presentarse ante su señor tras su fracaso, y esta criatura en sus manos, la muchacha que les había puesto en ridículo y permitido mi huida. Creímos que se habían divertido con ella durante toda la noche, y al alba la habían matado y enterrado. Cosas así han sucedido y volverán a suceder, en todas las épocas. Lo sabes tan bien como yo —dijo.

Lo reconocí, ya que era cierto. Aunque por la gracia de Dios tal vez algún día estas cosas cesen. Pero ¿en este mundo? ¡Quién sabe!

—¿No registrasteis la tumba? —dije, ya que eso también me importaba.

—No. Y durante dos días a partir de entonces nevó copiosamente en las colinas, y pasó una semana o más antes de que pudiéramos regresar allí. Esa vez yo fui con ellos. La tumba había sido abierta. Las piedras estaban a un lado en un montón, y la oquedad estaba vacía. Los religiosos de Talley y Llywel y Llangefelahc habían estado ocupados recogiendo y atendiendo a los muertos, y ésta era la obra de hombres de reverencia. No hicimos más preguntas.

—Él está enterrado en la abadía de Talley —dije—, Meilyr, el marido de mi madre, donde rezó para que descanse en paz, y su alma esté plena de dicha, ya que tuvo poca felicidad en este mundo. Pero Cristin está viva y sana en Bala, o quizá en Aber si la familia de Goronwy se ha trasladado allí, y no tienes por qué llorar más su pérdida. Si salimos a salvo de esta campaña de verano, y si eso es lo que ella desea, y lo que vos deseáis, volverá a vos.

Y ella estaba tan agradecida y emocionada, que mi resolución para mantener silencio se resquebrajó, y la habría contado, aunque de manera escasa y pobre, algo de lo que sentía por Cristin, la hija de Llywarch, lo que nunca había contado a nadie, ni a Llewelyn, que conocía el interior de mi corazón por encima de cualquier otro asunto. Pero mientras estábamos de este modo absortos en nuestros recuerdos y sueños, ella agradecida y tierna, yo en peligro de traicionarme a mí mismo, llegó Llewelyn con su brazo alrededor de los hombros de Rhys, y detrás de ellos David con el segundo hijo de Rhys subido sobre sus hombros y conduciéndole como un caballo encabritado, y el hijo mayor de Rhys, también llamado Rhys, cogiendo a su hermano del tobillo y haciendo todo lo posible por tirarle. Y hubo tantas risas y ruido que nos vimos liberados de toda solemnidad hasta que se ordenó a los muchachos que se fueran a la cama, cosa que hicieron de mala gana. David siempre había tenido encanto para los niños, igual que para sus mayores. Más aún si eran mujeres, pero los hombres tampoco tenían cura.

Después contamos esta historia de nuevo a aquellos tres príncipes. Y Llewelyn, contando los días, dijo que aún teníamos tiempo para hacer una pequeña incursión en Glamorgan, no sólo para ponernos en contacto con cualquier hombre de la guardia de Rhys disperso allí, para que volvieran a su lealtad hacia Dynevor sin miedo si querían abrazar la causa galesa con su señor, sino también para enviar un mensaje muy diferente al conde Richard de Gloucester, que había vivido una vida demasiado tranquila y sosegada en su señorío del sur. Y así se acordó, aunque nos acercábamos a mediados de julio, y el ejército real estaba convocado para principios de agosto en Chester.

—Hicimos todos los preparativos antes de venir al sur —dijo Llewelyn, impertérrito— y Goronwy supervisará que todo esté listo para ese día. Aún tenemos tiempo para una aventura más antes de ir a rechazar al rey Henry y a su hueste. Y aunque creo que hay muy pocas esperanzas, si por algún casual podemos recuperar un marido perdido para nuestra pastora de Bala, ése sería un final apropiado para nuestra campaña, y un buen regalo para llevarnos con nosotros.

Pero David estaba callado, aunque normalmente habría sido el primero en aplaudir dicha audacia. Y sus ojos estaban clavados en

mí, como supe antes siquiera de mirarle, y tenían un azul frío y triste, y veían, como siempre, demasiado, demasiado claramente, y demasiado hondo.

Sin embargo, fuimos, dejando Dynevor dos días antes de lo previsto, para disgusto de *Lady* Gladys, que había disfrutado mucho con esta reunión inesperada con sus hermanos. En ella había algo de David, sin su perspicacia, ya que ponía todo su ser en lo que hacía, ya fuera el amor o el odio, y la gratitud llegaba tan impulsivamente como esos sentimientos, tanto que después de su generosa y hábil defensa de la causa de su marido entre sus iguales ahora no había nadie en el mundo para ella igual a Llewelyn, contra quien en el pasado había sido implacable.

Fuimos al sur por Carreg Cennen hasta Neat, y desde allí nos dirigimos durante dos días hacia el este a lo largo de las lindes de las tierras del conde, saqueando sus señoríos y arrasando sus defensas, con poca resistencia. Estaban tan desprevenidos ante nosotros —ya que creo que habían pensado que ya estábamos de camino hacia el norte, al estar tan cercana la amenaza del rey— que pudimos partir en dos, e incluso en tres, nuestras fuerzas, y así abarcar más terreno del que habríamos podido con un solo ejército, aunque sin intentar el asalto sobre ningún lugar fortificado mientras estábamos divididos de ese modo. Después nos reunimos de nuevo para atacar al castillo de Llangynwyd del conde, al estar cerca y no demasiado preparado para rechazarnos, ya que aunque bien guarnecido estaba bastante desmoronado.

La guarnición planteó una resistencia breve. Creo que muchos de ellos eran galeses que no sentían mucho afecto por su señor. Después, cuando llevamos la lucha al interior del castillo, muchos de ellos escaparon por un postigo y huyeron hacia los valles de los riachuelos que flanqueaban el castillo, donde había bosques para cubrirles, y así se dispersaron para refugiarse en dos o tres feudos fortificados que pertenecían al conde, que podían alcanzarse fácilmente desde aquel lugar.

Llewelyn no tardó en pensar que entre aquellos que huían podría haber algunos de los hombres de Rhys, aún desconocedores del cambio en la suerte de su señor, y ninguno demasiado contento al servicio del conde inglés. Por tanto destacó tres pequeños grupos para batir los bosques en la dirección de aquellos señoríos, y

aceptar, si podíamos, a tantos rezagados como quisieran aceptar servir a Gales, mientras él y la mayor parte de nuestra hueste arrasaban las defensas de Llangynwyd, para dejarla insostenible contra nosotros durante algún tiempo en el futuro. De estos tres grupos me dio uno, y cabalgamos hacia el este, descendiendo desde las tierras altas donde se encontraba el castillo hacia un valle fluvial arbolado y fértil y hermoso. No éramos más que siete hombres contando conmigo, y teníamos órdenes de no arriesgarnos contra compañías armadas, sino usar nuestras lenguas galesas para convencer a los galeses, y dejar en paz a los ingleses. Así lo hicimos, y enviamos a varios combatientes prometedores de vuelta a Llangynwyd con señales de parte nuestra para asegurarles la bienvenida.

Habíamos alcanzado los límites de nuestro territorio, y acampamos durante la noche antes de regresar, ya que el tiempo era cálido y suave, y teníamos muchas provisiones y buenos caballos por si necesitáramos eludir algún ataque inesperado. Colocamos dos piquetes ante dicha posibilidad, y descansamos por turnos en la hierba bajo los árboles. No estábamos lejos de uno de los pequeños y limpios ríos de aquel país, que nos cubría el flanco sur con un tramo de sus aguas, y al alba, despertando, pensé con deleite en aquel arroyo fresco, y caminé hasta sus orillas para bañarme. Como el lecho del río era pedregoso y turbulento donde se desgastaba el canal curvado, pensé que tal vez hubiera un estanque tranquilo más abajo, donde el terreno se despejaba un poco, aunque seguía estando bastante arbolado, y por tanto caminé en aquella dirección, y vi que era como había supuesto. Tiré mis ropas en la hierba entre los árboles, y estaba a punto de cruzar el césped despejado hasta el suave declive de la orilla, cuando escuché un leve chapoteo como el de un gran pez ascendiendo, o un buceador entrando en el agua, y me quedé helado donde estaba, aún a cubierto. Y un instante después escuché a alguien detrás de mí, no a mucha distancia pero oculto más allá de los alisos plateados, comenzar a cantar fragmentos acuosos mientras nadaba, una alegre canción de amor.

Era una voz aguda y agradable, y cantaba en galés. No sabía si volver y ponerme la ropa, ya que aquél evidentemente era galés, y también era evidente que estaba solo, ya que ningún hombre canta

así salvo para su disfrute íntimo. Y si ésta era una de aquellas almas perdidas que estaba buscando, no podría asustarle si llegaba a la orilla como estaba, tampoco debería tener mucho que temer ante su desnudez. Entonces pensé en acercarme, aún a cubierto, ya que pensaba que había entrado en el agua desde mi lado del río, y debía de haber dejado su ropa en algún lugar cercano. Por tanto anduve con cuidado entre los árboles, y encontré que había dejado sin vigilar algo más que calzas y camisa, ya que había un caballo paciendo atado a un largo cabestro en el prado, y una silla y unos arreos de cuero y una lanza apoyados en el tronco de un roble. Su espada se encontraba al lado, y un sudadero con su capa atado a él. ¡Éste no había huido de Llangynwyd totalmente desamparado!

Situándome de este modo entre él y sus armamentos, tenía ventaja sobre él, y no necesitaba demostrarla en modo alguno. Bajé a través de los árboles hasta la orilla, que descendía hasta una pequeña hoz de grava.

Allí estaba en medio de la corriente, girándose y zambulléndose como un pez reluciente, y mientras yo miraba nadó vigorosamente hacia la orilla opuesta, sacó dos brazos largos y musculosos del agua y se impulsó para girarse y sentarse en la corta hierba, sus pies colgando sobre los bajíos. En el momento de volverse de este modo me vio, y se quedó bruscamente quieto y callado, aunque sólo por un momento. No con sorpresa o miedo, sino con la cautela salvaje de los animales del bosque, me miró, evaluó y sopesó, y estuvo seguro de ser capaz de dejarme atrás o ser más listo que yo si surgía la necesidad. Se rió y dijo:

—¡Buenos días, Adán! Pero hubiera preferido que fuera Eva la que viniera. —Sacó una larga pierna del agua, y envolvió sus brazos alrededor de su rodilla y me estudió como yo le estaba estudiando a él, con su cabello húmedo aplastado sobre su frente y sienes, y las gotas corriendo por los rizos marrones-dorados que enmarañaban su pecho.

Era unos cuantos años más joven que yo, y de proporciones elegantes y hermosas, extrañamente rubio para un galés. Los rizos que ondeaban sobre su frente no parecían más oscuros que el trigo, incluso empapados de agua de río, y secos parecían casi rubios. Alrededor de su mandíbula y labios llevaba una corta y brillante barba dorada, pero era evidente que por lo general iba afeitado

como un clérigo. Bajo sus relajadas cejas doradas me observaba con redondos ojos castaños, ya que yo aún no había hablado, y ¿qué otra cosa puede tener un hombre desnudo para hacer ver si es inglés o galés si no su lengua? Recordé que este jovial y alegre joven tenía, a pesar de su rostro suave, músculos magros y largos. Pero no pude estar seguro si tenía más motivos para esquivar la pelea con un inglés o un galés.

—No tienes que preocuparte —dije en su propia lengua, y vi relajarse sus hombros y ensancharse su sonrisa— al menos no soy la serpiente. Tu bestia y tu equipo están a salvo de mí, pero para que no se te ocurra hurgar en mis pertenencias, debo decirte que somos siete, y con un silbido llegaría corriendo el resto.

—¿También galeses, como tú? —dijo.

—Todos ellos.

Hizo que un labio pensativo sobresaliera hacia mí, y dijo con seguridad:

—¡Pero, que yo sepa, *tú* no estabas en Llangynwyd!

—Entonces no sabes bien, ya que estuve, y también estuvieron todos. Pero en el otro bando. Y estate tranquilo, no queremos hacer daño alguno a ningún hombre que huyera de allí, no si es galés. Tenemos un mensaje para ti. ¿Dónde pretendías dirigirte ahora? ¿A uno de los feudos de Gloucester?

No respondió a eso enseguida, sino que se rió para sí, y se volvió a deslizar en el río.

—Ven —dijo, dando brazadas con la fuerza justa para mantenerse inmóvil contra la corriente— puesto que supongo que es para lo que viniste. Hay bastante agua para dos, y no tengo prisa. —Se dio la vuelta y se zambulló desapareciendo de la vista, para reaparecer a mi lado del profundo riachuelo.

Me tiré al agua y me uní a él, y nadamos un poco, y nos tumbamos juntos después en los bajíos, dejando que el frescor del arroyo corriera por encima de nuestros hombros hasta nuestros lomos. Volvió a bajar la cabeza en el agua hasta que sólo el óvalo de su rostro rompía la superficie, y su cabello se destacaba ondeando de sus sienes como hierbas amarillas o helechos pálidos.

—A decir verdad —dijo entonces— me preguntaba cuál sería la siguiente maniobra. Nunca me entusiasmó demasiado el servicio al conde Richard, y en cualquiera de sus feudos tal vez no encuentre

una recepción demasiado cálida, ya que creo que fui el primero en salir por el postigo de Llangynwyd, y con caballo y arreos que no eran míos hasta ayer. Y aunque tengo un hermano que es señor de un feudo en Brecknock, me temo que hace algunos años hice que aquel santuario me quedara vedado, cuando su esposa era joven y bella. Y no puedo volver a mi viejo servicio en Dynevor, puesto que Rhys Fychan fue expulsado, y su tío Meredith no es amigo mío.

—Entonces no has escuchado las nuevas —dije—. Rhys Fychan vuelve a estar en Dynevor, y ha jurado lealtad al príncipe Llewelyn y a su confederación de Gales, y el mensaje que tenía para ti es que la puerta está abierta para cualquiera que quiera recorrer ese camino con él. Puedes regresar cuando quieras, y allí no vendrá mal el obsequio de uno de los caballos de Gloucester. O tal vez quieras ir con nosotros, ya que volvemos a Llangynwyd, y después al norte hacia Gwynedd.

—¡No! —gritó entre el deleite y la incredulidad, y se alzó en una fuente de gotas centelleantes para mirarme fijamente—. ¿Es eso cierto? ¿Ha cambiado de bando Rhys, y ha sido bien acogido? ¿Cómo ha sucedido esto? Creía que era una enemistad irreconciliable en ambos bandos.

Le conté brevemente como fue, y se volvió a sumergir en el agua con un grito de alegría.

—¡Me alegro! —dijo, quedándose quieto y recto allí como un hombre ahogado—. Fui hombre de Rhys hasta que Llewelyn le derrotó, y de igual gana volvería a ser su hombre, más aún si ha abandonado su lealtad a los ingleses. Cabalgaré contigo alegremente. ¡Dijiste la verdad, no eras una serpiente, sino una voz angélica! ¿Puedo saber quién es el que viene a señalarme mi camino? ¡Seguramente jamás dos amigos vieron más de ellos mismos en su primer encuentro! —Y soltó una carcajada. La suya era una cara que conocía la risa, como mostraban sus arrugas.

Le dije que era Samson, el escribano de Llewelyn, y pregunté a cambio su nombre. Lo pregunté con toda inocencia, de tan agradable y extraño que fue este encuentro, casi como si transcurriera en un sueño. Hasta entonces, cuando desperté.

—Me llamo Godred ap Ivor —dijo, tranquilo y contento, con sus ojos cerrados.

El intenso y tónico frescor del agua se convirtió de repente en

severo hielo fluyendo por pecho y vientre y muslos, y así se quedó la sangre en mi interior al escuchar el nombre. Y él estaba aliviado y sonriendo y ciego junto a mí, su cabeza inclinada hacia atrás, los enormes párpados recorridos por venas suaves y quietos.

Me levanté con infinito cuidado sobre mi codo y bajé la vista para mirarle, así inconsciente, sin saber lo que me había hecho, sin sentir nada de la inmensa pérdida y congoja que pesaba en mi corazón, llenándome lentamente como dolor vertido de un recipiente. Miré a nuestro alrededor, y no vi ni escuché a otro hombre, nadie que supiera que le había encontrado en este lugar. Todo lo que tenía que hacer era llenar una mano con ese cabello flotante, arrastrar su cabeza debajo del agua, y rodar encima suyo para sujetarle hasta que se ahogase. Y nadie lo sabría. ¿Qué sería sino un caballero fugitivo que había dejado caballo y arreos y se había ido a bañar en un río cuyas corrientes no conocía? Durante meses le habían dado por muerto. Un gesto tan breve y sencillo para hacerlo realidad, y Cristin quedaría libre.

Fue un momento tan terrible de tentación, y vino a mí como un relámpago en un cielo despejado, que ni siquiera ahora puedo soportar recordarlo. Creo con todo mi corazón que no existe hombre que no pueda matar, si se da la circunstancia irresistible y la ocasión. Y si no lo hice, no fue por alguna resistencia honorable por mi parte, fue por Cristin, que no le quería muerto, sino vivo.

Y yacía junto a mí en su bella desnudez, la peor ofensa de todas, arrogantemente seguro de su invulnerabilidad, sin sentir nada, ni temer nada.

—Levántate pues, Godred ap Ivor —dije, cuando pude hablar sin ahogarme o blasfemar—, y sécate mientras te cuento algo que te incumbe a ti, y sólo a ti. Conozco ese nombre desde hace meses. Te he estado buscando todo este tiempo.

Ante eso abrió desmesuradamente los ojos, con sorpresa e interés pero sin preocupación, y saltando en una gran ola de agua, llegó a la orilla donde el sol naciente doraba la hierba, y a falta de tela o pañuelo para secarse, comenzó a bailar y a dar vueltas al sol. Le seguí hasta la orilla más despacio. Incluso la noche había sido cálida y suave, y la mañana llegaba con un calor palpitante.

—Siento el honor de haber atraído tu atención —dijo Godred, palmeando sus brazos a la altura de los hombros—. Pero es un

misterio para mí el cómo o el porqué. ¿Qué tienes que decirme?

—Tenías una esposa —dije, las palabras llegando espesas y lentas hacia mi lengua— que estaba al servicio de *Lady* Gladys, y huyó con ella de Dynevor el pasado diciembre.

—Tenía —dijo, repentinamente quieto, y mirándome con rostro reservado y ojos entrecerrados.

—Después de aquella huida, ¿intentaste buscarla? Ha pasado mucho tiempo, siete meses.

Debió haber sentido cierta censura en mi tono, ya que su voz fue defensiva cuando dijo:

—Al principio no tuve oportunidad, ya que estuve dos meses curando mis heridas tras
Cwm-du
, y sabía muy poco de dónde me encontraba, o qué había sido de mí. Después, sí, envié mensajes a todas partes. En Brecon me dijeron que estaba muerta.

—Eso creían en Brecon —dije.

—¿Quieres decir que no lo está? —dijo despacio, mirando fijamente.

—Está sana y salva. Ella está en Gwynedd, viviendo en la corte de Llewelyn y bajo su protección.

Dudó, frunciendo el ceño, observándome atentamente.

—¿De verdad? —dijo—. ¿De verdad está viva? ¡Por qué me mentirías!

—No lo haría. Ella vive, y no ha sufrido daño alguno más que el daño de no saber si estabas vivo o muerto.

—Pero ¿cómo? —gritó—. ¿Cómo sucedió todo?

Le conté, tan resumidamente como pude.

—¡Dios misericordioso! —dijo, como un hombre ensimismado—. ¡De qué manera tan extraña hace su trabajo la providencia! Ella llorándome a mí, y yo llorándola a ella, y ¡de repente este regreso a la vida! ¡Llévame contigo a Gwynedd! No vendrá mal uno más en el ejército de Llewelyn, con la hueste real convocada para dentro de dos semanas, y la causa de Gales es la misma en el norte o en el sur. ¡Déjame cabalgar contigo para traer a Cristin a casa!

Le dije que ésa era nuestra intención, y que era bienvenido, yo, que había estado a punto de cerrar mis dedos para arrastrarle por los pelos bajo el agua y allí ahogarle. Ese pecado estaba pasado, y

podría confesarlo y arrepentirme de él. En cuanto al terrible pecado de desear haberlo hecho, ése permanecería conmigo y se repetiría interminablemente durante muchos años, si la juventud de Godred no era segada por algún accidente de guerra que me ahorrara el asesinato.

—Y será mejor que nos movamos —dije, acabando— o echaremos a perder casi todo el día.

Consideró aquello una aceptación, y fue a vestirse, y yo también. Poco después llegó llevando a su caballo a través de los árboles hasta mí. Vestido, parecía algo más delgado y frágil de lo que yo había visto que era, y más joven, ya que la suya era una cara que siempre mantendría su aspecto muchachil.

Tan alegremente como había cantado, antes de que posara mis ojos sobre él, ahora iba silbando. Se alineó junto a mí, el caballo paciendo entre nosotros, y comenzó a hablar de Cristin, como si su milagrosa recuperación fuera la única fuente de su exultante alegría de corazón. Aun así yo sentía constantemente que su carácter era así. Sin embargo, habló hermosamente de ella, teniendo sus palabras un sentimiento que habrían hecho honor a un bardo. Su voz, también, era una de sus principales virtudes, esa voz aguda y pura para la que los músicos adoran componer canciones.

Al estar aún lleno de amarga curiosidad personal acerca de él, ya que me había quitado toda mi esperanza actual y toda mi tranquilidad, y me había mostrado mis propósitos asesinos, estaba observándole cualquier cosa que podía ver de él mientras caminábamos, y como el caballo estaba entre nosotros, sólo podía entrever por encima del oscilante cuello del animal su cabello amarillo rizándose a medida que se secaba, aclarándose hasta el color de los tallos de trigo antes de madurar, su perfil de vez en cuando, ilusionado y descubierto, y bajo el vientre redondo del caballo la ágil y holgada zancada de sus largas piernas. Y después de todo esto, observé la mano izquierda que era visible para mí, sujetando la brida. Era fuerte y morena, con anchos nudillos y una muñeca poderosa y lisa, bastante buena para un arquero. Y en el dedo meñique llevaba un anillo. Un anillo liso de plata con un engarce oval como sello. Pude verlo claramente, ya que se encontraba muy cerca por debajo de mis ojos, con lo que no pude haber confundido el dibujo profundamente grabado del sello, una

mano pequeña cortada por la muñeca, sujetando una rosa.

Entonces supe lo que Cristin había sabido cuando miró el anillo que le entregué a Meilyr, y cuando después, durante la cabalgata juntos hacia el norte, le dije cómo obtuve ese anillo, y lo que significaba para mí. Y comprendí al fin por qué me había instado a dejar de lado todo pensamiento acerca del padre que nunca había conocido, y a que no pensara más en la mano y la rosa. «Bien por ti —había dicho— si entierras con el anillo todo lo que significaba, y descansas contento con el presente y el futuro, olvidando el pasado».

Y al fin supe, demasiado tarde, escuchando su voz en mi memoria tan insistente y apasionada, cómo me había engañado a mí mismo y la había fallado, confundiendo tan toscamente lo que quería decir cuando me dijo que no tenía que temer de su armadura contra David, puesto que estaba atada, su corazón y todo su ser. Y sin embargo estaba casada, y ¿qué podíamos hacer ella o yo sino recordarlo? ¡Quisiéramos o no!

Pero él no era culpable de ninguna parte de esta maraña de congoja, y él también tenía derechos, este joven que caminaba paso a paso a mi lado, tan parecido, en quien no pude dudar que contemplaba al fin al hijo menor de mi padre desconocido. No sólo fue el anillo el que me lo dijo, aunque el anillo fue la llave que abrió el cerrojo de mi conocimiento. No, ahora ya sabía qué había sido tan inquietante para mí acerca de aquel encuentro de dos bañistas desnudos mirándose a través del río, acerca de aquella cara y su forma, aquellos ojos y sus cejas arqueadas. Aunque él era rubio y yo moreno, él bien parecido y yo sencillo, él demasiado alegre y yo demasiado serio, estábamos sellados y firmados como de la misma acuñación, imágenes reflejadas el uno del otro, mi hermano Godred y yo.

No le conté nada de mi nacimiento, ni le pregunté nada del suyo. Le llevé hasta Llewelyn en Llangynwyd, y le presenté como una clemencia milagrosa, un acto generoso de Dios. La alegría de mi señor por este regreso del perdido fue toda la alegría que esperaba obtener del suceso. Para él no sólo era una gracia inesperada, sino un presagio favorable.

—Ahora creeré —dijo, saludando a Godred— que la bendición de Dios está con nuestras armas, ahora que se ha alcanzado

felizmente este objetivo prometedor, que no deseábamos para gloria nuestra. Teníamos poco derecho, tras tanto tiempo, a esperar encontrarte, y aquí estás. Un estímulo viviente para esperarlo todo, incluso lo imposible.

Así lo vio él, y me alegraba por él, ya que íbamos a regresar a Gwynedd, adonde David ya había ido por delante con la vanguardia, para afrontar un ataque de fuerzas superiores con mucho en número y equipo a las nuestras, y era bueno que fuéramos con ánimos elevados. Y eso hicimos. Debo reconocer que Godred tenía todas las gracias y encantos que debería tener un joven; su porte, su impaciencia por llegar a su mujer, su gratitud por haberle sido devuelta, todo era adecuado y conveniente, y su contemplación era conmovedora. Durante todo aquel viaje al norte pasó mucho tiempo conmigo, y no pude abandonarle o evitarle, para no hacer ver a otros el debate que sentía en mi interior.

Así regresamos a Gwynedd el vigésimo séptimo día de julio, y en los vados de los ríos comenzamos a encontrarnos con custodios que salían de sus escondites al acercarnos para mostrarnos el camino seguro a seguir, puesto que ya se habían cavado los principales vados, y derrumbado los puentes más vulnerables. Muchos de los *trefs* de las tierras bajas habían sido abandonados, yendo sus habitantes con todas sus pertenencias a las montañas. Parecía que Goronwy había hecho su trabajo minuciosamente, y había poco que Llewelyn tuviera que hacer salvo situar sus fuerzas donde prefiriese, y tenerlas listas para la acción.

—Vendrán por la ruta del norte cerca de la costa —dijo—, ya que por encima de todo querrá socorrer y aprovisionar Diserth y Degannwy. Y dejaremos que lo haga, viendo que no puede permanecer acampado en aquel lugar para siempre o dejar allí su flota de la costa del sur. No merecería la pena desperdiciar las vidas de hombres buenos poniéndonos obstinadamente en su camino. En cuando se haya ido podemos volver a romper cualquier cadena de aprovisionamiento que deje detrás.

Había esperado y temido que Cristin siguiera en Bala, pero todas las mujeres de la corte se habían retirado al castillo de Dolwyddelan, en lo alto de las montañas de Snowdonia. Cuando llegamos a aquellas comarcas Llewelyn, tras haber decidido establecer su base y cuartel general en Aber, donde podría gobernar

la costa norte, dio a Godred su permiso y bendición para cabalgar directamente a Dolwyddelan para reunirse con su esposa, y quedarse con nosotros o trasladar su hogar al sur con él, según lo que decidieran juntos. El príncipe le dio un guía para que le llevara allí cuanto antes, puesto que no conocía nuestros senderos del norte, y como es natural, me asigno esa tarea a mí. Dijo con toda su buena voluntad que sólo yo me lo había merecido. Y en mi corazón confesé a Dios que era verdad, y que era un castigo apropiado que devolviera a mi querida amada el marido desamado de cuya muerte mi conciencia era culpable, aunque no mi mano.

Luego cabalgamos juntos y en solitario, y Godred fue diligente en sus atenciones hacia mí, y yo, a causa de mi amargura, le atribuía toda clase de motivos que quizás nunca fueron suyos: como que le adulaba porque tenía ambiciones en este nuevo servicio, y había visto que contaba con la confianza de Llewelyn, y podría favorecerle; o que si no se ganaba mi favor podría perjudicarle; o que sentía que yo tenía ciertas reservas acerca de él y deseaba disiparlas. Pero nunca, lo cual tal vez hubiese sido lo verdadero, que sentía verdadera amistad y gratitud hacia mí, y lo demostraba como cualquier otro hombre.

Sabía que era injusto con él. Sabía que no tenía razones para echarle en cara mi resentimiento o mi dolor, y sin embargo mi ingenio continuaba encontrándome esas razones. Recordaba cosas acerca de nuestro encuentro que entonces no habían significado nada, y probablemente siguieran sin significar nada, y las buscaba sentido. Recordaba su buen humor, como si no tuviera preocupación alguna en el mundo, él que había perdido a Cristin, el tesoro que yo nunca había poseído, y que ya nunca poseería. Pero era jovial por naturaleza, lo que no es pecado, y había aceptado el hecho de su pérdida muchos meses antes. ¿Acaso tenía que llorar todos y cada uno de los días? También estaba eso que había dicho acerca de un hermano —¡mi mundo estaba ahora poblado de hermanos!— que tenía un feudo en Brecknock al que Godred no podía ir por algún asunto con la joven y bella esposa de su hermano. Pero aquel suceso pasado podría haber sucedido antes de la boda de Godred con una esposa que tenía más que juventud y algo mejor que la belleza. En realidad, tal vez nunca hubiera sucedido, si era uno de esos alardes que los jóvenes alegres usan

ante un extraño, deseando no mostrar demasiado de sus auténticas y quizás inquietas personalidades. No se le podía tener en cuenta.

No caí en la cuenta hasta que estábamos acercándonos a Dolwyddelan que había otra cuestión preocupándome, con mejor motivo. Algo no cuadraba en el relato de sus actos desde Cwn-du. Había dicho en su propia defensa, cuando le pregunté acerca de los esfuerzos que había realizado para encontrarla, que durante dos meses había estado muy mal por sus heridas, apenas vivo para pensar en dicha búsqueda.

Pero yo me había sentado desnudo junto a su desnudez en el agua, le había visto girar y saltar mientras nadaba, y estirar sus brazos al sol mientras se secaba. Y en ningún lugar de todo aquel cuerpo hermoso y atlético había marca alguna o cicatriz o arruga o pequeña herida. Ni una manchaba su suave blancura.

En el patio exterior de Dolwyddelan se nos dio el alto y nos condujeron al interior, sobre las zanjas, y subiendo el montículo rocoso hasta el patio interior y la sala. El lugar bullía con actividad, y estaba bien guarnecido, puesto que muchas de las mujeres nobles estaban allí para su seguridad en este mes peligroso. Y ahora que estábamos allí, Godred se quedó callado y casi avergonzado, todo lo cerca que pudo llegar a ese estado, y me dejó que fuera primero y lo solucionara todo. El castellano de Llewelyn vino a nosotros mientras desmontábamos, reconociéndome, y le dije que teníamos un recado para Cristin, la hija de Llywarch, pero no de qué se trataba, ya que deseaba con un anhelo intolerable y ardiente saber lo mejor y lo peor, y eso sólo lo podía ver en su rostro, cuando llegara inocentemente a ver quién preguntaba por ella. Y si esto fue una crueldad, rezo porque tal vez sea excusada por la necesidad cruel de la que nació.

Y a causa de esta misma necesidad desesperada no quise ir dentro, sino esperarla en la blanca luz del sol del patio, para que no hubiese sombras que me ocultasen cualquier temblor de emoción y sentimiento que atravesara su mudo pero elocuente rostro. No culpo a Godred si se preguntaba por esto. Pero creo que no se hacía preguntas, ya que en aquel verano vivió de buena gana a la intemperie, y podía haber estado contento como un pájaro, sin techo ni nido tras la nidada de la primavera. Quizá se preguntase

por otras cuestiones, ya que observaba la puerta tan insaciablemente como yo. Si no hubiera estado tan alegre e iluminado por el sol, habría dicho que estaba nervioso por la bienvenida que ella le dispensara.

La gran puerta de la sala aparecía negra como la entrada de una cueva, estando el sol en un ángulo que se inclinaba a través de la abertura pero alcanzaba sólo un paso aproximadamente hacia el interior, donde no había nada sobre lo que posarse, hasta que llegó ella. Por tanto salió de repente refulgiendo de aquella oscuridad como una estrella, con tal ímpetu que sus faldas danzaron como al viento, y al deslumbrarse por el torrente de luz en su rostro, se detuvo igual de bruscamente y se quedó completamente inmóvil en el escalón superior hasta que recuperó la vista. Y tras haberla recuperado, me buscó con la mirada.

No quedaba una pizca de cautela en mí para dudarlo, ya que la vi de cerca y claramente, y no había duda. Era tan luminosa que no había manera de soportar su fulgor. Cuando la avisaron de que la esperaba un mensajero, sabía qué rostro debía tener el mensajero. Se quedó quieta sonriendo y esperando alegremente, y su mirada barrió el patio como un rayo del mismo sol, y me iluminó, y quedó satisfecha. Dio un paso adelante para reunirse conmigo, y sus manos surgieron como si se llenaran con calor y luz. Después, tras haberme encontrado, junto a mí le encontró a él.

No puedo decir que el sol se ocultara, ya que era todo lo dorada que se podía ser sin ser propiamente de oro. Pero era una figura esculpida, que sólo un instante antes había sido una llama centelleante. Se quedó quieta una segunda vez, y el vuelo ligero de sus prendas se ajustaron a su alrededor en pliegues esculpidos. En sus ojos el fuego se convirtió en ceniza. En su boca la sonrisa se petrificó en piedra. Sin embargo, mantuvo la compostura. En verdad, nunca vi que la perdiera, sólo que la cerrara como una puerta de mármol, como hizo entonces.

No le miró con odio ni con miedo, sólo con el recuerdo apagado de cosas pasadas, que ella, como yo, nunca había pensado en ver moverse y respirar de nuevo. Yo no habría dicho entonces que pasara algo con él, salvo que no era Samson, y que se interponía entre Cristin y Samson como una gran muralla de piedra, larga como el mundo y alta como el cielo. Y Dios sabe que por mucho

que lo sintiera por mí, lo sentía aún más por mi hermano secreto, tan bien parecido y alegre, temblando junto a mi por miedo a esta reunión tras ocho meses de ausencia, y sin ser amado como yo, que Dios me ayude, era amado. Independientemente de lo que hubiera sido o hubiera hecho, no se había merecido esto, ni tampoco estaba preparado para resistirlo y superarlo. Él no se movió hasta que puse mi mano en su hombro y le empujé hacia ella. Entonces avanzó, al principio despacio pero con un paso cada vez más vivo, ofreciéndole sus brazos.

Y ella también se movió. Lentamente aquella mujer de hielo dorado se movió y bajo los escalones hasta la tierra batida del patio, pálida como la arcilla en un verano sin lluvias. No extendió sus manos, que estaban fuertemente unidas bajo su pecho, como si sujetara el corazón que gritaba y revoloteaba para liberarse, como un gavilán enjaulado. Fue a ella y cruzó sus brazos alrededor suyo, y fue extraño encontrarle desmañado al hacerlo. Y sobre su hombro inclinado ella me miraba constantemente, y sus ojos eran grandes faroles que casi se habían extinguido, con sólo el último destello de una llama vivo en ellos, incluso mientras sus manos se escabullían en su cuerpo y se posaban como esculturas delicadas e inertes bajo sus omóplatos, acercándole con resignación hacia su corazón. Incluso cuando él inclinó la cabeza y la besó, juro que no apartó sus ojos de mí hasta que la proximidad de él me los quitó de la vista. Y entonces los cerró.

En cuanto a mí, el beso fue más de lo que pude soportar. Yo también aparté la mirada. Tenía la brida aún en la mano, giré sobre ella como un ahorcado girando sobre la cuerda en la convulsión de la muerte, y busqué a tientas el estribo con los dedos de los pies y monté, y el caballo se agitó debajo de mí, sintiendo mi preocupación y desesperación. Atravesé el oscuro arco del patio interior, a través de la zanja y saliendo junto a la gran casa del guarda, y no miré atrás. Avancé con paso pesado y lánguido, ya que no tenía prisa por estar en ninguna parte, sino sólo por huir de aquel lugar. Pero al bajar la cuesta del camino pude sentir las ataduras que unían a mi corazón y al suyo estirándose a punto de romperse con cada paso que me alejaba de ella. Ahora ya sabía lo mejor y lo peor del asunto, y ellos eran uno solo, y en este mundo, sin recurrir al asesinato, lo que parecía que quedaba fuera de mis

capacidades, no había remedio.

Cabalgué hacia Aber pasando por el valle del Conway. En Llanrwst me dijeron que la hueste ya se estaba reuniendo en Chester, de acuerdo con el decreto del rey, pero Henry aún no había llegado a aquella ciudad. En Caerhun, antes de girar a la derecha sobre la vieja calzada romana a través de los páramos altos, escuché el rumor de que la flota de los Puertos de Cinque estaban de camino a la costa de Anglesey, y que se había prometido ayuda desde Irlanda. Ciertamente nos amenazaba un ejército formidable, y una flota mucho más fuerte, aunque no más manejable en nuestras aguas que los pequeños navíos que Llewelyn había construido y reunido para la defensa. Allí donde aparecía, se me reconocía como su mano derecha, y se me informaba al punto de todo lo que acontecía, y ningún hombre vio nada malo en mí, ni en mi porte, ni en la manera en que recibía y respondía las noticias. Así sigue llevándonos el impulso del hábito cuando el corazón ha dejado de aportar fuerza o pasión alguna. Era un cascarón vacío, demasiado entumecido todavía para ser totalmente sensible al dolor de mi pérdida.

Eso vino después, y con la brusquedad de un rayo o del vuelo de una flecha, cuando en Aber dejé mi caballo a los mozos, y pregunté por Llewelyn. Me dijeron que estaba en la capilla real, y allí fui a buscarle.

Si hubiera ido de día me habría conocido en el momento de mi llegada por la luz que entraría conmigo, aunque la capilla estaba retirada más allá de una pequeña antecámara. Pero era casi de noche, y la luz de la única antorcha en el altar, aunque tenue y roja, era más intensa que el último retazo de crepúsculo, y la puerta estaba tapada con una cortina, y se abrió silenciosamente, luego no hubo ruido que le molestara. Por tanto entré a la capilla con él, y no supo que no estaba solo. Y viéndole así de rodillas ante la cruz y la antorcha del altar, me eché a un lado y permanecí en la oscuridad, sin querer perturbar con movimiento o sonido una quietud y concentración tan profunda como la que en él veía.

Sus ojos estaban abiertos y su cabeza erguida, sus manos con las palmas unidas delante de su pecho. Su espada, la que normalmente prefería y portaba, estaba tumbada junto al altar. Creo que no hubo un ápice de movimiento en todo su cuerpo apoyado, ni siquiera el

temblor de un cabello. Siempre llevaba atuendos sencillos, más por indiferencia que por humildad, sin sentir nunca la necesidad de adornos o joyas que hicieran regio a quien era regio de los pies a la cabeza y del corazón en el interior a la mano en el exterior. Pero su bendita sencillez le mantenía como un hombre entre hombres además de cómo príncipe entre su gente. Tenía veintiocho años y estaba en la flor de su vigor y su fuerza, y vi su perfil dibujado en rojo por la luz de la antorcha, la escasa barba recortada como poco más que un realce de las delgadas líneas de sus huesos, y vi en aquel rostro, quieto e ignorante de mi presencia, lo que no se veía en la brillante movilidad de su vida diaria. En él había el temor y la solemnidad de un hombre corriente, contemplando como hacía con ojos desmesuradamente abiertos la inmensidad de la carga que recaía sobre él. Y sólo sobre él, ya que no había otro ser en todo este país de Gales que pudiera levantar una parte de aquella carga por él. Lo sabía sin orgullo, y lo aceptaba sin reluctancia, pero el peso de lo que llevaba encima era algo terrible y maravilloso.

No sé lo que rezaba, ya que no lo hizo en voz alta. Fuese lo que fuese lo dijo por dentro. Sé que vi en él una llama de amor decidido tan fiera y purificadora, y un reconocimiento tan profundo de la naturaleza peligrosa de su peregrinaje hacia el Gales que anhelaba, que de repente salí dilatándome de mi cascarón constrictor y comprendí la naturaleza del amor, y sentí su dolor, en tal medida que apenas fue soportable.

Y aún más, al estar así dilatado, ardí de angustia por Cristin, y por mí mismo, y por Godred cuya congoja era diferente pero seguramente no inferior, y por todas aquellas almas bajo los cielos que soportan en silencio y con entereza las penas del hombre. Sólo al contemplar a alguien más grande que yo me di cuenta de lo grande que era mi propia envergadura, y lo profundo que era el pozo de pasión que había en mi interior.

Me deslicé hacia el rincón más oscuro, y esperé en él al término de su vigilia. Tras un instante se agitó y se levantó de su posición arrodillada, y levantando la espada del altar, besó la cruz de su empuñadura y la introdujo de nuevo en su vaina. Después salió, aún inconsciente de mi presencia, una sombra entre sombras.

Entonces avancé y ocupé su lugar ante el altar, puesto que ya no era un cascarón vacío, sino una fuente de sentimientos y ansias,

desbordada sin freno, y había una gran necesidad en mí de un canal en el que pudiera vaciar toda la pasión que me embargaba, y es que incluso mi dolor era poderoso, y puro, y no se podía dejar correr para desperdiciarse.

Lo que me aconteció allí en la capilla no fue tanto una oración como un acalorado debate con Dios, antes de que la corriente que brotaba de mí tuviera lecho y orillas, y corriera con la fuerza de un río montañoso. Y a veces la voz que discutía contra mí y a mi favor parecía más bien ser la voz de Meilyr, el marido de mi madre, exigiendo, ya que él tenía derecho a exigir, aquello de lo que me quejaba, porque yo amaba, lo que es una gran bendición, y ahora él mismo lo sabía y reconocía, y era amado, lo que también es una gran bendición. Y quien tiene dos de esos dones no puede poner peros por no tener el tercero, que es ver su felicidad alcanzada en este mundo. El amor es un gozo y una fuerza sólo en sí misma, y es desinteresado.

Pero aún me quejé rebeldemente de mi dolor, ya que era muy grande, y clamaba tanto en mí que sabía que era algo formidable y amedrentador, para bien o para mal, y ¿qué iba a hacer con él para hacer la vida aún posible, o siquiera provechosa?

Entonces aquél con quien discutía me dijo que debía ofrecerlo a Dios como una prenda, como un arma, como el vasallo ofrece a su señor una lanza afilada en una causa justa. Y así hice finalmente, abrazándolo de buena gana y ofreciéndolo de corazón a la causa que tenía, la causa de mi señor. Soportaré esto y mucho más, dije en mi alma, y nunca pronunciaré palabra alguna de queja, para que mi príncipe tenga suerte en la tormenta que se avecina. Que cada uno de mis dolores sean para él un paso más en el duro camino hacia su visión de Gales libre y glorioso. Transforma mi oscuridad en una luz en su camino. Ya que esta puerta está cerrada para mí, ábrele la puerta a la satisfacción de su corazón, y si es necesario, que mi muerte sirva para prolongar su vida hasta que lleve a cabo su tarea.

Cuando estuve aliviado de mi excesivo ardor, fui a verle a la gran cámara, donde se había reunido con Goronwy y Tudor y un mensajero recién llegado de Chester, de nuestro herrero que entraba y salía como doctor de los caballos de la guarnición. Llewelyn se levantó y me abrazó, y fue como siempre le conocí, práctico,

despierto y modesto. Le miré con la máxima atención, ya que acababa de aceptarle como mi razón de existir, tras haber admitido la pérdida de todo lo demás. Y vi que él era suficiente, y mi vida estaría plena sin tener nada más.

Me preguntó por Godred y Cristin, y le dije, sin trastabillarme, cómo les había dejado abrazándose. Y mi voz y mi rostro debieron haberse mostrado convincentes, ya que se alegró. Y en medio de tanta confusión y dolor me alegré de su alegría, y encomendé a Dios la falsedad de mi satisfacción, ofrecida para servir a mi señor, como un grano para la cosecha de mi señor.

Así acabó aquel viaje. Y así comenzó la campaña de agosto y septiembre, ya que las nuevas de Chester eran que el rey Henry había llegado a la ciudad, y lentamente toda aquella pesada masa de máquinas, soldados de infantería y caballería estaba poniéndose en movimiento y dirigiéndose hacia el oeste como un torrente para aplastarnos.

# CAPÍTULO XII

La hueste avanzó contra nosotros el decimonoveno día de agosto, atravesando Tegaingl el mismo día, y sobre suelo galés se trasladaron hacia el oeste como una montaña moviéndose, igual de pesada y terrible. Nos pusimos en marcha al día siguiente, pero divididos en pelotones incursores, no cómo un ejército en línea, y con órdenes de evitar cualquier combate importante, pero de no perder cualquier oportunidad de acabar con cualquiera que se separara imprudentemente de la hueste. Si nos veíamos obligados a reunirnos y enfrentarnos a ellos, podríamos movernos mucho más rápido que ellos. Pero como habíamos esperado, se mantuvieron en los caminos del norte, con intención de socorrer a Diserth. Los navíos de los Puertos del Cinque, a los que había estado esperando el ejército, a estas alturas ya habían finalizado el trayecto hasta nuestra costa norte, y con su apoyo desde el mar se socorrió al castillo. Creímos que no era juicioso interferir con esta operación, que no podía ser más que un auxilio temporal a menos que todo el País Central pudiera ser ocupado y colonizado de nuevo, y ellos no se esforzaron mucho para lograr esto. Por tanto nos contentamos con restringirles a estas tierras norteñas, y sabíamos que podíamos aislar Diserth con la misma eficacia una segunda vez en cuanto retrocedieran.

Cruzaron el Clwyd hacia Rhos cerca del Rhuddlan, y entre estos ríos perdieron una cantidad considerable de caballos y hombres, especialmente bestias de tiro, en nuestros vados trampa. Pero seguíamos evitando enfrentarnos a ellos en una batalla campaña, lo cual habría sido su deseo y victoria, al ser tan grande su superioridad numérica. Así llegaron, los barcos al mismo ritmo que ellos, a lo largo de la costa norte a Degannwy el vigésimo sexto día de agosto, y también levantaron el sitio a ese castillo, como Llewelyn había anticipado que harían, cosa que les permitió hacer.

Al menos perdieron un barco durante algunos días, embarrancado en las playas del Conway hasta que una marea alta lo liberó, aunque sólo después de lanzar por la borda muchas de las provisiones que llevaba, para aligerarlo. Y allí en Degannwy el rey Henry acampó vergonzosamente, y permaneció inactivo un día tras otro hasta el cuatro de septiembre. No podíamos entender por qué se quedaba allí tan quieto e inútil, pero parecía que estaban esperando a sus prometidos refuerzos desde Irlanda, que nunca llegaron. Ni tampoco hubo ninguna señal de navíos a la vista, nuestras patrullas marinas manteniendo vigilancia constante frente a Anglesey, ya que estábamos decididos a no perder nuestras cosechas de aquel granero insular sin luchar. Pero no fue necesario. El tiempo entonces estaba cambiando, y el quinto día de septiembre los ingleses levantaron el campamento, y comenzaron la larga retirada a Chester, con poco logrado.

Para Llewelyn éstas eran condiciones ideales, ya que no hay nada más apropiado para nuestro estilo de combate galés que una retirada en orden formal por parte de una fuerza más numerosa. Entonces la retirada puede convertirse en desbandada, la velocidad medida puede apresurarse hasta convertirse en una huida, y el orden puede destrozarse en desorden. Pero no nos esforzamos demasiado, sino que les pisamos los talones todo el camino hasta Chester, acabando con los que se quedaban atrás o se separaban demasiado. Y en la orilla de acá del Dee retrocedimos y les dejamos marchar.

—Calcula con demasiada cautela, comienza demasiado tarde, se pone en camino demasiado lentamente —dijo Llewelyn juzgando al rey, sin prejuicio ni malicia—. En resumidas cuentas, no es un soldado. Hay cosas que hace excelentemente bien, pero no está.

Así terminó la última gran expedición del rey Henry en Gales, con poco provecho y menos gloria. Todos aquellos preparativos excesivamente minuciosos que habíamos hecho no sirvieron de nada, aunque la experiencia fue útil. Las montañas de Snowdon permanecieron invioladas, y nuestras mujeres y niños y ancianos volvieron alegremente a sus pueblos en las tierras bajas antes de que llegara el otoño. La dirección de la defensa por parte de Llewelyn, aunque sin graves dificultades, había sido impecable, salvando a nuestros hombres y recursos y tierras, e incluso

caballerosa hacia el enemigo, ya que podíamos haberles causado mucho más daño con un coste no muy superior para nosotros. Pero el príncipe no lo quiso así, estando más preocupado por conservar nuestras propias fuerzas que en destruir las suyas.

Todo este tiempo, mientras nos movíamos por el País Central junto a la hueste inglesa, había medio esperado que Godred apareciera entre nosotros y ofreciera su lanza para añadirla a las nuestras, pero nunca llegó. Y cuando el enemigo hubo cruzado el Dee y se hubo retirado en Chester, para dispersarse, y yo regresé con Llewelyn primero a Aber, y después a Dolwyddelan, supimos allí del castellano que quedó al mando que Godred había cogido a su esposa y había cabalgado al sur hacia Dynevor.

—Aunque el caballero habría preferido quedarse e ir a Aber para unirse a vosotros —dijo— la señora le rogó que la llevara a casa, y no podía esperar a marcharse.

—No es de extrañar —dijo Llewelyn—. Ella ha padecido inquietud y congoja entre nosotros; ¿qué podíamos hacer hasta que Samson encontró a su marido para ella? Pero seguramente se alegre de volver a casa con él, donde ha sido feliz, y con mi hermana que la estima. Y una buena lanza en el sur es tan válida para nosotros como una buena lanza aquí en Gwynedd. Todo es uno.

En cuanto a mí, no dije una palabra.

Tan aislado estaba en mi propio silencio que carecía de amigos, como si se hubiese corrido una cortina entre mí y los demás hombres, y fue al tiempo afrenta y consuelo cuando aquella criatura regresó, unos diez días después de nosotros, aquél para el que no era secreto nada de lo que sucedía en mi interior, y para el que nada era sagrado. Mientras duraron los combates había visto poco a David, al tener él su propio mando y estar yo siempre con Llewelyn, así que cuando llegó a Dolwyddelan desde Chester aún tenía todo por saber acerca de la llegada y marcha de Godred, y tras haber sabido parte de la historia de la tranquila inocencia de Llewelyn, mantuvo su boca cerrada acerca de sus pensamientos, pero vino a toda prisa a mí. Yo estaba a mi labor, y no me había enterado de su llegada, pero antes de que pudiera levantarme para saludarle —y realmente me alegraba de su llegada— vi que él estaba enfurecido conmigo.

—¿Qué es esto de que Cristin se ha marchado? —dijo—. ¿Has

dejado que se te escape entre los dedos después de todo este embrollo? Y tú ¿puede ser cierto? ¿Tú trajiste al sujeto aquí para que se la llevase? Tonto, ¿no te dije, la primera vez que os vi juntos, que era tuya? Y cuando estabas demasiado mudo y ciego para entender el significado, ¿no te demostré que era resistente a todos los demás, y que iría contigo al fin del mundo si levantaras un dedo? ¿Cuándo ella no quiso prestarme nada de atención, pero te siguió a la nieve como te había seguido desde Brecon al norte? ¿No puedes concebir, en su modestia sacerdotal, que una mujer puede entregarte su corazón por buenas razones, e ignorar al resto del mundo? ¡Cristin tardó una noche en decidirse, y no bastó un año para que tú abrieras los ojos! ¡Y ahora mira lo que le has hecho!

Estaba sobrecogido y sin poder disimular nada, y le dije, como si confesara un pecado, que no había tenido más remedio, que incluso si hubiera sabido entonces cuál era su verdadero anhelo —¡aunque él no tenía derecho a llamarlo así en su nombre con tanta seguridad!— fue la voluntad de Dios que me tropezara con el hombre, y que al encontrarle vivo no pude hacer otra cosa que decirle la verdad, y entregarle de nuevo a su esposa. Pero extrañamente, el dolor que me causó David, y sin compasión, fue como un fuego revivificador, y hablar de lo que no podía hablarse con ningún otro fue una liberación, como la huida de una prisión oscura.

—¡No tuviste más remedio! —dijo con desprecio furioso—. ¡No tuviste más *remedio*! ¿No tenías un puñal que podías haber clavado entre sus costillas allí en el bosque, sin que nadie lo supiese? Las esposas pueden convertirse en viudas de la noche a la mañana. Si eres demasiado bueno para hacer tu trabajo, hay otros que lo pueden hacer por ti…

—¡No me digas eso! —dije—. He estado en ese camino, y me detuve a tiempo. No haré que tú ni ningún otro lo recorra por mí. —Pero no le dije, ni siquiera a David, que Godred era mi hermano, el hijo legítimo de mi padre.

—¡Bien, como quieras! ¿De qué sirve gradar tierras viejas? Lo que has hecho, hecho está. Pero, hombre, ¡qué has desperdiciado! ¿Seguro que Llewelyn no sabe nada de todo esto? ¡Parece considerar esta reunión una bendición de Dios! ¿Le has dejado así de engañado?

—Sí, y tú debes hacer lo mismo —grité, devolviéndole la cólera en mi turno—. El príncipe tiene asuntos importantes en su corazón, y una gran empresa que tardará en llevar a cabo largo tiempo, y no haré que ni siquiera una sombra tan leve como mi inquietud se proyecte sobre su brillantez, ni que un solo pensamiento de su mente apartado de Gales se desperdicie en mí. ¿Queda lo bastante claro?

En eso vi las llamas en sus ojos crecer altas y pálidas como antiguamente, y fijas como velas en el aire inmóvil mientras me atravesaba con la vista, parte celoso, parte impaciente y totalmente enfurecido.

—¡Ya veo que sigues siendo su hombre! —dijo—. Tan comprometido como siempre. ¿Crees que puedes allanarle el camino por este mundo tragándote tus lágrimas? Tonto, ¿crees que Dios te estará agradecido por arrojarle a la cara sus regalos? Pero si me quieres callado, callaré. No encapotaré el amanecer de mi hermano. Y como eres un tonto tan casto y honrado, he acabado. ¡Me lavo las manos con respecto a ti!

Y salió a toda prisa de la habitación y me dejó estremeciéndome ante la carrera de mi propia sangre y el vigor intenso e indignado de mi aliento, de nuevo el de un hombre vivo. Pero un instante después estaba de vuelta, igual de impetuoso, para arrojar un brazo alrededor de mis hombros y pedirme perdón por cosas dichas sin pensar. Y ya fuera por enojo o afecto, el suyo era un calor resucitador.

—Sabe Dios que me exasperas con tu excesiva virtud y devoción —dijo—, pero ¿quién soy yo para servir de medida? Si yo tratara de cerrar un trato así con Dios, me mataría por mi descaro, pero *tú*… ¡Quién sabe, tal vez haya aceptado lo que has dicho! ¿Qué dirías si hubiese señales y presagios que pudiese leer por ti, augurios de los buenos propósitos del cielo?

Le miré estupefacto, y esperé su palabra, ya que aunque su voz volvía a ser alegre y su sonrisa indulgente, no bromeaba.

—Los augurios vienen en tríos —dijo—. Desde Mold he traído conmigo dos, y he encontrado un tercero aquí. Primero, Griffith ap Madoc de Maelor ha retirado su lealtad y homenaje al rey Henry, y lo ha jurado de hoy en adelante a la confederación de Gales, como sus padres antes que él. Ahora sólo queda un príncipe galés que aún

reniega de su sangre y se aferra a Inglaterra, y ése es Griffith ap Gwenwynwyn de Powys, y entre mi hermano y los hombres de Maelor sus posibilidades de quedarse mucho tiempo más con Powys son escasas. En segundo lugar, el rey Henry ha propuesto una tregua que dure todo el invierno, y como es una noticia mejor para nosotros que incluso para él, seguramente habrá tregua. Es hora de reparar todos nuestros rediles y afilar todas nuestras espadas. Y el tercero… tal vez Llewelyn ya te haya comentado el plan que tiene en mente, de abordar a los escoceses con una propuesta para una alianza.

Dije que lo había hecho. El rey de los escoceses era un muchacho de catorce años, y casado con la hija del rey Henry, una circunstancia que había proporcionado el medio para situar a muchos de los secuaces de Henry, tanto ingleses como escoceses, cerca del trono del muchacho, y encolerizaba y alarmaba mucho a aquellos señores patriotas que temían el auge del poder inglés. Dos países amenazados por la misma amenaza podrían hacer un frente común contra ella.

—Piensa, entonces, que si se ha de hacer una propuesta así, no debe hacerse para Gwynedd, ni para Powys, ni para Deheubarth, ¡sino para Gales! Y todas esas voces que hablan por todos esos principados deben estar unidas en una voz, pronunciándose a través de un solo señor feudal. Yo profetizo —dijo David, tomando mi cabeza entre sus manos y sujetándome solemnemente ante él— que en el año nuevo las proclamas recorrerán este país, a cada príncipe y magnate, para una asamblea de todo Gales, donde se escuchará hablar por vez primera a esa voz única, y será reconocido y aclamado ese señor único. ¡Y creo que no necesito decirte su nombre! —dijo David.

Aconteció tal y como había profetizado.

No muchas semanas después de año nuevo cabalgamos a aquella asamblea de todos los señores de Gales de norte a sur, desde las marcas hasta el mar. Desde Gwynedd acudimos en una gran partida. David el primero junto a su hermano. Rhodri también vino, aunque mantenía la mayor parte de sus tierras y se había mantenido al margen de los problemas y fuera de las líneas de combate en las tierras de Lleyn mientras esperábamos el ataque del rey Henry, creo que no tanto por miedo sino por celos estrechos y

sospechosos de que no se le apreciaba o respetaba lo suficiente, lo que normalmente le mantenía enojado con uno u otro de los hermanos, y hacía que rechazara aquellas oportunidades en cuanto ellos se las ofrecían, quejándose a la vez de que nunca le proponían cosas importantes. En cuanto a Owen Goch, aún estaba prisionero en Dolbadarn, y así siguió muchos años, aunque con un cautiverio más ligero cuando su intransigencia inicial decayó y lo permitió. Pero Llewelyn no volvería a confiar en él ni a liberarle.

De esos otros que fueron, del sur cabe mencionar a Meredith ap Rhys Grys de Dryslwyn y Rhys Fychan de Dynevor, del oeste Meredith ap Owen de Uwcg Aeron, del centro de Gales Madoc ap Gwenwynwyn de Mawddwy y los tres nietos de Owen Brogynton, Owen ap Bleddyn y los dos hijos de Iorweth, Elis y Griffith. De las marcas del este vinieron Griffith ap Madoc de Maelor, con su hermano Madoc Fychan, Owen ap Meredith de Cydewain, y los tres hijos de Llewelyn de Mechain, llamados Llewelyn, Owen y Meredith. Llegaron con gran pompa, y toda la casa de invitados de la abadía se llenó con su esplendor.

Allí mi señor explicó su parecer acerca del futuro de Gales y de la unión bajo su liderazgo, y en el consejo no hubo ninguna voz que disintiera. De común acuerdo le aceptaron como señor feudal, quedando de su lado la protección y la justicia, y de ellos la lealtad y el servicio, consintiendo también en el envío de un mensajero, en nombre de este nuevo Gales, para forjar una alianza con Escocia, para la mejor salvaguarda de ambos países ante las injerencias del poder inglés. Y Gwion de Bangor fue escogido y aprobado como mensajero para los patriotas escoceses.

De este día recuerdo, por encima de todo, la blancura ardiente del rostro de mi señor cuando las manos del último de sus vasallos se retiraron de sus manos, y se produjo un silencio, todo ojo pendiente de él. Estaba tan pálido y brillante por el anhelo y la decisión y el orgullo de gran humildad que parecía una antorcha iluminada desde dentro. Y recordé que habíamos nacido la misma noche, quizás a la misma hora, y sus estrellas eran mis estrellas, y pensé cómo podría haber cierta lógica en ello, y que cualquier cosa que pagara en sacrificio podría añadirse a su provecho, con lo que no tenía que apenarme ni siquiera por mi dolor.

No diré que me pareciera que la moneda de Cristin pudiera

gastarse justificadamente como la mía, pero no podía ayudar ni salvar a Cristin. Dios seguramente llenaría algún día el vacío de donde había sacado su amor en vano. En cuanto a mí mismo, daba por bien gastado y bien perdido ese amor si compraba un destello de lustre más para mi príncipe, que nos habló así:

—Mi abuelo Llewelyn ap Iorweth tomó para sí el título y tratamiento de príncipe de Abberfraw y señor de Snowdon, e hizo gran honor a ese hombre. Pero ambos son nombres del norte, y Gwynedd no es sino una parte de este país, y aunque yo nací allí, y de ese mismo linaje, vosotros me habéis otorgado el derecho y la obligación de hablar tanto por el norte como por el sur, por el este y por el oeste, y de mantener los derechos de todos. Creo apropiado que todo esté unido. Y con vuestro consentimiento prefiero ser conocido a partir de ahora como Llewelyn ap Griffith ap Llewelyn, príncipe de Gales.

Todo hombre allí, hasta el último o menos principal de nosotros, recogió el susurro de sus labios y le gritó su título aclamándolo:

—¡Llewelyn ap Griffith ap Llewelyn, príncipe de Gales!

Salimos de Strata Florida durante un alba invernal, pero de belleza centelleante, ya que el cielo estaba despejado y había un poco de escarcha que plateaba los arbustos y hacía que las ramas repicaran como campanas. Durante la primera milla de este viaje del primer príncipe auténtico de Gales cabalgamos hacia el este, y el sol salió ante nosotros hacia su bajo cénit enorme y glorioso, de color de oro rojo, como hubiera podido ser un orbe otorgado en una coronación.

# GLOSARIO

**Ap**: hijo de.

**Brychan**: tela o manta o paño casero, y por extensión, las carriolas cubiertas con estas telas.

**Cantref**: división regional de terreno, literalmente «cien aldehuelas».

**Castellano**: custodio de un castillo.

**Clas**: comunidad monástica de canónigos legos regida por un abad, que incluía al menos a otro sacerdote.

**Commote**: división de terreno, menor que el cantref, sobre los que se basan los tribunales de justicia.

**Crwth**: pequeño instrumento de cuerda que se toca con un arco.

**Distain**: mayordomo, el funcionario más importante de un principado.

**Edling**: el heredero oficial, nombrado por un príncipe en vida y aceptado por su pueblo.

**Fawr, mawr**: grande.

**Fychan**: menor. Cuando va junto a un nombre a menudo distingue al padre del hijo.

**Goch, coch**: rojo.

**Llyn**: lago.

**Ilys**: corte. La sede real en cada región de un principado.

**Maenol**: señorío; en concreto, la morada fortificada de un jefe.

**Penteulu**: el capitán del ejército permanente de la casa del príncipe.

**Saesneg**: inglés. Así Maelor Saesneg es el *commote* de Maelor que se introduce en territorio inglés.

**Talaith**: la diadema de oro del cargo real.

**Teulu**: el ejército de la casa del príncipe.
**Tref**: Granja o caserío.
**Ynys**: isla.
**Ystrad**: valle. Ystrad Tywi es el valle del Towy.

EDITH MARY PARGETER (28 de septiembre 1913, Shriropshire - 14 de octubre de 1995, Reino Unido).

Ellis Peters es el seudónimo con el que ha firmado la mayoría de su obra.

Se especializó en novela histórica (de la que es uno de los mayores exponentes en todo el mundo) y novelas de misterio, géneros que mezcló con tremendo éxito en su serie más conocida, la del *Padre Cadfael*, de la que llegó a escribir 20 libros. Fue adaptada a la televisión recientemente con la participación de Derek Jacobi (Yo, Claudio) como protagonista.

También produjo otras series como la del *Inspector Felse* o la trilogía de novela histórica *Heaven Tree*.

Recibió el premio Edgar Allan Poe que otorga la «Mystery Writers of America», el Silver Dagger que concede la «British Crime Writers Association» y, por su trayectoria literaria, La Orden del Imperio Británico.

La obra de Edith Pargeter ha sido traducida a más de 20 idiomas.